

Historia medieval: siglos III a XV es un manual pensado por el Grupo de Investigación y Estudios Medievales del Centro de Estudios Históricos de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (República Argentina) en función de las necesidades de los estudiantes universitarios argentinos, que se enfrentan al estudio de la Edad Media desde una doble perspectiva: universal — priorizando el Occidente medieval— y general —un conocimiento de conjunto de los temas estudiados— a la vez. De allí su estructuración por siglos y por cuestiones (políticas, sociales, económicas y culturales).

ISBN 978-987-544-818-6



Historia medieval: siglos III a XV

Gerardo Rodríguez

Cecilia Bahr

Mariana Zapatero

(Directores)

Historia medieval: siglos III a XV

Grupo de Investigación y Estudios Medievales

Universidad Nacional de Mar del Plata

2018

Historia medieval: siglos III a XV

Gerardo Rodríguez

Cecilia Bahr

Mariana Zapatero

(Directores)

Grupo de Investigación y Estudios Medievales

Facultad de Humanidades

Universidad Nacional de Mar del Plata

2018

Edición a cargo de: Alberto Asla; Gisela Coronado Schwindt;
María Luján Díaz Duckwen y Silvina Mondragón.

Autores por orden alfabético: Alberto Asla; Federico Assis
González; Claudio Ávila; Adriana Báez; María Cecilia Bahr; Hugo
Basualdo Miranda; Julieta Beccar; Lucía Beraldi; Laura Carbó;
María Verónica Coria; Gisela Coronado Schwindt; Julio César
Corrales; María Luján Díaz Duckwen; Hernán Garófalo; Juan
Manuel Gerardi; Gustavo Giordano; María Alejandra González;
Pablo Gugliotta; Silvina Mondragón; Andrea Vanina Neyra;
Teresa Paci; Gerardo Rodríguez; Jorge Rigueiro García; Norma
Inés Vidaurre; Mariana Zapatero.

Historia medieval: siglos III a XV / Gerardo Fabián Rodríguez... [et al.]; dirigido por Gerardo Fabián Rodríguez; Cecilia Bahr; Mariana Zapatero; editado por Alberto Asla... [et al.]. - 1a ed. - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF, 526 páginas.

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-818-6

1. Historia Medieval. I. Rodríguez, Gerardo Fabián II. Rodríguez, Gerardo Fabián, dir. III. Bahr, Cecilia, dir. IV. Zapatero, Mariana, dir. V. Asla, Alberto, ed.

CDD 940.17



Este libro fue evaluado por

La **Dra. Victoria Casamiquela Gerhold** (IMHICIHU - CONICET, Argentina) y el **Dr. Francesco Renzi** (FCT-CITCEM - Universidade do Porto, Portugal).

Contenidos

Índice de Mapas.....	<u>iii</u>
Índice de Ilustraciones	<u>v</u>
El siglo III.....	<u>1</u>
El siglo IV	<u>45</u>
El siglo V	<u>83</u>
El siglo VI.....	<u>117</u>
El siglo VII	<u>151</u>
El siglo VIII.....	<u>191</u>
El siglo IX	<u>217</u>
El siglo X.....	<u>251</u>
El siglo XI	<u>297</u>
El siglo XII.....	<u>349</u>
El siglo XIII	<u>393</u>

El siglo XIV	<u>445</u>
El siglo XV	<u>487</u>
BIBLIOGRAFIA GENERAL SUGERIDA.....	<u>517</u>
RELACIÓN DE MAPAS.....	<u>521</u>

Índice de Mapas

<u>Mapa 1</u> : Las fronteras del Imperio romano.....	<u>7</u>
<u>Mapa 2</u> : El Imperio romano durante la Tetrarquía.....	<u>10</u>
<u>Mapa 3</u> : Partición del Imperio romano en Occidente y Oriente.....	<u>53</u>
<u>Mapa 4</u> : Invasiones germanas.....	<u>90</u>
<u>Mapa 5</u> : Reinos germánicos.....	<u>121</u>
<u>Mapa 6</u> : El Imperio bizantino en el siglo VI.....	<u>129</u>
<u>Mapa 7</u> : El reino visigodo.....	<u>153</u>
<u>Mapa 8</u> : La heptarquía.....	<u>158</u>
<u>Mapa 9</u> : La expansión del islam.....	<u>163</u>
<u>Mapa 10</u> : La conquista musulmana de la península ibérica.....	<u>193</u>
<u>Mapa 11</u> : El Imperio carolingio.....	<u>197</u>

<u>Mapa 12</u> : El Imperio otónida.....	<u>259</u>
<u>Mapa 13</u> : Invasiones de los siglos IX y X.....	<u>265</u>
<u>Mapa 14</u> : Incursiones de los normandos.....	<u>273</u>
<u>Mapa 15</u> : Francia en el siglo XI.....	<u>306</u>
<u>Mapa 16</u> : Fragmentación del califato omeya.....	<u>313</u>
<u>Mapa 17</u> : Las Cruzadas.....	<u>366</u>
<u>Mapa 18</u> : Productos y rutas comerciales a finales del Medioevo.....	<u>437</u>
<u>Mapa 19</u> : Universidades.....	<u>440</u>
<u>Mapa 20</u> : Europa a finales del Medioevo.....	<u>447</u>
<u>Mapa 21</u> : La expansión de la Peste negra.....	<u>458</u>
<u>Mapa 22</u> : Francia bajo el reinado de Luis XI.....	<u>491</u>
<u>Mapa 23</u> : Europa en el siglo XV.....	<u>500</u>

Índice de Ilustraciones

<u>Ilustración 1</u> : Retrato familia de algunos de los Severo...	<u>20</u>
<u>Ilustración 2</u> : Moneda romana.....	<u>28</u>
<u>Ilustración 3</u> : <i>El buen pastor</i> . Arte paleocristiano.....	<u>40</u>
<u>Ilustración 4</u> : Plano de Constantinopla.....	<u>51</u>
<u>Ilustración 5</u> : Mosaico de Santa Sofía.....	<u>78</u>
<u>Ilustración 6</u> : Cristo y san Menas.....	<u>79</u>
<u>Ilustración 7</u> : Bautismo de Clodoveo.....	<u>103</u>
<u>Ilustración 8</u> : Mosaico con niño y burro. Arte tardo- rromano-bizantino.....	<u>108</u>
<u>Ilustración 9</u> : Mausoleo de Gala Placidia.....	<u>111</u>
<u>Ilustración 10</u> : Justiniano y su séquito.....	<u>150</u>
<u>Ilustración 11</u> : Monjes copistas.....	<u>186</u>
<u>Ilustración 12</u> : Mahoma predicando.....	<u>188</u>
<u>Ilustración 13</u> : Mosaico de la Theotokos.....	<u>201</u>

<u>Ilustración 14</u> : Evangeliario de Godescaldo.....	<u>247</u>
<u>Ilustración 15</u> : Capilla palatina de Aquisgrán.....	<u>250</u>
<u>Ilustración 16</u> : Evangeliario de Otón III.....	<u>291</u>
<u>Ilustración 17</u> : Consagración del altar de Cluny.....	<u>294</u>
<u>Ilustración 18</u> : Homenaje.....	<u>301</u>
<u>Ilustración 19</u> : Tapiz de Bayeux.....	<u>309</u>
<u>Ilustración 20</u> : El papa Gregorio VII.....	<u>319</u>
<u>Ilustración 21</u> : Calendario. La labranza.....	<u>336</u>
<u>Ilustración 22</u> : Claustro románico de la abadía de Moissac.....	<u>345</u>
<u>Ilustración 23</u> : Ofrenda a la Virgen.....	<u>346</u>
<u>Ilustración 24</u> : Escena de amor cortés.....	<u>388</u>
<u>Ilustración 25</u> : Catedral de Chartres.....	<u>392</u>
<u>Ilustración 26</u> : Halconeros.....	<u>411</u>

<u>Ilustración 27:</u>	Mujer noble con hijo.....	<u>416</u>
<u>Ilustración 28:</u>	Trabajos rurales.....	<u>429</u>
<u>Ilustración 29:</u>	San Francisco de Asís.....	<u>439</u>
<u>Ilustración 30:</u>	Danza macabra.....	<u>463</u>
<u>Ilustración 31:</u>	El nacimiento de la Virgen.....	<u>477</u>
<u>Ilustración 32:</u>	Palacio de Aviñón.....	<u>482</u>
<u>Ilustración 33:</u>	Florenia en el siglo XV.....	<u>508</u>
<u>Ilustración 34:</u>	El nacimiento de Venus.....	<u>515</u>

El siglo III

Cuestiones políticas

El siglo III ha sido caracterizado por los historiadores como un siglo de crisis, un tiempo crítico en lo que tiene que ver con la redefinición del *orbe romano* en sus diversos aspectos, cuya evolución política motivó interpretaciones de connotación negativa. La idea de crisis estuvo muy vinculada a la de decadencia, entendida como un proceso de degradación y corrupción de las formas que dotan de sentido y cohesión a una trama social compleja. Esta idea es deudora de una metáfora organicista, por la cual, el desarrollo del cuerpo social es homologado al ciclo vital de los seres vivos. Concebir que las sociedades nacen, crecen, se desarrollan y perecen, tras haber alcanzado su máximo esplendor, impide comprender las variaciones, las múltiples transformaciones, en suma, las mutaciones originadas en procesos de enriquecimiento y diversificación de los elementos definitorios de una cultura.

En consecuencia, podemos decir que el siglo III se trató de un momento típico de reelaboración de la estructura vigente que dio origen a un orden con un sistema de valores diferentes: el Dominado. La consolidación de una nueva concepción del poder tuvo lugar en un contexto de fuertes cambios políticos, económicos y sociales.

La evolución política de la periferia comenzó a afectar cada vez más lo que era, hasta ese momento, el centro de la administración imperial, lo que se tradujo en la adopción de nuevas funciones y prerrogativas por parte de esos espacios. En poco más de una década (260-273), las provincias pasaron a depender eventualmente de gobiernos diferentes. El Imperio quedó bajo la administración e influencia de emperadores legítimos a los que pronto se sumaron los usurpadores y pretendientes al trono. Las provincias occidentales, bajo la preponde-

rancia de los emperadores galos, entre los años 260 y 286; las orientales, del gobierno de Palmira, de 268 a 270; y las centrales, de los emperadores de Roma.

El problema sucesorio no era algo excepcional en esencia. No obstante, la acción decisiva del ejército otorgó mayor variabilidad al proceso al prescindir de la autoridad senatorial para proclamar a un nuevo emperador. Por tomar solo un ejemplo podemos contar veintisiete gobernantes legítimos, seguidos de una extensa lista de usurpadores, entre los años 235 y 284. Solo en el año 238, seis emperadores ocuparon el trono en diversas partes del Imperio: Maximino, Gordiano I, Gordiano II, Pupieno, Balbino y Gordiano III.

Los historiadores suelen escindir al período en dos momentos claramente diferenciados que marcaron la progresión de la inestabilidad política. El primero, vinculado a la dinastía de los Severo, recibió el nombre de monarquía militar, como expresión del creciente poder del ejército en la configuración y sustento del Estado. El segundo, caracterizado como una época de anarquía, comprendió la guerra civil entre diversos comandantes de frontera, signada por la dispersión de la autoridad. De Septimio Severo (193-211) a Maximino (235-238) y de este último a Diocleciano (284-305) se produjeron una serie de reformas que reflejaban el derecho de urgencia que primaba

sobre las decisiones de gobierno. En el último cuarto de la centuria, los emperadores ilirios propiciaron un período de recuperación que se consolidó con el ascenso al trono de Valerio Diocles (Diocleciano), al que se le atribuye, sesgadamente, la providencia de haber salvado al Imperio con la imposición de un férreo control sobre los diversos aspectos de la vida política, económica, social y cultural.

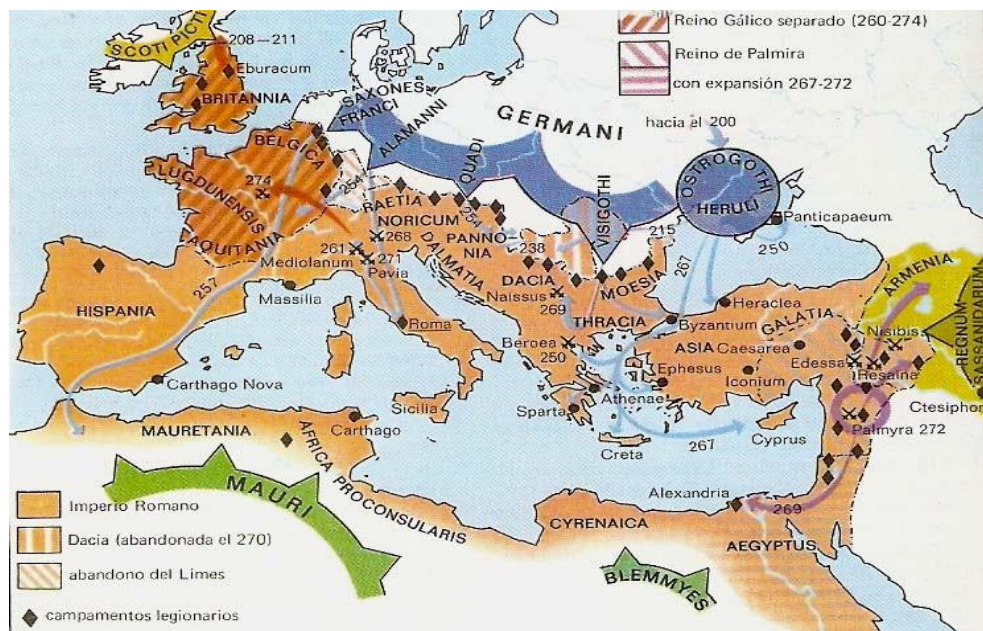
En este contexto se produjo la conformación simultánea dentro del ejército de sectores caracterizados por detentar una legitimidad fragmentaria y parcializada. El problema ya se había planteado durante el reinado de Cómodo (180-192). En efecto, las conspiraciones urdidas contra el emperador generaron una peligrosa dependencia del poder imperial para con la voluntad de los pretorianos.

La muerte de Cómodo posibilitó la expresión abierta de las rivalidades. Se originaron proclamaciones imperiales en casi todo el Imperio que dieron como vencedor al comandante de Panonia. Lucio Septimio Severo (193-211) fue el primero de una extensa lista de emperadores de origen provincial, de rango ecuestre, que tomó el control de la administración imperial. Comprendió que la única forma de afirmar su dominio era asegurar el apoyo de las legiones a través de un flujo constante de recursos. Para ello, reorganizó la gestión de las provincias conflictivas y modificó los mandos provinciales asignando legados

imperiales, a los cuales controlaba a través de un sistema de recompensas. Además, asoció al poder a sus hijos como una forma de resolver la cuestión sucesoria evitando el enfrentamiento de las legiones. Sin embargo, la estrategia pronto fracasó puesto que el reconocimiento del mecanismo implicaba relegar la posibilidad de acceder al poder político.

En el año 219, luego del sangriento y no menos turbulento gobierno de Caracalla, el arribo de Heliogábalo al trono imperial posibilitó la reconciliación de la dinastía gobernante con el Senado. Sin embargo, la falta de aptitud militar del joven emperador, sacerdote sirio del dios Baal de Emesa, despertó el descontento e irritó a diversos grupos que vieron con desprecio la introducción de prácticas consideradas degradantes para un romano, como por ejemplo, la *proskynesis* o inclinación ante el emperador. Un motín de guardias pretorianos terminó con su vida para reemplazarlo rápidamente por Severo Alejandro, primo del depuesto. Severo Alejandro intentó favorecer los intereses senatoriales, pero pronto se opuso el ejército. En los años siguientes, los motines y alzamientos fueron intercalados con intentos, con escasa suerte, de recuperar la tradición y restaurar la paz. Entre ellos, el efímero gobierno de Decio (249-251) seguido, dos años más tarde, por el de Valeriano (253-260).

Otra de las cuestiones que condicionó el desarrollo de la centuria fue la constante presión sobre los límites del Imperio. Los desplazamientos poblacionales de las tribus germanas, en la frontera renano-danubiana, fueron los causantes de innumerables pérdidas. Los sajones avanzaron sobre las costas de Britania y de Galia, flanqueada en el centro por francos, y en el sur por alamanes (258-264). Intermitentemente grupos de alamanes, burgundios, jutos, vándalos y sármatas se enfrentaron a las tropas estacionadas en Retia, Nórico y Panonia a lo largo de la década del cincuenta y sesenta. En Oriente, los godos se desplazaron hasta las fronteras septentrionales, donde se aunaron a los pueblos de la región incursionando en Dacia, las provincias balcánicas y las ciudades griegas del mar Egeo, causando la muerte del emperador Decio en el año 251.



Mapa 1. Las fronteras del Imperio romano fueron permanentemente presionadas por pueblos germanos, godos y por el Imperio persa.

En Oriente la situación se agravó con el reemplazo de la dinastía arsásida por la sasánida en la hegemonía política de la región. El Imperio persa llevó adelante una política de enfrentamiento y ocupación de las plazas dominadas por los romanos en Mesopotamia. El éxito militar de Sapor I alertó a los emperadores acerca de la peligrosidad del enemigo. El propio emperador Valeriano fue capturado en batalla y

humillado en una demostración, sin precedentes, de la pérdida de la capacidad militar romana.

En este sentido, la organización de ciertas entidades autónomas debe considerarse como la consecuencia lógica de la organización local de la defensa del territorio y no como la voluntad de establecer un poder opuesto al de Roma. También posibilitó la aparición de movimientos sociales conformados por bandas armadas de campesinos que, a partir del año 260, se desplazaron desde la Galia por las riberas del Rin.

Si bien es cierto que los contemporáneos interpretaron con tintes melodramáticos las incursiones de los pueblos “bárbaros”, la magnitud de los desplazamientos fue mucho menor que la de los siglos posteriores. La situación se restableció lentamente con la llegada de los denominados emperadores ilirios, provenientes de Dalmacia, en el año 268 (con la excepción de Tácito y Florianio entre diciembre de 275-276 y Caro, Carino y Numeriano de octubre de 282 a 284; que no pertenecían por origen a dicho grupo). Estos emperadores no solo lograron infligir derrotas decisivas a los principales oponentes, sino que establecieron iniciativas para recuperar la producción en las tierras y mejorar la situación monetaria, aumentando la presión fiscal.

En el año 284 la situación no era diferente de las décadas precedentes. El emperador Caro murió en extrañas circunstancias mientras llevaba una campaña exitosa en Oriente. Su hijo Numeriano, encargado de replegar las tropas, fue asesinado por el prefecto de pretorio. Valerio Diocles, un jefe militar de origen ilirio, quien se proclamó defensor del emperador depuesto y terminó con la vida del prefecto del pretorio como presunto asesino. Posteriormente se impuso sobre Carino, que logró vencer en batalla, pero fue asesinado por un oficial de sus propias filas.

En los cambios operados por Diocleciano es posible identificar la existencia de un principio de racionalidad administrativa que tenía como fin último reforzar la posición del emperador y la estructura estatal. En efecto, la propia conformación de la autoridad imperial respondía a la necesidad de establecer a un gobernante que fuera capaz de asegurar el orden. La naturaleza del poder se modificó y con ella la relación del emperador con los ciudadanos, quienes adquirieron el estatus de súbditos. El emperador dejó de ser únicamente el *princeps* o el primer ciudadano para convertirse en el *dominus* o señor.



Mapa 2. El Imperio romano durante la Tetrarquía. División de provincias entre Diocleciano, Maximiano, Constancio y Galerio.

Diocleciano estableció el sistema de corregencia —conocido como tetrarquía— que le permitió transferir su autoridad sobre la parte occidental del Imperio, sin poner en riesgo la integridad del Estado. Presionado por las circunstancias —por entonces se produjo un alzamiento militar en Britania— designó a Maximiano primero como César

en 285 y, posteriormente, en el siguiente año, como augusto. Cada uno de los augustos asoció a un general en carácter de César —C. Galerio (en Oriente) y Flavio Valerio Constancio (en Occidente)— destinados a sucederlos en el cargo en caso de muerte o incapacidad. De esta forma, el gobierno directo del Imperio quedó dividido en cuatro grandes áreas de influencia.

Las reformas afectaron al círculo más cercano del emperador. Diocleciano modificó el consejo imperial, como resultado de la fusión del consejo del príncipe y la cancillería, e integró a los jefes de los despachos, la administración imperial y otros miembros que él mismo seleccionaba. La división de funciones civiles y militares redundó en un incremento considerable del número de funcionarios, pero fue lo que permitió, al menos por un tiempo, detener el crecimiento de figuras individuales con el suficiente poder como para romper el equilibrio logrado.

En el ámbito militar buscó mejorar la distribución de las legiones sin incrementar el número de tropas. Para ello convirtió a la legión de cinco mil efectivos en una unidad de menores dimensiones, que apenas sobrepasaba los tres mil. Además, creó unidades móviles, de mil soldados, mucho más efectivas en el combate irregular que presentaban las incursiones de los pueblos que habitaban las fronteras.

Diocleciano modificó el sistema de defensa estableciendo líneas paralelas al frente de combate, conectadas internamente a través de un sistema de postas, destinadas a contener al enemigo, hasta tanto, el grueso de las tropas, replegadas en el interior del territorio, se desplazaban. Las rutas comerciales fueron enlazadas con los puestos militares con la intención de asegurar el comercio y proveer de recursos al ejército.

En cuanto al gobierno de las provincias fue reconfigurado implantando una precisa separación entre las funciones civiles y militares. Algunos historiadores sostienen que las reformas remitían exclusivamente a la necesidad de mejorar la recaudación de impuestos, pero en realidad se trataba de una forma de limitar la independencia de los mandos intermedios. Los tetrarcas dividieron el territorio, sobre todo aquellos espacios más conflictivos, multiplicando el número total de provincias, a cargo de un gobernador civil o *praesides* y de un jefe militar o *dux*. Estas estaban agrupadas en diecisiete unidades mayores a cargo de un vicario, denominadas diócesis, distribuidas en cuatro prefecturas a la cabeza de las cuales se encontraba un augusto o un César. Solo los prefectos del pretorio mantuvieron los poderes civiles y militares articulando las dos esferas en cada una de las provincias.

Cuestiones sociales

Desde el punto de vista social, las guerras periódicas, las pestes, la merma de la actividad económica, la ralentización de los intercambios, así como también, las constantes presiones fiscales y exacciones de hombres fueron argumentos suficientes para aceptar la subordinación, no sin resistencias, de los intereses individuales al fortalecimiento de la cosa pública por parte de una autoridad fuertemente asentada. La restauración del orden se dio en el marco de notables transformaciones políticas y económicas que impactaron en la estructura social. En efecto, a lo largo de la centuria se produjo un desplazamiento en la posición relativa de los principales grupos y centros de poder. Esta redefinición comprendió el ascenso del orden ecuestre frente a la tradicional aristocracia senatorial, a la cual, reemplazó paulatinamente en funciones administrativas y militares.

Los senadores en tanto actores individuales —y el Senado como institución— perdieron buena parte de su influencia política. Se trataba de una consecuencia lógica de las transformaciones en la administración y la defensa del Imperio. El destacado predominio militar impactó de lleno en la estructura social transfiriendo los altos cargos y los mandos militares al orden ecuestre.

Los miembros del orden senatorial habían abandonado poco a poco el desempeño de funciones militares, convirtiéndose en un grupo incapaz de afrontar los desafíos externos. Por otro lado, la renovación del cuerpo pocas veces contempló el ingreso de individuos vinculados al ámbito castrense, pese al prestigio que detentaba el Senado aún en el siglo III.

El emperador Galieno comprendió la necesidad de proporcionar efectivos militares profesionalizados en la conducción de los ejércitos. En consecuencia, en el año 262 dictó un edicto excluyendo a los senadores de los comandos militares y los gobiernos de las provincias con destacamentos permanentes. La medida no implicaba una prohibición formal y algunos senadores continuaron desempeñando las funciones que otrora les correspondieran. Sin embargo, el antiguo papel dirigente del orden senatorial quedó reducido al desempeño de cargos administrativos menores y al gobierno de provincias sin el control de las tropas acantonadas allí. Aun así, los senadores, toda vez que las condiciones así lo permitieron, actuaron como un grupo de poder haciendo uso de las influencias para imponer o arbitrar soluciones en su favor.

La carrera militar confería prestigio, riqueza y permitía el ascenso social de la oficialidad. Se trataba en su mayoría de personas de

origen provincial que alcanzaban los puestos de mando tras una extensa carrera profesional. La situación económica de los legionarios se fortaleció con el aumento de la soldada, así como también, los donativos recibidos con motivo del acceso al trono de un nuevo emperador y el bono especial por licenciamiento. Muchas familias hicieron de la carrera militar una posición hereditaria, promoviendo el ascenso de sus propios hijos en la jerarquía del ejército. Este lugar de primer orden fue refrendado socialmente con el otorgamiento de títulos que, hasta ese momento, habían sido asignados al orden senatorial, como un reconocimiento del prestigio que confería servir al Estado en las fronteras.

Las diferencias hacia el interior del orden ecuestre eran mucho mayores en el siglo III que en el Principado, sobre todo, entre aquellos involucrados política o militarmente. El orden decurional cumplió un papel muy importante en las finanzas imperiales. Eran los encargados de remitir los impuestos recogidos en el ámbito de los municipios. En ellos recayó el peso, de forma más o menos institucionalizada a partir de Septimio Severo, de recaudar las contribuciones extraordinarias y solventar con sus propias fortunas la provisión de agua, abastecer la ciudad, fortificar las murallas, reparar los caminos y costear la administración municipal, sobre la cual, perdieron poder e independencia.

Los métodos empleados para recolectar las contribuciones fiscales infligieron una fuerte presión, aunque no cabría exagerar el carácter coercitivo del sistema. Sin lugar a dudas, para este grupo lo que antes era concebido como un privilegio, pasó a ser una pesada carga que siempre que pudieron, intentaron eludir.

La crisis económica estaba incardinada en diversas capas sociales, con independencia de su condición socio-jurídica. La figura del liberto rico prácticamente desapareció en este período, en esencia por la interrupción de la actividad comercial, fuente principal de recursos. También se ha señalado el fin de las relaciones esclavistas, pero asumir esa posición implica concebir que la principal fuente de extracción del excedente era la renta obtenida del trabajo esclavo. Lo que sucedió en cambio fue que en esta sociedad el esclavo-mercancía ya no tenía objeto, puesto que el Estado redefinió los mecanismos que garantizaban su abastecimiento, bajo otras formas de explotación de la tierra.

A lo largo del siglo tercero tuvo lugar el resurgimiento del fenómeno asociativo como dispositivo de autoprotección corporativa. Florecieron *collegia* de navegantes, comerciantes, herreros, panaderos, medidores de trigo, zapateros y vendedores de cerdos. Estas agrupaciones se habían caracterizado por proporcionar una base social de apoyo con diversos fines mutuales y religiosos entre los que contaban

la asistencia de la familia al momento del fallecimiento de uno de sus miembros.

El Estado encontró en los *collegia o sodalitates* una estructura organizativa que le permitía garantizar la producción necesaria para abastecer al Imperio. Además, proporcionaban una buena base de control social sobre una forma de integración horizontal que había demostrado, en reiteradas oportunidades, su potencialidad conflictiva. Para ello, fijó las profesiones a determinadas familias, llegando al caso de prohibir los casamientos de los miembros con personas no asociadas a los *collegia*. Incluso se establecieron penas para aquellos que abandonaran la profesión.

La intromisión no solo se produjo sobre las personas, sino principalmente sobre su actividad. En cada caso se establecieron parámetros acerca de cómo desarrollar el oficio, el tipo de herramientas que debían emplearse, con quién se debía comerciar y los tiempos de producción. El Estado se erigió como el principal destinatario de los servicios ofrecidos y como contrapartida otorgó excepciones impositivas, contratos y compensaciones por pérdidas eventuales.

Uno de los cambios fundamentales, cuyas derivaciones admiten diversas interpretaciones, fue la extensión de la ciudadanía romana al conjunto de los habitantes del Imperio. En el año 212, el emperador

Caracalla concedió, por medio de la *Constitución antoniana*, el derecho de ciudadanía a toda la población libre. La medida lejos estaba de reflejar la generosidad del emperador motivada por el ideal comunitario de la romanidad. Se trataba de una unificación de los criterios jurídicos, que igualaba a los sujetos de derecho, marcando una diferencia entre los más ricos y los más pobres. Dión Casio menciona que la medida tenía un fin solo impositivo, pero resulta difícil ponderar el impacto sobre las arcas del Estado de la incorporación a la ciudadanía plena de todos los habitantes del Imperio. Sobre todo, teniendo en cuenta que los principales impuestos seguían recayendo sobre la tierra. Lo cierto es que con posterioridad, el emperador duplicó el valor de las contribuciones tales como el impuesto sobre las herencias.

En la práctica, la *Constitución antoniana* derogaba el derecho de ciudadanía como salvaguarda jurídica, puesto que colocaba en un mismo nivel a personas que de otro modo nunca lo hubieran estado. El privilegio estatutario que reportaba la ciudadanía dejó de ser el principio básico de diferenciación social.

Las transformaciones sociales, operadas como consecuencia de las múltiples dimensiones de la crisis, ocasionaron la agudización de las tensiones que venían desarrollándose desde el siglo precedente. La reelaboración de la estructura vigente afectó tanto al orden senatorial

y ecuestre como a las masas de hombres libres, libertos y esclavos que habitaban las ciudades y campos. La plebe de las ciudades también demostró su descontento cuando el Imperio comenzó a indicar los límites de los donativos y la entrega de provisiones, que cubrían una mínima, pero inestimable parte de las necesidades populares.

Las condiciones en el mundo rural no eran diferentes a las enunciadas para la ciudad. Allí, las circunstancias económicas motivaron levantamientos de campesinos que debían enfrentar las difíciles condiciones de vida que imponía el ciclo de producción agrícola, sujeto a los imponderables climáticos y a las presiones humanas sobre el terreno. En estas circunstancias muchos colonos abandonaron las tierras, las cuales pasaron a ser objeto de una reforma del sistema de producción. En la segunda mitad del siglo III los *bagaudae* —grupos insurgentes contra el orden impuesto en Galia e Hispania— constituyeron un desafío para las autoridades. Tomaron parte en el movimiento amplios grupos de campesinos independientes, colonos fugitivos y ladrones que, pese a las derrotas infligidas, lograban revitalizar la agitación.



Ilustración 1. Retrato familiar de los Severo (aproximadamente del año 199), los niños son Caracalla y Geta, con la cara borrada por orden de su hermano tras su asesinato. Témpera sobre madera, Staatliche Museum zu Berlin (inv. 31.329)

La restauración de la estabilidad se produjo en una sociedad cuyas bases tradicionales se habían modificado en poco más de una centuria. Es absolutamente cierto que el Imperio sobrevivió, pero lo hizo en el curso de la lucha que transformó una serie de instituciones y prácticas

que habían sido fundamentales para el funcionamiento desde su instauración. En términos sociales la crisis se reflejó en una serie de puntos de inflexión que se resolvieron dando lugar a una nueva configuración cultural que, a todas luces, resulta injusto calificar sobre la base de la época dorada de los Antoninos.

Cuestiones económicas

De acuerdo con las fuentes literarias, escasas y relativamente fragmentarias, los indicadores económicos fueron la manifestación más ostensible de la crisis del siglo III: interrupción parcial de los intercambios comerciales, desaceleración del crecimiento económico, abandono de la producción por parte de la población campesina, baja demográfica, depreciación de la moneda e incremento de los precios. Sin embargo, el Imperio había atravesado en diversas ocasiones por coyunturas en las que se habían dado la conjunción de elementos internos y externos que ejercían una enorme presión sobre los recursos y cuestionaban la capacidad de respuesta del Estado. Además, una crisis económica generalizada extendida inexorablemente en el tiempo habría imposibilitado la recuperación y el desarrollo de ciertas áreas geográficas que aportaron los medios necesarios para recobrar la unidad del territorio. Existieron problemas de diverso orden que estaban vinculados tanto

con las consecuencias concretas de la guerra como a las medidas arbitradas llevadas a la práctica por los diversos emperadores.

A lo largo de la centuria, y en particular con la llegada de los emperadores ilirios, se intentó imponer un principio de racionalidad que apuntaba a optimizar la gestión, normalizando procedimientos e institucionalizando funciones y responsabilidades. El desequilibrio básico generado por la guerra fue superado solo cuando el sistema pudo adecuar las exigencias de la centralización gubernamental a la tributación obtenida. Es claro que el Imperio no debe considerarse una unidad, incluso este equilibrio implicó una percepción desigual de los beneficios de una provincia a otra.

Las recientes excavaciones arqueológicas aportan evidencia que contribuye a ponderar el impacto de la crisis en la compleja geografía del Imperio. Es decir, mientras que en algunos casos existía una clara interdependencia entre una región y otra, en otros, la evolución de un espacio determinado podía ser independiente del acontecer político, económico y social del conjunto. Una realidad tan compleja reflejaba la desigual integración del Imperio al tiempo que propiciaba las bases de la reorganización socioeconómica. Como en otros períodos, los emperadores tomaron aquello que mejor funcionaba para perpetuar el orden romano.

Algunas provincias mostraron signos de progreso económico durante todo el período, incrementando y consolidando su posición en el comercio de manufacturas y productos agrícolas tales como cereales, aceites y vino. Se trató de las provincias que lograron organizar eficientemente la defensa de las fronteras o permanecieron incólumes ante la presión de los pueblos extranjeros, como por ejemplo Britania, Egipto y, en menor medida, el norte de África. Suerte dispar corrieron las provincias danubianas de Panonia, Mesia y Dacia cuyas oscilaciones correspondieron ante todo a los éxitos y fracasos militares. La zona más afectada por los desplazamientos poblacionales correspondió a las provincias de Hispania, Galia y Siria. En todo caso, la guerra fue el elemento que generó las condiciones críticas de la economía y, al mismo tiempo, motorizó las reformas que consolidaron un nuevo tipo de Estado.

La fragmentación política deterioró paulatinamente el sistema de intercambios comerciales. Las rutas terrestres y marítimas, por las cuales transitaban las mercancías que abastecían los principales centros urbanos, se convirtieron en vías de comunicación inseguras pobladas por salteadores de caminos que imposibilitaban el libre tránsito de los productos. Si bien es cierto que las legiones cubrían en parte la función de custodia de los caminos, en las circunstancias reinantes de

la centuria, su actuación se limitó más bien a persuadir que a imposibilitar el robo y el saqueo.

La interrupción de los contactos comerciales impidió la colocación de los productos en los mercados más distantes ocasionando la escasez de todo tipo de mercaderías. La incertidumbre imperante generó mayor especulación económica, lo que se tradujo en el acopio de productos y el aumento de los precios en el mercado libre. Entre otras consecuencias, la virtual suspensión de los intercambios perturbó la percepción del tributo que proveía la moneda de plata, indispensable para cubrir la proporción en metálico del estipendio pagado a los soldados.

Para poder costear los crecientes gastos oficiales, los emperadores apelaron a dos estrategias complementarias. En primer lugar, tomaron posesión de las rentas existentes, en particular de los ingresos percibidos en las ciudades en calidad de contribuciones locales. En segundo lugar, recurrieron a la acuñación de moneda, rebajando la aleación empleada, lo que causó la pérdida del valor adquisitivo del dinero.

De Nerón en adelante se produjo una rebaja sistemática del contenido metálico noble de la moneda. En el transcurso del siglo III algunos emperadores intentaron controlar la situación restableciendo la paridad cambiaria con la incorporación de una moneda que tomara

como parámetro el escaso denario de plata. Así, Caracalla introdujo el antoniano, con una aleación fijada en un cincuenta por ciento de plata y un valor nominal de dos denarios. La pérdida del valor del antoniano afectó la equivalencia que mantenía el denario con el áureo, que también fue modificado por Caracalla. Por el contrario, las monedas de bronce no sufrieron una modificación sustancial de su valor intrínseco, llegando a competir finalmente con las de oro y plata.

En el año 274, Aureliano introdujo una segunda gran reforma monetaria que tenía por objetivo reemplazar al antoniano cuya depreciación había afectado a los restantes valores monetarios. La nueva moneda de plata, el aureliano o *nummus*, estableció una paridad cambiaria, que aún hoy se encuentra en discusión, de dos a cinco denarios. El áureo también sufrió las consecuencias de la introducción de nuevas monedas y su valor nominal disminuyó. La necesidad de contar con mayor cantidad de oro hizo que se rebajara el material precioso utilizado en la fundición. Hacia el final de la centuria lo que se produjo fue una notable escasez de oro y plata, tanto por el acopio de las monedas más antiguas de mayor ley como por la fundición del circulante con la intención de obtener su contenido. La carestía de metálico fue tan apremiante que incluso se establecieron impuestos pagaderos en oro y plata.

La reducción del metal noble en la moneda circulante, que puede entenderse en términos actuales como una devaluación, ocasionó un aumento considerable de los precios en el mercado. Los productores buscaban con ello minimizar la rápida depreciación de la moneda transfiriendo las pérdidas a los consumidores. Paralelamente, se produjo una retracción de la economía monetaria ante el avance de otras formas de comercio basadas en el trueque de especies. Este dato fue interpretado como una demostración de la decadencia de las ciudades y la vida urbana, síntoma del retorno a una economía primitiva. No obstante, el intercambio monetario siempre habría convivido con otras formas y medios de comercio.

En estas circunstancias la totalidad de las contribuciones, que reclamaba el Estado, pasaron a recolectarse en especie. Para ello fue necesario delinear una compleja red de funcionarios de la administración imperial encargados de estimar con precisión el tributo en cada región, con el fin de adecuar las requisas a las necesidades. Una de las consecuencias de las contribuciones en especie fue la ineludible descentralización de los lugares de acopio y distribución. El incremento de los oficiales de gobierno contribuyó a agravar la situación fiscal puesto que aumentaba el número de retribuciones que el Estado debía realizar. El sistema era muy oneroso para la población local y, en ocasiones, las

comunicaciones lo tornaban en extremo lento ocasionando graves problemas de suministro. Diocleciano, en el año 294, emprendió una nueva reforma monetaria que implicó la introducción de una moneda de bronce (*follis*) cuya equivalencia con el denario se encuentra actualmente muy discutida. Modificó la ratio de la moneda de plata cuyo contenido se estableció en uno sobre noventa y seis por libra, al tiempo que redujo el áureo de uno sobre cuarenta y cinco a uno sobre sesenta por libra. Las escasas emisiones de monedas de oro minimizaron la eficacia de la medida puesto que se incrementó el uso de las monedas de menor valor, cuyo contenido de metal no era determinante en la asignación de su valor. En septiembre de 301, ensayó otra reforma monetaria, destinada a apreciar los valores nominales asignados al circulante. En virtud de ello, el *argentus* pasó de 50 a 100 denarios. De esta forma los usuarios de la antigua moneda veían duplicado su poder adquisitivo, puesto que la ley establecía que las deudas debían pagarse a razón de los viejos valores.



Ilustración 2. Moneda de plata acuñada en Roma entre los años 295 y 297. En el anverso se muestra el busto del emperador mirando hacia la derecha y en el reverso los cuatro tetrarcas sacrificando sobre un pequeño altar en forma de trípode, situado frente a la puerta de entrada de un campamento militar que tiene seis torreones.

El aumento del dinero circulante, paralelamente al incremento del valor del numerario, ocasionó una fuerte subida de precios motivada en parte por la escasa oferta de mercancías, cuyo destino principal era el abastecimiento del ejército y la paga de los funcionarios. En consecuencia, a finales del año 301, Diocleciano promulgó un edicto de precios máximos con el cual intentaba controlar la especulación y el gasto

desmesurado que provocaba la restricción de la oferta a través del aumento de precios. El edicto también establecía una baja en los salarios y sanciones para todos aquellos que transgredieran las normas.

Otro de los aspectos de la crisis económica fue la disminución de la productividad agrícola. Las contribuciones en especie recaían principalmente sobre la tierra, arruinando a los pequeños propietarios y colonos sobre los cuales pesaba la carga de sobretasación fiscal y las exacciones extraordinarias. El abandono de las tierras fue completado con una perceptible baja demográfica producto de la guerra y las epidemias que se abatieron sobre toda Italia y las provincias centrales desde el año 250. Con mayor precisión, el siglo tercero mostró la reconversión de las estructuras agrarias que, bajo la formalización de nuevas figuras jurídicas de sujeción a la tierra, cobró un renovado impulso.

Las tierras abandonadas pasaron a ser parte de la gran propiedad. Esto no quiere decir que la pequeña propiedad desapareciera en su totalidad, sino que la unidad de producción organizada para el autoconsumo perdió importancia en el contexto de una fuerte acumulación de tierras. Los emperadores comprendieron la necesidad de asegurar la continuidad de la producción agrícola y para ello tuvieron que garantizar la disponibilidad de mano de obra. La legislación imperial

delimitó la situación de la tenencia de la tierra. Por un lado, el beneficiario de las leyes agrarias que recibía en propiedad la tierra pública con la obligación de mantener la producción y no abandonar el cultivo. Por otro, el colono que no poseía título de propiedad, pero sí la tenencia de la tierra para explotación independientemente del régimen o forma de producción. El plazo convenido para éstos últimos era, por lo general, de cinco años y afectaba tanto a las tierras no cultivadas como a las abandonadas.

Ahora bien, para poder garantizar la reproducción del sistema lo que el Estado demandaba debía guardar cierta relación con lo que se producía. Un delicado equilibrio que en la práctica nunca fue alcanzado, puesto que el sistema se retroalimentaba de manera tal que cualquier reforma destinada a aumentar la percepción de recursos implicaba un aumento proporcional en la organización burocrática. No obstante, Diocleciano se encargó de institucionalizar el sistema de contribuciones con la intención de obtener un parámetro que permitiera calcular los ingresos del Estado y moderar las requisas, que indiscriminadamente se realizaban según las necesidades del momento.

Diocleciano, solicitó el más completo censo de los recursos del Imperio en el año 287. En primer lugar, ordenó una revisión de los catastros de las ciudades para obtener el número de contribuyentes y

el valor de la contribución. En segundo lugar, contrastó estos datos con la naturaleza de la tenencia de las tierras, así como también la calidad de las mismas.

El sistema impositivo romano se basaba en una unidad abstracta de tributación que gravaba tanto las cabezas individuales —en la que se incluía individuos y animales— (*capitatio*) como las unidades de tierras (*iugatio*). La determinación de la contribución por cabeza implicaba asignar un valor a cada unidad generalmente un *caput* por cada varón adulto, medio en el caso de las mujeres y una fracción menor para los esclavos. En relación a la tierra, las unidades de cálculo, *iugum*, comprendían el terreno cultivable o cultivado de las propiedades declaradas. Para determinar el valor de la contribución fiscal, el procedimiento implicaba una operación por la cual se tomaba el monto imponible de una circunscripción dividido por el número de *capita* censados en ella. El sistema se caracterizaba por establecer una fiscalidad progresiva en la que el importe de las contribuciones era proporcional a las unidades imponibles censadas.

El Estado romano, para hacer frente a sus gastos, estaba obligado a mantener ciertos niveles de producción, por lo tanto tendió a organizar las fuerzas productivas mediante la adscripción obligatoria a determinados oficios como agricultores, artesanos comerciantes y

cargos administrativos. El resultado no fue el deseado y el Estado se vio forzado a organizar sus propias redes artesanales y mercantiles — mantenía fábricas, canteras, protegía el comercio— para asegurar el abastecimiento. Así se forzaban ciertos mecanismos de producción e intercambio, pero se perturbaba la libre iniciativa.

Cuestiones culturales

El siglo III muestra elementos tanto de continuidad como de ruptura con la tradición clásica precedente. La caracterización de sus componentes esenciales, basada en la adjetivación comparativa entre dos períodos —uno supuestamente brillante y otro aparentemente decadente— permite dar cuenta del horizonte cultural al cual remite el imaginario social, en este caso, signado por el omnipresente pesimismo y la incertidumbre. En este sentido, el momento de mayor expansión del territorio de dominio romano, se convirtió en el recuerdo imperecedero de una época de gloria que fenecía ante los cambios producidos a lo largo de la centuria que nos ocupa. Sin embargo, los parámetros enunciados son poco operativos para comprender y explicar el proceso, entendido la mayor parte de las veces, como una transición.

Por un lado, se reafirmó la educación clásica como horizonte cultural realizable que, desde un punto de vista ético y moral, fundía a

las clases altas con los más elevados representantes del pensamiento político y filosófico. La educación continuaba moldeando la mentalidad de aquellos que aspiraban a reconstituir una base coherente de ideas en un período en que las tradiciones eran fuertemente contrastadas y cuestionadas. En lo que refiere a la literatura no fue un siglo prolífico, exceptuando algunas notables excepciones como Dión Casio, Herodiano o Cipriano de Cartago. En particular, éste último centró su atención en cuestiones doctrinales pero su obra informa de manera general, sobre aspectos económicos y sociales del período. En cambio, florecieron la escultura, los retratos y las pinturas con detalles de realismo que adornaban las salas de las grandes residencias rurales y urbanas. En ellas los senadores seguían patrocinando la filosofía griega de corte pagano. De manera análoga, emergió una literatura cristiana que reflejaba las divergencias dogmáticas, producto de las tendencias seguidas por las diversas comunidades, cada una de las cuales tenía su propia definición de la ortodoxia, la heterodoxia y la herejía.

Por otro lado, en términos culturales, se moldeó una nueva sociedad romana, en la cual, la condición de súbditos modificó los patrones de comportamiento básicos que habían caracterizado el ejercicio de la ciudadanía en el marco del Imperio. Las demostraciones típicas de exterioridad, concebidas como representaciones del prestigio y el

servicio personal a la ciudad, perdieron significado en el marco de un sistema de asignación de funciones que no dependía ya de la comunidad cívica, sino que estaba exclusivamente determinada por el propio emperador o sus delegados.

La originalidad del período radicó en la instauración de una concepción del poder que modificó la posición de los grupos sociales encargados de sustentar y dirigir el Imperio. Las formas tradicionales de integración política de la comunidad quedaron, en la práctica, derogadas por la extensión del derecho de ciudadanía. La competencia personal que animaba a los hombres prominentes a servir a sus congéneres, con el fin de obtener la consideración de los mismos, fue reemplazada por las demostraciones de lealtad dirigidas al emperador.

El cambio tuvo consecuencias notables en las prácticas sociales, las formas de comportamiento cívico, el paisaje urbano y la sensibilidad religiosa. Estos aspectos permiten vislumbrar las transformaciones culturales que lejos están de demostrar una crisis sin solución, sino que por el contrario advierten acerca de la capacidad de redefinición del Estado.

Durante todo el período se registró una disminución de las construcciones públicas que ornamentaban las ciudades, sumado al descenso del número de inscripciones epigráficas. Sin embargo, el

impacto sobre las fortunas personales debe haber sido menos devastador de lo que se supone, puesto que continuaron existiendo personas capaces de fomentar y contribuir al desarrollo de la ciudad bajo otros parámetros. El dinero utilizado en construir edificios públicos fue destinado a fortalecer las defensas de las ciudades, sus murallas y templos. Una consecuencia lógica derivada de las incesantes guerras y enfrentamientos militares. En las villas florecían las residencias de senadores y *virii* militares que adquirían tierras, en este último caso, fruto del notable incremento de recursos obtenidos por sus servicios. Además, el mantenimiento de los monumentos suponía una onerosa carga para aquellos encargados de recoger los impuestos y proveer el avituallamiento militar, incluso en detrimento de sus recursos personales.

La unidad teórica del Imperio ocultaba una realidad plural y multiforme en la cual convivían pueblos con diversidad de orígenes y lenguas. El latín compartía su hegemonía con el griego, preponderante en ámbitos urbanos de Oriente, junto a otras lenguas como el demótico en Egipto, así como en todo el Imperio las lenguas demostraban la pervivencia de las tradiciones locales.

Las transformaciones sociales propiciaron cambios en el paisaje urbano cuya manifestación más evidente fue la fisonomía de las ciudades. La brecha económica y cultural se profundizó entre Occidente y

las ricas provincias del norte de África y Cercano Oriente. La interrupción de las vías comerciales encareció el flujo de bienes suntuarios que, en otro tiempo, habían enriquecido las calles de las capitales y demostraban el poder de sus notables. Las provincias centrales del norte de África, en particular Numidia y África proconsular, experimentaron un fuerte crecimiento del número de asentamientos y la expansión de los núcleos urbanos, lo que pone en evidencia el incremento de la población y la producción agrícola que la sostenía. Las ciudades más prósperas del sur de Libia, Grecia y Oriente Próximo sobrepasaron a Hispania y al sur de la Galia. Mientras que la mayoría de las ciudades de Italia, la Galia belga, Germania y el norte de Europa, en la frontera del Rin, se contrajeron replegándose tras las murallas.

Entre los cambios culturales producidos, la expansión y consolidación del cristianismo es uno de los procesos más notables del siglo III, cuanto más manifiesto, por las grandes persecuciones de las comunidades cristianas y su jerarquía eclesiástica. El sincretismo que caracterizó a la religión politeísta romana había permitido, hasta ese momento, incorporar fórmulas religiosas que renovaban la experiencia espiritual, sin entrar en contradicción con el orden que venía a cimentar. En efecto, el principio fundamental que guiaba el culto a los dioses era la preservación de la paz con el mundo divino, el cual aseguraba la

prosperidad y grandeza del Imperio, a través de la estricta observancia de los rituales.

Junto a esta religiosidad oficial, fuertemente formalizada, convivían una innumerable cantidad de prácticas populares, consideradas por la élite simples supersticiones, destinadas a salvar la distancia que separaba los intereses del individuo con los de la comunidad. La difusión de oráculos y la proliferación de adivinos, manuales de astrología, libros de sueños y tratados de magia demuestran la necesidad de ampliar el espectro de recursos con los cuales mermar la incertidumbre sobre el futuro.

En el siglo tercero se manifestó un cambio más profundo en la actitud de las personas que pareció reflejar un retraimiento de la vida pública a la cual habían aspirado los hombres en el pasado. En las clases bajas el espíritu dominante que guiaba la búsqueda espiritual era la salvación de una vida que presentaba estrepitosos portentos. En este sentido, las denominadas religiones místicas —entre las que contaban los extendidos cultos a Mitra, Eleusis y Deméter— proporcionaban un mensaje de protección y salvación para la comunidad de fieles, que encontró amplia aceptación. El individuo, tras una iniciación en la que alcanzaba la revelación, pasaba a formar parte de un grupo que se constituía en un apoyo social inestimable.

En este contexto, la expansión del cristianismo parece menos sorprendente puesto que el avance hacia el monoteísmo aparecía prefigurado desde diversas perspectivas. En primer lugar, el culto al emperador, en nombre del cual se realizaban sacrificios, se convirtió en el instrumento más utilizado para mantener la cohesión ideológica del Imperio. En este sentido, la identificación del emperador con el Sol Invicto habría promovido una especie de jerarquía divina que ponía de relevancia la primacía de Júpiter por sobre el resto de los dioses. En segundo lugar, en ámbitos letrados del estoicismo el universo era producto de un dios, una divinidad suprema de la que se desprendían el resto de los dioses. En tercer lugar, el impacto del platonismo medio que concebía la existencia de divinidades intermedias entre un dios superior y los hombres. Más tarde el neoplatonismo, en particular con Plotino como una de sus figuras más relevantes, desarrolló una concepción en la que del Uno trascendente e incognoscible derivaba la inteligencia, el pensamiento múltiple y el alma eterna del mundo.

El cristianismo ofrecía un discurso simple que rápidamente se difundió entre las capas más bajas de la sociedad y terminó por erigirse como una alternativa ideológica. Jesús había predicado la venida del reino de Dios para la comunidad de fieles. Este mundo no se imponía

en la corrompida sociedad, sino que era alcanzado gracias al desprendimiento material y corpóreo de las ataduras temporales. La ley divina a través de la cual los hombres pretendían conseguir la paz y el bienestar, que auguraba la proximidad de Dios, implicaba la desaparición de las barreras sociales. En efecto, los hombres se manifestaban iguales en su naturaleza ante los ojos de Dios.

Las divergencias entre las diversas comunidades cristianas hablan de un fenómeno plural en el que convivían un conjunto de tradiciones. Sin embargo, desde los primeros tiempos, a diferencia de otras religiones de tradición local, los cristianismos se caracterizaron por una marcada pretensión universalista. El Dios único y trascendente excluía del universo religioso a los antiguos dioses paganos y asumía la soberanía como una revelación de la verdad.



Ilustración 3. El *Buen Pastor* (mediados del siglo III). Catacumbas de Priscila.
Arte paleocristiano.

Desde el punto de vista de la mentalidad romana el cristianismo era un elemento rupturista que amenazaba la unidad del Imperio. El alejamiento de las antiguas tradiciones y de los deberes cívicos se encontraba entre las principales causas que explican las persecuciones desatadas contra las comunidades cristianas.

En la primera mitad del siglo los decretos imperiales tuvieron un impacto relativo, puesto que el Estado no disponía de los medios para efectivizar las medidas dispuestas. Estos condenaban principalmente las manifestaciones públicas de las comunidades cristianas. En el año 202, Septimio Severo prohibió el proselitismo, fuera judío o cristiano, ya que advertía la peligrosidad del crecimiento del número de seguidores y su capacidad de organización. Luego Maximino comprendió que eran las jerarquías eclesiásticas las que otorgaban cohesión al grupo y, por lo tanto, ordenó que fueran perseguidas. Los edictos no lograron el efecto esperado, pese a la persecución el cristianismo continuó expandiéndose.

En la segunda mitad de la centuria, la política pareció ser mucho más contradictoria puesto que la intransigencia se revelaba mediada por un período de tolerancia. En el año 250, el emperador Decio promulgó un edicto que obligaba a todos los ciudadanos a realizar los sacrificios en nombre del Estado y estableció graves penas para todos aquellos que no cumplieran la orden imperial, cuya trasgresión ameritaba la pena de muerte. Esto produjo una fractura entre los que renegaron de la fe cristiana para eludir el castigo y los que lo hicieron sin abjurar de su religión. Valeriano decretó la persecución de las jerarquías y la confiscación del patrimonio eclesiástico. En este contexto,

muchos cristianos fueron martirizados en Roma, África, Hispania y Oriente. Apenas tres años después, en el 260, Galeno reconoció una situación que se daba de hecho y publicó un edicto de tolerancia con el cual intentaba recuperar la paz con la Iglesia.

Si al comienzo el cristianismo no había reportado un interés particular para Diocleciano, la influencia de Galerio, acérrimo defensor de las tradiciones religiosas paganas, motivó la acción del tetrarca. La restauración de la unidad imperial debía asegurarse por todos los medios y las divisiones religiosas ameritaban una solución. Al cabo de un año, del 303 al 304, promulgó cuatro edictos sucesivos. El primero de ellos afectó los bienes materiales de la Iglesia, ordenó la destrucción de los lugares de culto, libros y vasos sagrados, así como también, la persecución de los funcionarios cristianos. El segundo edicto decretaba la encarcelación de todo el clero. También previó, por medio del tercero, la reincorporación a la comunidad de todos los cristianos que sacrificasen en nombre del emperador. Por último, ratificó la obligación de todos los habitantes del Imperio a realizar sacrificios a los dioses paganos bajo la amenaza de pena de muerte o deportación.

El impacto de la persecución a los cristianos muchas veces borra las marcas de otros grupos, como los maniqueos, que fueron reprimidos con dureza. En el año 297 Diocleciano promulgó un edicto contra

esta religión, procedente originalmente de Persia, acusando a los seguidores de entablar vínculos peligrosos con el Imperio sasánida.

La inestabilidad política fue el elemento catalizador de los cambios producidos a nivel económico, social y cultural. Las condiciones para salvaguardar la existencia del Estado romano incrementaban la presión sobre las estructuras que debían operar el cambio.

El siglo IV

Cuestiones políticas

Durante el siglo IV en el Imperio romano gobernaron veintitrés emperadores, incluyendo quienes lo hicieron en simultáneo por la particular forma en que se había organizado el Imperio. Dos de ellos, Diocleciano y Constantino, están asociados a la implementación de una serie de medidas que decidieron el rumbo del Imperio durante los dos últimos siglos. A lo largo de cincuenta y tres años, desde que asumió Diocleciano, tuvieron la voluntad y la capacidad de reorganizar el Imperio.

Diocleciano accedió al trono imperial en el año 284 aclamado por el ejército, lo cual manifestaba la tendencia que se siguió para la elección de los emperadores desde 235 y que es vista por la historiografía con la denominación de “anarquía militar”. La situación que debió enfrentar al momento de su llegada al poder era grave en diferentes aspectos: las fronteras exteriores estaban rotas, los germanos y los persas se habían introducido en los territorios romanos aprovechando que el ejército se había mantenido en las regiones del norte y del noreste

en situación solo defensiva; en el interior, la violencia encontró su contraparte en luchas civiles por el poder, que llevaron a numerosos conflictos sociales; la economía sufrió los desajustes de las guerras, lo que ocasionó una depresión manifestada en la disminución de la producción agrícola e industrial así como una inseguridad general, inflación y baja en la población.

Como se ha explicado en el siglo III, para evitar los males derivados de la debilidad de la sucesión imperial, Diocleciano implementó la *tetrarquía*. Sin embargo, la larga duración de su reinado otorgó al período prosperidad política y militar que ayudó a legitimarlo. En el año 305 Diocleciano y Maximiano renunciaron, Galerio y Constancio Cloro fueron proclamados augustos y se nombró césares a Maximino Daya y a Severo. Al ponerse en funcionamiento la maquinaria de traspaso, comenzaron las luchas por el poder dado que se carecía de una

figura fuerte que lo liderara y se había dejado de lado al hijo de Maximiano, Majencio, y al hijo de Constancio Cloro, Constantino. Esto no era extraño pues el principio de la tetrarquía era la cooptación, la elección participativa en el poder y el parentesco adoptivo.

A la muerte de Constancio, en Britania, Constantino fue proclamado emperador por las tropas de su padre y luego reconocido por Galerio como César; por su parte, la plebe de Roma proclamó emperador a Majencio. En el 308, a la muerte de Severo, el Imperio llegó a tener cuatro augustos. Finalmente, Constantino venció a Majencio en la batalla de Puente Milvio y en el 313 fue designado por el senado *primus Augustus*. De esta manera Constantino obtuvo el dominio de la parte occidental del imperio, en tanto que Licinio mantuvo la oriental. En el 324, Licinio fue derrotado y la unidad del Imperio quedó restablecida bajo el mando de Constantino.

La obra de Constantino en materia religiosa es considerada revolucionaria puesto que otorgó al cristianismo la calidad de religión válida dentro del Imperio y su conversión le proporcionó ser una religión favorecida. Hasta el siglo IV el cristianismo había sido una religión más, sin embargo, fue perseguida varias veces gracias a las decisiones de sus miembros de evitar participar en las festividades políticas, y en última instancia, por Diocleciano que en el año 303 inició una

de las persecuciones más severas, aunque su desarrollo en las diferentes regiones fue irregular. Esto era lógico por el marco de la ideología de la tetrarquía que llevó a buscar un control sobre las creencias y una sanción moral a quienes no aceptasen el carácter religioso de la autoridad tetrárquica. En 311 Galerio ordenó el cese de la persecución. El Edicto de Milán establecido en 313 confirmó la tolerancia religiosa, es decir, tratar a los súbditos paganos y cristianos en pie de igualdad. Aunque fue atribuida a Constantino, se trató en realidad de una carta imperial enviada por Licinio y promulgada por convención en el nombre de los dos.

Este edicto sería muy importante debido a las repercusiones que tendría el hecho de que Constantino se convirtiera al cristianismo. Esta conversión ha sido un tema especialmente controvertido pues se discute su sinceridad, su oportunismo político o si fue el punto de llegada de la evolución de la idea monoteísta anterior del emperador. Lo cierto es que como integrante de la Tetrarquía participó de la ideología religiosa que sustentaba el sistema, más tarde fue ferviente devoto del culto al Sol-Apolo y a partir de 315 fue evidente su acercamiento al cristianismo. Después del 324 ya era cristiano, poniéndolo de manifiesto en sus decisiones políticas y, a partir del 330 prohibió a los funcionarios que realizasen sacrificios a los dioses. Constantino había

triunfado en un imperio unificado, de la misma manera que el dios único y verdadero de los cristianos se imponía sobre los dioses paganos. El emperador fundamentaba su poder en una teología política en la que el cristianismo aportaba elementos fundamentales: todo poder viene de Dios y el emperador, ser mortal, recibe el mandato de gobernar este mundo. Un siervo de Dios elegido para cumplir su obra de en la tierra.

Se relaciona con las ideas citadas, la fundación, por parte de Constantino, de una nueva capital: Constantinopla. Roma era una ciudad predominantemente pagana, con una ubicación alejada de las fronteras y centrada en el Mediterráneo occidental, menos importante y rico que el oriental. La “nueva Roma” cristiana, fundada en el 330, tenía una posición mucho más ventajosa pues dominaba el estrecho que conectaba el Mediterráneo con el mar Negro y era el puente de unión entre Europa y Asia.

Desde la muerte de Constantino en 337 sus hijos —Constantino II, Constancio II y Constante— continuaron reinando con un Imperio dividido. Constantino II murió y Constancio y Constante se dividieron el Imperio. Constante, que se había encargado de Occidente, falleció en 350, por lo que Constancio II reinó solo y sin heredero hasta 361,

siguiendo los lineamientos generales dados por su padre, con la diferencia de que apoyó a la secta arriana.

A su muerte lo sucedió Juliano (361-363) que era hijo de Julio Constancio, uno de los hermanastros de Constantino, quien salvó la vida junto a su hermano mayor de la masacre que se efectuó contra su familia a favor de los hijos de Constantino. Educado en el cristianismo se inclinó a las tradiciones paganas y por eso se lo conoce como “el apóstata”. Su historia está asociada con la guerra contra germanos y persas, ante los cuales muere en el año 363. Sin herederos al trono, un grupo de dignatarios eligió, en el mismo campo de batalla como emperador a Joviano (363-364), militar y cristiano moderado quien se vio en la difícil situación de tener que negociar condiciones de paz que incluían la cesión a Persia de una fortaleza fronteriza en Nisibis. La paz, aunque desventajosa, era necesaria para poder centrarse en los asuntos internos y restablecer el cristianismo.

Muerto Joviano en el viaje de regreso de la campaña militar contra Persia, fue elegido emperador Valentiniano, un oficial panonio. Este designa como segundo augusto a su hermano Valente y dividen el imperio en 364. No se trataba de la habitual división jurisdiccional bajo la sombra de un poder imperial único, sino que se reparten las

provincias, los ejércitos, los recursos y el poder imperial. Valentiniano gobernó Occidente y Valente Oriente.

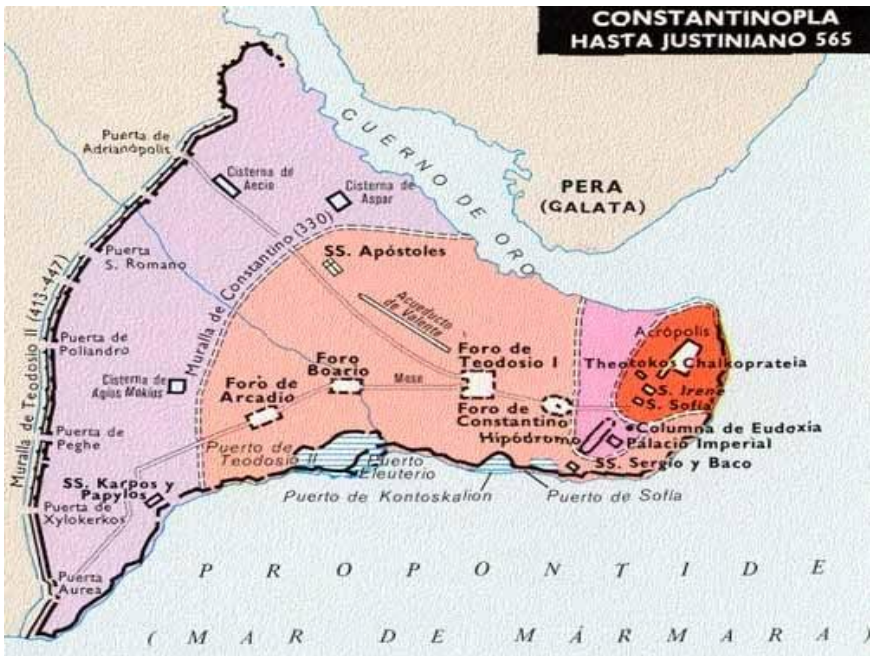
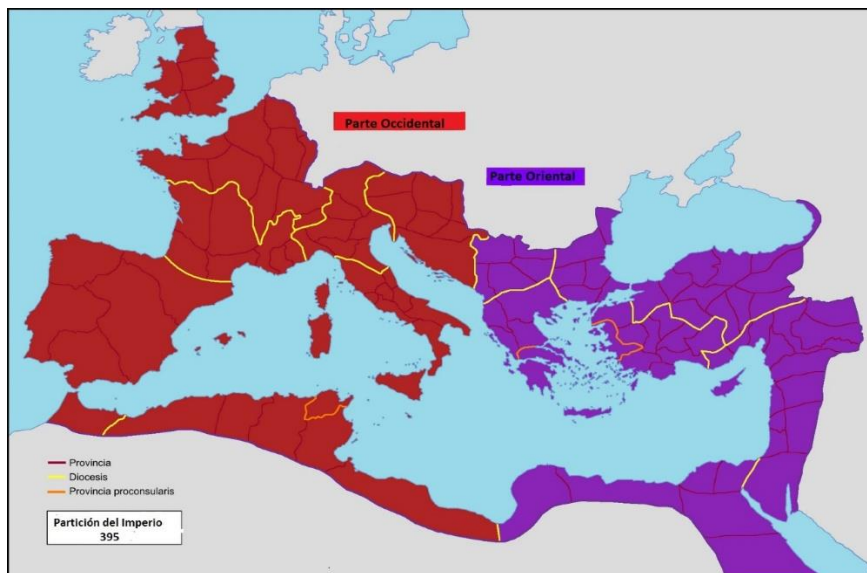


Ilustración 4. Plano de Constantinopla, fundada por Constantino, con una posición privilegiada sobre el mar.

Valentiniano, quien gobernó hasta el año 375, tuvo que defender las fronteras del Rin y el Danubio para lo cual construyó grandes defensas; fue un gran campeón del cristianismo “ortodoxo” que se propagó por

Occidente y a su muerte le sucedió su hijo Graciano. En Oriente, Valente gobernó hasta el año 378, en el que fue vencido por los godos en Adrianópolis y murió en la batalla. Se hizo cargo de Oriente Teodosio, de origen hispano, quien reinó hasta 395. Durante su reinado y luego de varios encuentros con los godos, decidió negociar con ellos. Ya hacía tiempo que fuertes contingentes bárbaros servían al ejército romano y, por lo tanto, creyó que era conveniente asentar y pacificar a aquellos que habían entrado al Imperio teniendo como marco legal la firma de un *foedus* (382). A través de este convenio, los godos serían una nación independiente unida a Roma por una alianza y con la obligación de servir como federada. Ambos emperadores implementaron una política tendiente a la unidad religiosa del Imperio bajo el cristianismo y la represión del paganismo.

En Occidente, en el 383 Graciano fue asesinado, se sucedieron varios emperadores hasta que Teodosio logró controlar la situación (395) y quedó como único emperador. Pocos meses más tarde murió y quedaron a cargo del Imperio sus dos hijos: Honorio, que recibió Occidente y Arcadio al que le correspondió Oriente.



Mapa 3. Partición del Imperio en forma definitiva en 395 por iniciativa de Teodosio: Oriente con capital en Constantinopla y Occidente con capital en Roma.

Las dos problemáticas que marcaron el siglo desde el punto de vista político fueron la cuestión religiosa y las invasiones germánica y sasánida. En cuanto a la primera, el siglo IV fue fundamental para la conformación del dogma “católico”. Convivieron a lo largo del siglo, con gran incidencia en la política por un lado el antiguo paganismo, —conservado en rituales del Estado y en la práctica cotidiana de amplios sectores de la población—, que pasó de ser la religión del Estado a una práctica prohibida, y por el otro el cristianismo que había tenido una

notable expansión y que pasó de ser una religión perseguida por Diocleciano, a ser aceptada por Constantino y a transformarse en la religión oficial del Imperio con Teodosio. Dentro del cristianismo se iría conformando el dogma “católico” y dejando fuera de él a quienes no aceptaban los términos de ese dogma. El principal dentro de esos grupos fue el arrianismo.

La cuestión ocupó buena parte de la política oficial de Constantino pues se adentró y actuó en defensa de la ortodoxia cristiana confirmada en el Concilio de Nicea en 325. Este conflicto amenazó la unidad del Imperio, hubo guerras civiles y pérdidas de lealtades políticas. El problema se extendió desde 318 hasta 381 en que fue condenada como herejía en el concilio de Constantinopla. Sin embargo, el papel del emperador fue central en la resolución del conflicto y una de las consecuencias más graves fue la conversión al arrianismo de numerosas tribus germánicas, cuya creencia pasó a ser una marca de identidad.

La segunda cuestión, las invasiones germanas y sasánidas, tiene su momento de mayor crisis con la presión hunna sobre la frontera este, especialmente en el último cuarto del siglo, en que el Imperio se vio imbuido de una serie de invasiones violentas que lograron romper el *limes* romano. Sin embargo, ya Constantino había pasado los primeros

años de su reinado dirigiendo un ejército romano contra las tribus de los francos en la Galia. También con él se habían desarrollado hostilidades entre Roma y la Persia sasánida, la cual dejó a su hijo Constancio II una herencia de campañas en Mesopotamia. Juliano continuó las campañas en la Galia derrotando a los alamanes y atacando a los francos, aunque la situación se tornó difícil puesto que el ejército romano no era superior al de los bárbaros y los problemas que planteaba a largo plazo entrañaban una peligrosa mezcla de acciones militares, iniciativas diplomáticas y concesiones.

Los godos, por un lado, representaron un peligro cuando entraron al territorio romano. El mayor desastre fue la batalla de Adrianópolis en la que fue derrotado y muerto el emperador Valente; junto a otros pueblos, como los francos y los alamanes, se constituyeron en un factor a tener en cuenta. Hacia el siglo IV era evidente que tenían un gran control sobre zonas al norte del mar Negro, entre el Danubio y el Don. Los visigodos comenzaron un *raid* desde los Balcanes hasta Italia que tendría graves consecuencias en el siglo siguiente. Alanos y vándalos, por otro lado, fueron los dos grupos que iniciaron un recorrido por diferentes provincias latinas para asentarse y provocar, lentamente, la separación del territorio. Teodosio, al final del siglo IV, efectuaba un tratamiento que era

habitual en la relación con estas tribus: el ofrecimiento de dinero y provisiones y la firma del *foedus* al que se ha hecho referencia

En cuanto a los persas, las guerras entre estos y Roma eran las de dos Imperios que estaban en un estado de guerra casi constante, situación que se mantuvo hasta el siglo VII. La zona oriental carecía de una frontera natural por lo que se debieron organizar fuerzas permanentes con Diocleciano. Durante todo el siglo IV los ataques se concentraron en Mesopotamia: los persas atacaron con regularidad esas ciudades o exigieron una satisfacción económica considerable a sus habitantes, a quienes el ejército romano muchas veces dejaba solos para su defensa.

Para hacer frente a los problemas citados se realizaron reformas en el plano militar. Así, Diocleciano instauró una serie de cambios, que incluyó una reorganización administrativa del territorio y la presencia de unidades especiales dentro del ejército: tropas de choque, divisiones de infantería de asalto, una guardia de *corps* imperial. Su estrategia era el retorno a fronteras estables, la construcción de vías y fortificaciones, un sistema de reclutamiento anual, entre otras cosas. Constantino estableció un cambio fundamental en la estrategia romana: organizó un gran ejército de campaña móvil (quizá de cien mil soldados o más) con tropas sacadas de las fronteras, con lo cual las

dejaba debilitadas. La defensa partía de la idea de que las fronteras no eran impenetrables y que los ataques exteriores podían sobrepasarla. En tanto, estas invasiones podían ser contrarrestadas mediante el sostenimiento de un sistema de fortines con una unión fuerte y un ejército móvil dentro del Imperio. Los primeros resistirían el ataque contando para ello con provisiones mientras que el segundo se apresuraría a llegar hasta el lugar atacado cuanto antes. A nivel general esta estrategia dio resultados positivos aunque con dos consecuencias: la tropa móvil pasó a ser central en los enfrentamientos y se esperaba que hiciera el gasto de lucha, mientras que la fronteriza cayó en un lugar muy secundario; se socavó a la infantería romana puesto que las unidades móviles junto con la caballería, tendieron a ser favorecida.

Cuestiones sociales

El siglo III fue el siglo que promovió importantes cambios en la organización de la sociedad romana que había funcionado en el Alto Imperio, con sus estamentos privilegiados a un lado y las masas de la población humilde al otro. Ya desde Constantino se impuso la idea de que la población se dividía en tres grupos principales y el Código Teodosiano habla de *possessores* (poseedores de tierras, rentas y privilegios), *curiales* (quienes tenían a su cargo el gobierno de las ciudades) y *plebei*.

El Estado romano tardoantiguo intervino en la escala social para garantizar la permanencia de ciertas estructuras que eran beneficiosas para sus intereses. A este respecto se encuentra toda una legislación que fijaba el carácter hereditario de la pertenencia a ciertos grupos y subgrupos, como los *coloni* y los *curiales*. Por ello, en obras antiguas aparece esta sociedad denominada como “sociedad de castas”. Sin embargo, los últimos avances en el período tardoantiguo desmerecen esta contemplación y autores como Cameron han dado un vuelco a estas consideraciones ampliando sus perspectivas de que la movilidad social era un hecho cierto, e incluso en ocasiones promovido por el mismo Estado cuyo discurso no lo evidencia.

El grupo más alto en la escala social era la clase senatorial que se benefició de la crisis del siglo III incrementando su riqueza. Estos terratenientes tenían al menos una casa en la ciudad, en la cual vivirían rodeados de lujos, además de grandiosas fincas que muchas veces ni siquiera pisaban cuyo mantenimiento era costoso puesto que tenía gran cantidad de subalternos y un complicado sistema de producción y suministro de bienes. Como rasgo típico del Bajo Imperio, estos terratenientes se dedicaban a buscar el beneficio propio con otros individuos de su misma posición, y a efectuar transacciones que representaban dadivosidad y ostentación. En este sentido, el marco en el cual

se realizaban las negociaciones no sobrepasaba el de sus latifundios o el de sus amigos con lo que la relación económica tenía una apariencia de tipo patronal.

Los senadores y su clase se vieron incrementados durante el siglo IV, gracias a la creación de un segundo senado en la nueva ciudad de Constantinopla creada por Constantino, que se sumaba al romano. La vieja clase ecuestre cayó en desgracia y acabó desapareciendo cuando sus funciones fueron asumidas por los senadores. Hacia el año 372 Valentiniano I estableció una jerarquía de *clarissimi*, cuya cabeza eran los *spectabiles* y, por encima, los *illustres*; cada uno de estos títulos desempeñaba determinados cargos y privilegios que pronto se vieron incrementados. El senado de Constantinopla estaba formado por *homines novi*, a diferencia del romano cuyas familias eran muy ricas y con pretensiones de pertenecer a los linajes prestigiosos, con lo cual se entablaron diferencias y enfrentamientos entre estos y el gobierno imperial, cuestión que fue evitada en la nueva capital. Empero, los senadores orientales también fueron incluidos en las exenciones tributarias, y, al igual que los occidentales, mantuvieron muchos de los privilegios del estatus senatorial.

El papel desempeñado por los nuevos senadores era muy diferente del desempeñado durante el Alto Imperio. Durante el siglo III,

Constantino empleó a miembros de las grandes familias romanas en su administración: como *correctores*, gobernadores de las provincias italianas, prefectos de la ciudad de Roma y en los puestos que ya eran honoríficos, de cónsules.

Los grupos dirigentes en las ciudades eran los *curiales*. Las invasiones, destrucciones, inflación y progresiva ruralización redujeron el poder y el bienestar económico de las ciudades, lo que produjo un mayor intervencionismo estatal que limitó su autonomía y los grupos que las gobernaban comenzaron a sentir la presión y las magistraturas se transformaron en unas pesadas cargas. El gobierno incluso dictaba medidas para obligarlos a sostenerse en sus cargos, puesto que tenía necesidades económicas y administrativas que ellos solventaban. La idoneidad era fundamental ya que sobre ellos recaían las responsabilidades financieras y las obligaciones fiscales a nivel local.

Dentro de la sociedad que tenía un alto grado de movilidad, los cargos oficiales y cortesanos mostraban una tendencia natural a incrementarse a causa de la atracción que ejercían. La burocracia y el ejército son las dos instituciones que se vieron afectados por esta movilidad, que además vino de la mano del Estado. La Iglesia acabó por sumarse a esta escala. Una de las vías clave por las cuales se veía ascender a determinados individuos era la educación, uno de los ejemplos más

claros está representado por san Agustín, de quien tenemos considerable cantidad de fuentes y puede hacerse una lectura bastante aproximada de las relaciones sociales que lo llevaron al lugar donde se situó.

La mayor parte de la población eran los *humiliores*, artesanos, comerciantes asociados profesionalmente por ramos y adscriptos al oficio, y los campesinos. La presión fiscal y el endeudamiento llevaron a que muchos de ellos buscaran protección en alguien más poderoso, dando lugar a un tipo de relación característica de la época que fue el patronazgo. En este caso, encontramos que nuevos individuos con poder secular y también religioso aparecieron para ocupar el lugar de protectores de los más débiles. Esta situación no se puede equiparar a otra de la misma época que es la de los colonos, campesinos no propietarios que desde la época de Diocleciano estaban adscriptos hereditariamente a la tierra. A lo largo del siglo IV, la situación de los colonos se degradó hasta significar, además de la adscripción, una dependencia personal con respecto al propietario, que podía perseguir al colono huido, encadenar a los que supusiera podían intentarlo. El colono pagaba los impuestos al Estado a través del propietario, no podía litigar con este en juicio, ni vender bienes sin su consentimiento. La necesidad de mantener la mano de obra llevaba a muchos

ciudadanos romanos a perder gran parte de sus libertades, aunque las mantuvieran en el plano formal.

Respecto de la esclavitud y del modo de producción esclavista, tan mencionada en la bibliografía y sobre la que hay múltiples opiniones, puede afirmarse que funcionó en Italia, aunque también existía la mano de obra remunerada en los momentos de cosechas, por ejemplo en las grandes haciendas. Sin embargo, y de acuerdo al desarrollo de los diferentes momentos bélicos, que promovía un incremento de la esclavitud, siguió existiendo con variables a lo largo de la Edad Media.

Respecto a la vida cotidiana del Bajo Imperio, las fuentes cristianas incorporan una perspectiva que hasta ahora no había aparecido: la de personas de baja condición social. Si bien se describen como grupo y no por individuos, el clero comenzó a tenerlos en cuenta, por ejemplo, para sus homilías. Asimismo, las mujeres tuvieron un lugar, aunque pequeño, en estas nuevas fuentes. En las leyes aparecían cada vez más como seres débiles y necesitados de protección, y para los Padres de la Iglesia eran fuente de tentación para los hombres. En cuanto a los divorcios, sobre los cuales legisló Constantino, las causales que implicaban el adulterio de la mujer lo justificaban de forma inmediata, en cambio, en las causales masculinas había más contemplaciones.

Cuestiones económicas

Si seguimos el planteamiento de Georges Depeyrot, su mirada de la crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media es negativa. Hacia fines del siglo IV, los fenómenos naturales atentaron contra el crecimiento en el campo, el clima era menos clemente, las epidemias más numerosas y las poblaciones se vieron disminuidas con los desórdenes políticos y las invasiones. Las tierras cultivables sumando al siglo V disminuyeron una tercera parte, dependiendo de las regiones.

La mayor novedad de los siglos del Bajo Imperio fueron las formas que adquirió la intervención estatal en la vida económica. Una de las cuestiones a remarcar es el grado de continuidad entre el período de gobierno de Diocleciano y Constantino. Las reformas iniciadas por aquel se mantuvieron durante el gobierno de Constantino y por ello se notaría una cierta recuperación, favorecida además, por las guerras de los primeros años de su reinado que promovieron se asentara en el poder y trajera calma y afianzamiento.

En cuanto al sistema monetario, fueron tres los factores que influyeron en la evolución del sistema monetario del Bajo Imperio:

- **El Estado:** intentó asegurar ingresos estables y a largo plazo, procuró métodos de percepción de impuestos, mejorar el rendimiento de las recaudaciones y prepararse ante los

problemas de inflación que afectaran a sus recursos. Le interesó que los recaudadores fuesen personas que se hallaran cerca de los contribuyentes para poder pedir con eficacia el pago en moneda, que había sufrido poco deterioro. Estas reformas tuvieron la conformidad de las clases dominantes dado que estaba de acuerdo con sus intereses.

- **La clase dominante:** que por lo general era también la dirigente. El modelo era la propiedad territorial. Las medidas que garantizaban su apoyo eran las que aseguraban también su preponderancia, esto es, el mantenimiento de la renta. Apoyó al Estado en la lucha contra la inflación, en la recaudación de impuestos, ya fuera en dinero, especie o trabajo y en asegurar la estabilidad de recursos, sobre todo los humanos, que representaban contribuyentes, cuyas medidas últimas tuvieron a bien vincular a los campesinos a la tierra.

- **La Iglesia:** intentó adquirir legitimidad económica puesto que en poco tiempo se transformó de secta a religión reconocida. Su camino fue justificar al Estado y a las clases dirigentes y dominantes, con lo cual muy pronto pasó a escudar al nuevo sistema económico. Sus intereses muchas veces

coincidían con los de la clase dominante, de la cual también salía buena parte de su capital humano.

El proceso iniciado por Diocleciano y continuado por Constantino, dio como resultado la introducción de un nuevo sistema monetario en el Imperio romano, que sustituyó la deteriorada moneda de la segunda mitad del siglo III, dada en el marco de las reformas de Caracalla y Aureliano. La moneda de plata (*antoniniano*), que había ido reduciendo su cantidad de plata de forma notable, fue sustituida, gradualmente, por el *solidus* de oro, por una moneda de plata fuerte y emisiones de bronce. Este sistema funcionaba de la mano de otras circunstancias y medidas, como la adquisición por Constantino de los tesoros de sus rivales vencidos, la confiscación de los tesoros de oro y plata de los templos paganos, la exacción de nuevos tributos pagaderos en oro y la compra forzada de oro a los ricos. Las reformas monetarias se fueron sucediendo (Constantino, Constancio II, Juliano, etc.), llegando a las piezas denominadas *nummi*, pequeñas monedas de bronce que durante el final del siglo IV y el siglo V serán el único circulante, junto a las piezas de oro y plata. El sistema no conseguiría la estabilidad necesaria. Sin embargo, nuestra comprensión no es total: las fuentes no brindan seguridades al respecto pues hay discrepancias en la utilización normal del oro y el cobre. Debemos agregar que los estudios han

estimado que a mediados del siglo IV las reservas de oro monetario eran de unas doscientas veinte toneladas y cayeron hacia finales del siglo V hasta unas cien toneladas. Esta desaparición del oro se podría explicar por la progresiva cesación de las estructuras de los circuitos económicos y su evolución desde fines del siglo IV y durante el siglo V.

Aunque Diocleciano había tomado varias medidas para contrarrestar la inflación a través del control de precios y la reforma en la acuñación, durante el reinado de Constantino el problema continuó en ascenso. El alza de los precios evidencia la importancia de las necesidades de oro durante la primera mitad del siglo IV, y el cambio de tendencia a mediados del siglo. Entre finales del siglo III y 367 los precios aumentaron aproximadamente un 17% anual. Después de 367 el alza se redujo a un 3%, de acuerdo a las mediciones de Depeyrot. Si bien el Estado intentó sostener los precios, fue en vano. Las medidas se tomaron sobre la marcha, en función de las necesidades y las crisis monetarias, agrícolas o económicas. Muchas veces, estas crisis habrían desembocado en revueltas que había que solucionar, por ello, la técnica seguida era tasar los precios durante unos meses en todo el territorio imperial, tal como lo señala la medida de Diocleciano, pero que no ponía fin a la crisis más que de manera momentánea.

Junto con la moneda, la fiscalidad fue otro medio de intervención política en la economía. Desde el siglo III, como se ha explicado, se habían incrementado los impuestos extraordinarios que se cobraban en especie para mantener soldados, funcionarios, correo, obras públicas. Diocleciano lo sistematizó procediendo a un cálculo anual de las necesidades —*indicción*— repartiendo el importe entre las tierras agrícolas de acuerdo a su rendimiento y dividiéndolas en unidades contributivas —*iugatio*—. Constantino añadió el censo de población agrícola —*capitatio*— imponiendo contribuciones a cada unidad, por lo tanto, las unidades censadas —*iuga* o *capita*— debían cubrir los costos del gasto anual y por lo que eran variables. Hacia finales del IV tendió a volverse fija al sustituirse el pago en especies o trabajo por el pago en oro. Estos impuestos generaron los mayores ingresos de la hacienda y crearon un hábito fiscal. Su incidencia era muy grande (entre un tercio y dos tercios de la cosecha) y lo fue mucho más en Occidente que en Oriente, pues su riqueza agraria era menor.

Las confiscaciones realizadas por Diocleciano a la Iglesia y los botines de guerra eran elementos del presupuesto del Estado. Sin embargo, es difícil evaluar su importancia. Constantino, en un camino inverso, comenzó a traspasar riquezas desde los templos paganos a la Iglesia católica, política que prosiguió con sus hijos. Juliano apoyó a

los paganos y se transformó en un perseguidor de cristianos y de sus bienes, aunque por poco tiempo. Las confiscaciones eran caminos que facilitaban cumplir con los pagos al ejército cuando era necesario hacerlo y no se contaban con otros medios.

Respecto de las ciudades y sus contribuciones, Constantino colaboró en mantener su exigencia y poco a poco la riqueza individual de las mismas fue agotándose. En algunos casos, como en el de Juliano, hubo una restitución de propiedades a las ciudades, las que pudieron rentar y restituir sus ingresos. Sin embargo, a nivel general, hubo un descenso importante de los recursos urbanos, lo cual no hizo más que agravar la situación de las ciudades del Bajo Imperio.

El Estado romano no solamente tomaba riquezas, sino también las distribuía. La Iglesia se vio especialmente beneficiada por ello. En el transcurso del siglo llegó a acumular numerosos bienes y una riqueza que le permitió asumir un rol fundamental en la política. Constantino inició una tradición de donaciones a la Iglesia para lo que debió modificar la legislación. Los donativos consistían en bienes inmobiliarios o dinero, los primeros a partir de una transferencia de propiedad de los paganos a los cristianos y de la construcción de nuevas iglesias. Sus hijos continuaron la labor de su progenitor y reforzaron la cantidad de bienes en manos eclesiásticas.

Otros de los alcanzados por la redistribución de las riquezas fueron los soldados y servidores a los que el emperador beneficiaba con numerosas dádivas. El reparto de sumas de dinero tenía ocasión con el nombramiento de emperadores o césares o bien por acontecimientos militares o políticos. La evolución del ejército, que pasó de uno de frontera a uno móvil, favoreció el desarrollo de las gratificaciones monetarias, en detrimento de los premios en especie. Durante el gobierno de Diocleciano se conocen algunos donativos: entre 305 y 313 se realizaron hasta veinte repartos de dinero, bastantes más que en años anteriores, lo cual se relaciona con las numerosas luchas civiles que se produjeron. Una vez concluidas, los donativos disminuyeron. En esta política se vieron más favorecidas las ciudades, entre ellas Constantinopla o Atenas a la que se le ofreció gran cantidad de trigo.

En esta situación había quienes gozaban de ventajas, sobre todo fiscales. Las tierras imperiales gozaron de numerosos privilegios que redujeron la base tributaria: por un lado, las exoneraciones fiscales, de modo que el emperador limitaba la presión fiscal sobre sus propias tierras; por otro, propiciaba la puesta en cultivo de tierras abandonadas a causa de las guerras o del éxodo de campesinos. A veces estas mismas ventajas se otorgaban a tierras privadas que compensaban con otras cargas. Quienes también recibían beneficios eran los administradores

a cambio del ejercicio de cargos. Los empleados del palacio acumularon varios privilegios, al igual que los miembros del “servicio secreto”, los asistentes y los miembros del palacio imperial. Asimismo, los integrantes del ejército, principal apoyo del poder, gozaban de numerosas ventajas, tanto durante el servicio como después, las cuales se extendían a sus familias. En la época de Constantino, después del servicio activo, se gozó de numerosas exenciones: se evitaba llevar a cabo actividades municipales obligatorias, trabajar en obras públicas, pagar tasas, tributos en los mercados, entre otras. Del mismo modo, los miembros del clero disfrutaron muy pronto de los privilegios que libraron a la Iglesia de impuestos y cargas. Así, quedaron exceptuados de los servicios públicos obligatorios, de las cargas de perceptores y cobradores de tasas. Algunos oficios gozaron de exenciones como las profesiones dedicadas al embellecimiento de los edificios, que abarcaba a artesanos especializados, los artesanos del dominio rural, panaderos, navegantes, profesores y médicos.

Cuestiones culturales

“Sin Constantino, el cristianismo habría seguido siendo una secta de vanguardia” asegura Paul Veyne. En verdad, Constantino fue el emperador que marcó un antes y un después en la vida de esta religión.

Diocleciano había puesto el acento en el paganismo, cuyas consecuencias en su diagrama político habían sido nefastas para los cristianos, que no habían querido jurar a favor del emperador y habían sufrido la última de las persecuciones en su contra entre 303 y 311. Licinio reconoció la esterilidad de la persecución porque los cristianos que renegaron de su fe no abrazaron el paganismo.

Ya se ha hecho referencia a los motivos que pudieron llevar a Constantino a su conversión. Lactancio narra que se debió a un sueño que tuvo la noche anterior a la batalla de Puente Milvio, frente a Majencio, en la que se le habría asegurado la victoria si colocaba en los escudos de los soldados el llamado crismón, formado por las dos primeras letras del nombre de Cristo, a saber, las letras griegas X y P, superpuestas y cruzadas. Si se considera cierta la idea de que en Roma en el siglo IV la religión estaba más mezclada con la vida de los hombres y que los dioses tenían como función ayudar a los humanos, ampararlos, asistirlos, darles bendiciones, y que su hostilidad o su indiferencia eran fuente de desgracias, así como el fracaso de la tetrarquía y sus dioses, puede comprenderse que Constantino se volcara hacia una religión monoteísta que pudiera salvar aquel desastre y que su conversión fuera verdadera.

Una serie de datos pueden apuntarse junto con Veyne respecto de la política religiosa de Constantino:

- En todas las regiones del Imperio se prepararon las decisiones que comprenderían a un futuro cristiano.
- Constantino será el emperador de un Imperio cristiano que mantendrá la religión pagana.
- Su cristianismo obedece a una convicción personal que hará que establezca a la Iglesia, en cambio no impondrá su religión a nadie.
- En los ámbitos que atañen a su persona no tolerará el paganismo.
- No perseguirá a los paganos, política que seguirán sus sucesores, dado que la Iglesia llevará adelante la conversión basada en la persuasión en principio.
- Lo más urgente no será la conversión, sino la anulación de los sacrificios paganos.
- Su función ante la Iglesia es inédita, inclasificable y autoproclamada ya que intervendrá en asuntos eclesiásticos y actuará con rigor no contra los paganos, sino contra las desviaciones cristianas, separatistas o heréticas.

La mentalidad romana que hacía del emperador la autoridad suprema de los temas religiosos, sin importar de qué signo fuesen, explica que se proclamase “obispo de los de fuera”, según Eusebio, y que fuese reconocido como la última instancia de apelación en los asuntos disciplinarios y dogmáticos de las comunidades cristianas.

La etapa en que mejor se aprecia esto es el Concilio de Nicea del año 325. El emperador se ocupó de reunir el mayor número de representantes del episcopado, puso a su disposición las postas imperiales, cargó con todos los gastos de los viajes y unos trescientos obispos fueron reunidos, entre los cuales se hallaban Arrio y su oponente Atanasio. El emperador en persona se hizo presente y exhortó a que se tomaran las medidas necesarias para mantener la unidad doctrinal. Luego de una serie de discusiones acerca de la naturaleza del Verbo se decidió que el Hijo es “engendrado no hecho, consustancial con el Padre”. La importancia de este Concilio fue la sanción de la ortodoxia cristiana: Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas en una sola, tras lo cual, todos aquellos que no lo aceptaran quedarían excluidos del seno cristiano, cuestión que el mismo emperador se manifestó dispuesto a hacer respetar utilizando todos los medios necesarios. Por lo tanto, la Iglesia oficial debió enfrentarse con otros “cristianismos” que amenazaban su unidad y cohesión. Los principales de la época fueron:

- **Donatismo:** se extendió por las zonas africanas, siendo las más romanizadas las que optaron por el seguimiento de la ortodoxia. Luego de las grandes persecuciones del siglo III hubo muchos cristianos que, por miedo, abjuraron de su fe, participaron en los sacrificios y entregaron los libros sagrados a las autoridades romanas para su quema. Los grupos más puritanos pretendieron negarles el reingreso en la Iglesia una vez pasado los hechos, pues su crimen era considerado contaminante y dejaba fuera de la Iglesia —y sin validez a los sacramentos que hubiesen administrado— no solo al culpable, sino también a quienes hubiesen ordenado. Donato creó una Iglesia paralela, rígida y de la que se expulsaba a los ministros indignos. Su mayor peligro fue su aceptación por parte de gran cantidad de población indígena, de allí hay quienes hablan del donatismo como una herejía nacional africana con fuertes matices de lucha social. Constantino convocó dos concilios, el de Roma (313) y el de Arlés (314), que no fueron acatados por los donatistas, y como consecuencia se avanzó en una condenación y confiscación de bienes. El problema quedó circunscripto a esta región, contó entre sus detractores con la figura de Agustín, pero

hacia 411 aún subsistían numerosos obispos donatistas. Luego, con la irrupción vándala y la conquista bizantina, seguiría teniendo adeptos que poco a poco fueron eclipsados, desapareciendo de forma definitiva con la conquista musulmana.

- **Priscilianismo:** Prisciliano, obispo de Ávila, difundió ideas de contenido rigorista, al igual que Donato, pero con doctrinas místicas de inspiración gnóstica. Tuvo gran difusión en el occidente de la península Ibérica

- **Arrianismo:** Arrio, clérigo de Alejandría, enseñaba a principios de siglo IV que el Hijo de Dios estaba subordinado al Padre y que no era idéntico a él en cuanto a la sustancia. Negaba tanto la Trinidad como la divinidad de Cristo. Esta idea se extendió a todo el Imperio. El Concilio de Nicea definió que Cristo, Hijo de Dios era de la misma sustancia que el Padre, pero no restableció la paz. Emperadores como Constancio y Valente apoyaron la causa que se transformó en una crisis político-religiosa hasta el advenimiento de Teodosio. Fuera de las fronteras del Imperio el arrianismo se propagó entre los godos que lo llevarían al Occidente cristiano.

El fervor cristiano de Constantino se acentuó durante la etapa en que dominó todos los territorios, momento en el que marginó a la religión pagana y prohibió sus ritos supersticiosos. Constantino mantuvo una dimensión política en su pensamiento religioso y la Iglesia no se opuso a esto puesto que era la mentalidad de la época. El emperador se propuso que la nueva religión adoptase las funciones institucionales que siempre había ocupado el paganismo y los clérigos el lugar de los sacerdotes paganos, con lo cual cada vez más adquirió manifestaciones externas de poder y menos la sencillez evangélica.

El aspecto mejor conocido de la política religiosa de Constantino es su legislación a favor de la Iglesia y la ayuda material en la construcción de iglesias y donativos. El clero se convirtió en un orden privilegiado que se definía por sus características religiosas y no familiares ni políticas. Los problemas suscitados por esto fueron numerosos ya que cada facción eclesiástica se consideraba la ortodoxa y única y reclamaba para sí y sus miembros los beneficios estatales. El criterio por el que se definió la ortodoxia fue la adhesión a un determinado credo por decisión del emperador, con lo cual las herejías fueron vistas como enemigas del Estado y quedaron excluidas del socorro estatal. Los privilegios clericales trajeron problemas a las ciudades cuya situación ya hacía tiempo estaba menoscabada. En principio, ordenó que el

clero occidental quedara librado de *munera*, que no fuesen forzados a participar en sacrificios paganos, les concedió capacidad para recibir donaciones y herencias, y el derecho a manumitir esclavos dentro de las iglesias; a los obispos se les otorgó autoridad judicial, la llamada *audientia episcopalis*, que obligaba a los jueces a reconocerla y a dejar que los ciudadanos arreglaran sus litigios ante ellos, lo que les confirió prestigio; finalmente dio apoyo al calendario cristiano concediendo el *die solis* como día festivo.

El evergetismo constantiniano consistió en dotar a la Iglesia de ayuda económica y financiar la construcción y mantenimiento de numerosos edificios de culto. Roma fue una de las ciudades beneficiadas: se levantó la basílica Constantiniana, hoy de Letrán, concebida como iglesia catedral y residencia de los papas. *Extra muros* se erigió el Vaticano en honor al discípulo Pedro y la basílica de San Pablo. En los lugares santos de Palestina se construyó una basílica en el lugar donde habitó Abraham, aunque más importancia tuvieron los edificios de Jerusalén, ciudad venerada por Helena, madre del emperador. Dice la leyenda que encontró el madero que habría sostenido el cuerpo de Jesús y que, a su pedido, Constantino construyó el *martyrium* o Iglesia del Santo Sepulcro, levantado en el lugar de la sepultura y resurrección. Más fama adquirió la basílica de la Natividad erigida en Belén.



Ilustración 5. Mosaico “sunu” de Santa Sofía. El emperador Constantino ofrece a la virgen la ciudad de Constantinopla. Realizado en el siglo X y descubierto en el siglo XIX.

Constantinopla fue otra de las ciudades agraciadas, según las circunstancias, por ser la nueva capital del Imperio. Se estableció allí la iglesia catedral de Santa Irene y la de los Apóstoles, esta última planificada como lugar que albergaría las reliquias de los apóstoles y los restos del emperador.



Ilustración 6. Cristo y san Menas. Témpera sobre madera. Museo del Louvre. San Menas fue un militar que se negó a participar de las persecuciones a los cristianos y se retiró al desierto.

La conversión de Constantino supuso el alejamiento de algunas costumbres paganas, como fue su negativa de subir al capitolio de Roma y el expolio a algunos de sus templos; en tanto Constantinopla fue embellecida con ellos y no relegados, tal como muestra el símbolo de la ciudad, una hermosa columna coronada por una estatua de Apolo a cuyos pies se decía que estaba enterrado el *Palladium*, la estatua de Atenea que llevó consigo Eneas luego de la guerra de Troya y que hacía de esa ciudad invencible. Dejó que el Senado de Roma sumase créditos

a los sacerdotes oficiales y a los cultos públicos del Estado romano. Tras lo cual se puede decir que su Imperio fue a la vez cristiano y pagano.

La Iglesia, que ya tenía una organización estable, se vio consolidada en el siglo IV. Su estructura guardaría paralelismo con la organización civil. Sobre los fieles y el clero se destacaba la figura del obispo, elegido por la asamblea de cristianos. Dichos obispos se nucleaban bajo la autoridad del titular de la ciudad principal y por sobre ellos sobresalían los obispos de ciertas ciudades —Cartago, Antioquía, Alejandría y Constantinopla— llamados patriarcas. En la cúspide de la jerarquía, desde la segunda mitad del siglo IV, se impuso la autoridad moral del obispo de Roma como sucesor de Pedro.

Por otra parte, se establecieron los concilios o asambleas de cristianos en los que se discutía la organización y la disciplina con la participación de los obispos de la región. Por encima de ellos estaban los concilios ecuménicos que se reunían contando con representantes de todo el Imperio. El primero de ellos fue el de Nicea (325).

Frente a la interacción entre el poder espiritual y temporal y al aumento de poder y riquezas de la Iglesia, surgió una nueva forma de vida cristiana que es el monacato. Cristianos en solitario, como el caso de san Antonio, o en comunidad, como el de san Pacomio, renunciaban

al mundo en pos de lograr la salvación. Los primeros monjes aparecieron en Egipto y luego se expandieron por otras regiones de Oriente y, más tarde pasaron a Occidente de la mano de san Agustín y san Martín de Tours

En cuanto a la historiografía cristiana hasta el momento habían sido concebidos los géneros apocalíptico y apologético. Este último, acorde con los momentos de persecución que había sufrido y la necesidad de defensa de sus creencias ante el paganismo. Las obras históricas cristianas surgieron en el siglo IV, con una concepción providencialista ya que sostenían que la Iglesia guiaría al pueblo de Dios a través de obispos y mártires. Las aportaciones más originales estarán dadas por la historia eclesiástica, cuyo mejor exponente es Eusebio de Cesarea y la hagiografía con Atanasio de Alejandría.

El siglo V

Cuestiones políticas

El año 395 vio al Imperio romano dividirse en dos partes: la occidental con Rávena como capital principal y Honorio como emperador, y la oriental, con capital en Constantinopla con Arcadio como su emperador. Italia, las islas, el norte de África, la península ibérica, la Galia hasta el Rin, Gran Bretaña hasta Escocia, y los países ilirios, panonios, nóricos y réticos hasta el Danubio, formaron un conjunto unificado por Roma, pero terriblemente codiciado por los bárbaros.

El siglo V es señalado por la historia pues durante ese tiempo el Imperio romano de Occidente perdió su unidad política. Si las principales motivaciones provinieron desde el interior o desde el exterior son cuestiones discutidas por los diferentes historiadores. Empero, no puede dejar de reconocerse el papel esencial que cumplieron los bárbaros en su desmoronamiento final.

Si a fines del siglo IV una persona hubiera estado presente en el territorio romano, habría percibido que el temor más grande era hacia el Imperio persa, que durante el último siglo se había levantado y afirmado como una potencia. La dinastía sasánida puso en jaque la porción oriental romana y la mayor parte del ejército se encontraba abocada a las necesidades de aquella área.

Germania era un conglomerado de pueblos que no representaba ningún peligro real en comparación con los persas. La situación fronteriza era compleja. Los germanos hacía muchos siglos que estaban en contacto con los romanos y, aunque se alude continuamente a sus características migratorias, habían permanecido en el *limes* pudiendo considerarlos, en la práctica, sedentarios. Estaban ubicados en los grandes bosques de Europa occidental y en las llanuras de Ucrania y Rusia. Entre ellos había pueblos de habla germana: burgundios, godos

—ostrogodos y visigodos— suevos, sajones, vándalos, francos..., iranos, sármatas; eslavos y los que no estaban emparentados con los germanos como los hunos y los alanos provenientes del Asia central. Ni siquiera a fines del siglo IV se hallaban en condiciones de generar una identidad común entre sus distintos pueblos ni de unificar sus estructuras políticas.

Por parte del Imperio la estrategia mantenida con los germanos cambió a fin de maximizar las ventajas de la dominación sobre ellos. Se optó por saqueos, batallas o bien un sistema de tratados diplomáticos. Sin embargo, la región vigilada se reducía a algunos centenares de kilómetros quedando gran parte expuesta y en condiciones de vulnerabilidad.

El año 376 y la aparición de los godos en la frontera del río Rin constituyeron el primer eslabón de una cadena de acontecimientos que conduciría desde el ascenso del poderío huno, en los límites de Europa, al derrocamiento del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, casi exactamente cien años después. Esta llegada de los germanos significó una reorganización de los equilibrios de poder en toda Europa y la pérdida progresiva de territorios.

El cruce de los godos en el año 376, empujados por las fuerzas hunas, y la consecuente batalla de Adrianópolis en 378, provocaron situaciones nuevas. La violación del *limes* por parte de los germanos cambió el eje desde el riesgo inminente representado por los persas al de los germanos, y de Oriente a la frontera del Rin. El fallecimiento del emperador Valente en dicha batalla dio cuenta del grado de vulnerabilidad que no había sido previsto. El posterior asentamiento de los godos en territorio romano, tras la recorrida por la península balcánica, con el saqueo de los territorios de Tracia y Macedonia, reubicó el peligro en el interior latino.

La violencia germana se acentuó cuando los godos de Radagaiso provocaron las invasiones de los años 405 y 406 sobre Italia. Paralelamente ocurrió la penetración de los vándalos, alanos y suevos a través del Rin a fines de 406, que continuó con un gran *raid* por el continente y culminó en la península ibérica. El avance hacia el oeste lo protagonizaron poco después los burgundios. Todo este viaje tuvo como punto culminante la entrada a la Ciudad Eterna en el año 410 por parte de los godos comandados por Alarico, que causó traumas insuperables para la mayoría de sus habitantes. Hacia el 418 los godos se asentaron, a través de un *foedus*, en la región al sur de la Galia, entre Toulouse y el Atlántico, a cambio de luchar en nombre de Roma, contra suevos y

alanos. En el año 507, luego de una batalla contra los francos en la que resultaron vencidos, migraron a la península iniciando el reino de Toledo, que perduró hasta el año 711 cuando fueron derrotados por el gran avance musulmán.

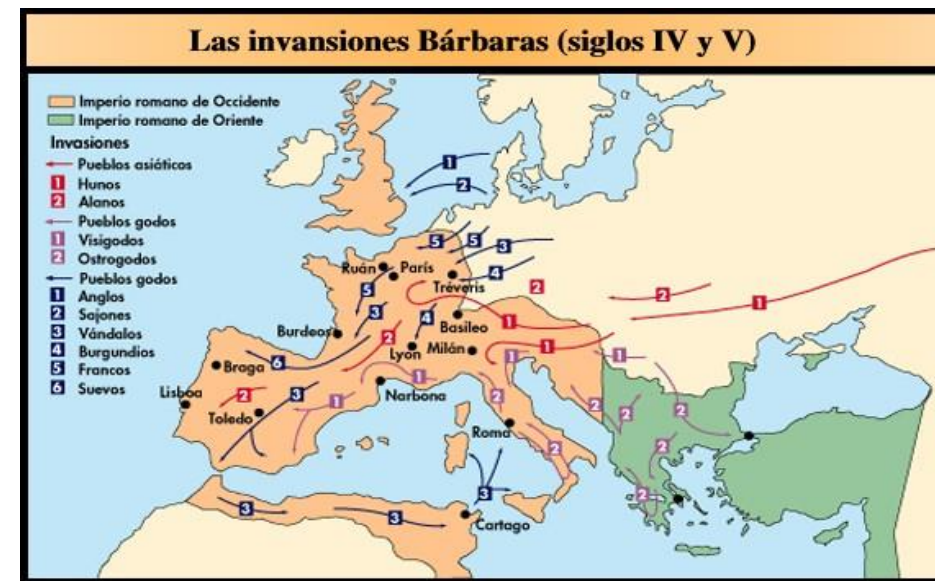
Los vándalos decidieron cruzar el estrecho de Gibraltar en el 429, tomaron Cartago e iniciaron la vida de un reino que perduró aproximadamente cien años, quitándole de este modo al Imperio una de las provincias más importantes por el sostenimiento económico que le brindaba. De nuevo, mostraron su cara violenta cuando cruzaron en barco el Mediterráneo, llegaron a la ciudad de Roma y la atacaron en 455. El reino vándalo se mantuvo en los territorios norteafricanos hasta el año 536, momento en que serán derrotados por los bizantinos al mando del emperador Justiniano, quien se había propuesto rearmar el Imperio occidental.

En el año 436, tras una marcha lenta, los burgundios se asentaron en el valle del Ródano como federados del Imperio. Su debilidad fue notoria y hacia 543 los francos acabaron conquistándolos e incorporándolos en el interior de su reino.

En tanto los hunos, quienes según una de las hipótesis más fuertes para los historiadores —P. Heather entre otros—, fueron los verdaderos responsables de todos estos grandes movimientos de pueblos en

la frontera, hacia el 440 cruzaron Europa como un torbellino y llegaron, desde las Puertas de Hierro del Danubio, hasta Constantinopla, Lutecia y la propia Roma, afincando su base en la zona de Panonia. Con su jefe Atila, apodado el “azote de Dios”, se enfrentaron al ejército de coalición —formado por romanos, visigodos, burgundios, francos ripuarios y salios, sajones, alanos y armoricanos— del romano Aecio en la batalla de los Montes Cataláunicos en 451. Luego del triunfo de Aecio, Atila se dedicó a saquear regularmente la península itálica hasta su muerte, ocurrida en 453. A continuación, la formación militar hunica —compuesta por un conglomerado de pueblos que eran fieles a Atila, producto de su carisma— se desarmó pues sus parientes no fueron capaces de continuarla. Según Heather esto inició una guerra de ofertas en la que se gastó hasta el último de los bienes de que disponía Occidente en un inútil esfuerzo por reunir el suficiente número de partidarios poderosos como para generar estabilidad. Pero el poder de Occidente ya era demasiado exiguo como para impedir que se constituyeran reinos independientes. Esta comprensión condujo al rápido desmembramiento de las últimas partes del Imperio entre los años 468 y 476.

Luego de la muerte de Atila y tras la desaparición de la dinastía teodosiana, los siguientes titulares del Imperio de Occidente carecieron de fuerza y prestigio, depositando el poder en los grandes jefes militares de ascendencia germánica. Entre ellos destacaron Ricimero, quien ostentó el dominio entre los años 456 y 472, y Odoacro, nombrado rey por las propias tropas imperiales, quien se mantuvo hasta la entrada de los ostrogodos en Italia en el año 489. El destronamiento de Rómulo Augústulo en el año 476, por su antiguo protector Odoacro, pondrá fin a cualquier nuevo intento de restauración del Imperio romano de Occidente. El caudillo hérulo remitió a Constantinopla las insignias imperiales en señal de acatamiento al único emperador con poder efectivo que quedaba, Zenón, salvaguardando la fuerza militar en Occidente. Pero la situación final de este territorio fue que los francos decidieron tomar Galia en 481 y finalmente acabaron con el poderío romano en la zona con la victoria sobre Siagrio en 486, conquistando el Somme y el Loire. Los ostrogodos, con Teodorico el Grande, se asentaron en Italia y crearon un sistema político de alianzas entre germanos para luchar contra Bizancio. La instauración de estos nuevos reinos y la concreción de sus proyectos, lograrían que la fisonomía de Europa cambiara totalmente.



Mapa 4. Las invasiones bárbaras.

El avance de los pueblos bárbaros provocó un daño irreparable en las provincias romanas de Occidente debido a las prolongadas guerras con los invasores. Sobre todo, unido a la pérdida permanente de territorios, se generó una formidable disminución de ingresos al Estado central. En primer lugar, los visigodos causaron enormes estragos en las zonas situadas en torno a Roma. Casi una década después esas provincias seguían sin aportar a las arcas del Estado más que una séptima

parte del montante normal de sus impuestos. Luego del 406, los vándalos, alanos y suevos avanzaron durante cinco años por la Galia, dejándola arrasada, antes de sustraer del control del Imperio central durante casi dos décadas la mayor parte de Hispania. El apoderamiento de los vándalos del norte de África privó al Occidente romano de sus provincias más ricas en el año 439. Toda pérdida de territorio, ya fuera temporal o permanente, traía consigo un descenso de los ingresos del Imperio, el sustento vital del Estado, y reducía su capacidad para mantener sus fuerzas armadas.

Asimismo, se puede hablar de un retroceso del romanismo en las diferentes provincias a medida que el romanismo central también iba desapareciendo. En primer lugar, las islas británicas, hacia comienzos del siglo V, habían perdido la aristocracia que hablaba latín y era cristiana, la producción económica y los asentamientos militares, junto a las costumbres y al estilo de vida romanos. En Galia, los terratenientes locales llegaron a distintos arreglos con los nuevos gobernantes germanos. También en Hispania y en Italia lograron mantenerse y perdurar por los mismos medios. En el África vándala, luego de una serie de confiscaciones, pudieron sostenerse de igual modo, por lo tanto se puede afirmar que no hubo cambios súbitos y totales, y este hecho da hoy en día nuevo impulso a la noción de continuidad.

La entrada de los inmigrantes invasores, por su número, no fue tan importante como para conquistar al Imperio. Es más, necesitaron de dos a tres generaciones para instaurar sus reinos definitivos. Sin embargo, podemos decir que su fuerza demoledora consistió en limitar aspectos fundamentales para el funcionamiento del Estado romano, como el económico, el militar y el político. La invasión en la frontera con el empuje de los hunos perturbó la estructura militar que, temiendo el avance persa, se hallaba en fuerte tensión. Luego, los asentamientos impidieron el desarrollo continuo de la economía y, paralelamente, disminuyó la presión fiscal que permitía al Estado recaudar el dinero necesario junto con su burocracia. La limitación política se vio influida puesto que las provincias se relacionaban de forma directa con el gobierno central a través de los impuestos a cambio de defensa militar y jurídica proporcionada a los terratenientes. Esto jugó un papel importante ya que determinó el hundimiento del Imperio de las diferentes zonas romanas.

Un aspecto político a tener en cuenta es que, durante el siglo V existió una continuidad evidente entre la jefatura del Imperio occidental y los reyes “bárbaros”. Ninguno de ellos intentó apoderarse del trono por la fuerza: el Imperio romano fue sustituido por una serie de reinos independientes que no aspiraron a la legitimidad imperial.

Cuestiones sociales

Hablar de la caída o la ruina del Imperio romano de Occidente, así como de la transición que supone la noción de Antigüedad tardía en términos sociales, es mucho más que una cuestión de perspectiva. Supone pensar en las formas en que se articula una trama social, estimando el modo en que se integran de forma individual y colectiva los distintos grupos humanos de acuerdo al estatus económico, nivel de educación, condición jurídica y posibilidad de influencias.

Lo cierto es que la situación se presentaba configurada como una tensión entre fuerzas exógenas y endógenas. La adecuación a la nueva coyuntura, en un esquema caracterizado por la asunción localizada, de manera formal y autónoma, del poder por parte de los pueblos (que había constituido una fuerza rival en las décadas precedentes), estuvo signada tanto por la transmisión de estructuras sociales como por la implicación de la sociedad romana en la lógica organizacional de los pueblos, que para ese tiempo hacía décadas que habían dejado de ser un elemento extraño. Sin negar con ello la potencialidad del conflicto incluso dentro de los mismos pueblos germánicos que ocuparon el Imperio.

Se puede hablar de tres momentos en la relación entre romanos y pueblos germanos: **1)** el de la **conquista y colonización romana**,

en el que las guerras entre ambos formaron parte de la creación de fronteras fijas y estables por parte del Imperio romano. Lapso en el que diversos pueblos se encontraban en un proceso de búsqueda de tierras para colonizar; **2)** el de las **migraciones de las poblaciones germanas** a las provincias imperiales. Movimientos conformados por hombres, mujeres y niños que pretendían asentarse al servicio del Imperio, (esencialmente en los siglos II al IV). En ellos se intensificaron las relaciones diplomáticas y comerciales, y grupos guerreros estrecharon relaciones de amistad (*amicitia*), hospitalidad (*hospitalitas*) y clientelaje (*clientelae*); **3)** finalmente, el de las **invasiones violentas**, protagonizadas por guerreros que por diversos motivos se adentraron en el territorio latino siguiendo a líderes en busca de botín. Concluyeron, en algunos casos, en *razzias* a diferentes zonas, ocupaciones pacíficas en otras, pero con desplazamientos de pueblos completos con el propósito de poseer y gobernar un determinado territorio.

Para comprender los cambios en la sociedad producidos por la presencia de los pueblos germanos dentro de las fronteras romanas, se hace necesario sintetizar algunos aspectos fundamentales de su organización. Los diferentes dialectos permiten acercarnos a algunas de las características de estos pueblos: hablaban dialectos nórdicos o escandinavos, ósticos (godos, burgundio y vándalo), wésticos (francos,

alamanes, bávaros, lombardos) y dialectos del Elba y del mar del Norte (anglos, sajones y frisonos). Sus formas económicas se hallaban mayormente emparentadas con la ganadería, con el ganado equino los godos y con el bovino los sajones y frisonos. La práctica mercantil era rudimentaria, sin utilización de la moneda, aunque con atesoramiento de oro y plata. A partir del contacto con los romanos, quizá en tiempos de los hunos, la situación ya había cambiado. Una revolución económica, sobre todo en la producción agrícola, pero también en la de determinados artículos manufacturados, había generado a un tiempo una población mucho mayor y una riqueza nueva. La estratificación social había aumentado y las estructuras políticas de alguna manera se fortalecieron.

La estructura social germana se basaba en tres tipos de solidaridades. La primera era la *sippe*, o familia amplia, que aseguraba la protección de la parentela en torno al padre quien ostentaba el *mund*, la autoridad o soberanía doméstica. A los quince años los varones eran armados en la asamblea de guerreros; las mujeres quedaban bajo la tutela paterna hasta su matrimonio. Las esposas eran guardianas de la tradición, del contrato matrimonial y de las prestaciones económicas del esposo. La segunda solidaridad era con la tribu y la tercera con el *gau* o pueblo, formado por un conjunto de tribus con un jefe común,

elegido en la reunión anual de guerreros. Las mismas se realizaban en lugares sagrados y eran ocasión para rever cuestiones judiciales y la llamada a la guerra. La posición del individuo dependía de esta red de solidaridades.

En torno a la aristocracia se formaron clientelas militares ligadas a su jefe por vínculos personales de fidelidad. La calidad guerrera y el sentido de la lealtad personal hacia el jefe serán cuestiones que se mantendrán en la sociedad medieval. Los jefes más destacados podían ser elegidos para dirigir la guerra y alcanzar, incluso, la consideración de reyes del pueblo en armas. Junto a esta forma de realeza militar, dependiente de la elección coyuntural, los pueblos germanos conocieron otra, cimentada en el supuesto origen divino del linaje, que tendía a ser dinástica, y en torno a la cual se formaban las grandes confederaciones de pueblos. Debajo de la población libre se hallaban los semi-libres —a menudo miembros de los pueblos sojuzgados— y los esclavos.

El derecho germano era consuetudinario y de transmisión oral, en el cual se mantenían elementos de derecho personal y territorial. Al contacto con Roma acabarían en volcarlo por escrito. La justicia quedaba mayormente en manos de la familia, a la que le competía la responsabilidad colectiva y la venganza de sangre, también dar cuenta de

los delitos, jurar la inocencia de una persona, y el pago o cobro de las multas judiciales. El derecho germánico agregó la convocatoria de un combate para determinar culpabilidades y el juicio a través de la orda-lía.

La religión se basaba en la concepción del universo como un gran campo de batalla, en donde se enfrentaban los diferentes dioses y fuerzas naturales. Había dioses de la fertilidad, fenómenos atmosféricos (Frey, Freya), dioses de la estirpe (Wotan, Odín) y estaba Thor, dios del trueno y protector de los campesinos. También se adoraban objetos y lugares sagrados, había celebraciones de fiestas con sacrificios de animales y de agradecimiento a los dioses que habían ayudado en las victorias militares.

Uno de los pasos más relevantes en el proceso de integración de los germanos fue su aceptación del cristianismo ortodoxo. El pasaje de los que ya eran arrianos al catolicismo marcó un momento clave en la historia de pueblos como los visigodos. Aún más complicada y decisiva fue la transición del paganismo al catolicismo de pueblos como francos o anglosajones. Las dificultades estribaron en que, a menudo, en estos casos la conversión se realizaba por decisión del líder del grupo, es decir que el pueblo, sin previo conocimiento del traspaso, se vio

incluido en una nueva religión, lo que no significaba el abandono de antiguas prácticas y creencias.

Todos estos pueblos —heterogéneos, pero, como rasgo esencial, unidos entre sí por un único jefe— fueron los que se apoderaron de las provincias occidentales, y, de hecho, las rebautizaron como *Regnum Francorum* en lugar de o además de Galia, *regnum Vandalorum* en lugar de o además de África. Cuando hubo pasado un tiempo olvidaron estos orígenes diversos llamándose francos o vándalos, y dejaron de ser romanos.

El proceso que ha sido denominado por Wolfram “etnogénesis”, corresponde al modo en que un pueblo construyó su identidad recogiendo elementos humanos diferentes, a partir de la transferencia y la propagación de determinadas actuaciones, comportamientos, lealtades, recuerdos y olvidos, que actuaron como factores coadyuvantes que cooperaron a consolidarla. Un “núcleo de tradición”, es decir, un grupo humano perteneciente quizá a la nobleza, que conservó tanto un pasado remoto como próximo, de manera suficientemente estable como para poder transmitirlo a toda una etnia y capaz de otorgarle una identidad propia. Así, la cohesión permite comprender los acontecimientos del siglo V. El procedimiento que habría conservado el nombre tribal

de los antiguos pueblos germánicos, fue en principio oral y habría determinado la convivencia, de acuerdo a determinados valores y normas, de un conjunto heterogéneo que logró imponerse como propio, para llegar a la constitución de una verdadera comunidad étnica.

Las fronteras siempre habían constituido un espacio permeable promotor de contacto e intercambios entre romanos y germanos. Las relaciones con el Estado romano se dieron en un marco de coacción y negociación en el que el uso de la fuerza, real o potencial, marcó el curso de las sesiones e imposiciones por ambas partes. En un plano menos institucional, los vínculos se constituían en los márgenes con la interacción de mercaderes, viajeros, antiguos soldados y habitantes locales. Ellos eran los principales difusores de noticias, costumbres, modos de hacer y pensar romanos que les proporcionaban, a los recién llegados, la experiencia necesaria para organizar e integrar las estructuras institucionales dentro de las cuales obtenían una relativa autonomía y poder. Por su parte, el Imperio se beneficiaba convirtiéndolos en agentes locales en los que depositaba, en reiteradas oportunidades, la obligación de contribuir al mantenimiento del orden por medio de pactos de federación e integración del ejército. Es evidente que la relación era inestable puesto que dependía del equilibrio interno y de la presión de grupos periféricos.

Los reiterados intentos de recuperar la unidad imperial terminaron por minar la posición de los romanos en la estructura estatal. La defensa de la frontera estaba en manos de diversos pueblos germanos, entre los que se realizaba el reclutamiento militar, e incluso eran las provincias más antiguamente romanizadas las que proporcionaban los hombres de la administración civil. En la primera mitad del siglo V, con el saqueo de Roma por Alarico en Occidente y las derrotas infligidas por los godos en Oriente, se agudizaron las tensiones sociales que consolidaron una reacción senatorial en contra del componente “bárbaro” del ejército. En consecuencia, se intentó limitar el reclutamiento de los mandos y las tropas entre los germanos, una tendencia que había resultado conveniente al Imperio además de efectiva. En la segunda mitad del siglo V, el territorio de dominio romano en Occidente comenzó a fragmentarse paulatinamente dando lugar a la conformación de reinos que, a pesar de su autonomía, continuaban reconociendo la autoridad imperial asentada en Constantinopla.

Dentro del Imperio se agudizaron las tensiones sociales, ocasionadas por la multiplicación de conflictos que demandaban más y mayores esfuerzos a la población para sostener la unidad imperial, lo que llevó al desarrollo de revueltas que plasmaban el descontento de diversos grupos. Los principales objetivos de estos movimientos, en los que

participaban campesinos, desertores del ejército, esclavos fugitivos, colonos y plebe urbana, eran los representantes del poder político —ya fuera por la ausencia o ineficacia del gobierno o por su onerosa carga— y en no menor medida, las propiedades de los terratenientes contra los que dirigían su furia. Las bagáudicas, a las que nos hemos referido en otros capítulos, cuyo surgimiento se asocia temporalmente al movimiento campesino del siglo III, comprendieron una forma de protesta social muy conflictiva en la Galia e Hispania durante la primera mitad del siglo V. Un fenómeno complejo, con distintos grados de organización jerárquica, que englobaba de manera general tanto el enfrentamiento entre *honestiores* y *humiliores* como el rechazo al control romano, expresión de la lucha por la asunción del poder local.

Por otra parte, las clases dirigentes romanas lograron sacar provecho de la riqueza obtenida por la nobleza bárbara, alentando a sus miembros a establecer un gobierno basado en el modelo imperial como una forma de contener a los inquietos rivales. Muchos de los esquemas culturales y organizativos se presentaron funcionalmente renovados. Fuera de Britania, donde la presencia romana era insignificante, las cortes germanas permitieron el acceso directo de los provinciales romanos al poder. El grado de colaboración dependía del nivel de explotación de los nuevos recaudadores de impuesto, cuestión en apariencia

más sensible que el avance de menor intensidad, sobre las tierras. Los terratenientes llegaron a acuerdos favorables en la Galia, Hispania e Italia, con la excepción del reino burgundio que realizó mayores confiscaciones de tierras, aunque es probable que demandara menores impuestos. En África, por su parte, los vándalos lograron minimizar el impacto de las confiscaciones con la incorporación de territorios.

La conversión del cristianismo en religión dominante tuvo efectos sociales notables en la conformación del poder. Se produjo una romanización de la jerarquía eclesiástica con la paulatina afiliación de instrumentos de gobierno similares a los del poder imperial. La carrera eclesiástica se manifestó, para las familias prominentes, como una opción que rivalizaba con otras actividades menos redituables y prestigiosas en el gobierno civil. Consecuencia de ello fue el destacado protagonismo que adquirió la figura del obispo como sustituto de la autoridad en el ámbito urbano. Puesto que se convirtió en actor clave de la articulación social de distintas esferas tanto jurídicas como fiscales, con la capacidad de concertar el apoyo suficiente como para organizar, por ejemplo, la defensa de las ciudades.

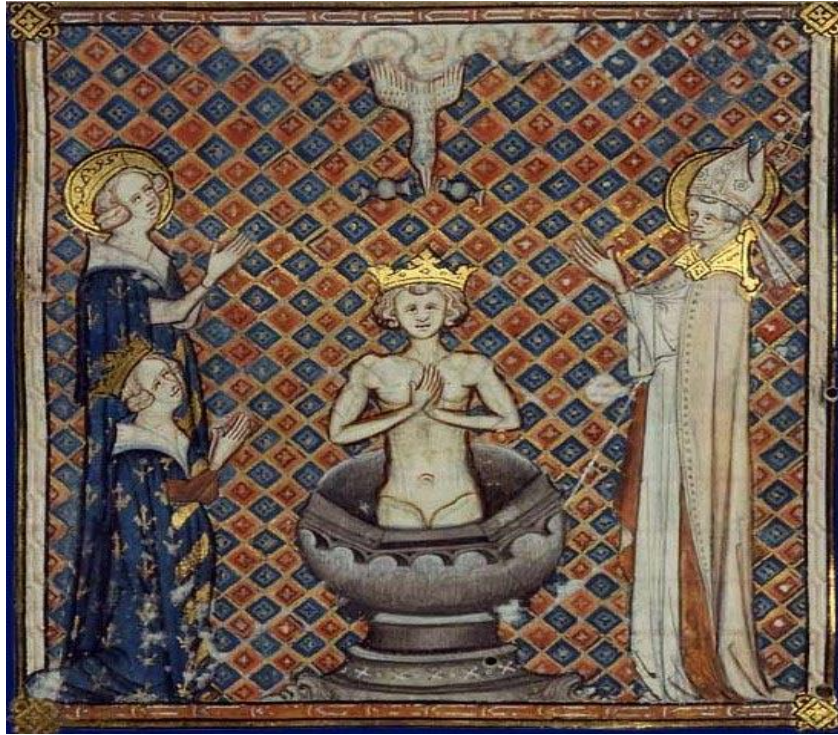


Ilustración 7. Bautismo de Clodoveo 496. Anónimo.

Cuestiones económicas

Como se ha señalado en los siglos anteriores, entender la economía del Bajo Imperio supone un reto muy particular. Por lo general presume aplicar el concepto de “decadencia” y de indicadores negativos. Todo esto ha sido criticado últimamente, sumado a los resultados de

las excavaciones arqueológicas y de nuevos testimonios que han traído renovados planteos.

Es importante remarcar la progresiva separación entre Oriente y Occidente. La diferencia más evidente entre ambas partes de Imperio tuvo que ver con las constantes incursiones de los bárbaros sufridas por la parte occidental durante el siglo V. Su base económica era más endeble y el consumo mucho mayor, a la vez que contaba con un gobierno que se había debilitado y con una clase senatorial con tanta riqueza como exenciones económicas. Lógicamente, los factores locales a partir de 395 adquirieron cada vez mayor relieve y a finales del período la mitad occidental se hallaba muy fragmentada. Las guerras de reconquista llevadas adelante por Justiniano condujeron a acrecentar el debilitamiento occidental.

Dos factores denotaron los cambios que llevarían a Occidente hacia otro rumbo: por un lado, los asentamientos bárbaros a gran escala; por otro, el desarrollo de la Iglesia como una gran institución que comenzó a marcar ciertos lineamientos diferentes, en las ciudades y en las zonas rurales de la mano de los obispos, con los recursos dedicados a la construcción de iglesias, de monasterios y el impacto sobre la economía local.

A comienzos del siglo V, la burocracia era aún bastante eficaz. La mayoría de los recursos del Estado provenía de las tierras públicas. Formaban parte de ellas las haciendas confiscadas a los traidores y a los templos paganos, los bienes intestados o inexplotados, las zonas destruidas por las guerras o abandonadas por sus habitantes.

Detrás de las muchas dificultades sociales que existían, se ocultaba la necesidad de impuestos y los problemas inherentes a su recaudación. Según una opinión muy difundida, durante estos últimos años del Imperio, los impuestos fueron sumamente altos y de aquí la decadencia que se habría generado. Analizaremos algunos puntos para verificar cuál fue la realidad a la que se tuvo que enfrentar el Estado romano.

De acuerdo con Wickham, la tributación era la base del sistema económico, pues nada de él escapaba del control estatal. El Estado necesitaba dinero que obtenía de los impuestos para mantener el ejército, la burocracia, el aprovisionamiento de las ciudades, la puesta en marcha de obras públicas y para pagar gastos extraordinarios, por ejemplo, aliviar el hambre en caso de malas cosechas. El Estado era la base del poder y el mayor distribuidor de riquezas del Bajo Imperio, aunque no el único.

Ese poder estaba anclado en las ciudades del Imperio que a su vez eran controladas por las elites que dominaban el territorio circundante. Diocleciano y sus sucesores habían intentado controlarlas lo que llevó a una creciente pérdida de su independencia política y financiera, pero aun así quedaba mucho dinero en ellas. Wickham sostiene que las ciudades eran más estables que el poder central, en términos ideológicos, y por lo tanto al caer ese poder central, el poder sobrevivió en aquellas.

Por otra parte, los magnates tenían tierras, pero debían pagar impuestos y si eran extensas sus intereses privados pesaban más que los públicos y comenzaron a evadir la tributación. La presión tributaria llevó, tanto en Oriente como en Occidente, a que los campesinos buscaran la protección de vecinos ricos para evitar pagar la carga impositiva, por lo que la maquinaria imperial se vio privada de recursos y al mismo tiempo se produjo un aumento de la gran propiedad, pues en muchos casos la búsqueda de protección conllevaba la entrega de tierras, aumentando la posibilidad de evasión.

La llegada de los germanos terminó por romper la estructura estatal. Los nuevos Estados intentaron mantener los mecanismos financieros del Imperio, lo que tuvo éxito solo en la medida de las fuer-

zas internas de los reinos. El gasto militar fue suprimido pues los germanos formaban el ejército basados en la propiedad de la tierra, por lo tanto desapareció una de las principales fuentes de gasto estatal. La tributación se mantuvo, aunque su escala fue menor, su predominio económico había desaparecido dando lugar a un sistema donde el impuesto fue una forma de entregar dones, tal vez por eso los germanos no pudieron conformar una estructura imperial. En Oriente no ocurrió lo mismo probablemente, en la opinión de Wickham, porque la aristocracia no era tan fuerte y el Estado pudo controlarla.

En Occidente, las tierras por las que el Estado podía exigir el pago de impuestos disminuyeron debido a la guerra y al establecimiento de colonias; es posible que la población hubiera tenido una merma importante durante la crisis del siglo III y que en el siglo V, se viera afectada por los nuevos colonizadores bárbaros con los que habría tenido que compartir sus tierras en condiciones que aún no se conocen bien. No obstante, probablemente la mayor diferencia entre Oriente y Occidente estaría dada por la guerra y la paz. El primero habría conocido un tiempo de prosperidad durante los siglos V y VI, en tanto que el segundo sufrió guerras y una fragmentación territorial que dañó campos y ciudades.



Ilustración 8. Suelo de mosaico con niño y burro (c. siglo V). Arte tardorromano-bizantino. Museo de los mosaicos del Gran Palacio de Constantinopla. Escena.

Puede concluirse que, en tanto el gobierno del Imperio romano siguió sobreviviendo, la economía también lo hizo en la medida de sus limitaciones, puesto que para una economía agraria tradicional, los factores imprevisibles y de carácter local son los que mayor impacto tienen y que luego, con la formación de los reinos germánicos en Occidente, se incorporarían nuevas formas económicas.

Cuestiones culturales

Las transformaciones culturales revelan la búsqueda de fórmulas ideológicas para comprender el mundo y la adecuación de las estructuras a

los requerimientos temporales. A lo largo de la centuria se produjeron importantes debates doctrinales en la Iglesia, cambiaron los registros discursivos y se consolidaron modificaciones en la fisonomía y en la topografía de las ciudades.

Las mutaciones originadas en el Imperio romano de Occidente no emergieron de súbito con la instalación de los pueblos germanos en las fronteras, aunque resulta innegable su influencia decisiva en los ajustes dispuestos por la administración imperial. Lo cierto es que la unidad territorial no estaba amenazada únicamente desde el exterior, sino que los conflictos internos habían desencadenado un proceso paralelo de descentralización de los espacios políticos desde los cuales emanaban las disposiciones de los emperadores. Ello coincidió con un desplazamiento mental de las oposiciones básicas que habían configurado las relaciones de los romanos con los que no pertenecían al horizonte cultural por ellos definido. En efecto, en principio, no establecían diferencias acerca de los pueblos que denominaban bárbaros, a los que concebían como una amenaza potencial. En la medida en que fueron incorporados al Imperio, alcanzando algún nivel de participación en la estructura organizacional, colaborando con el sustento del orden, apareció la diferenciación como elemento de precisión de la proximidad cultural. La oposición romano-bárbaro que se puede traducir en una

relación amigo-enemigo tendió a desaparecer, al menos en lo que refería a la conformación del ejército.

La llegada de los pueblos bárbaros no supuso desaparición alguna de los parámetros civilizatorios del mundo romano, pero estos ya no servían a los mismos fines. Dentro de los cambios experimentados se puede señalar el de la fisonomía de las ciudades. En primer lugar, se modificó su estatus con la transferencia de la capital y el surgimiento de los reinos en la Galia e Hispania. En segundo lugar, la retracción de la planta urbana fue acompañada por la fortificación y reutilización del material disponible. En tercer lugar, como consecuencia de la aceptación del cristianismo como religión oficial, se produjo un aumento de las edificaciones urbanas de tipo religioso, que reemplazaron a las construcciones públicas, y la disposición de espacios en el interior de la ciudad reservados a los enterramientos.

La Iglesia se transformó en el espacio de reunión de la comunidad de fieles, a los que debía albergar dentro de su estructura para transmitir el mensaje. En el interior de los templos, la escultura ocupaba un lugar menor que en los edificios de culto pagano; en contraposición, ganaron espacio los mosaicos, las pinturas y los relieves de los sarcófagos como soportes de una activa propaganda que tomaba como íconos las figuras que remitían a la historia cristiana.



Ilustración 9. Mausoleo de Gala Placidia. Rávena. Construido entre 425 y 430. Gala Placidia, hija de Teodosio y hermana de Honorio, casada con Constancio III, emperador de Occidente y luego con Ataúlfo, rey godo.

En el siglo V, al igual que en el anterior, tuvieron lugar una serie de disputas doctrinales que demuestran el poder político y económico alcanzado por la Iglesia. La capacidad de presionar sobre el emperador para lograr su arbitraje o la proclamación de edictos en favor de la ortodoxia, evidencian una intensa actividad eclesiástica que asumió el liderazgo espiritual que se proyectó sobre la esfera temporal.

Las controversias teológicas a menudo estaban exacerbadas por conflictos que expresaban el descontento socioeconómico de la población. En este sentido, las discusiones religiosas no pueden circunscribirse a ámbitos intelectuales, sino que, por el contrario, ocupaban un lugar central en la época, despertando pasiones entre las multitudes que acompañaban a obispos, atraídas por sus propuestas. Un ejemplo de singular crueldad y fanatismo obsecuente fue el asesinato de la filósofa neoplatónica Hypatia en la ciudad de Alejandría en 415. Las rivalidades superaban el marco doctrinal convirtiéndose en verdaderas luchas de facciones que alcanzaban todas las esferas sociales, sobrepasando incluso la escala provincial.

A lo largo del siglo V, las disputas teológicas afectaron sobre todo a la parte oriental del Imperio y su cuestión central tuvo que ver con cómo se unen en Cristo la naturaleza humana y divina y qué relación hay entre ambas. Una de esas doctrinas fue la difundida por Nestorio, monje de Antioquía y luego patriarca de Constantinopla. Sostenía que Jesús tenía dos naturalezas, pero enfatizaba la humana, y llegó a sustentar que la naturaleza humana estaba separada de la divina y que María era madre solo de Cristo en cuanto hombre. Un concilio realizado en Éfeso en 431 condenó al obispo, lo que obligó a que muchos de sus seguidores debieran refugiarse en el Imperio persa. Contra la

posición de Nestorio se había destacado Cirilo, obispo de Alejandría, que mantenía que había una unión indisoluble entre la naturaleza humana y divina, pero desde la mitad del siglo V, Eutiques, monje de Constantinopla, extremó las ideas de Cirilo haciéndolas derivar en otra: el monofisismo. En Cristo, tras la unión entre humanidad y divinidad, solo permanecería la naturaleza divina. En 451 el Concilio de Calcedonia reafirmó el acuerdo en Éfeso, rechazando definitivamente las ideas de Nestorio y la prédica de Eutiques, aunque ambas ideas tendrán mucha influencia en la vida política, religiosa y cultural de Oriente.

En cuanto a la educación, los cristianos aceptaron el método de la *paideia* clásica y esto daría lugar a uno de los fenómenos culturales más importantes del Bajo Imperio: la adaptación de la cultura clásica, el pensamiento filosófico helénico y las ideas cristianas. Un ejemplo de ello es que la mayor parte de los grandes pensadores de esta época, están influenciados por las doctrinas neoplatónicas. Muchos de los rasgos resultantes se transfirieron a la Edad Media.

El cristianismo se convierte en el principio director de la atmósfera cultural del siglo y en este aspecto se deben destacar los llamados “Padres de la Iglesia” tanto griegos como latinos, que emergen de este medio y entre los que se destacan san Ambrosio, san Jerónimo y san

Agustín. San Ambrosio, obispo de Milán (374), fue un consumado escritor capaz de transponer el esquema literario e ideológico del *De officiis* de Cicerón a su tratado sobre los deberes de los sacerdotes, cristianizando así y transmitiendo a la Edad Media una importante forma de instruir.

San Jerónimo (350-420) conoció el griego, el hebreo, los ambientes culturales helénicos. Practicó el monacato y su obra fundamental fue la traducción de la Biblia al latín a partir de una versión griega de los Setenta, que cotejó con los textos hebreos. En sus comentarios se pueden ver sus improntas romana y cristiana.

San Agustín (354-430) es, sin duda, el máximo exponente de las letras latinas cristianas de la época. Su vida y bagaje cultural son conocidos a través de sus *Confesiones*, en el que relata su derrotero hasta llegar a la fe cristiana. Sus obras principales son: *De Doctrina Christiana*, en la que defiende la utilización de los estudios gramáticos, retóricos y de las artes liberales para la comprensión de la Escritura; *De Trinitate* en la que difunde en latín las elaboraciones doctrinales sobre el misterio trinitario y por sobre todas *De civitate Dei*, redactada para los que atribuían al cristianismo la responsabilidad de la grave crisis política y militar del Imperio. El libro despliega la simbología de dos ciudades —la divina y la terrena— que coexisten a lo largo de la historia

para inspirar la vida y acciones de los hombres que deben saber que la patria verdadera y definitiva es la primera. Esta obra tendría una enorme influencia en la concepción del mundo, de la política y de la Iglesia a lo largo de la Edad Media.

Este arte comenzó a trascender el ámbito religioso para encontrar lugar en las ciudades y grandes villas rurales. Los suntuosos mosaicos que decoraban los pisos, frentes y murales de las casas representaban escenas cotidianas que reflejaban parte del simbolismo cristiano.

Otra cuestión relevante tiene que ver con la definición de nuevas formas de comunicar las ideas y los acontecimientos de la época. La crónica reemplazó a la historia analítica narrativa, basada en el modelo de Tito Livio, presentando los eventos en una estructura cronológica basada en breves anotaciones sobre aquello que más le interesaba al autor. Cuestión que se refleja, por ejemplo, en el título de la obra de Zósimo, *Nueva Historia*, de mediados del siglo V. Entre los autores destacados cabe citar, continuando el ejemplo de las Crónicas de san Jerónimo, a Próspero de Aquitania e Hidacio. Por otro lado, pervivió el comentario exegético de los textos clásicos. El estudio de la retórica y el género biográfico será cultivado para reconocer un resurgimiento en el siglo siguiente.

El siglo VI

Cuestiones políticas

En torno al año 500 el mapa político del occidente europeo no estaba consolidado, pero había comenzado a adquirir sus perfiles medievales. El Imperio de Occidente había desaparecido y los invasores empezaban a configurar sus áreas de poder en las zonas más romanizadas de Italia, norte de África, Hispania y las Galias. En las zonas del norte de la Galia y en Bretaña las colonizaciones germanas estaban lejos de haber concluido.

En la Galia, los pueblos francos se asentaron sobre las antiguas estructuras romanas. A mediados del siglo V estaban divididos al menos en dos grupos: los ripuarios o renanos, custodiando la orilla izquierda del Rin, y los salios, extendidos sobre los actuales Países Bajos y Bélgica. De entre estos últimos surgió la figura de Clodoveo, llamado también Clovis o Chlodweg, quien en 486 venciera a Siagrio, tomara su capital de Soissons y se proclamara “general romano” además de rey.

Clodoveo se preocupó por unificar las distintas comunidades francas situadas en torno al Loira. Logró extender su influencia incluso sobre los bretones de Armórica, de modo más nominal que real, y empujó a los alamanes hacia el Alto Rin luego de vencerlos en la batalla de Zulpich o Tolbiac (encuentro de fecha incierta, entre 496 y 500). Esta progresión, sobre todo la que siguió hacia el Mediterráneo, puso al reino franco en contacto con los burgundios y visigodos, con quienes llegó al enfrentamiento directo. Los primeros en recibir el embate fueron los visigodos del reino de Tolosa, contra quienes la religión jugó un papel destacado junto a las armas (francos católicos contra visigodos arrianos). La campaña, que acabó en la victoria franca de Vouillé de 507, incorporó Tolosa y Aquitania al dominio de Clodoveo, aunque no logró mantener el control sobre Provenza y Septimania, hecho que negó, de momento, el acceso franco al mar.

Los sucesores de Clodoveo, a los que ya comenzaba a llamarse merovingios a causa de Meroveo, ese legendario antepasado, continuaron la presión hacia el este y el sur. En dos brillantes campañas en 523 y 526, dislocaron el reino burgundio tras instigar el asesinato de su rey Segismundo. Luego, lanzaron incursiones sobre Italia, llegando tan lejos como Campania y Calabria, de las que obtuvieron grandes botines antes de verse detenidos por griegos, romanos y godos que allí guerreaban por el territorio. Entre una y otra expedición hacia el sur, cayeron ante Teodeberto los turingios en 531 y los alamanes en 536, mientras que Clotario I dominó a los bávaros en 555. Desde ese momento, la Germania meridional se integró en el marco político común del reino franco. Por ende, el territorio franco se vio inmerso en una serie de guerras civiles, conflictos familiares, asesinatos e intrigas que se sucedieron ante la práctica merovingia de fraccionar el territorio entre los hijos de los reyes. Luego de la muerte de Clotario I en 561, comenzó a gestarse la diferencia entre Neustria (el oeste de la Galia) y Austrasia (el este galo, más el oeste de Germania, los Países Bajos y Bélgica).

Los merovingios no rechazaron por completo la herencia romana, evidente no solo en la estrecha relación entre reyes y obispos — que unió a germanos con galorromanos, sacralizando la autoridad real

y legitimando el papel de la Iglesia en la nueva estructura— sino, además, en la aceptación por parte de Clodoveo de las tablas consulares enviadas a él por el emperador bizantino Anastasio. Con todo, su reino fue esencialmente germánico. El servicio del príncipe estableció una jerarquía entre los hombres libres, beneficiando al conjunto cortesano formado por colaboradores, fieles o *leudes* que se encomendaban a un soberano cuyo poder era la clave de referencia.

Así como en la Galia y Germania el protagonismo franco fue decisivo, en Hispania e Italia lo fue el de los godos. En palabras de Lucien Musset, los godos, hasta Justiniano, asumieron la jefatura del mundo bárbaro. Ya en el siglo III, se manifestó la división del pueblo godo entre visigodos o *tervingi* y ostrogodos o *greutungi*, separación de jefaturas y reinos que no afectó ni la unidad de la lengua ni el sentimiento de estrecho parentesco entre ambos. Fueron los únicos que atravesaron el Imperio de un extremo a otro, los primeros que fundaron Estados duraderos y consiguieron una síntesis de los elementos germánicos y romanos, logrando construir una cultura intelectual autónoma.



Mapa 5. Reino germánicos.

Los visigodos llegaron a la península ibérica en el siglo V como *foederati* del Imperio. Para el siglo VI, contenida la amenaza franca luego del desastre de Vouillé, el poder de los reyes visigodos solo era discutido, aunque débilmente, por el pequeño reino suevo asentado en la

actual Galicia y por los vascos, en el norte de Hispania. De la organización de estos últimos no se conoce casi nada al igual que de los suevos. Estos últimos habrían estado gobernados por una monarquía que, salvo las acuñaciones de monedas siguiendo los tipos imperiales del siglo precedente, no dejó mayores rastros. Se caracterizó, eso sí, por la larga lucha entre católicos y arrianos, con los primeros ganando terreno, lenta pero firmemente tras la misión encabezada por san Martín de Braga. El rey visigodo Leovigildo —mediante la guerra entre 576 y 585— logró la anexión del reino suevo que se fundió con el godo.

El mismo Leovigildo (568-586) fue el artífice de los grandes avances que se realizaron respecto de la unificación política de la Península. No solo absorbió a los suevos, sino que también logró contener a los vascos construyendo la nueva fortaleza de Vitoria. En el mismo sentido, se volvió contra los bizantinos —que habían llegado al este hispano de la mano de la disputa sucesoria entre el rey arriano y su hijo católico Hermenegildo— recuperando Córdoba, Medina Sidonia y Sevilla.

Una vez sentadas estas sólidas bases, será Recaredo, segundo hijo de Leovigildo y su sucesor entre 586 y 601, quien conseguirá la consolidación de la autoridad real y la organización política visigoda. Su conversión al catolicismo fue fundamental para la unión de godos e

hispanorromanos, al tiempo que le atrajo la alianza con una Iglesia que demostró ser un poderoso apoyo. Los Concilios de Toledo, a los cuales asistieron los obispos hispanos ante la convocatoria del rey, se transformaron en verdaderas asambleas del reino. Desde aquí, nos encontraremos con una organización basada en una monarquía de tipo teocrático, tomada de los modelos bizantinos, de la que dependían los duques y condes que comandaban los ejércitos y dirigían las divisiones administrativas.

Los ostrogodos, al otro lado del Mediterráneo occidental, no lograron la misma solidez. Sus orígenes fueron, con todo, auspiciosos. Su rey Teodorico (474-526) invadió la península itálica en 489 y venció al rey Odoacro (el destructor del Imperio romano de Occidente) en Verona y, finalmente, en el sitio de Ravena en 493.

La organización del reino ostrogodo respetó una especie de dualismo que mantuvo el equilibrio entre las tradiciones imperiales romanas y las de los germanos. Teodorico, general romano, patricio y rey de los germanos al mismo tiempo, dispuso que godos y romanos vivieran bajo administraciones paralelas pero separadas, con el único contacto entre ellas en la persona del príncipe y en algunas oficinas del gobierno. Así, a la fuerza del ejército godo se le unía el orden que proporcionaba el encuadramiento en las antiguas pautas de la

civilización romana, con sus leyes, magistrados y el apoyo del viejo pero influyente orden senatorial. Esta división se mantuvo incluso en la esfera religiosa entre godos arrianos y romanos católicos, si bien con tensiones siempre latentes.

La muerte de Teodorico propició la llegada al trono primero de Atalarico, un niño bajo la regencia de la hija del viejo rey, y luego de Teodato. Este aprovechó la muerte de Atalarico sin herederos, para eliminar a la regente Amalasvinta y hacerse con el poder, acabando con la prosperidad del Estado ostrogodo. El emperador bizantino Justiniano se proclamó vengador de Amalasvinta y envió sus ejércitos a Italia bajo el mando del general Belisario. Sin duda, una expresión más del expansionismo oriental que ya los había llevado al norte de África y al este de Hispania.

Jefes como Teodato, Vitiges, Hildibaldo y Totila, que se sucedieron entre 534 y 552, condujeron sin éxito la lucha contra el asalto bizantino, proceso durante el cual el dualismo original fue reemplazado por una notable germanización de las estructuras políticas. Luego del año 552, Italia mostró un cambio notable. Por un lado, los bizantinos fundaron el Exarcado de Ravena, que se hizo con el control de una franja que cortaba en diagonal la península casi desde Roma hasta el Friul. Por el otro, los longobardos o lombardos conducidos por su rey

Audoino, avanzaron por el norte como aliados de los griegos y ocuparon el lugar dejado vacante por los derrotados ostrogodos. Los duques lombardos se extendieron en todas direcciones, creando el reino de Pavía y los ducados de Benevento y Espoleto.



Mapa 6. Europa a principios del siglo VI

Los lombardos, cuya organización política fue establecida por el rey Agilulfo (590-616), dispusieron que la circunscripción básica fuera el ducado, jurisdicción de un “exercitus” dirigido por un duque. Las tierras pasaron a los jefes lombardos, muchas veces a la fuerza.

Desde el siglo V, las islas británicas contemplaron el progresivo derrumbe de la vieja organización romana ante el ataque de pueblos germánicos, anglos y sajones, que de simples auxiliares o saqueadores, se habían transformado en grupos que buscaban un lugar donde asentarse. En el siglo VI, las realezas aparecieron de la mano de una nueva oleada de inmigrantes, que, como detalle particular, erigieron su jefatura sobre la base de una ascendencia pretendidamente divina.

Los reinos creados por los recién llegados tuvieron como origen el reagrupamiento de elementos diversos. Sus nombres demuestran esta característica: fueron tomados de la toponimia celtorromana (Kent, quizá Bernicia) o bien tuvieron un carácter solo geográfico (“gentes de la marca” o Mercia, “gentes del norte del Humber” o Northumbria, Wessex, Essex, etc.). La colonización germánica ocupó las tierras arables, al tiempo que las ciudades perdieron la relevancia y significación que habían tenido en épocas romanas.

Los celtorromanos, pese a verse sumergidos en el alud germánico, no desaparecieron. Identificados con los bretones, resistieron el avance sajón hacia el este de Inglaterra en una serie de batallas difíciles de situar. La más renombrada de ellas fue la del *Mons Badonicus*, donde los romano-bretones estuvieron dirigidos por Ambrosio Aureliano, “el último de los romanos”. Según algunos especialistas, la figura

en la que se habría basado al rey Arturo medieval. Su cultura pervivió en Cornualles, Gales (de una de esas familias provenía san Patricio, el evangelizador de Irlanda) y también en la Bretaña armoricana, al otro lado del canal de la Mancha.

En el norte, pictos y escotos organizaron sus pueblos. Clanes y jefes lucharon entre sí lanzando incursiones hacia el territorio ocupado ahora por los sajones, e incluso sobre Irlanda, pero sin seguir un plan de expansión preciso.

Todos los Estados germánicos tuvieron en sus comienzos los mismos problemas fundamentales provocados por el choque con el orden estatal, con las formas sociales de vida y con la religión y la cultura del Imperio. La herencia romana los obligó a cambiar su modo de vida ahistórico y tribal a favor de un mundo más ordenado y regulado por el Estado.

Las federaciones de tribus germanas que asolaron el Imperio no sustituyeron simplemente al régimen estatal romano, puesto que representaban una minoría frente a la población romana. Sin embargo, su presencia implicó que se integraran no como colonos, sino como líderes y gobernantes. En principio, quedaron algunos testimonios de los choques que hubo, como el de Sidonio Apolinar en Francia. En un comienzo, ambos grupos siguieron los fundamentos de sus propias

leyes e instituciones. Uno de los motivos más agudos de enfrentamiento fue el tema religioso. Los germanos en su mayoría habían adoptado el arrianismo, mientras que los antiguos súbditos del Imperio se mantenían en la fe católica. Algunos elementos esenciales de la antigua estructura romana siguieron existiendo, tales como el ordenamiento administrativo, el comercio y la economía agrícola. No hubo una interrupción notable en las formas de vida, comprobable en la historia de las ciudades, de la cultura material y de la estructura social.

Se ha hecho referencia a la presencia bizantina en el Mediterráneo occidental, en lo que se conoce como “reconquista bizantina”. Oriente había logrado, luego de años convulsos, la pacificación y la reorganización con Anastasio, aunque los conflictos religiosos (monofisistas, nestorianos, ortodoxia) siempre estuvieron presentes. Justiniano (527-565) fue el artífice de una política de recuperación de territorios y derechos a los que, desde el punto de vista imperial, no habían renunciado. La estrategia bizantina se basó en su poderosa flota. Mediante bloqueos y asedios tomaban las ciudades que se convertían en cabeza de puente para el dominio de la región circundante. Comenzaron por el dominio de África vándala (533-534), luego de Italia, a través del dominio de Sicilia y la costa dalmata (535), logrando el control de la navegación del Tirreno y el Adriático, luego de los puertos del

tirreno como Nápoles y la propia Roma y más tarde, venciendo a los ostrogodos, la Lombardía, Rímini y Rávena (540). Al mismo tiempo y a partir de la intervención en el conflicto sucesorio visigodo, conquistaron todo el sureste peninsular y enclaves en las islas del Mediterráneo.



Mapa 6. El Imperio bizantino en el siglo VI.

Las guerras en Occidente debilitaron el poder del Imperio y no pudo hacer frente a la oleada de ataques producidos en sus fronteras (eslavos, persas). Por otra parte, la restauración de la romanidad era casi imposible, las tierras conquistadas no se sentían ligadas a Constantinopla, por lo tanto, unificada la monarquía visigoda (625) perdieron

Hispania, luego África y lograron mantenerse en Génova hasta el 640, en el eje Roma Rávena hasta el 720-752 y en Venecia y la Magna Grecia hasta el siglo IX y en algunos puntos del sur italiano hasta el XI.

Cuestiones sociales

La sociedad del siglo VI estaba demasiado próxima a la caída del Imperio romano como para no demostrar elementos familiares, en donde los aportes realizados por los germanos encontraron un sustrato sobre el cual asentarse. Sin embargo, la síntesis que se produjo entre ambos conjuntos y que con mayor frecuencia resalta las diferencias, no debe dejar de lado ciertas similitudes básicas.

Es un hecho que tanto germanos como romanos conocían la desigualdad social. Aceptaban la preeminencia de un sector de notables, ya fuera el orden senatorial en el Imperio o bien, entre los germanos, ese grupo integrado por los parientes y compañeros de los jefes de guerra (el llamado “comitatus”), cuyos linajes, al menos en algunas tribus, aparecían dotados con privilegios jurídicos y hasta caracteres mágicos. Unos y otros conocieron también la esclavitud, alimentada por la guerra permanente que mantenía una fuerza de trabajo servil incrementada cada año mediante las *razzias* dirigidas contra el territorio de los pueblos vecinos, una vez que la posibilidad

de adquirirlos en los mercados de tiempos clásicos se hizo dificultosa o innecesaria.

En suma, el cuerpo social destacaba tres grupos claramente diferenciados: **los esclavos**; el de los **campesinos libres** y, en tercer lugar, el de los “**grandes**” (según la acepción de Duby), dueños del trabajo de los demás y de sus frutos. En cierta forma, podría incluso decirse que el orden social en Occidente tuvo dos raíces principales: una estructura agraria romana, muy marcada por la propiedad del suelo, y otra germánica, caracterizada por las relaciones de dominio personal.

Los primeros a considerar serán los esclavos. En los siglos iniciales de la Edad Media los documentos revelan la presencia de hombres y mujeres que son propiedad de otros desde que nacen hasta que mueren. No tienen nada propio, se los puede comprar y vender, pero, al menos en algunas zonas su precio era relativamente bajo. Se ocupaban de labores rurales y domésticas. La mayoría de la población esclava provenía de la guerra o del comercio pero las leyes permitían que un hombre libre por necesidad pudiera entregarse como esclavo. También provenían de la reproducción natural, de los matrimonios entre libres y esclavos (la unión con esclavos conducía a la pérdida de la condición de libre de aquel que lo fuera), de las condenas judiciales (que

castigaban con la pérdida de la libertad a una serie de delitos cuya gama variaba de acuerdo a la región, pero que casi siempre incluían el infanticidio, el aborto, la violación, la falsificación de moneda, etc.) y del endeudamiento (temporalmente, hasta saldar la deuda). La Iglesia, tan importante en las definiciones sociales del período, incluso no condenó o atacó estas prácticas, sino que buscó prohibir (prohibición que no fue más respetada que otras tantas) que se redujese a la servidumbre a los bautizados.

Los hombres libres no se consideraban tales por su independencia personal, sino por el hecho de pertenecer al “pueblo”, es decir, por depender e integrar las instituciones públicas de su comunidad. Las sociedades germánicas se basaban en un cuerpo de hombres libres, cuya condición se expresaba en el derecho de llevar armas y que fue aprovechado por todos, desde los que formaban el séquito del rey hasta los campesinos más humildes. La posibilidad de integrar la hueste daba el derecho, además, de seguir al rey o jefe guerrero en las expediciones emprendidas cada primavera y, por tanto, de participar en los beneficios del botín capturado. La guerra, que de momento conservaba un marcado carácter tribal, era considerada como una de las principales fuentes de enriquecimiento.

Para los germanos, la libertad como derecho dependía del principio de obligación. Marchar a la guerra, por citar este caso, no solo implicaba una posibilidad que no todos podían ejercer, sino también era la obligación que llevaba a los hombres a reunirse periódicamente para decidir la ley, para hacer justicia en el marco de la asamblea de guerreros (momento en que se repartía el botín de una campaña), se disponía la explotación colectiva de las partes incultas del territorio y se manifestaba sobre la aceptación o no de los nuevos miembros de la comunidad. En las zonas romanizadas la libertad estaba unida a la propiedad del suelo y gran parte de los campesinos eran colonos que cultivaban tierras ajenas. En general, los límites entre la libertad y formas atenuadas de servidumbre eran difusas.

Como estrato superior de los libres se distinguían los “grandes”. Esta nobleza o aristocracia era una mezcla de descendientes de líderes germanos y clase senatorial romana.

En la cúspide de dicho grupo estaba el rey a quien correspondía el poder de mandar, de dirigir el ejército y de administrar la justicia entre el pueblo (en muchos casos, junto con la asamblea). La herencia favoreció la acumulación de riquezas en sus manos, pero como las reglas de distribución sucesoria eran, respecto a él, las mismas que se

aplicaban en todas las familias (división del patrimonio en partes iguales entre todos los herederos) esa fortuna corría el riesgo de fraccionarse y desaparecer en las sucesivas particiones. Sin embargo, la cantidad de bienes que podía acumular por su posición era tal que resultaba más simple resistir o mitigar los efectos de este proceso.

Con mucho para distribuir, pues, los reyes favorecieron la existencia de un conjunto de hombres ligados a su persona por relaciones domésticas conocidas con el nombre de *palatium*, lo que daría como resultado una complejización del viejo *comitatus*. Además de sus familiares y servidores más cercanos se reunía un gran número de jóvenes de familias “aristocráticas” que buscaban completar su educación junto al rey. Así, apareció el grupo de “amigos” o “fieles” unidos al monarca por una fidelidad particular que les otorgaba un valor individual especial. Serán estos personajes los principales ejecutores del poder real, del cual obtenían su riqueza ya fuera por medio de regalos, un mayor beneficio sobre el botín conseguido o por las altas dignidades que el rey era capaz de conceder.

Los “grandes” entonces, podían ser definidos a partir de la figura real, pero conformaban un grupo complejo, integrado por elementos diversos que se fusionaron estrechamente. En ellos apareció la

unión entre los germánicos dominantes, los descendientes de las tribus aliadas o sometidas (era muy común que, en una oleada migratoria, distintos pueblos se unieran bajo el liderazgo de la tribu o clan más fuerte) y los restos del orden senatorial romano. Su poder se expresó a partir de su posición particular en el seno social y su control de la tierra, que poco a poco iría concentrándose. En siglos posteriores hará su aparición el “gran dominio”, que no se limitará a ser la principal estructura productiva de la Alta Edad Media, sino que también constituirá la forma primaria de dominación sobre las personas hasta la aparición del feudalismo.

Este período no presentó al espacio geográfico como problema, pues la disponibilidad de tierras era suficiente. La población, en cambio, sí ofreció particularidades. Crisis como la llamada “Peste justiniana” —que marcó, a mediados de siglo, la introducción de la peste bubónica en Occidente de la mano de las tropas bizantinas y que, de los puertos mediterráneos llegó incluso a Dinamarca e Irlanda— se sumó a la movilidad de las migraciones sobre el terreno. Controlar la disponibilidad de hombres era una manera de asegurar los brazos capaces de llevar adelante la producción y las fuentes de obtención de riquezas. En este contexto, la división entre *humiliores* y *potentiores* (humildes y ricos); y a menudo entre *pauperes* y *potentes* (pobres y poderosos),

no parece casualidad, sino el fruto de un proceso que puede rastrearse en las condiciones sociales generadas por los esquemas que comenzaron a cristalizar en las nuevas realidades romano-germánicas.

Cuestiones económicas

El paisaje mediterráneo se caracterizó, en época romana, por los límites entre los campos, con una clara separación entre el *ager* (campos cultivables) y el *saltus* (la pradera), que aparecían como espacios muy bien definidos, con un tipo rectilíneo e incluso con hitos o mojones de piedra que establecían los derechos de cada propietario. Los germanos y los celtas, en cambio, privilegiaron la zona imprecisa, con el bosque como frontera y el seto vivo, valorizando la *silva* como espacio a aprovechar junto con la agricultura, dados los intereses pastoriles de los recién llegados. Por ejemplo, resulta notable cómo desde principios del siglo V, árboles, helechos y zarzales progresaron a costa de los prados y cultivos, pero ya en el siglo VI estos últimos reaparecieron con mayor fuerza.

En este marco, la explotación agraria tomó una relevancia fundamental, ya fuera a partir de las propiedades más o menos pequeñas de tipo familiar, como a través de grandes concentraciones en manos de los *potentes*. No obstante, es necesario observar que el problema de

la existencia y/o supervivencia de grupos de pequeños propietarios libres tiene más importancia para la historia social que para la historia económica.

En efecto, a partir del momento en que se comprobó que una proporción importante de la tierra estaba acaparada por la gran propiedad, resultó evidente que también había que admitir que esta última desempeñó un papel motor en el conjunto del proceso de desarrollo. Por las técnicas puestas en práctica, por sus formas de gestión más racionales, por una preocupación más acusada por la rentabilidad y, quizá, por niveles de producción más elevados, es muy probable que corresponda otorgar al gran dominio el reconocimiento de ser aquel que impuso las características salientes a la estructura agraria medieval.

Ahora bien, la consolidación del gran dominio será cosa de siglos posteriores. En este (y en muchos otros sentidos) el siglo VI será parte de un período de transición que se encaminará hacia los modelos, mucho más conocidos, del siglo VIII bajo el Imperio carolingio. De momento, puede sostenerse sin demasiados problemas que la producción agraria corría a cargo de campesinos agrupados en comunidades aldeanas o en familias amplias, que explotaban en conjunto los terre-

nos comunales y avanzaban hacia las tierras incultas cuando lo necesitaban o les era posible. Esto no significa que la concentración de la tierra no se conociese o tuviera una relevancia menor (los *potentes* eran tenidos por tales, entre otras cosas, por sus grandes propiedades), sino que es destacable la multiplicidad de la estructura agraria del período.

Una indicación de esa complejidad estructural es la gran variedad de términos que es posible encontrar para referirse a las tenencias agrícolas. Si bien parecen haber sido formulados en siglos posteriores, no dejarían de formalizar realidades presentes de algún modo en el siglo VI.

A principios del siglo VII se documentó por primera vez el vocablo *mansus* para referirse a las tenencias entre el Loira y el Rin. Más al sur, en las regiones mediterráneas, se las llamó *colonica*. Por su parte, en la zona germánica encontramos menciones a la *hufe* o al *hide* en el espacio anglosajón. Si bien cada una indicaba, además, una variedad de situaciones respecto a la condición de su ocupante, a criterios de libertad, fijación a la tierra y obligaciones ligadas a su permanencia o no en ella, todas definirían a la tierra ocupada por una familia que estaba a cargo de su explotación. Los cultivos de cereales como el

trigo y la cebada eran mayoritarios en la región mediterránea. También se podía optar por el centeno y el lino, mejor adaptados a las condiciones climáticas de la Europa occidental. Las variaciones regionales, por cierto, eran notables: la avena y la cebada eran características de Inglaterra, usadas en la elaboración de cerveza; el mijo y el sorgo en las llanuras del Po y Gascuña; la espelta en Francia, etc. Junto a los cereales, las legumbres secas se destacaron por su capacidad para conservarse por largo tiempo: habas, garbanzos, lentejas, por solo mencionar los más habituales.

Las tierras eran trabajadas de modo muy similar al de la época romana: restos arqueológicos indican que el *aratrum* era predominante, con sus surcos poco profundos y asimétricos. Esta situación se mantendría hasta el siglo VIII, donde se registrará por primera vez la existencia de arados de reja, aparentemente llegados de Moravia.

En cuanto a las grandes propiedades, la bipartición entre una reserva señorial y un conjunto de tenencias a cargo de campesinos ya era posible encontrarla en Galia, la Italia lombarda y Flandes. El aprovechamiento de la parte central se hacía por medio de la explotación directa, por esclavos y con la ayuda de algunos días de trabajo anuales cedidos por los *tenentes*. En cuanto a esta unión orgánica del tributo en días de “corvea”, entre la reserva y las tenencias, puede decirse que

ya estaba registrada en los dominios imperiales del norte de África durante el siglo II, caracterizados por poseer parcelas instaladas en amplias llanuras. En estos casos, los colonos debían al intendente de uno a seis días de trabajo al año. En el siglo que nos ocupa, la pervivencia de esta práctica está marcada por el ejemplo de la Iglesia de Ravena, donde tres *tenentes* estaban obligados a cumplir de uno a seis días de *corvea* a la semana.

Ahora bien, la existencia de una articulación entre las dos partes que componían un dominio por medio del trabajo obligatorio de sus colonos o *tenentes*, no debería crear la ilusión de que encontramos aquí la *corvea* que resultaría común en los grandes dominios de los siglos VIII a X. Esa consistirá de prestaciones en trabajo (y raramente en dinero) que llevará adelante la explotación del espacio agrario casi en reemplazo de la mano de obra esclava. En el siglo VI, estos casos de *corvea* se hallaban mucho más ligados a las *corvatae* romanas y su extensión era limitada al punto de parecer excepcional. Además, estos dominios diferían en gran medida de aquellos consolidados bajo los carolingios ya que, en general, eran mucho menos extensos y estaban casi explotados en forma directa por sus dueños. Así, los dominios de los siglos VI y VII constituirían una suerte de organización intermedia en cuanto a lo cronológico, sobre todo, entre el viejo *fundus* romano y

el sistema curtense clásico, donde la síntesis entre elementos germánicos y romanos es una clave interesante a considerar.

La economía de este período, pues, se constituyó en torno a una base fundamentalmente agraria, a la cual se le conectaron otros elementos como por ejemplo, cierta vigencia del comercio. En efecto, quedan registros de que, aunque reducidas y en peor estado, las carreteras siguieron estando transitadas por carros que llevaban productos tales como hierro, materiales de construcción, aceite, papiros, especias (estos últimos, considerados “exóticos”). Reafirmando la vigencia de esta actividad, se encontraron fórmulas que aludían claramente a actividades de compra-venta, como así también a puntos de percepción de impuestos que constituían la carga de los *mercatores* o mercaderes. Estos podían ser, muchas veces, hombres que actuaban en nombre de un señor para ocuparse en otras tierras de los negocios del dueño; pero también es posible que hubiese verdaderos mercaderes que hacían del comercio su actividad primaria. Con todo, las fuentes son vagas al respecto.

Una última consideración que resta por realizar consiste en la existencia de una circulación monetaria. Es cierto que su presencia, basada aún en tipos romanos y con sus específicos pesos y ley, fue mucho más notable luego del siglo VII. Sin embargo, en lugares como la

cuenca occidental mediterránea, nunca desapareció del todo y siguió registrándose el precio de las cosas por un cierto número de monedas, lo que demostraría que continuaba confiándose en ella como referencia. Así y todo, la moneda durante el siglo VI bajo control regio será en general, más un objeto simbólico de prestigio y poder, que un medio de cambio extendido.

Mientras, en el Imperio de Oriente el Estado mantenía el control sobre la fiscalidad, protegía el comercio exterior —las rutas a Oriente a través del Imperio persa o a través del Cáucaso, al ámbito sudanés, mar Rojo y península arábiga—y buscó aumentar el control sobre la economía urbana, que sin duda constituye un aspecto tener en cuenta en un mundo cada vez más ruralizado. El Estado dirigía la actividad productiva según sus intereses políticos. Así, daba licencias de exportación, establecía monopolios, fijaba los límites salariales, señalaba los lugares de venta y almacenamiento a mercaderes extranjeros. Muchos de estos procedimientos intervencionistas que Bizancio tomó del Bajo Imperio, fueron transmitidos a sociedades del mediterráneo durante el Medioevo

Cuestiones culturales

En los aspectos culturales, tanto como en los políticos, sociales y económicos, la palabra que mejor define la situación del siglo VI es síntesis. Desde hace mucho tiempo se ha abandonado la idea de una gran masa humana o de oleadas incontenibles de personas y pueblos, atravesando el Imperio romano, destruyéndolo todo a su paso. En ningún lugar se impuso un orden nuevo traído por un número relativamente bajo de invasores bárbaros. Por lo que la fusión de elementos en los reinos romano-germánicos fue una constante, que no hacía más que adaptarse a un proceso de larga data, en donde las infiltraciones de grupos étnicos de recién llegados se integraban con poblaciones ya muy heterogéneas de por sí.

En líneas generales, puede plantearse que existió una resistencia romana, en tanto buscaba mantener los modos de vida, la lengua y el derecho tradicionales. Esta resistencia no tuvo un carácter uniforme. Fue más simple en aquellos puntos donde la existencia de ciudades bien consolidadas, con sus guarniciones, grandes núcleos administrativos y mercados prósperos, brindaba el apoyo que permitía sobrevivir a la “romanidad”.

Zonas como Germania junto al Rin, la región del Mosela, el norte de Galia, Hispania e Italia, por solo mencionar algunos ejemplos

significativos, fueron notables por la pervivencia de una cultura y ordenamiento clásico, que, aunque sufrió modificaciones no desapareció por completo y hasta esporádicamente se fortaleció. Por ejemplo, muchas ciudades decayeron en demografía y extensión, las guarniciones casi desaparecieron y los mercados soportaron los vaivenes propios de una época convulsionada. Notable, en este sentido, fue el caso de Italia en donde, en un contexto de lucha contra ostrogodos y lombardos, se encuentran expresiones que buscaron enaltecer las virtudes bárbaras o germanas. La llegada de los bizantinos, enviados por Justiniano para restablecer la autoridad imperial en la península, trajo consigo la recuperación de las antiguas tradiciones e incluso, la incorporación de las nuevas enseñanzas de Oriente en el plano espiritual y artístico.

Ahora bien, esta resistencia no fue mérito solo de los romanos. Los germanos tuvieron su papel destacado en este proceso, cuando tomaron los códigos legales romanos y los mantuvieron luego de adaptarlos a sus principios consuetudinarios, aceptando la idea de la ley como el fundamento de la sociedad y el gobierno justo. El *Liber Iudicum* visigodo es el ejemplo más conocido en estos términos, pero podrían mencionarse las evidencias presentes en las *Variae* de Casiodoro bajo los ostrogodos y, en el mismo espacio, el *Edictum Theodorici*, como así también el corpus de la *Lex Burgundiorum*.

Del mismo modo, si bien se ha marcado que las ciudades bajo los germanos decayeron en muchos casos, no significa que pueda caracterizárselos como enemigos de ellas. Los reyes francos y godos no fueron reyes nómadas, sino que tuvieron sus palacios en varias ciudades administrativas. La importancia del centro urbano germánico radicaba en su función de capitales o residencias reales, enriquecidas por una corte, la administración, escuelas, santuarios y una basílica funeraria para la dinastía. Junto a los reyes, los obispos también propiciaron el mantenimiento de las ciudades en torno a la catedral y sus dependencias y si bien es cierto que muchos de ellos provenían de un origen romano, otros no, y actuaron igualmente como activos defensores de esos núcleos.

La relación entre reyes y obispos, entre el Estado y la Iglesia, no solo puede aplicarse a un hecho puntual como la preservación de lo urbano. También puede extenderse a una larga serie de elementos que resultaron propios de toda la Edad Media y que, por supuesto, tuvieron su eco a nivel cultural. En particular, los obispos recibieron una valoración especial en esta etapa, pues se creía que ellos, por sus exclusivas características, estarían en condiciones de practicar la *consideratio*, ese balance entre las demandas de la vida espiritual y las presiones de la vida mundana. Dicho de otro modo, serían los poseedores de una

visión privilegiada y depositarios de una cierta *paideia*, esto es, un modo de comportamiento y una forma de expresión basada en una educación específica. A partir de ella, estarían en condiciones de convertirse en la autoridad que, legítimamente, ofrecería al pueblo cristiano las herramientas necesarias para la salvación. Se debe remarcar que en esta época la cristiandad occidental vivió una serie de transformaciones de la mano de los reinos que fueron organizándose y que constituyeron Iglesias regionales, que tenían sus leyes y liturgia propias, aunque aceptaban la supremacía de Roma.

Las invasiones bárbaras favorecieron, sin duda, el resurgimiento de antiguas herejías latentes muchas veces en las poblaciones del Imperio, como se ha visto en los siglos anteriores. En el siglo VI, el catolicismo logró imponerse sobre el arrianismo —con la desaparición del reino suevo, la conversión del rey visigodo Recaredo en 589 y del lombardo Agilulfo en 607— y el priscilianismo, que se había extendido con fuerza por el norte de África y en Hispania, declarado formalmente como herejía en 561 por el Concilio de Braga.

En el siglo VI el paganismo y el apego a las supersticiones se mantuvieron. Un paganismo popular que resistió primero los esfuerzos de evangelización romana y luego de los monarcas y obispos de los reinos romano-germánicos. Buena prueba de ello la constituye la

pervivencia de amuletos mágicos en los ajuares funerarios, las ceremonias en espacios abiertos con fuegos y ofrendas a los viejos dioses.

El monacato, que en un primer momento fue privativo de Oriente, se difundió con fuerza por Occidente, si bien los obispos se interesaron en la conversión de la población de las zonas rurales, la expansión de la fe cristiana por Europa del norte se debió sobre todo a los monjes misioneros. En este sentido, se debe hacer especial mención a la acción de los monjes que evangelizaron Irlanda y Escocia desde el siglo V, quienes a imitación de san Patricio, sembraron de conventos esa parte de Europa (Clonmacnoise, Durrow, Derry, Iona). Conventos que, tras un muro circular defensivo, ofrecían a los monjes y sus fieles, iglesias, refectorios, hospicios y escuelas. Estos monjes, cuyas ideas se basaban en la necesidad de peregrinación para difundir la fe y en la penitencia personal, no solo se instalaron en las islas, sino también sobre el continente. En Galia y Germania fueron intrépidos misioneros.

En las regiones del sur, las fundaciones monacales se multiplicaron, en un primer momento inspiradas en el ascetismo oriental, aunque a partir del siglo VI se difundió la regla de Cesáreo de Arlés, que constituyó el primer paso para la organización de una vida monacal

occidental mucho menos contemplativa y más adaptada a la evangelización de las zonas rurales. Más tarde, hacia finales del siglo, san Benito redactaría su regla —de características flexibles y marcadamente espiritual— que se impondría en Occidente con el tiempo.

En líneas generales, la cultura del siglo VI respetó la vieja base romana, donde la lengua latina y la pasión por la retórica encontró expresiones destacadas en manos de hombres como Boecio, Casiodoro, Gregorio Magno. Con todo, no fueron meras imitaciones, sino producciones originales asentadas en la adhesión a sus tiempos y a las nuevas estructuras que se estaban construyendo, de las que Casiodoro había dado ya las primeras muestras y que anunciaban una “nueva cultura”. En efecto, Casiodoro, en sus *Institutiones divinarum et saecularium litterarum*, establecerá los esquemas retóricos latinos que aparecerán en la literatura y pedagogía cristiana. Pero, su legado va más allá, puesto que será él quien establezca como obligación de los monjes —originalmente a los del convento de Vivarium—, según lo afirma Jacques Le Goff, una tarea que toda la Edad Media mantendrá celosamente: la copia de los antiguos manuscritos.

El arte presentó también una marcada síntesis de elementos diversos. Se centró mucho más en las producciones mobiliarias que en

la arquitectura y en la gran escultura. Ambas de estilo simple, sin recargas de relieve o detalle, aunque los estilos abstractos y formas estilizadas resultaron hermosos en su sobriedad.

En cuanto a Oriente, fue un siglo de un gran esplendor cultural, sobre todo en la corte de Constantinopla. Justiniano hizo de esta ciudad una deslumbrante capital, enriqueciéndola con palacios, acueductos, baños públicos y dos espléndidas iglesias: Los Santos Apóstoles y Santa Sofía. Esta última con su inmensa cúpula, simbolizaba el poder del emperador y del cristianismo. Procopio en *Historia en ocho libros* da testimonio de este momento. Fue una época pródiga para las ciencias pues se buscó compilar y transmitir los conocimientos de la Antigüedad en Matemática, Botánica, Física, Astronomía... y tratar de encontrar sus aplicaciones prácticas. Pero por sobre todo, se debe destacar la compilación del derecho romano, obra de enorme trascendencia. Bajo la dirección de Triboniano se coleccionó las constituciones imperiales a partir de los tiempos de Adriano que dio como resultado el *Código de Justiniano* (529), ampliado en 534 en latín. Luego se compi-

laron en griego las constituciones y leyes promulgadas con posterioridad a esas fechas, las *Novellae*. También se reunieron, ordenaron y sistematizaron los textos de jurisconsultos romanos, utilizados por los tribunales: el *Digestum* o *Pandectas*, y finalmente una selección de los anteriores para el uso de estudiantes llamado *Instituta*. Esta obra tendría una enorme influencia en Occidente a partir del siglo XII.



Ilustración 10. El emperador Justiniano y su séquito. Iglesia de san Vital (Rávena). Justiniano lleva una patena como ofrenda, además de un manto púrpura que lo distingue de los demás. Es representado con la corona (poder temporal) y el nimbo (poder espiritual).

El siglo VII

Cuestiones políticas

El siglo VII marcó el establecimiento de un delicado equilibrio, tanto al interior como hacia el exterior, de las diferentes unidades políticas que se habían conformado durante los siglos anteriores. Así, estas nuevas monarquías romano-germánicas delinearon una nueva organización espacial sobre los restos del antiguo Imperio romano de Occidente.

La Hispania visigoda finalmente logró concluir el proceso de unificación, tanto política como religiosa, que había comenzado a tomar forma en el siglo anterior con Atanagildo (555-567), quién estableció su capital en la ciudad de Toledo a la vez que mantuvo el dominio de la Septimania. Por su parte, Leovigildo (568-586) llevó adelante una serie de fuertes ofensivas contra el reino suevo que se tradujo en su desaparición en el 585. Estas acciones no tuvieron el mismo éxito sobre los vascos, ya que hicieron que estos solo modificaran las incursiones de pillaje hacia la vertiente norte de los Pirineos. Bajo el reinado

de Recaredo (586-601) concluyó la unificación político-religiosa. La vieja disputa entre arrianos y católicos fue saldada al producirse, en el 586, la conversión oficial del rey al catolicismo. Con ello, la realeza visigoda encontró en la Iglesia un poderoso aliado que le permitió materializar a la monarquía en una teocracia. Así, la unificación territorial definitiva se logró hacia el 629 cuando los últimos contingentes armados del Imperio bizantino abandonaron sus puertos de la Bética y Cartagena. No obstante, esta unificación nunca sería total ya que tanto los vascos como los septimanos se mostraron completamente reacios a aceptar la autoridad de Toledo. Un claro ejemplo de ello lo constituyó la rebelión llevada adelante por el duque Paulo de la Septimania, durante el reinado de Wamba (672-680), en el año 673, quien llegó a dominar toda la zona y proclamarse rey antes de ser derrotado por el mencionado monarca visigodo.

Si bien, a partir de Recaredo se logró la unificación del reino no por ello se atenuaron las luchas internas. Por el contrario, los conflictos fueron constantemente estimulados por el carácter electivo de la monarquía, llegando uno de ellos —el que se desató entre los hijos de Vitiza y el rey Rodrigo— a marcar el inicio de la destrucción del reino visigodo.



Mapa 7. El reino visigodo en Hispania.

En la Galia, tras la muerte de Clodoveo (511), el reino merovingio quedó dividido entre sus cuatro hijos, pero en dicho reparto el criterio adoptado no tuvo en cuenta las particularidades étnicas o lingüísticas de las diferentes regiones, sino uno equitativo de las tierras. En virtud

de ello, durante la segunda parte del siglo VI e inicios del VII, el reino se vio sometido a una serie de interminables conflictos familiares, intrigas palaciegas y guerras que dieron por resultado un enfrentamiento cada vez mayor entre Neustria y Austrasia, a la vez que se consolidaba el poder de los duques —comandantes del ejército— y, sobre todo, de los mayordomos —poseedores de grandes dominios territoriales y capaces de conseguir importantes concesiones reales—.

Esta situación tendió a estabilizarse hacia el 613 —por el término de veinticinco años— bajo los reinados de Clotario II y de Dagoberto, quienes, apoyados por sus consejeros-obispos, lograron someter a la aristocracia a su obediencia, en particular a la aquitana. Pero esta estabilidad, que estaba garantizada por el poder del monarca, a mediados del siglo VII nuevamente se vio quebrada, dando como resultado el ascenso de dos espacios definidos y enfrentados: Neustria (del Mosa al Loira, con capital en París) y Austrasia (del Rin al Mosa con capital en Metz). Entre ambas regiones enfrentadas, los territorios de Borgoña, Aquitania y Provenza tuvieron que actuar de forma cuidadosa para no ser dominados por alguna de las dos. En este sentido cabe mencionar que hasta el 687 Neustria —donde se encontraban la mayoría de las tierras personales merovingias— fue quien llevó la iniciativa en los enfrentamientos. Pero, mientras se desarrollaban estos sucesos,

varios de los pueblos germánicos que se hallaban sometidos aprovecharon la situación para liberarse del dominio franco. Los primeros fueron los frisones, que comenzaron su expansión hacia las costas danesas y la desembocadura del Rin, donde capturaron los puertos de Utrecht y de Dorestadt. Para el 641 Turingia logró independizarse del dominio franco al tiempo que, en el valle del Garona, la lucha continua contra los vascos permitió el surgimiento de un principado independiente en Aquitania, en torno al 671-672.



Mapa 8. Reino franco en el siglo VII.

Esta turbulenta segunda mitad del siglo VII desembocó en un claro debilitamiento de la autoridad real y marcó el ascenso definitivo al poder de los mayordomos de palacio de los cuales Pipino de Heristal —mayordomo de Austrasia—, luego de vencer a todos sus adversarios, aparecerá como el verdadero soberano y fundador de una nueva dinastía.

La llegada de los lombardos —recientemente convertidos al arrianismo y poco romanizados— a la península itálica, a mediados del siglo VI, marcó el inicio de una etapa signada por numerosos conflictos, cuyos blancos centrales fueron, entre otros, la antigua aristocracia romana y goda. Más aún, la irrupción de los lombardos destruyó las defensas fronterizas del Friuli y el Véneto, dejando así abiertos los pasos de los Alpes para las incursiones de saqueo y rapiña por parte de los ávaros y eslavos.

Sorteada la crisis inicial del siglo es posible observar un doble proceso liderado por la monarquía consistente en su recomposición política y en la adopción del catolicismo. Dicho proceso, en el aspecto estrictamente político, tenía su principal obstáculo en los duques, que actuaban como señores independientes gracias al control que poseían sobre el ejército. La solución que encontró la monarquía lombarda fue atacar las posesiones bizantinas en la Península, situación que, a su vez, permitió al Papado erigirse como verdadero dueño de Roma. Pero

de igual forma el Papado era consciente del peligro que significaba el avance lombardo, con lo cual buscó crear alianzas con los duques, en especial convirtiéndolos al catolicismo. De allí que la monarquía lombarda, bajo el reinado de Ariperto I, en el 652-653, adoptará dicha confesión. Así pues, para los últimos años del siglo VII los lombardos controlaron casi la totalidad de la Península —en el 680 el emperador bizantino reconoció como legítimas las conquistas lombardas sobre sus posesiones peninsulares— quedando en manos de Roma solo la Romaña, el Lacio y una parte del sur italiano.

En las islas británicas, el establecimiento de un orden político y social fue también el resultado directo de grandes movimientos migratorios que supusieron de forma sucesiva una conquista militar, junto a una fuerte colonización de pueblos de orígenes distintos. No obstante, dichos pueblos poseían una raíz étnica común. Así, a mediados del siglo VI, los bretones, derrotados por diferentes jefes guerreros anglosajones y acorralados en las zonas montañosas y más pobres del oeste de la isla, aceleraron su emigración hacia Armórica. Dicho asentamiento se vio favorecido por los diferentes conflictos que habían estallado al interior del pueblo franco. Por su parte, los anglosajones, para el siglo VII, continuaron organizados en siete reinos (Heptarquía): al norte del Humber Northumbria, conformado por los dos reinos de Deira y

Bernicia y al sur de dicho estuario, los reinos de Sussex, Anglia Oriental, Essex, Mercia, Wessex y Kent.



Mapa 8. La heptarquía en las islas británicas.

En cuanto a la organización política interna de los reinos, los monarcas eran, en principio, jefes militares que se fueron rodeando de un séquito de guerreros que, con el paso del tiempo, terminaron conformando una aristocracia militar en la cual se apoyaba el poder del rey. Este tipo de vínculo —definitorio en la vida política inglesa— se mantendrá

durante todo el siglo, al punto de que será una práctica relativamente común entre los diferentes abades y obispos a la hora de conformar sus séquitos armados de defensa.

Si bien hasta esta época el espacio inglés había conocido diferentes intentos de unificación, en particular los liderados por Kent, Northumbria y Mercia, ninguno de ellos fue exitoso. No obstante, los diferentes reinos se encontraban en un estado de relativa estabilidad.

En Oriente, se produjeron dos grandes acontecimientos: el primero, revolucionario y sorprendente que cambió el mapa político, fue la irrupción del islam y el segundo el surgimiento en el Imperio bizantino de la civilización bizantina griega en medio de grandes dificultades.

Los pobladores de la península arábiga no eran un pueblo homogéneo, si bien pertenecían al grupo semita, tenían una cierta similitud en su lenguaje, en sus creencias y en su organización social —la tribu, sometida a una familia principal y a su jeque—. Entre ellos se puede distinguir, por una parte, el mundo del comercio, las caravanas y los núcleos urbanos y por otra, el de los beduinos del desierto. Mientras la Arabia del norte tenía contactos antiquísimos con Asia Anterior, la del sur estaba mucho más ligada al tráfico por el Mar Rojo y el Océano Índico. En uno de los puntos de encuentro de las rutas

caravaneras prosperó la ciudad de La Meca, donde la vida nómada de los beduinos tomaba contacto con nuevos valores promovidos por los grandes comerciantes. Así, las desigualdades económicas, el desarrollo del espíritu de lucro, el control de las peregrinaciones a la Caaba (templo de piedra negra) y el estado de inquietud convirtieron la región en un lugar proclive a aceptar nuevos mensajes religiosos.

En el ámbito descripto nace Muhammad (Mahoma) en torno al año 570, huérfano joven, fue educado por un tío que le hizo viajar por Palestina y Siria por sus negocios, se casó con una viuda rica, Jadicha, y hacía el año 610, según la tradición, se le apareció el Arcángel Gabriel que le ordenó combatir a los paganos. Si bien en un primer momento Mahoma no difundió las revelaciones, luego comenzó a predicar la existencia de un único Dios, la resurrección de los muertos y la paz eterna. La elite comercial de La Meca se opuso a ello pues se corría el riesgo de arruinar las peregrinaciones paganas que tantos beneficios brindaban a la zona y llevó a que el profeta abandonase la ciudad con destino a Yathrib —que tomó el nombre de Medina (ciudad del Profeta)— en el 622. Este hecho se conoce como *Hégira* que es el punto de partida del calendario musulmán. Allí organizó la primera comunidad islámica regulada con los principios de la nueva fe. Cuando Mahoma murió en el 632, el islam ya había iniciado su difusión: aceptado por

casi toda la península arábiga, rápidamente la energía bélica y religiosa comenzó a verse hacia el exterior.

Para comprender la fuerza expansiva de la nueva religión se deben mencionar algunos de los contenidos de la fe. Es una religión abrahámica por un doble motivo: los árabes se consideran descendientes del patriarca a través de Ismael y la cadena de revelación divina a los hombres que comienza con Abraham, sigue con Moisés y Cristo culmina con Mahoma. Es una religión monoteísta. Alá es el único dios a quien se debe sumisión (islam quiere decir sumisión a Dios). Su doctrina fundamental está en el Corán (elaborado en torno al 640) y en la compilación de los dichos y hechos del profeta en la Sunna. Fundamentalmente se basa en la profesión de fe, oración cinco veces al día en dirección a La Meca, ayuno en el mes de Ramadán, limosna, peregrinación a La Meca y en la yihad o guerra santa que no es una obligación vinculante, sino el deber de contribuir a la expansión de la fe.

En el 630 Mahoma volvió a la ciudad santa y arrojó a los ídolos del templo y dos años más tarde murió sin haber fundado una dinastía ni regulado su sucesión, por lo tanto los cuatro primeros califas (lugarteniente del enviado de Dios) fueron escogidos entre los miembros de su familia: Abu Bakr, Omar, Otman y Alí, yerno y primo de Mahoma.

En búsqueda de riquezas y de nuevos territorios, que permitieran superar las tensiones entre los diferentes grupos familiares, estos dirigentes salieron fuera de la península arábiga. No obstante, estallaron numerosos conflictos, Omar y Otman fueron asesinados, algunas tribus que eran hostiles al islam vieron en la conquista una manera de apaciguar las querellas. El éxito de las conquistas se debió a la rapidez de los ataques, a la movilidad de los jinetes y a la poca resistencia. En el 636 sometieron Siria y Palestina, en el 642 Egipto, en el 655 cayó el Imperio persa, pero no pudieron tomar Constantinopla.

En el 660 se sublevó el gobernador omeya de Siria, Muhawiyya, venció a Alí, fue proclamado califa, estableció su capital de Damasco y en el 680 designó a su hijo como heredero fundando la dinastía Omeya que gobernaría entre el 660 y el 750. Los califas omeyas rompieron con las tradiciones de los primeros sucesores de Mahoma y fueron los auténticos fundadores del Estado musulmán, inspirándose en prácticas del Imperio bizantino. Estos califas, si bien respetaron la tolerancia de los primeros tiempos de la conquista, sometieron a los súbditos no conversos a una situación de inferioridad y emprendieron reformas para arabizar las costumbres. Acabaron por reunir un enorme imperio con pueblos de muy diferentes tradiciones políticas y creencias.



Mapa 9. La expansión del islam.

En cuanto al Imperio bizantino, la época que siguió a la muerte de Justiniano (565) fue de grandes y vertiginosos cambios. El Imperio no pudo llevar a cabo políticas exitosas frente a los graves problemas exteriores: la confrontación con los persas, los lombardos en Italia, las dificultades en el norte de África y en Hispania, la irrupción de los eslavos en la región de los Balcanes y por último la irrupción de los árabes.

En el 610 Heraclio designó a su hijo sucesor en vida y así inició una nueva dinastía que gobernará hasta el año 717. Durante esta etapa

Bizancio perdió Siria, Palestina y Egipto, conquistados primero por los persas y luego por los árabes, debido en buena parte a la debilidad de los bizantinos. La supervivencia del islam se vio amenazada no solamente por los grandes imperios, sino también los eslavos y los búlgaros. El Imperio amputado de grandes territorios se reagrupó en las provincias cuya población era mayoritariamente griega. La helenización griega, lo que resultó en la helenización del nuevo imperio —conocido como Imperio griego— agrupó a los países en los que había triunfado la ortodoxia de Constantinopla y su Iglesia, pues el problema de la unidad religiosa movió los resortes políticos de la época. La administración imperial se modificó, el emperador tomó el título de *basileus*, de clara influencia oriental, se multiplicaron los *themas* —circunscripción territorial ocupada por un cuerpo de ejército reclutado en el lugar y por lo tanto carentes de mercenarios y gobernado por un estratega— que fueron sustituyendo a las provincias romanas en las zonas más amenazadas y que tuvo una doble finalidad: combatir al enemigo externo y los vicios de la administración

Cuestiones sociales

Para el siglo VII, la fusión entre las estructuras sociales romanas y germanas había cristalizado. El rey se preocupaba por su pueblo, tenía

éxito en la guerra, era justo y generoso y escuchaba a los obispos. Impartir justicia era, junto con la guerra, el atributo básico del gobierno altomedieval y todos los reyes recibían asesoramiento de una serie de observadores que ayudaban a asegurar la justicia. La generosidad era una característica necesaria de todo rey que quisiera poseer o conservar un séquito real.

Según Duby, el estilo de vida militarizado había penetrado todos los ámbitos, fundamentalmente el de los reyes y el de la aristocracia, considerándose el principal cambio que había sufrido la sociedad luego del fin del Imperio romano. Se centraba en ingerir grandes cantidades de vino, aguamiel y cerveza, para emborracharse a la par que comer cantidades importantes de carne, en compañía del propio séquito y en un gran salón. Muchas veces, se organizaban en alguna vecindad lo cual significaba que la hospitalidad regia se brindaba allí.

Los hombres cuidaban de las cualidades masculinas tales como el honor, la lealtad y el valor. La lucha cuerpo a cuerpo, que era el tipo de pelea característico de esta época, necesitaba de una buena dosis de coraje además de fuerza física. La lealtad era una aptitud que requería de bastante esfuerzo por parte de la monarquía y estaba relacionada directamente con las tierras y se transformó con el tiempo en un problema básico entre los gobernantes y los potentados. En este sentido,

los francos fueron un claro ejemplo de dicha situación. Para Bloch, una de las costumbres nobles, conveniente para estas familias, era que los hijos recibieran formación en la corte del señor en su juventud, que se socializaran en el valor de la lealtad y que prestaran juramentos de fidelidad antes de heredar la tierra de su padre, casarse y regresar a sus tierras.

Los grupos de parentesco eran importantes y se organizaron de manera diferente en la Europa occidental. Las líneas de parentesco eran tanto paternas como maternas, dependiendo del lugar geográfico y de la importancia de las mujeres en cada una de las familias. Normalmente se esperaba que los familiares se respaldaran entre sí en los asuntos legales y casos de disputas, prestando juramento o bien luchando por ellos, o ayudando económica y políticamente. Así, las rivalidades eran frecuentes y desembocaban en el uso inmediato de las armas cosa que, a su vez, impulsaba a los parientes a buscar venganza. Una forma de solucionar estas cuestiones era el pago de una indemnización que pronto pusiera fin a la enemistad, muchas veces estratégica y no legal. La idea del enfrentamiento apelaba al honor y a la virilidad, la cual se veía afectada cuando no se llevaba adelante la disputa.

Los aristócratas eran los personajes que mayormente hacían uso de estos rasgos, puesto que eran más “nobles”, en sentido moral,

que el resto. Estos sentimientos eran aspectos que no derivaban en diferencias jurídicas puesto que cualquiera que tuviese riqueza, patrocinio político, compromiso militar o un cargo podía ascender en el escalafón social. Sin embargo, el lenguaje y el comportamiento eran indicadores de la identidad aristocrática.

Si bien el poder de mandar, administrar justicia, llamar y conducir al ejército habían sido concentrados en manos del rey, no bastaban para justificar la posición del soberano como cabeza de esta estructura, complementándose con el nacimiento —formación de dinastías— y el patrimonio familiar. De esta forma, gracias a la combinación del poder de mando y la riqueza, el rey se implantó como cabeza de una estructura en la cual se insertaban, además de sus parientes cercanos, un conjunto de aristócratas leales vinculados a través de relaciones de fidelidad y que les otorgaba un rol preponderante en la sociedad. Un ejemplo de estas distinciones es posible observarlo en el reino de Wessex. Existía todavía una clara distinción social entre el campesino libre y el hombre que llevaba el nombre de “compañero” del rey.

Así pues, como afirma Duby, esta aristocracia construyó su poder y riqueza gracias a una red de relaciones cimentada en los regalos que les otorgaba el soberano —por medio del botín, cuya mayor parte

se distribuía entre los hombres leales—, en los poderes que este delegaba en sus condes —a los que confiaba el gobierno de las distintas regiones del reino— y en las altas dignidades eclesiásticas que el monarca repartía. No obstante, la sumatoria de todos estos elementos dieron como resultado, tal como lo sostiene McKitterich, monarquías más o menos inestables, puesto que en la medida en que dicho sistema se fue extendiendo al interior de toda la aristocracia, estas monarquías fueron contando con menos recursos para poder ir asegurando o comprando fidelidades. De esta forma, la aristocracia jugó un doble papel, consistente en que mientras prestaba servicio al reino, sentaba las bases de su poderío local.

Ahora bien, este proceso, más allá de la evidente consecuencia política, colocó a la aristocracia laica en un lugar determinante en el funcionamiento general de la economía, en particular por el poder que poseían sobre la tierra. De manera análoga, este proceso se observa al interior de la Iglesia, dando como resultado la constitución de una aristocracia eclesiástica. En efecto, el creciente movimiento de donaciones piadosas hará que muchas de las pequeñas comunidades monacales y abaciales comiencen a enriquecer de manera sostenida sus patrimonios, en particular sus posesiones de tierra. Pero, para el siglo VII estas grandes riquezas se volvieron un botín muy codiciado

por la aristocracia laica y, en particular, por las monarquías, cuando sus respectivos fiscos se tornaron insuficientes para sostener las crecientes redes clientelares. Por ejemplo, a inicios de siglo el rey visigodo Recaredo confiscó tierras eclesiásticas para otorgarlas a sus duques como retribución por sus servicios militares, argumentando que eran tierras sin explotar y, por tanto, consideradas públicas. Al otro lado de los Pirineos, Dagoberto imitó el ejemplo del rey visigodo. Este mecanismo se formalizó bajo el nombre de contrato de *precaria*, que establecía que las tierras de la Iglesia eran entregadas a un señor a ruego (*precaria*) del príncipe.

A pesar de todas las transformaciones que se venían experimentando, las leyes continuaron manteniendo la existencia de una clara división entre la esclavitud y la libertad. Esta segmentación, en particular en las zonas menos romanizadas, se definía a partir de la pertenencia a instituciones públicas, tales como la Asamblea de hombres libres —reunión en la que se ejercía la justicia— y la hueste, que implicaban derecho y obligación. En la Asamblea todo hombre libre tenía la obligación de asistir y decidir sobre el uso de las tierras comunales y la posible admisión de nuevos miembros a la comunidad campesina. El llamado a la hueste replicaba la misma mecánica, es decir todo campesino libre tenía la obligación de portar armas y de responder a su jefe

en la guerra para, eventualmente, poder acceder, por derecho, a los beneficios del botín. La definición de libre implicaba la propiedad de la tierra, por lo cual no se era completamente libre si no se la poseía.

En las fuentes altomedievales se describe la existencia de campesinos que han perdido la propiedad de sus tierras pero que sin embargo siguen siendo jurídicamente libres, denominados *colonos*. Estos, en virtud de su nueva condición, se verán sometidos a una serie de servicios que irán en detrimento de su independencia. De igual forma, y a fin de acentuar aún más esta nueva condición, los viejos derechos se convirtieron en cargas o multas: los colonos se vieron obligados a pagar diferentes tipos de rentas destinadas a equipar a la hueste. De igual forma la suerte económica de estos colonos era bastante variable puesto que en varias capitulares de fines de siglo, se puede observar que ciertos colonos pertenecientes al fisco poseían un *ministerium* e integraban el círculo de personas cercanas al señor.

Más allá de considerar la condición de alodial o de colono, ambos eran *tenentes* de un manso o *colonica* —llamada *hufe* en territorio germánico y *hide* en la zona anglosajona—. Dicha tenencia, generalmente, era entendida como “la tierra de una sola familia” —en Italia era definida como “la tierra que se podía labrar con dos bueyes durante un año— y comprendía una superficie lo suficiente como para

dar sustento a dicha familia. No obstante, podía variar según la zona que se considerase y la fertilidad del suelo, oscilando de doce a veinticuatro hectáreas o, para el caso inglés, de dieciséis a cuarenta y ocho hectáreas.

Pero, los sectores que conformaban el grupo de los hombres libres no se agotaron en los dos mencionados hasta el momento, pues comenzaron a aparecer en las tierras incultas, próximas a las de cultivo, los huéspedes. Estos campesinos, como en el caso de la Italia lombarda, celebraban un contrato por un tiempo determinado —veintinueve años renovable o por dos o tres generaciones— con un gran terrateniente a fin de poner a producir esas nuevas tierras. No obstante, en algunas zonas tales como Prüm y Saint-Bertin, este grupo será conocido como *prebendarii*, pues a cambio de su trabajo recibían raciones diarias de alimentos.

Al igual que en los siglos anteriores, los documentos siguen mostrando la existencia de hombres y mujeres sometidos a la esclavitud, aunque el esclavismo muestra signos de agotamiento. La aceptación de los casamientos mixtos y las manumisiones dieron como resultado la aparición de categorías jurídicas intermedias o de semi-libertad, tales como los libertos *cum obsequim* —obligados a prestar determinadas tareas de forma gratuita a sus antiguos amos—. Finalmente,

el factor económico, clave en todo este proceso, mostrará para este siglo la aparición y proliferación de los *servi collocati*. En efecto, el marco económico general hará que el antiguo esclavo, alojado en ergástulas y mantenido directamente por el amo, deje de ser redituable. Es por ello que los grandes propietarios de esclavos comenzaron a colocarlos en mansos que deberían trabajar, a cambio del pago de diferentes rentas —tanto en especie como en trabajo— y en los cuales, podrían vivir y conformar núcleos familiares. De esta forma, los amos se desentendieron de la manutención a la vez que se aseguraron una forma sustentable de reproducción de mano de obra.

Así pues, y en un marco más general, durante este siglo comenzó a ser evidente el proceso de homogenización —en cuanto a las condiciones sociales— que estaban experimentando los campesinos libres y los esclavos. Mientras estos últimos notaron mejoras en sus condiciones materiales de vida, los primeros observaron cómo su condición social era erosionada al punto de que, en la práctica, fue difícil de distinguir a unos de otros.

Cuestiones económicas

En líneas generales, el siglo VII muestra los signos de una muy lenta pero sostenida recuperación económica y demográfica. En efecto, la

peste justiniana estaba dejando de hacer sentir sus efectos —la cuarta oleada de epidemia, datada entre 599-600, afectó el centro-sur de Italia, sur de Francia y norte de África—, permitiendo un lento y frágil crecimiento poblacional que cristalizará en torno al próximo siglo. Este primer estallido de peste no penetró profundamente en el continente ya que no estuvo vinculada su propagación con las grandes rutas comerciales. Según Fossier, todo ello tuvo como consecuencias la ocupación del suelo, permitiendo el avance del bosque en zonas antes trabajadas —en especial en las Ardenas y Bélgica, según lo demostraron estudios sobre el polen— o la reubicación de diferentes aldeas, que manifestaron el proceso inverso, es decir la aparición de roturaciones en detrimento del bosque.

Es en este contexto donde se desarrolló el gran dominio. Dicha estructura de producción —una originalidad de la Edad Media para unos, una continuidad con las formas de explotación bajo imperiales para otros— fue la que marcó a la Alta Edad Media ya que, entre otras cuestiones, fue la respuesta ensayada por los grandes propietarios a los problemas cada vez mayores que presentaba el sistema esclavista. Por otra parte, esta misma premisa será la que permitiría explicar las diferentes formas que adoptará este sistema dominical en las distintas zonas europeas.

La primera de estas formas, denominadas *curtes pioneras* en Italia y *akker* en Flandes, se conformaba por una o más parcelas, ubicadas en zonas incultas, de las cuales el propietario se hacía con los fuertes ingresos silvopastoriles que de ella se extraía. Este tipo de explotación tendió a dominar en la zona sur de la Galia, noroeste de Hispania y centro-sur de la península itálica.

La segunda estructura consistía en conjuntos de tierras arables, agrupados por compra o intercambio, pertenecientes a un mismo dueño que, a su vez, poseía tenencias en zonas boscosas o pantanosas. La explotación de la zona central de la propiedad se realizaba de manera directa con la utilización de mano de obra esclava, complementada con colonos sometidos a *corveas* anuales. Esta última situación, y que será central en el desarrollo del sistema dominical, tendió a generalizarse por parte del rey merovingio Dagoberto, entre los años 623 y 635, al confirmar las leyes de los alamanes y bávaros, en las cuales estableció que en todos los dominios fiscales y eclesiásticos los esclavos debían realizar tres días de *corvea* a la semana en la *reserva*, mientras que los colonos —además de pagar los tributos establecidos— debían cumplir con una serie de trabajos a destajo en campos, viñas y prados del propietario. De esta forma, se estaba extendiendo un nuevo sistema de explotación que, fundamentalmente,

estaba destinado a paliar la escasez de mano de obra esclava, buscando reemplazarla por un colonato que homogeneizaba a antiguos esclavos, libertos y libres. Este tipo de dominio bipartito fue preponderante en el reino de los lombardos, los francos austrasianos y anglosajones, ya que en dichas zonas la romanidad era más débil, en particular en lo difuso de la definición de libre.

La tercera de las formas desarrollada en la zona comprendida entre el Sena y el Rin, conocida con el nombre genérico de *villa*, era una explotación agrícola que, para el caso de los dominios fiscales y eclesiásticos, buscaba concentrar grandes extensiones de tierra y, a la vez, lograr la ubicación de las tenencias lo más próximo a la reserva señorial para facilitar la extracción de la *corvea*. En cuanto a su composición interna, en la *reserva* se encontraban grandes parcelas de tierra arable (*ager*), pradera (*saltus*), bosque (*silva*) y zonas incultas. También había edificios: la residencia señorial, los graneros, las bodegas, molinos, hornos, talleres, etc. Para este siglo, la mano de obra de la reserva estaba compuesta por esclavos que vivían en habitaciones cercanas a la residencia del señor. Otros, como ya se ha mencionado, eran colocados en tenencias que cultivaban para cubrir sus necesidades, estando al servicio del dueño o administrador de las tierras. Esta

mano de obra servil no fue suficiente para las grandes tareas de siembra y cosecha, lo que hizo necesario la implementación de la *corvea* sobre los colonos establecidos en las tenencias *ingenuiles*.

La integración entre ambos espacios —reserva y mansos— se dará a partir de la combinación del cobro de una renta y de los trabajos obligatorios que deberán realizar los *tenentes* en la reserva señorial, es decir la *corvea*. En virtud de esta relación es que el manso, a partir de este momento, tendrá una doble dimensión, como afirma P. Toubert: es a la vez una unidad de producción —donde los *tenentes* generan lo necesario para su subsistencia— y una administrativa base del cálculo para el cobro de las rentas.

Si bien todos los registros documentales indican que las mayores *corveas* y rentas recaían sobre los mansos serviles, las formas y composición del cobro de ambas variaba de acuerdo a las distintas zonas que se considerasen. En las regiones del norte de Francia, la concesión de un manso a un *tenente* libre suponía no solo la entrega de grano, ganado o vino, sino también la puesta de sus brazos y de sus animales al servicio del dominio para ciertas tareas, tales como reparar los edificios del señor, construir las empalizadas, acarrear las cosechas, llevar los mensajes y cultivar una parte de los campos señoriales.

La misma naturaleza del hábitat disperso, que presentaban en general los grandes dominios, obligó a sus dueños y administradores a mantener y organizar una red de intercambios más o menos estable. Ello se deduce del peso enorme de las *corveas* de mensajería y de acarreo impuestas a los campesinos dependientes. Una considerable parte de la mano de obra se hallaba dedicada a tareas de transporte y mantenimiento de las diferentes rutas, situación que, por otra parte, restaba fuerzas a la producción agrícola. Es por ello que los intercambios inter e intradomaniales comenzaron fortalecerse durante el siglo VII a la vez aceptaron la circulación monetaria. Por ejemplo, la Regla benedictina prevé sin ninguna reticencia el uso de numerario, al punto que establece en los monasterios un cargo particular, el de camarero, al que le corresponde el manejo del dinero y la apertura de la economía doméstica hacia el exterior.

En lo que respecta al comercio, continuó con cambios, en particular en lo referido a su alcance. Los productos de lujo —seda, especias, incienso, perfumes— seguían ingresando, a la vez que las mercancías básicas —madera y esclavos, principalmente— eran exportadas. No obstante, las rutas marítimas se habían desplazado gracias a la integración del reino lombardo a la cristiandad y a la aparición del islam. Así, los grandes centros como Cartago, Narbona y Marsella dejaron de

ser los puntos de conexión con el mundo bizantino. En un plano más general, el sector occidental del Mediterráneo vio mermar su tráfico debido al incremento de la piratería sarracena, en favor del mar Tirreno y de los pasos alpinos que fueron abiertos nuevamente por los lombardos. A mediados de siglo, la vieja ruta de Provenza por los ríos Ródano, Saona y Mosa fue desplazada por la del Po, los pasos alpinos y el Rin. De igual forma, los viejos mercaderes griegos y sirios eran apartados por los anglosajones y judíos. En especial, estos últimos mantuvieron vivo el tráfico hacia África por Hispania y hacia Oriente por Italia.

Estos cambios observados en la zona mediterránea tenían su homólogo en la zona norte de Europa. El avance de los francos hacia Frisia y la llegada de los monjes y comerciantes anglosajones reemplazaron los ejes comerciales. A partir de este momento, las ciudades de Verdún, Mouzon, Dinant, Namur y Huy se convirtieron en los centros más importantes de intercambio. Así, este nuevo eje mosano impulsó el desarrollo de dos ciudades-puerto, claves para el crecimiento comercial de esta zona: Quentovic y Duurstede. Esta última fundada a principios del siglo VII, ubicada entre los ríos Lek y Rin, se convirtió rápidamente en el centro de contacto entre comerciantes venidos de Inglaterra, el Rin y la península escandinava. Tomando a esta ciudad como

base, los frisones remontaron el Rin —hasta Worms y Magnucia— y el Mosela —hasta Tréveris— y se establecieron en Inglaterra —Londres y York—, en Escandinavia —Ribé, Haithabu, Birka y sobre el lago Malär. De esta forma se puede observar cómo esta red comercial evidenciaba el nacimiento de un nuevo espacio comercial que integraba el Mar del Norte con los ejes fluviales reno-mosanos. Respecto a la primera zona, Quentovic, ubicada en el Canche, vinculaba su actividad comercial con Inglaterra, Irlanda y el norte de la Galia. Los productos que por allí circulaban comprendían esclavos, vinos del continente, estaño de Cornualles, plomo y sal. Si bien esta ciudad fue el punto de intercambios principal del mundo anglosajón, rápidamente fue opacada por los frisones, asentados en la ya mencionada Duurstede.

El comercio se había modificado y demostraba cómo el nuevo espacio económico marítimo surgido en el norte de Europa, había desplazado el centro de gravedad del Imperio romano. El eje económico clave que unirá al norte de Italia con los Países Bajos se había consolidado, según demuestran varios autores, entre ellos Michael McCormick.

Este resurgir de los intercambios comerciales estuvo acompañado de dos elementos capitales: la moneda y la ciudad. El antiguo sistema monetario romano, basado en el patrón oro, había desaparecido,

en parte gracias al accionar de los dinámicos comerciantes frisones y anglosajones. Puesto que la vieja moneda de oro era cada vez más un obstáculo para el pequeño comercio, los acuñadores de Duurstede, en torno al 650, comenzaron a emitir una moneda de plata llamada *scea-ttas*. El ejemplo fue seguido por los merovingios que, con la apertura de las minas de Melle, comenzaron a acuñar su propia moneda de plata, el *denario*. Este numerario contrajo una dinamización en los intercambios. En efecto, gracias a su menor poder de compra —se estima que entre ambas monedas había una relación de uno a doce— se podían obtener cantidades menores de mercancías a la vez que facilitaba la venta de excedentes a los campesinos para la obtención del numerario exigido en concepto de rentas. Pero, la verdadera significación de este nuevo metálico radica en que fue el medio de acceso a la economía monetaria de todo un conjunto de productores y consumidores que, con su incorporación, aumentaron significativamente el volumen de las transacciones. De igual forma, la cantidad de monedas circulantes fue suficiente para una reactivación de gran escala, tal como lo demuestran sus sucesivas devaluaciones.

También las ciudades atravesaban un proceso de cambio que se venía produciendo desde el siglo V. En efecto, el foro había dejado de ser el eje organizador de la ciudad, siendo reemplazado por la iglesia.

Castillo Maldonado estudia cómo esta situación tuvo su origen en los *martiria*, pequeña construcción en forma de ábside en la que se encontraba la tumba de un santo mártir. Estos espacios se ampliaban a medida que se iba desarrollando su culto. Con el paso del tiempo alrededor de estas construcciones se instalarán comunidades eclesiásticas, que darán lugar al asentamiento del resto de la comunidad. Dado que dichos *martiria* siempre estuvieron ubicados fuera de la ciudad romana, la planta urbana corre su eje, se descentra, apareciendo estos nuevos asentamientos como excrecencias que modifican el trazado urbano original. Razón también que permite explicar la pérdida de lo cuadrangular de la antigua *civitas*.

La historiografía ha sostenido durante mucho tiempo que el sur de Europa fue un espacio urbanizado durante la Alta Edad Media, mientras que el norte carecía de ciudades. Esta premisa es una impresión más que una certeza, ya que luego de la caída del Imperio romano no todas las urbes del sur sobrevivieron ni todas las del norte fueron creaciones estrictamente medievales. En este sentido, la desaparición de las metrópolis en la región sur no siempre estuvo ligada al factor de las invasiones. Este fenómeno fue consecuencia de una serie de factores, de los cuales los germanos serían el de menor importancia.

Un ejemplo de esta nueva realidad lo ofrece el cambio y desplazamiento de las rutas comerciales, que significó la desaparición de las ciudades que sobre ella se ubicaban para que, una vez, reestablecido el circuito comercial, permitiese el surgimiento de otros centros urbanos. Esto último es lo que marcará el surgimiento de las denominadas *ciudades champiñones*, cuya suerte estaba totalmente ligada al comercio.

De igual forma, la voluntad regia impactó fuertemente en la creación de nuevas ciudades. Tanto en la en la Galia, como en España e Italia, los reyes francos y godos tenían sus palacios en varias ciudades administrativas. En la Galia: Orleans, Soissons, Reims y, especialmente, París. Como sostiene Jacques Heers, las grandes residencias principescas, condales o episcopales, rodeadas de las casas de la familia, los burgos abaciales rodeados, a menudo, de muros de defensa y vitalizados por el mercado y el trabajo de los artesanos, marcaron de forma decisiva el paisaje urbano de la Galia, entre el Sena y el Rin.

En España, los visigodos, siguiendo un proceso análogo, utilizaron las ciudades ya existentes, como es el caso de Viseo, Tuy, Palencia, Barcelona, Tortosa y Valencia. Más aún, Mérida y Toledo —capital política establecida por Leovigildo— fueron embellecidas con fastuosos monasterios y basílicas, al igual que Sevilla, bajo los obispados de

Leandro e Isidoro. De la misma manera, la construcción de nuevos palacios reales impulsó la creación de nuevas ciudades capitales, si bien posteriormente abandonadas, pero de gran impacto en su momento: Gerticos (cerkana a Salamanca), Pampilica (próxima a Burgos) y, en especial, Recopolis (sobre el Tajo en la provincia de Guadalajara). En suma, la ciudad durante la Alta Edad Media nunca desapareció, por el contrario, se mantuvo y experimentó toda una serie de cambios que permitieron su adaptación a esos “nuevos tiempos”.

Cuestiones culturales

La jerarquía episcopal de finales del Imperio sobrevivió prácticamente sin resquebrajarse. El marco organizativo de la cristiandad romana funcionaba plenamente a pesar de la diversidad en las prácticas religiosas cotidianas. Si bien se reconocía una identidad común, las liturgias eran distintas y las tradiciones monásticas también registraban numerosas variaciones, lo cual se mantendrá hasta los tiempos carolingios.

Si bien en este siglo no se registran herejías, ni siquiera de controversias religiosas que se ocuparan de cuestiones de doctrinas, se reconocen y combaten prácticas precristianas, denominadas genéricamente paganas. Se interpreta que estas ausencias son debidas

a la carencia de una información regular sobre lo que estaba sucediendo fuera de sus circuitos locales y regionales. Así, las creencias poco ortodoxas no se debieron expandir con facilidad o quizá ni siquiera se supiera acerca de ellas; en estas circunstancias se desarrollaron las versiones locales. A este mundo localizado, Peter Brown lo llamó “micro cristiandades”: un mundo de divergencias constantes en los rituales, las normas y las tradiciones, así como en las estructuras políticas y las prácticas socioculturales de la sociedad secular.

En este contexto, la actividad misionera fue uno de los aspectos centrales del siglo VII, como lo había sido del siglo anterior. En 597, Gregorio Magno envió a Agustín —abad del monasterio de Monte Coelio— a Inglaterra con la misión de evangelizar a los sajones. Si bien, consiguió muy pronto la conversión del rey Etelfredo, organizando con gran rapidez la Iglesia de Inglaterra, esta cristianización no pasó de ser superficial y los sucesores de Agustín debieron luchar durante largo tiempo contra los constantes retornos al paganismo. Pero esta lucha no solo se limitó a los paganos, también se concentró en los monjes instalados en sus monasterios y centros de evangelización. La rivalidad entre las dos Iglesias se agravó todavía más dada la vinculación de los irlandeses a sus prácticas religiosas particulares —forma de tonsurar a

los clérigos y fijación de la fiesta de Pascua, entre otros—. De todas formas, Irlanda del sur se unió a Roma en 631, mientras que Irlanda del Norte lo hizo tiempo después, entre 704 y 716. Por su parte, en la Galia se planteó el conflicto entre dos reglas monásticas, la de san Benito y la de san Columbano, imponiéndose la primera sobre la segunda, reforzando así la posición del papado.

En líneas generales, los misioneros, siguiendo los principios de san Columbano y Gregorio Magno, intentaron no enfrentarse a las viejas prácticas, por el contrario, las resignificaron de manera tal que dichas celebraciones pasaron a ser en honor de un santo. Esta conversión de los bárbaros —sajones, francos, germanos del este— fue una obra delicada y ardua que marcó profundamente la vida misma de la Iglesia romana, la actividad de su clero y las reglas de la vida monástica.

Como se puede observar, el monasterio es el gran centro de la cultura y de la vida espiritual de estos siglos y a medida que transcurra el tiempo, lo será el monasterio rural (benedictino). Ello se debió a varias circunstancias, por un lado, sus talleres se convirtieron en el lugar de conservación de las técnicas artesanales y artísticas, y por otro, sus *scriptorium* y bibliotecas se configuraron como los espacios de recopilación y resguardo de la cultura intelectual cristiana y latina. Asimismo, en virtud de sus dominios, de la organización de su mano de

obra y producción, el monasterio se convirtió en un modelo de organización económica.



Ilustración 11. Monjes copistas. BnF, Lat. MS 818.

Guiance ha estudiado cuatro aspectos fundamentales presentes en esta cultura cristiana y latina: la santidad, los lugares de culto y milagrosos, los actos sobrenaturales buenos y malos y la cuestión de la causalidad sobrenatural. Los santos individuales, mientras estaban con vida, ocasionaban el problema de no saber de dónde provenían sus milagros, si eran obra de Dios o del Diablo, en cambio, los santos muertos eran más fáciles de controlar y, por lo tanto, más seguros. Tenían características que los identificaban como santos: olor a rosas, el cuerpo incorrupto.

Su culto era reducido a un lugar en particular, hacia donde se organizaban peregrinaciones y se sacaban beneficios, así como el culto a las reliquias se convirtió en un rasgo de la Iglesia de Occidente.

Los lugares de culto en los que se conservaban reliquias de santos se caracterizaban por los sucesos milagrosos. Los milagros eran una parte normal del mundo altomedieval; las disputas se referían a ver quién tenía el control sobre ellos. No había dudas respecto de su veracidad en este período: su poder residía justamente en el hecho de ser de naturaleza *sobrenatural*, subvertir el orden natural. Sin embargo, estos actos no siempre eran positivos puesto que en las vidas de santos aparecían milagrosos alternativos como magos y brujas, personas fraudulentas que podían estar dotadas de poderes demoníacos. Es decir, que el mundo sobrenatural podía manipularse ya fuera para bien o para mal. La virtud de los santos podía canalizarlo y obrar milagros.

Por lo demás, la lengua latina continuó manteniendo toda su fuerza durante los reinos de síntesis. Claro ejemplo de ello es Isidoro de Sevilla, de quien Heers afirma que si bien su obra evidencia nostalgia por la antigua grandeza de Roma, una viva atracción por los antiguos temas filosóficos y una cierta sobriedad en las formas de expresión, da testimonio de una profunda originalidad. En ella podemos encontrar emociones verdaderas, un poder real de afección y sugestión,

una mentalidad diferente, una profunda adhesión a su tiempo y a los valores del momento. Así, la *Historia de los godos* sería una especie de canto épico nacional y, según Fontaine, una de las primeras formas de expresión literaria de la sensibilidad medieval. Esta emoción “nacional”, este abandono del universalismo romano.



Ilustración 12. Imagen del siglo XV de una copia de un manuscrito de Al-Biruni que representa a Mahoma predicando *El Corán* en La Meca.

En Oriente, los musulmanes se organizaban y se dividían. Del Corán —libro sagrado— a la muerte de Mahoma, solo quedaban fragmentos dispersos, por lo tanto, su enseñanza era completada por la Sunna —relatos y reflexiones que conformaban la ley moral del islam—. A raíz de ello se produce la primera gran división entre los ortodoxos o

sunníes que aceptaban y seguían la tradición de la Sunna, y la oposición compuesta por los jariyitas, defensores de una espiritualidad profunda los chiitas, con influencia oriental, quienes esperaban a un redentor descendiente de Alí, yerno de Mahoma y reclamaban para esa rama familiar el derecho a gobernar el imperio.

El enorme imperio musulmán presentaba una gran diversidad. La presencia del islam no destruyó sus antiguas creencias y, al menos en esta primera época, la característica principal fue la tolerancia.

El siglo VIII

Cuestiones políticas

Europa occidental tuvo en el siglo VIII dos cambios decisivos y relacionados entre sí: la invasión de los musulmanes por la península ibérica y la conformación de un reino fuerte, el de los francos, que fue aglutinando regiones bajo la dinastía carolingia hasta conformar un imperio.

A comienzos de este siglo, el reino visigodo de Toledo entró en una crisis terminal que posibilitó la conquista de Hispania por parte de los musulmanes. Al morir el rey Witiza, en 710, se produjo un conflicto sucesorio entre dos bandos, uno liderado por Rodrigo y el otro por Akhila (hijo de Witiza). El rey había designado sucesor a su hijo, pero el concilio de nobles y prelados eligió a Rodrigo. Si bien el conflicto resultó favorable para el segundo de los grupos, muchos huyeron al norte y en una irregular ceremonia Rodrigo fue ungido rey. Aprovechando unas revueltas en el norte de la península, familiares de

Witiza, Don Julián y el obispo Oppas, pactaron con Tarik ben Ziyad para que les ayudara a recuperar el trono.

En abril del año 711 los musulmanes desembarcaron en la península ibérica. Aún se discute acerca del origen y la denominación de aquellos que cruzaron el Estrecho: unos hablan de grupos bereberes (grupo étnico del norte de África), otros de musulmanes (todos aquellos que profesan la fe musulmana), también se emplean los términos moros (musulmanes árabes, españoles, bereberes, negros), árabes (provenientes de la península arábiga) y sarracenos (denominación genérica de los cristianos hacia los árabes y los musulmanes). Rodrigo estaba luchando en el norte y al enterarse de esta situación se dirigió hacia el sur y, en Guadalete, fue vencido por los musulmanes, pereciendo en la batalla. Rápidamente los invasores tomaron el control de la mayor parte de la península, mientras en el norte se comenzó a organizar la resistencia.



Mapa 10. La conquista musulmana.

La conquista se llevará a cabo bajo el liderazgo de Muza y Tarik, quienes rápidamente conquistarán Sevilla, Toledo, Granada, Murcia, Guadalajara, Zaragoza y el valle del Ebro. La celeridad de la conquista obedeció a varias cuestiones: la fuerza expansiva de los musulmanes, la descomposición del reino visigodo y la capacidad de pactar que

tuvieron los invasores con los jefes locales a los que les permitieron conservar sus derechos a cambio del pago de una contribución territorial, estipulada en las condiciones concretas del pacto.

En verano del 714 Muza fue llamado a Damasco y dejó en el gobierno de la Península a su hijo Abd Al-Aziz, dando comienzo la etapa del emirato dependiente. Con él y sus sucesores se vivirá un doble proceso: se asistirá a un fortalecimiento de los musulmanes, desde una perspectiva demográfica y militar, y a los intentos de penetración en el resto de Europa a través de los Pirineos.

A partir de la dominación musulmana surgió la comunidad mozárabe —cristianos bajo la dominación musulmana que mantuvieron sus tradiciones, aunque sufrieron la influencia de la lengua y la cultura árabes—. Desarrolló el culto cristiano con un ritual particular e iniciará un lento y gradual procesos de aislamiento, despertando recelos en Roma. Frente a los mozárabes surgirán los muladíes que eran aquellos habitantes de la península que se convirtieron al islam.

En el 750 la dinastía Omeya fue derrotada por los Abbasíes. Un miembro de aquella familia, Abd Al Rahman, buscó refugio en España y en el 755 se proclamó emir (gobernador) en Córdoba, independizándose de hecho de Bagdad (la nueva capital imperial), dando lugar a un emirato independiente. Tanto Abd Al Rahman I como su sucesor

intentarán dominar el territorio, aunque deberán enfrentar serios problemas de inestabilidad en relación tanto a los cristianos como a los propios bandos musulmanes, en la península y en el norte de África como las pretensiones francas sobre el territorio hispánico.

Al norte de la península ibérica, el reino de los francos, desde la muerte de Clodoveo, se había visto sacudido por conflictos familiares, intrigas, asesinatos, guerras civiles, que debilitó a los reinos —Neustria y Austrasia—. El poder real decaía mientras se iba afirmando el de los duques, comandantes del ejército y sobre todo el del mayordomo de palacio, que formaban un grupo reducido con grandes dominios territoriales e influencia. Dentro de ellos, hacia mediados del siglo VII fue consolidándose la figura de Pipino de Heristal, mayordomo de Austrasia, quien a su muerte había concentrado el poder de Austrasia, Neustria y Borgoña (714). Su hijo, Carlos Martel, venció en Poitiers a los musulmanes que pretendían expandirse hacia el norte, lo que significó un gran prestigio para la dinastía, pues se erigieron como defensores de la cristiandad frente al islam. El cargo de mayordomo de palacio tenía como principal función dirigir el Palacio Real, pero con el tiempo se le fueron agregando la dirección del ejército, la impartición de la justicia, la administración del territorio y la consejería de los reyes.

Muerto Carlos en 741 el reino fue dividido entre sus dos hijos: Carlomán y Pipino. El primero abdicó, Pipino el Breve pasó a ser el único gobernador y, en el 751, con el apoyo del papa fue proclamado rey y el último de los merovingios, confinado en un convento. Este hecho marca el advenimiento de una nueva dinastía: la carolingia. Pipino reconoció al papa el gobierno de Roma y la posesión de las provincias bizantinas de Italia central, conformando el germen de los Estados Pontificios, y fue en su ayuda cuando el pontífice se vio amenazado por los lombardos.

Luego de haber pacificado y extendido el territorio, mediante el control de Aquitania y la zona de Septimania, Pipino murió en 768. De acuerdo a la costumbre, el reino se dividió entre sus dos hijos Carlomán y Carlos. La muerte del primero unificó el territorio en manos de Carlos, conocido como Carlomagno, en 771. El rey de los francos se alzaba como aliado del papa, protector de la Iglesia y dispuesto a atacar a los enemigos de la fe donde se encontrasen.

Muestra de lo dicho es la campaña a Italia en defensa del papa asediado por los lombardos que concluirá con su coronación como rey de ese pueblo. Carlomagno expandió el reino tras la conquista de los pueblos del norte y del este: frisonos, ávaros, pero sobre todo, los sajones

cuya resistencia movilizó las fuerzas francas más de treinta años. También debió hacer frente a los árabes en la península ibérica desde los Pirineos hasta el río Ebro, ocupando Barcelona y Girona, siendo la batalla de Roncesvalles de 778 la que puso fin a la expansión, pues la retaguardia del ejército franco fue vencida por los vascos.



Mapa 11. El Imperio carolingio

El papa siguió siendo objeto de violentos ataques y volvió a implorar ayuda a Carlomagno, quien entró en Roma en el año 800 —presidió el

tribunal que juzgaba la conducta del papa, recibió las llaves y el estandarte del Santo Sepulcro, enviado por el patriarca de Jerusalén y en la Navidad de ese año fue proclamado emperador de los romanos—.

Mientras Carlomagno transformaba el reino franco en un vasto imperio, los reinos anglosajones, mediante los procesos habituales de guerra, matrimonio y herencia, se fueron uniendo y para el siglo VIII el número de reinos se había reducido a siete, conocidos como Heptarquía, que incluía cuatro reinos relativamente pequeños alrededor de la costa sureste: Sussex, Kent, Essex y East Anglia y tres grandes, Northumbria en el norte, Mercia en la región central y Wessex en el sur. Cada uno de estos ejerció la primacía temporalmente. En el siglo VII predominó Northumbria, en el VIII el reino de Mercia y en el IX Wessex, configurando la geopolítica del reino inglés bajo la figura del rey Alfredo el Grande.

Para el siglo VIII, Northumbria no era tan poderosa como lo había sido antes, la derrota del rey Egfrido a manos de los pictos en Nechtansmere puso fin a su expansión hacia el norte y el creciente poder de Mercia frenó las ambiciones que tenía hacia el sur. Sin embargo, la posición de este reino dentro de la encrucijada cultural entre Irlanda, Inglaterra y Roma trajo grandes beneficios. Uno de estos logros fue nada más y nada menos que Alcuino de York, un erudito y poeta latino

que pasó en 782 al servicio de Carlomagno, para liderar una renovación cultural.

Luego de la batalla de Nechtansmere, Mercia, se encontraba en una posición indiscutible de predominio sobre los demás reinos. Etebaldo, rey entre 716-757, se hacía llamar “rey de los ingleses”. Su asesinato por su propio guardaespaldas sugiere graves problemas internos, más allá de haber permanecido muchos años en el cargo. Su sucesor Offa (757-796) fue testigo de la mayor expansión del poder de Mercia. Dominando con mayor éxito el resto de los reinos anglosajones y convirtiéndose cada vez más en una figura importante dentro del panorama europeo.

El siglo VIII fue, sin lugar a dudas, una época de gran prosperidad en Inglaterra, las excavaciones han demostrado que luego del colapso romano, las ciudades volvieron a conformarse y a crecer, tales como Southampton, Londres, Ipswich y York. Prosperidad que se verá alterada por las invasiones de los vikingos de 796 en adelante.

En cuanto al Imperio bizantino, la expansión del islam influyó en la profunda transformación del Mediterráneo oriental. Bizancio se replegó, se helenizó, rompió con la tradición romana y adquirió una nueva fisonomía. Durante el siglo VIII la cuestión más sobresaliente

fue el conflicto iconoclasta que acarreará notables perturbaciones internas. Las imágenes —iconos— eran usadas para instruir a los fieles en la fe cristiana, pero suscitaban auténticas devociones populares. Representaban a Jesús, María y a los santos y el pueblo les atribuía un poder divino. Eran objeto de veneración, especialmente algunas que llevaban a gran cantidad de gente a peregrinar a los monasterios donde se las guardaban. Este hecho provocó la reacción por parte de un grupo de clérigos y laicos quienes pidieron la abolición del culto a las imágenes. Así, se formaron dos grupos: los iconódulos, partidarios del culto a las imágenes y los iconoclastas contrarios a ello. En el fondo religioso de la discusión estaba la cuestión de que si había o no que representar a Dios y traduce el enfrentamiento entre dos tradiciones: la de Oriente, fieles a la espiritualidad e influida por la doctrina judía y musulmana, y la griega, fiel al culto a las imágenes.



Ilustración 13. Mosaico de la Theotokos (Madre de Dios) con la Emperatriz Irene en Santa Sofía de Constantinopla.

Además del carácter religioso, el problema presentaba gran cantidad de matices, sus ramificaciones son numerosas. El contexto de Bizancio en ese momento contribuye a explicar la política iconoclasta: amenazado por la flota árabe hasta el punto de dificultar su comercio mediterráneo, invadido en Oriente por eslavos y búlgaros el Imperio se replegó sobre la península de Anatolia en la que la población era permeable a la influencia oriental contraria al culto a las imágenes. Por lo

tanto, se puede pensar que la iconoclastia es una de las formas que tuvo el Imperio para conjurar el peligro árabe.

Se desataron violentas revueltas en el Imperio cuando los emperadores —León III y Constantino V— prohibieron el culto a las imágenes. El reinado de Irene, de origen griego, señaló un período de restablecimiento del culto a los iconos, aunque con su derrocamiento se volvió a la condena. Estas luchas marcaron profundamente la vida y la cultura de la época: la intensa ruralización y la pérdida de poder de las ciudades, la atonía de la vida intelectual y artística, pues se destruyeron obras de arte por el hecho de tener imágenes y se prohibió todo tipo de representación, se agudizó la separación entre las Iglesias de Oriente y Occidente... La sociedad entera se vio implicada en el proceso pues los emperadores iconoclastas se erigieron en defensores de los grupos menos favorecidos, frente al poder de la aristocracia y los grandes monasterios, y al mismo tiempo se fraguó en el seno de la sociedad un descontento que permitió la vuelta de los iconos de manera definitiva en el 845.

El enorme imperio musulmán, por su parte, sufrió un cambio de dinastía —a la que se ha hecho referencia con la llegada de Abd Al Rahman a España—. En el 750 los persas convertidos al islam se sublevaron contra los califas de Damasco y los descendientes de Abbas,

tío de Mahoma, fundaron la dinastía abasí que representa el triunfo de los persas contra el modelo inspirado en Bizancio que habían implementado los Omeyas. Se trasladó la capital a Mesopotamia, construyéndose Bagdad. La influencia irania sobre la dinastía será muy importante. Además de considerarse legítimos herederos del profeta, los califas afirmaron su autoridad como consecuencia de la voluntad divina y su jefatura espiritual sobre todos los creyentes. Estos confiaban el gobierno al visir, que controlaba la mayor parte del poder, mientras el califa se reservaba la jefatura del ejército.

Cuestiones sociales

El buen clima, la conformación de las grandes ciudades, una cierta organización político-institucional, y el fortalecimiento de las familias nucleares, fortalecieron la aristocracia del siglo VIII. Lo esencial del secular estilo de vida de la aristocracia de esta época puede caracterizarse por un marcado orgullo de los ancestros, el dominio de una considerable extensión territorial y la participación en batallas y en gobiernos. A lo largo del gobierno de la dinastía carolingia irá creciendo un grupo dominante que no es nuevo, pero que en esta etapa incrementaría su poder por las necesidades del rey y del propio sector social. Esta aristocracia no fue solamente la conformada en torno a la

corte de Carlomagno, sino también por linajes regionales que fueron adaptándose al nuevo sistema imperante. Es indudable que el principal motor de las fortunas de aquellos provenía de los favores reales, por lo tanto, su movilidad dependería del patronazgo real o de la infraestructura de una red clientelar.

La aristocracia competía para engrandecer cada vez más su poder alcanzando “honores”: los puestos públicos y los beneficios conformaban su prestigio y su “fortaleza política”. Aquellos hombres que obtenían un puesto dentro de un condado sabían perfectamente la “función” que estaban cumpliendo, y más aún cuando el cargo había sido dado por el propio rey. Sin embargo, esto no quiere decir que el rey otorgaba los patronazgos reales a la suerte, sino que dependía de la familia y de las habilidades de los miembros de ellas. La importancia de los honores no debe ser sobrestimada como el único factor de ascenso de la aristocracia, sino que muchas veces el rey los otorgaba como una forma de obtener lealtades aristocráticas.

En cuanto a la gran masa de población rural, en esta época se produjo la configuración de un nuevo tipo de propiedad como resultado de las concesiones regias. Progresivamente desapareció la mano de obra esclava y fue sustituida por el trabajo de campesinos provenientes

de aldeas, los que no tenían propiedad, pero si el control sobre la producción.

Los espacios cercados en torno a la casa eran destinados a los cultivos permanentes; en los campos de cultivo abiertos en los que producían cereales, vid, su producción era familiar, una vez extraídos los frutos pasaban a ser de disfrute comunitario —por ejemplo, los rastrojos— mientras los bosques y baldíos eran siempre comunitarios. Si bien de acuerdo a las regiones existían variaciones, en general se diferenciaban la reserva, bajo el control de propietario, y el manso, tierra donde se asentaban una o varias familias. A veces los mansos habían sido desmembrados de la reserva y en otros casos crecían a expensas de los baldíos. En todos los casos los campesinos daban a la reserva ciertos servicios, principalmente el cultivo de la tierra. En regiones como Alemania, donde la gran propiedad era más dispersa, los esclavos tuvieron mayor presencia en la producción de la reserva —también es cierto que el número de esclavos en esta zona había crecido como producto de la guerra—; las comunidades campesinas sostenían fuertes lazos de parentesco y los jefes militares se mantuvieron fieles a las tradiciones comunitarias con la consiguiente aristocratización de las jefaturas.

En Italia las grandes propiedades explotadas por esclavos tuvieron mayor importancia respecto de resto de Europa, herencia de la tradición clásica, aunque había numerosas parcelas que eran cultivadas por *libellarii*, campesinos que cultivan la tierra con un contrato de arrendamiento o de aparcería con el gran propietario, pero sin una clara vinculación de tipo personal. En la península ibérica, si bien había una reorganización de espacio cultivado con una mayor presencia de la gran propiedad, no se detecta una mayor articulación entre mansos y reservas por esta época.

Cuestiones económicas

Hablar de la economía del siglo VIII es hablar primordialmente de la tierra. Y más precisamente de la concentración de la propiedad de la tierra, que se llevó a cabo de diferentes formas. En el caso de los dominios laicos, las herencias patrimoniales aumentaron gracias a los acuerdos matrimoniales, así como por concesiones reales por servicios prestados o en “beneficio” a cambio de fidelidad. Para el caso de los dominios eclesiásticos, las donaciones piadosas y las dotaciones fundacionales. Estas grandes propiedades, cuya relación con los campesinos se ha explicado en el apartado anterior, no pueden ser percibidas como homogéneas y extendidas. La propiedad debe ser comprendida,

bajo dos características: parcelación y dispersión. Esto supuso a la vez, problemas, por un lado, el control y la administración y por otro las vías de comunicación, por lo que los propietarios debieron establecer un régimen de control sobre los campesinos. Esta gran propiedad no era absolutamente cerrada y autosuficiente, sino que en ella el mercado, el transporte y el comercio tenían cierta importancia.

A lo largo del siglo VIII, aparecieron algunos adelantos que permitieron un aumento de la producción como fue la utilización del molino de agua, que dejó de ser una curiosidad para difundirse desde Italia hasta Inglaterra; el hallazgo de la prensa de aceite, en especial en las zonas italianas de Como o Garda... En zonas vitivinícolas del centro de Francia se dejó de lado el pisar las uvas con los pies, tal y como lo señala la *Capitular Acerca de los Dominios*: “*que las prensas de nuestras villae estén en buen estado...y que nuestros intendentes vigilen que nuestra vendimia no sea pisada con los pies y que todo se haga limpia y convenientemente*”. Lo que presupone que existe una continuidad o al menos el mantenimiento del artesanado rural. La mencionada capitular así lo expresa: “*que nuestros intendentes hagan llegar a tiempo los productos necesarios para la producción textil a nuestros gineceos: el lino, la lana, el glasto, el bermellón, la rubia, los peines para la lana, los cardos, el jabón, la grasa, los pequeños tarros, y*

otros pequeños objetos que necesiten....Que cada intendente disponga de buenos artesanos , es decir herreros, orfebres o plateros, zapateros, curtidores, carpinteros, fabricantes de escudos, de jabón, panaderos....”.

Parece ser entonces que en la encrucijada entre los siglos VII y VIII, un verdadero cambio se estaba gestando en Occidente: la renovación de los contactos entre el campo y la ciudad. En esa misma época, se produjo una auténtica revolución monetaria en Occidente. Bajo la influencia de los pueblos del norte, principalmente de los frisones y de los anglosajones, comenzaron a acuñarse cada vez más monedas de plata de bajo peso denominadas *protodenarii*. De esa manera, Europa modificó el patrón monetario respecto del antiguo romano bizantino, no solamente por el valor y el volumen al momento de la comercialización, sino también por ser la plata más fácil de extraer. Poco a poco se fue imponiendo la tendencia, en las grandes propiedades, de monetizar los derechos con la consiguiente consecuencia para los mercados rurales.

En cuanto al comercio carolingio es uno de los temas más controvertidos de la historia económica de la Edad Media. A lo largo de mucho tiempo se enfrentaron las visiones: por un lado, quienes plantean un floreciente comercio para larga distancia (Dopsch, Lombard)

y por otro, la idea de que el comercio en el área mediterránea había llegado a un nivel mínimo de intercambio, producto de la presencia musulmana (Pirenne) que contrastaba con el creciente comercio del Mar del Norte. En la actualidad y gracias a los trabajos sobre todo de la Arqueología, se tiene una visión de la economía en torno al año 800 que desafía la idea de una economía estancada pues tiene en cuenta el incremento y diversificación de la producción de las grandes propiedades, los comerciantes dependientes de grandes monasterios y obispos que comerciaban a escalas geográficas considerables y el gran comercio del Mar del Norte. Los reinos carolingios exportaban vino, armas, cereales, cristales, cerámica a Inglaterra y Jutlandia. Fueron muy importantes las vías fluviales a la vera de las cuales se instalaron los *portus*, que eran centros de almacenamiento, y se desarrolló una nueva red de caminos abiertos a través del *saltus*, sobre todo en la zona de Austrasia y en los confines de la Galia y la Germania, ciertamente cercanas al reino franco.

En cuanto a las vías marítimas o fluviales, es de destacarse que la vinculación comercial de los pueblos o reinos provenientes del norte con la Europa continental permitió el contacto con Oriente a través del Báltico, llegando en cierto momento a eclipsar la vía comercial mediterránea.

En las islas británicas se fue incrementando la creación de puertos (Sandivc, Fordwich, Hamwich, Silaswich...). Esto permite constatar que, si bien el comercio era visiblemente delimitado por zonas, los puertos se crearon por iniciativa de los pueblos marinos (anglosajones, frisones, escandinavos), que animados por la estabilidad étnica del norte se lanzaron a las actividades comerciales. De esta manera y ante la imposibilidad de comercializar constantemente en el Mediterráneo, los productos provenientes del norte comenzaron a ser más valorados por las monarquía y aristocracias europeas.

Al este y al sur, en los territorios dominados por los musulmanes, la expansión política provocó un auge en las relaciones mercantiles. A través del Mediterráneo llegaban especias orientales a puertos de Italia y España; la navegación de cabotaje posibilitaba intercambios interesantes. Al fundarse Bagdad recibió un gran impulso el comercio con el Oriente y el Océano Indico, los navíos árabes llegaban a África oriental, India, Ceilán incluso a China (738), intercambiando artículos de lujo, condimentos, perfumes, sedas, colorantes. Las ciudades vendían productos de su próspera industria sobre todo tejidos de lino, lana, algodón, tapices, cerámicas y vidrio.

En el mundo musulmán la ciudad dominaba la economía, se construían en la encrucijada de los caminos y ejercían su influencia

sobre el mundo rural; aunque en la época abasí se mantuvo en las mesetas y en los desiertos un tipo de economía nómada o seminómada, que contaba con la oposición de campesinos sedentarios cuyo trabajo era ayudado por mano de obra servil, en general de origen africano, y que requería grandes obras de riego.

Al contrario de lo que ocurría en territorio islámico y como consecuencia de ello, el Imperio bizantino vivió un período de intensa ruralización, sus costas estaban amenazadas por la flota musulmana que obstaculizaba las actividades mercantiles y, en el aspecto político provocó la pérdida de poder de las ciudades.

Cuestiones culturales

A principios de siglo, el territorio insular británico e irlandés se convertiría en un gran foco cultural de Occidente como consecuencia de la decadencia de las Galias y de Italia, y de la llegada de los musulmanes al norte de África y a España. Su personalidad más destacada fue Beda el Venerable (673/5-735). Este religioso pasó toda su vida en el monasterio de Wearmouth-Jarrow estudiando, aprendiendo y enseñando a los novicios con el afán de inculcarles la verdad del conocimiento. Su producción, en la que se funden las tradiciones romanas e irlandesas, fue sumamente abundante y reflejaba el interés por casi todos los

aspectos de la educación, tales como la Música, la Gramática, la Geografía, la naturaleza, el tiempo, la Cosmología, la Pascua, los comentarios bíblicos y la Historia. Pero quizá sea por este último aspecto que es reconocido ya que su *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, escrita en 731, es la obra de referencia para el estudio de la Inglaterra anglosajona. La misma está dividida en cinco libros y cubre la historia de Inglaterra, eclesiástica y política, desde la época de Julio César a la fecha de su finalización. La herencia de Beda fue recogida por Egberto, obispo de York quien impulsó una escuela catedralicia en la que se formó Alcuino, artífice de la reforma cultural en tiempos de Carlomagno.

En el ámbito franco, los reyes buscaron implementar estas novedades, relacionadas con el desarrollo de la educación y la enseñanza, tal como puedes verse en la *Admonitio generalis* (789) disposición en la que se dan instrucciones para crear escuelas en los monasterios y catedrales con el fin de educar a los jóvenes y a los clérigos. Se debía proporcionar un mínimo de instrucción: lectura, escritura, algunos conocimientos de latín, explicaciones de la Biblia y de textos litúrgicos. Para ello, Carlomagno se rodeó de grandes escritores, eruditos que conocían y conservaban la cultura antigua y que vendrían de monasterios de todas partes de Europa. De Italia llegó Pedro de Pisa, Paulino y

Paulo Diácono quien enseñó griego, muy importante para las relaciones con Bizancio; de España salieron un buen número de intelectuales ante la llegada de los musulmanes, entre ellos Teodulfo, un visigodo, que se convirtió en obispo de Orleans en 775, poeta y teólogo. Pero la figura más relevante será Alcuino de York, quien había estudiado y hecho su *cursus honorum* hasta llegar a diácono en la ciudad inglesa. En 781, marchó a Roma a pedido del Papa. En el camino de regreso, se encontró con Carlomagno en Parma, más tarde escribiría “*fue el Señor quien me llamo al servicio del rey Carlos*”. Alcuino, no solo se convirtió en miembro de una élite cultural, sino que tomó bajo su protección a los hijos de Carlomagno y se convirtió en uno de sus asesores.

Con Alcuino, Carlomagno estableció en su palacio de Aquisgrán (Aachen, Alemania), la escuela palatina y otra institución, un poco más pomposa, pero indicativa de este deseo de restaurar la cultura: la Academia Palatina. Allí, la presencia del rey fue significativa, ya que en muchas ocasiones participaba de discusiones que con el tiempo fueron comparadas con las que sostenía David, el rey de los israelitas.

Finalmente, se desarrolló el uso de la escritura como un medio de difusión del conocimiento, en particular el uso de la lengua latina, la única que entendía la elite en todo el Imperio. Con este fin, el rey pidió que se enmendaran los errores de las obras existentes, y para eso

creó una serie de *scriptoria* en abadías carolingias. Se trataba de talleres para copiar manuscritos de todas partes de Europa y entre ellos se destacaban la Abadía de San Martín de Tours, Corbie y Saint-Riquier y sobre todo Reichenau. Se desarrolló una nueva caligrafía, la denominada “letra carolina”. Una escritura fácil de leer porque las palabras se separaban. Por otro lado, los monjes trabajaban más rápido y muchas bibliotecas comenzaron a conformarse tanto en las abadías como en palacios del reino.

Bizancio, reducido a los límites del mar Egeo se replegó y helinizó, ganó en unidad de lengua —el griego— y de religión al mismo tiempo que evolucionó hacia concepciones que rompían con el pasado romano.



Ilustración 14. *Vita Caroli Magni Imperatoris* de Eginardo. La letra minúscula carolina permitió una lectura mucho más rápida por tener letras capitales claras y espacios entre palabras.

Los musulmanes, por su parte, desarrollaron una civilización que tuvo como originalidad la forma en que se utilizaron los legados de los antiguos imperios y las particularidades de cada región, interpretándolos según su fe y dándoles unidad con su lengua, impuesta a toda la administración del califato hacia el 700. Mientras los Omeyas dirigieron el Imperio, tuvo un dominio árabe a pesar de la tolerancia, pero cuando llegaron al poder lo abasíes se configuró un mundo multiétnico, multinacional y no solamente árabe. El desarrollo intelectual mostrará sus mejores habilidades para sintetizar aportaciones heterogéneas. Se multiplicarán las traducciones, se edificarán bibliotecas y se asimilarán ideas ajenas al islam, como el helenismo filosófico y científico y el pensamiento iranio.

El siglo IX

Cuestiones políticas

Hacia el año 780, Carlomagno, gracias a sus éxitos militares y a la convicción de organizar sus reinos desde una base legal y religiosa, se convirtió en cabeza de la cristiandad occidental. Este proyecto político tuvo su culminación en la Navidad del 800 cuando el papa León III (795-816) lo coronó emperador de los romanos en la ciudad de Roma. Se considera a este suceso como parte de un proyecto político ideado con anterioridad por el rey franco y sus intelectuales. En cambio, otros sostienen que el título imperial y la coronación fueron consecuencia de circunstancias particulares: la difícil situación por la que atravesaba el papa León III en Italia y la falta teórica de un emperador en Constantinopla. La muerte en el año 797 de Constantino IV y el consiguiente gobierno de su madre Irene habría brindado la ocasión a la Iglesia de Roma para ascender y legitimar a Carlomagno en el poder imperial.

La forma en que se llevó a cabo el ritual de coronación creó un precedente para las relaciones entre el poder político y eclesiástico en

el futuro. El que fuera el pontífice de Roma quien otorgaba la corona a Carlomagno para que luego lo aclamara el pueblo, denotaba la preeminencia del poder del Vicario de Cristo.

El título de emperador era más honorífico que efectivo para Carlomagno, pero su intención era la de ser reconocido como tal por Bizancio. En 812, el nuevo emperador oriental Miguel I (811-813) firmó un tratado reconociendo el estatus imperial del rey franco, aunque solo como emperador de los francos.

Su concepción germana de Imperio, como ampliación de su reino, produjo que le otorgara relevancia a los títulos que había logrado en el transcurso de su gobierno (rey de los francos y de los lombardos). Esta forma de pensar el reino como propiedad privada hará que el proyecto carolingio finalice a la muerte del sucesor de Carlomagno, Luis el Piadoso (814-840), ante las crisis dinásticas acaecidas durante su reinado y la consiguiente división del reino a su muerte.

Carlomagno había creado un vasto Imperio con diversos territorios y grupos étnicos, cuyas fronteras se extendían desde los Pirineos al suroeste, incluyendo una zona del norte de la península ibérica (Marca hispánica tras 795), toda la Francia moderna y al este, la mayor parte de la actual Alemania, incluyendo el norte de Italia y la actual Austria. El mundo celta y anglosajón estuvo al margen del Imperio carolingio. Bretaña a pesar de las expediciones de los años 786, 799 y 811, se mantuvo independiente, conservando sus jefes locales y su organización eclesiástica particular.

Para el mantenimiento de las fronteras fue necesario implementar una organización de los territorios a través de la administración. El núcleo político del Imperio era el palacio real, integrado por una reducida corte de carácter itinerante. Dentro de esta se distinguían personajes encargados de la gestión de la residencia real: el senescal (jefe de los servicios interiores del palacio), el camarero (administrador del tesoro real), el conde palatino (experto en Derecho, encargado de dirigir el tribunal en ausencia del monarca), el canciller (notario del emperador) y el archicapellán (encargado de los asuntos eclesiásticos del reino y de la escuela palatina).

El gobierno de los territorios estuvo organizado a través de condados, marcas y ducados. El condado era una unidad territorial administrativa a cargo de un conde, de condición noble y elegido personalmente por el emperador. Dentro de sus funciones se encontraban la de ejecutar las disposiciones del soberano, dirigir el tribunal judicial, organizar el gasto público, reclutar y disponer de los contingentes militares. Reunía en su persona un poder social y económico, procedente de sus bienes privados y de los otorgados por la corona, y un poder político que devenía de representar la jurisdicción regia en sus territorios, delegada por el soberano. Las marcas indicaban las circunscripciones administrativas en las zonas de frontera del Imperio, las cuales variaban según los periodos: Marca de Bretaña, Marcas de Septimania y tolosana (Marca hispánica), Marca del Elba, Marca de Friul, etc. El mando militar estaba en manos de un marqués, dotado de una gran autonomía, pudiendo tener bajo su control varios condados. Su función era la de proteger y mantener las fronteras demarcadas del Imperio. Finalmente, el ducado designaba un título de prestigio que denotaba una categoría social más elevada.

A comienzo del siglo IX se implementó en el Imperio carolingio un sistema de inspección periódica a las unidades administrativas a

cargo de los condes. Los encargados de esta tarea fueron los *missi dominici*, quienes recorrían en pareja (un noble y un religioso) los territorios con el fin de difundir las capitulares reales, la recepción de denuncias, la investigación de posibles irregularidades en la administración, como así también la imposición de sanciones, la vigilancia del comportamiento de los religiosos y el cumplimiento de los cánones. A pesar de sus amplios poderes, los *missi dominici* no poseían facultades ejecutivas y sus zonas de inspección no podían coincidir con sus propios distritos administrativos.

El gobierno de las tierras carolingias se asentaba sobre fundamentos antiguos que, según las necesidades, se reformulaban a discreción. La red de asambleas públicas continuó siendo un elemento crucial durante este periodo como forma de establecer un contacto con el pueblo. Se realizaban todos los años durante la época de primavera y en momentos inmediatos a las campañas militares. Todos los súbditos del Imperio se consideraban convocados y presentes. De esta forma, las disposiciones que allí se decidían contaban con la aceptación del pueblo, aunque solo asistían los nobles, autoridades eclesiásticas y el ejército.

Estas reuniones se dividían en dos grupos: la de los clérigos y la de los laicos. Los religiosos por su parte las cuestiones de disciplina y

de organización eclesiástica, mientras que los laicos examinaban las políticas y de administración del reino. Las conclusiones de estas deliberaciones ayudaban al emperador a tomar sus decisiones, formuladas en una serie de artículos denominados capítulos, cuya compilación constituía una capitular que el soberano promulgaba habitualmente como resolución de las asambleas.

Estas convocatorias tenían su paralelo en cada condado a cargo del conde o, en su defecto, alguien designado por él —vizconde—, y funcionaban como tribunales judiciales. Las asambleas locales también administraban los juramentos de lealtad al rey, instaurados por Carlomagno en el año 789 como consecuencia de una serie de levantamientos ocurridos en distintas regiones. Todo hombre libre mayor de doce años estaba obligado a prestar juramento, quedando registrado por los condes y *missis*. En el año 802, estas obligaciones se ampliaron y los que juraban debían prestar al emperador un juramento más detallado. De esa forma, incrementaba y reforzaba la autoridad regia en cada rincón del Imperio. Estas relaciones darían origen al *vasallaje*, entendido como un intento de estructurar la sociedad y el Imperio a través de la relación de fidelidad entre los hombres libres y el rey (este punto será desarrollado en el apartado de cuestiones sociales).

Entre los años 800 y 814 se originaron varios de los problemas que afectarán al Imperio carolingio durante el resto del siglo: la cuestión de la sucesión y división de los territorios entre los herederos, la naturaleza del título imperial y la forma en la que este debía ser transferido, las amenazas externas (pueblos escandinavos y árabes), la preservación de un Imperio cuyas estructuras administrativas, políticas, culturales y lingüísticas eran débiles.

En el año 806 Carlomagno dejó constancia de la división del Imperio, entre sus tres hijos, luego de que muriera. Los acontecimientos ocurridos hasta el año de su fallecimiento (814) harían que esta disposición quedara sin efecto ya que en 810 y 811 fallecían dos de los hijos herederos, siendo Luis el único sucesor directo.

Durante el reinado de Luis el Piadoso (814-840) el poder imperial se vio afectado en su trascendencia pues el reino no contaba, por diversos motivos, con la cohesión necesaria. A saber: la presencia de varios grupos étnicos y culturales con sus lenguas y formas jurídicas, los intereses de la nobleza por acrecentar su poder en detrimento del imperial, los cambios en las estructuras productivas que llevaron a un sometimiento de los campesinos a los señores locales y con ello a un acrecentamiento de su poder. Un rasgo significativo del reinado de Luis fue el cambio de estrategia con respecto a las fronteras

del Imperio: se adoptó una actitud defensiva por sobre una ofensiva. Como consecuencia, las recompensas materiales y políticas, que se debían buscar luchando en los límites del Imperio, se obtenían a través de las rivalidades entre facciones dentro del reino, afectando al poder del soberano. A su vez, esta pasividad militar en determinados periodos acarreó problemas de defensa ante amenazas y ataques de pueblos externos como escandinavos, húngaros y musulmanes, quienes funcionaron como catalizadores de cambios en el orden político.

El nuevo emperador conocía estas debilidades y para conseguir mantener su Imperio fuerte y unido, necesitaba por un lado, reconocer las variedades culturales, sociales y políticas presentes y por el otro, lograr la cohesión de estos elementos mediante un instrumento que lo posibilitara. Este será la Iglesia católica, la que a través de la vía religiosa y cultural le dará a los territorios del Imperio la unidad deseada. Los primeros años del reinado de Luis estarán marcados por su moralismo y apego a las enseñanzas del cristianismo. Se ocupó de controlar las fuerzas centrífugas dinásticas y para ello en el año 817 dispuso la sucesión respetando el criterio de unidad imperial y predominio político del primogénito, asociando a Lotario al trono de Italia. Los restantes herederos, Pipino, rey de Aquitania (817-838) y

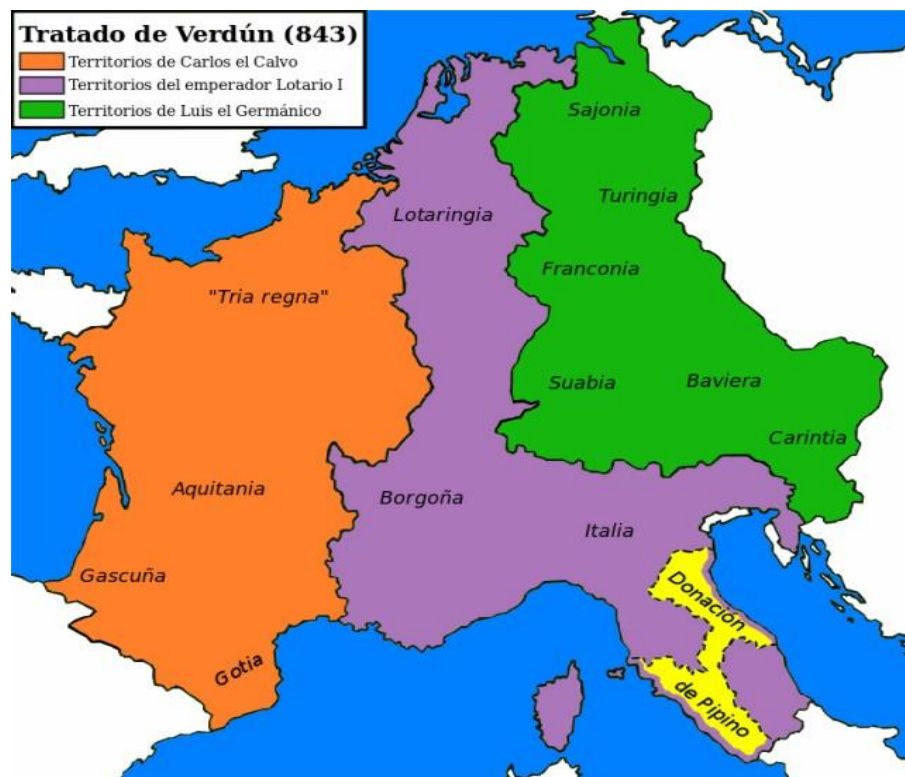
Luis, rey de Baviera (817-876), recibirían títulos y gobiernos en territorios limítrofes.

Este supuesto equilibrio de fuerzas se quebró con la llegada de un nuevo hijo regio, Carlos el Calvo. El emperador, al desear dotar de territorios al nuevo heredero, desató la rebelión de los demás hijos en 829 y provocó una situación de anarquía en el reino franco que duraría diez años. En 833 Lotario logró hacerse con el control de la situación al producirse un hecho conocido como Campo de las Mentiras: momentos antes de comenzar la batalla todos los nobles del partido del emperador abandonaron su bando para incorporarse al de Lotario. Luis fue depuesto del trono y obligado a realizar penitencia en San Medardo de Soissons y a retirarse a un monasterio, quedando Lotario al frente del Imperio. La crisis de los años 830 se proyecta como producto de dos problemas latentes: la disputa entre dos facciones de la corte y las tensiones normales en todo reino donde los herederos son adultos con ansias de sucesión. Esta convergencia de situaciones se agravó por las disputas sobre teología y ética política junto con la entrada en escena de un nuevo heredero.

La muerte de Luis el Piadoso en el año 840 pondría en funcionamiento la disposición sucesoria de 817, pero con un cambio: los territorios de Pipino pasaron a Carlos el Calvo debido a la muerte de

aquel en 839. Lotario intentó imponer su derecho al título y supremacía en el Imperio, lo que desataría una nueva guerra civil en 841-842 entre los herederos reales.

En 843 se llegó a un acuerdo a través de la firma del Tratado de Verdún, por el cual se dividía al Imperio en tres partes iguales en extensión. Los territorios desde el norte al centro de Italia serían para Lotario, quien conservaría el título imperial. Esta franja territorial, conocida como la Lotaringia, salvaguardaba las capitales más importantes, Roma y Aquisgrán. Luis el Germánico mantendría la Francia oriental —territorios al este del Rin y de los Alpes— y Carlos el Calvo la Francia occidental —territorios al oeste de los ríos Mosa, Saona y Ródano. Este reparto estuvo guiado por tres principios: igualdad de las partes, unidad de cada una e integridad de los reinos de Baviera, Italia y Aquitania. Este tratado marcó la definitiva pérdida de unidad del Imperio carolingio.



Mapa 12. Tratado de Verdún, siglo IX.

Entre 843 y 855 se intentó defender una armonía entre los tres hermanos. Este periodo de fraternidad duró hasta la muerte de Lotario (855) y el posterior reparto de sus territorios entre sus tres hijos, Lotario II, Luis II y Carlos, lo que generó nuevos conflictos entre tíos y sobrinos. Los sucesivos repartos de los reinos a la muerte del soberano y las

continuas disputas territoriales entre los reyes ocasionaron periodos de inestabilidad política durante la segunda mitad del siglo IX. Será uno de los hijos de Luis el Germánico, Carlos el Gordo, el que conseguiría unificar Francia oriental y establecer un nuevo consenso entre los carolingios. Este sueño de unidad llegó a su fin en 888 tras la muerte del emperador. El Imperio volverá a dividirse entre los herederos y junto con los territorios, la red de fidelidades.

La unidad del reino franco siempre estuvo condicionada por el principio de división territorial entre sus herederos. Esta concepción del poder como prerrogativa privada del reino, herencia del pasado merovingio, fue una de las causas de la desintegración de la autoridad central. A esta crisis contribuyeron los problemas militares en los diversos reinos, las fuerzas centrífugas de la nobleza y las presiones externas. Debido a los constantes problemas políticos, en siglo IX hubo un sector de la nobleza, encargada de los condados, que acumuló poder económico y social convirtiendo a los cargos en hereditarios y formando dinastías locales, verdaderas autoridades de los territorios.

El siglo IX fue para Europa una centuria de constantes peligros debido a los asaltos de distintos pueblos, las denominadas *segundas invasiones*: los húngaros, los normandos y los piratas musulmanes. Los territorios de Europa central y los que recorre el Danubio, tuvieron

la presencia de los húngaros o magiares, pueblos nómadas llegados de las estepas de Asia. En tanto que, en Europa del norte, el problema más importante fueron los pueblos escandinavos. Los normandos —hombres del norte— asolaron las fronteras septentrionales del Imperio carolingio y las islas británicas.

El período denominado “Era vikinga” es una faceta, la más visible en el occidente europeo, de un proceso mucho más extenso y complejo que implicó una serie de transformaciones políticas, sociales y religiosas, que modificaron a los pueblos escandinavos. Algo que a su vez fue acelerado por el contacto constante con otras poblaciones.

Para el siglo VI y VII, Escandinavia se encontraba en la última fase de la Edad de Hierro, y ya encontramos aldeas que cumplían funciones de centro de comercio entre diversas regiones de Dinamarca y el sur de Suecia. Debido a sus mejores condiciones climáticas fueron los dos lugares de mayor concentración y crecimiento demográfico. Mientras, florecían puertos de importancia en Dinamarca, como Ribe o Hedeby, que formarían una verdadera red comercial en el Báltico con otros centros como Dorestad —asentamiento frisón en la actual Holanda—, Quentovic —en el distrito actual de Paso de Calais, Francia—, Birka —ubicado en la isla de Björkö, en el lago Mälaren— y Kaupang, primer emplazamiento comercial noruego, cerca de la actual Vestfold.

En Suecia, enclaves cercanos al centro religioso de *Gamla Uppsala* (antigua Uppsala) como Valsgärde hicieron de la región de Uppland el lugar de desarrollo de una cultura que fue testigo del establecimiento de una poderosa dinastía real, en un período de estabilidad y crecimiento que se denominó “Era de Vendel”.

También en estos siglos se desarrollaron embarcaciones específicas para diversas tareas. Entre ellas la más conocida, la nave de guerra o *Långskip* (longship = nave larga) con la que se realizarán, desde el primer ataque registrado en 793 y durante todo el siglo IX, las incursiones de saqueo más destructivas de este período.

Según las fuentes son vikingos, para los francos eran “hombres del norte” (normandos) y para los bizantinos “hombres del comercio” (varegos). Étnicamente eran parientes de los germanos, que se habían asentado en Escandinavia y que comenzaron su expansión por varias causas: aumento de población en algunas zonas, modificaciones en la estructura familiar, mala distribución de las tierras que dejaba a sectores de la población sin acceso a ella, variaciones climáticas, el desarrollo de la técnica marinera y el proceso de consolidación de los reinos que dejaba aparte a los líderes desconformes y sin poder.

Sus incursiones, en un primer momento en busca de botín, fueron registradas por varios contemporáneos sobre quienes provocaron

una fuerte impresión dada la crueldad con que realizaban sus asaltos. Conservando rasgos semejantes cada uno de los pueblos mantuvo una forma de expansión: los suecos actuaron en la orilla oriental del mar Báltico y los daneses depredaron la frontera norte del Imperio. Los noruegos colonizaron las islas Setland y Far-Oer, para dirigirse luego a las costas orientales de Inglaterra, llegando ocasionalmente a España e Italia.

Las incursiones musulmanas, por su parte, fueron bloqueadas en su avance a través de los Pirineos desde que Carlomagno incorporó Gerona (785) y Barcelona (801) constituyendo Cataluña parte del Imperio carolingio y llevando sus límites con el Al-Andalús al norte del río Ebro. Los objetivos de los árabes variaron a través del tiempo, ya que no se concentraron en extender los dominios del islam, sino en realizar incursiones con el fin de obtener botín. La costa de la Provenza fue una de las zonas más castigadas por estas prácticas piráticas.

Una situación distinta tuvo la península itálica, cuya cercanía a la costa africana facilitó las expediciones musulmanas. El territorio de la actual Túnez fue la plataforma de incursión. Hacia mediados de siglo Sicilia y la isla de Creta quedaron bajo poder sarraceno y, como consecuencia, el Mediterráneo occidental. No solo se desplegaron por

la Italia insular, llegaron a devastar las tierras del centro de la península. Ocuparon Mesina y Bari, puntos estratégicos para el dominio del mar, que fueron recuperados en la segunda mitad de siglo IX.

Las penínsulas ibérica e itálica, también atravesaron cambios políticos importantes durante el siglo IX. Como consecuencia de la invasión árabe (711), la resistencia de los hispanocristianos y los pueblos vascones y gallegos dará lugar a una creación política completamente nueva en el norte de la península: el reino astur. El reinado de Alfonso II el Casto (791-842) resultó decisivo, tanto de cara a una mayor proyección hacia el exterior como en el fortalecimiento y redefinición de las estructuras internas. Las relaciones con el Imperio carolingio fueron fugaces. Durante el reinado de Alfonso III el Magno (866-910), tuvo lugar la mayor extensión territorial del reino astur, desde su formación hasta finales del siglo XI.

Durante este periodo, Italia transitó por diferentes situaciones. Se produjo una ausencia de poder efectivo y duradero, lo que posibilitó a los potentados regionales ampliar sus parcelas de poder y control del territorio. Hasta el año 888 los carolingios se sucedieron en la dignidad real, pero al ser reyes extranjeros permanecieron poco tiempo en la península itálica. A partir de esta fecha fueron las grandes familias

aristocráticas las que se disputaron el título regio. Estas habían recibido de los reyes carolingios inmunidades, privilegios, tierras y cargos a cambio de su vasallaje, y se arraigaron regionalmente, estableciendo su propia red de fidelidades.

Una de las ciudades que comenzó a tener trascendencia fue Venecia, que supo aprovechar las tensiones existentes entre francos y bizantinos, para dar forma a su particular sistema de gobierno, dependiendo formalmente del Imperio bizantino. Instauraron una nueva dinastía de *duces* (dogos) que se tornará más autónoma con el tiempo.

En cuanto al Oriente, en Bizancio, luego de los convulsos tiempos de las luchas iconoclastas, en el 867 llega al poder Basilio I, nacido en Macedonia, pero de familia armenia, fundó una dinastía que se mantendrá dos siglos en el poder: los macedonios. Frenaron a sus enemigos, pudieron recuperar algunos territorios en Asia y se produjo un gran renacimiento en todos los aspectos. Más ligado a la influencia oriental y menos a las tradiciones el Imperio bizantino conoció una segunda época dorada.

Tanto Basilio I (867-886) como su hijo y sucesor León VI (886-912) acabaron con las luchas sucesorias y las usurpaciones del poder asociando a sus hijos y familiares a las tareas de gobierno. Así, las grandes familias muchas veces rivales, participaron del poder. Por otra

parte, exaltaron la dignidad de los príncipes “porfirogénetas” (por haber nacido en la cámara púrpura del palacio de Constantinopla) destinados a ser honrados por el pueblo. El prestigio y la autoridad de los emperadores alcanzaron una estima inédita. Ejercían el poder sin ningún tipo de límites: *imperator y basileus*, heredero tanto de los emperadores romanos como de los déspotas orientales, jefe de la Iglesia de Oriente y objeto de veneración popular. Fueron grandes legisladores y administradores. Basilio I realizó una obra legislativa que buscaba completar la de Justiniano y adaptarla a los nuevos tiempos. Las antiguas provincias fueron sustituidas en su totalidad por *temas*, circunscripciones de carácter militar al mando de un estratega, quien era la principal autoridad militar, civil, responsable de las finanzas, de la recaudación de tributos y juez supremo.

El fin del conflicto iconoclasta con el triunfo de los partidarios del culto a las imágenes, fortaleció enormemente a los monasterios e iglesias depositarias de los iconos que junto con el culto a los santos y a las reliquias se extendieron de forma prodigiosa. El alto clero formado por antiguos monjes que habían pasado a ser obispos tenía un gran prestigio moral e intelectual y dentro de ellos el patriarca de Constantinopla se alzaba como el jefe indiscutido de la cristiandad oriental. Focio quien ejerció el cargo durante los reinados de Basilio I y León VI,

proponía la formación de un Estado imperial en el que el poder temporal (*imperium*) y espiritual (*sacerdotium*) se defendieran y ayudaran para lograr el bienestar y la paz de los ciudadanos. Esta idea fue tomada por los emperadores que sostenían el origen divino del poder y proponían como norma de vida el estricto respeto a las leyes cristianas.

Las relaciones entre patriarca y emperador no estaban reglamentadas y el poder del patriarca podía movilizar la opinión pública en contra del emperador, sobre todo a través de los monjes. Las diferencias en cuanto al dogma, la liturgia, las disputas por la prelación fueron distanciando a las Iglesias de Roma y Constantinopla. Focio, como jefe de la Iglesia oriental trató de liberarse de la tutela papal lo que culminó con su excomunión en 863 y en contrapartida el patriarca lanzó un anatema contra el romano. El emperador, necesitado de conseguir apoyos en Occidente, depuso a Focio en el 867, aceptándolo nuevamente dos años más tarde con la condición de que se sometiera a Roma y asegurara la unidad de la Iglesia.

En el imperio musulmán, los califas abasíes chocaron con una doble oposición: nacional y religiosa. Las herejías religiosas suscitaban divisiones y complots, el califa reprimía con dureza, los chiitas seguían siendo muy numerosos y provocaban graves conflictos. Esta agitación

se vio agravada por rebeliones sociales como la de los esclavos negros que, provenientes de África, eran utilizados en Mesopotamia sobre todo para el cultivo de caña de azúcar, y a los que tardaron más de veinte años en exterminar. Los jefes militares se irían imponiendo al califa: primero los persas y luego los turcos, recién convertidos al islam. Hacia el 850 para pagar a las tropas se concedían las rentas o los impuestos de un territorio, primero con carácter vitalicio, pero luego se transformaron en hereditarios, por lo tanto, algunas provincias orientales se transformaron en principados independientes. En otros casos, ante el caos del poder central y la ineficacia de las poblaciones locales comenzaron a formarse gobiernos propios. En Occidente perdieron Al-Andalús, el norte de África y luego Egipto. A fines del siglo IX, el califato abasí pudo revertir momentáneamente su situación, pero ya para entonces la realidad política de los territorios del islam había cambiado profundamente.

Cuestiones sociales

Durante esta centuria la sociedad europea no sufrió grandes epidemias ni hambrunas. Hubo estaciones de sequías, inundaciones e incursiones extranjeras que provocaron pérdidas de cosechas y vidas humanas, pero no fueron de gran impacto. Por el contrario, aconteció un

aumento demográfico en poblaciones urbanas y rurales debido a diversos factores, entre ellos el dinamismo económico alcanzado en este periodo.

Los grupos de poder presentes en la sociedad seguirán siendo la Iglesia y la aristocracia, pero se estructurarán de forma distinta al intervenir el poder real en sus relaciones. La institución eclesiástica jugó un rol importante en el tramado político carolingio al ser la única fuerza moral y material, extendida por todo el Imperio, capaz de transmitir la voluntad real hasta en los lugares más alejados a través del sermón parroquial, profesando la obediencia que todo cristiano le debía al rey. De esta forma, la Iglesia se convirtió en la principal colaboradora del reino. Carlomagno intentó controlar la institución nombrando a los obispos e incluso a los abades, designando en su defecto a abades laicos que acompañarían a los regulares. Esta actitud de dominación por parte del poder político cambió con Luis, su sucesor, quien ofició una reforma dentro de la institución eclesiástica.

El segundo grupo de poder era la aristocracia. Las familias nobles dominaron este mundo y gracias a la extensión de las fronteras y a los favores reales lograron un verdadero cosmopolitismo (mediante sus alianzas con la familia real o con las noblezas locales, y a los

nombramientos en los condados). Se establecieron en casi todos los territorios y absorbieron a las antiguas elites romanas o germanas.

La sociedad europea en este siglo se estructuró a partir una cadena de vínculos de hombre libre a hombre libre que incluía a obispos y abades. Los primeros pasos para la implantación del vasallaje se dieron durante el reinado de Pipino el Breve, quien intentó hacer indisoluble el vínculo de los hombres libres con un gran señor, añadiendo a la encomendación germánica (vínculo personal), la fidelidad romana. Una combinación de tradiciones cuyo objetivo fue la indisolubilidad del contrato entre hombres libres.

Carlomagno fomentó el establecimiento de lazos personales que englobaran a todos los hombres libres a través de la ceremonia de “encomendación”. Se instituyó de esta forma la categoría de vasallos y subvasallos lo que constituyó a la sociedad como un todo, a través de vínculos personales.

Hubo un especial interés por parte de la nobleza, en acceder a la “encomendación” pues con ella obtenía un *beneficio* a cambio del servicio militar, ampliando sus bienes territoriales. El noble, luego de prestar juramento de fidelidad, entraba en vasallaje mediante la investidura de este privilegio con la entrega de símbolos (vara, anillo, guante) a cambio de tierras en beneficio (también podía tratarse de

una renta, el cobro de un impuesto, la explotación de determinada actividad), es decir, su usufructo hasta la muerte. Estos contratos eran perdurables, salvo en caso de crimen o injusticia del señor para con su vasallo. De esta forma, Carlomagno intentó reforzar la autoridad del Imperio, mientras que con su sucesor el poder de la aristocracia se acrecentó al romperse el equilibrio entre las tierras fiscales y las tierras concedidas para disfrute de la nobleza.

Este modelo de relaciones no se reprodujo de la misma forma en toda Europa. Tanto en Inglaterra, Germania e Hispania, los intentos de unir la fidelidad con la “encomendación” a través del beneficio, encontró obstáculos. En Italia permaneció independiente de la concesión del beneficio. Las relaciones de jerarquía tuvieron mayor desarrollo entre los ríos Rin y Loira, base territorial del Imperio carolingio.

Existían distintos tipos de vasallos. En primer lugar, se encontraban los vasallos reales, los aristócratas y grandes propietarios. Luego venían los vasallos señores con cuatro a tres mansos que dependían de los grandes laicos o eclesiásticos. En tercer lugar, los vasallos no establecidos, hombres que no estaban dotados de tierras y que formaban la escolta personal de un poderoso. En el último lugar, estaban los ministeriales, encargados de un servicio para su señor.

Estas relaciones de dependencia personal son presentadas como una de las causas del fracaso político y social del proyecto carolingio. Durante el siglo noveno se produjo una degradación del poder real en tanto que la legitimidad del soberano se tornó dependiente de la concesión de favores y prebendas, cuestionando el principio de obediencia básica de los súbditos a su señor.

Por debajo de los vasallos se hallaban los propietarios libres (pagenses o colonos), que formaban la mayor parte de la población rural, quienes poseían alodios (de cuatro a doce mansos). Su situación era variable y aunque fuesen oficialmente libres estaban situados justo por encima de los esclavos. La categoría de esclavo, y su utilización en el modo de producción, se hallaba en retroceso como se explicó para el siglo anterior.

Cuestiones económicas

Los nuevos planteos sobre la economía de la Alta Edad Media cuestionan las visiones clásicas que apuntaban a una economía cerrada con escasos intercambios comerciales y ponen énfasis en tres ejes principales: la economía de la gran propiedad, cuestiones relacionadas con los comerciantes dependientes y el excepcional mundo comercial del mar del Norte, ya señalado para el siglo VIII.

La base económica del siglo IX continuó siendo la tierra, fuente de riqueza por ser proveedora de productos y generadora de impuestos. Durante este periodo se continuará con una reestructuración del sistema productivo en las comunidades campesinas y grandes dominios. Este proceso se evidenció en un fortalecimiento de la pequeña propiedad campesina —en los territorios germánicos—, la configuración de un nuevo tipo de gran propiedad —en los territorios entre el Loira y el Rin, Italia septentrional y central—, y nuevas tierras colonizadas al este del Rin, como resultado de concesiones regias. Una característica distintiva de estas grandes propiedades fue la progresiva desaparición de la mano de obra esclava y su reemplazo por mano de obra campesina, procedente de comunidades aldeanas.

Un punto de discusión es determinar si la economía carolingia fue una economía cerrada, de subsistencia o, por el contrario, de intercambio en pequeña y media escala. Este proceso de reorganización del sistema productivo fue posible gracias a dos factores: la decisión firme de los soberanos y la disposición de tierras, tras sus conquistas. Como consecuencia hubo disponibilidad de excedentes necesarios para generar redes de intercambios. Es decir, se produjo un desplazamiento de la economía local a una economía de intercambio, principalmente en las zonas de la llanura del río Po, Francia, Frisia e Inglaterra. Un

elemento característico de las nuevas condiciones económicas fue el *portus*, centro de almacenamiento y comercialización de productos que comenzó a estar presente a lo largo de las rutas fluviales del noroeste europeo y de las vías terrestres.

Algunos sectores del Mediterráneo comenzaron a estar nuevamente activos, en particular en el Adriático, siendo la ciudad de Venecia la más pujante al detentar el monopolio de la sal. El comercio entre Oriente y Europa se iniciaba en Venecia. Allí llegaban los productos orientales, remontaban el río Po hasta Pavía, verdadera plataforma giratoria del comercio internacional, en dirección a Francia y Germania. La estructura básica de las rutas comerciales estuvo en función, no solo del comercio de larga distancia basado en productos de lujo, sino también en la exportación de los excedentes agrarios producidos, en su mayoría, en los grandes dominios y de los productos del artesanado rural, que comenzaba a alejarse de las actividades productivas estrictamente agrarias a medida que se incrementaban los excedentes.

Hubo preocupación, por parte de Carlomagno en regular y favorecer la economía y el comercio a través de diversas iniciativas. Una de ellas fue establecer una contabilidad escrita de sus posesiones territoriales. Ejemplo de ello fue la *Capitular Acerca de los Dominios* del año 800, que ordenaba confeccionar inventarios de las tasas e

impuestos a percibir por los dominios fiscales y fichas descriptivas de los recursos disponibles. Otra disposición fue una reforma monetaria que modificaba el sistema de tasas y medidas. El grano de cebada, unidad de medida germánica, fue sustituido por el grano de trigo, unidad de peso romana. Por último, eliminó la moneda de oro como patrón de cambio y la reemplazó por la plata. Buscaba incentivar los mercados locales ya que esta moneda poseía un poder de compra más débil que el oro, lo que permitía adquirir cantidades más pequeñas de mercancías, dejando el oro solo para transacciones importantes. A su vez, surgió una nueva unidad monetaria, el óbolo, cuyo valor equivalía a medio denario.

El denario de plata tuvo una doble función: económica, al permitir la expansión a otros mercados, y política, al detentar el soberano carolingio su acuñación en el palacio. Se apuntaba a acabar con la acuñación privada y con ello reforzar la autoridad regia. Hacia fines del siglo IX, los efectos de esta reforma desaparecieron, junto con el proyecto político de Carlomagno, y retornó el fenómeno de la inflación y la acuñación privada.

Una preocupación de los reyes, a fin de incentivar los intercambios comerciales, fue el mantenimiento de las vías romanas de importancia para el comercio. Los *missi dominici* tenían entre sus funciones

la de vigilar las vías, puentes públicos y albergues. Los intercambios, tanto de mercancías como de personas, fueron una característica de este periodo, siendo de importancia los grandes ríos europeos.

De lo expuesto se desprenden algunas conclusiones: la expansión de la economía comercial europea se situó en las décadas finales del siglo VIII y IX, las fuerzas internas que provocaron la demanda de mercancías se debieron a una expansión y estabilización de las estructuras políticas, a métodos renovados de ordenar e imponer el trabajo en la tierra y de extraer sus frutos, así como a una moneda sólida y unificada. Todas estas transformaciones desarticulaban los sistemas propios de las sociedades romanas y germánicas, produciendo la implantación de nuevas relaciones sociales y económicas específicas del sistema feudal.

Cuestiones culturales

La vida cultural en el siglo IX giró en torno al Imperio carolingio. El proyecto ideado y llevado a la práctica por Carlomagno tuvo una faceta política y otra cultural. La nueva estructura política dominante de Europa necesitaba de una eficaz administración de sus territorios y de elites que la llevara a cabo, a través de una instrucción religiosa y laica. La palabra escrita cumplió un papel fundamental en la sociedad

carolingia al ser utilizada para el gobierno, la administración, las disposiciones generales y la cultura. La originalidad del proyecto carolingio estuvo dada por la tarea que se arrogó: la salvación de toda la comunidad del reino, tanto política como espiritual. Para cumplir esta tarea, los gobernantes francos se sirvieron de la única institución capaz de protagonizarla: la Iglesia y su clero.

En tiempo de Carlomagno y principalmente de Luis el Piadoso, la relación con la Iglesia fue más estrecha, interviniendo en materia religiosa con el objetivo de propiciar no solo una reforma cultural, sino también religiosa. Será Luis el impulsor de una reforma monástica, cuya primera iniciativa política fuerte será la celebración de dos concilios reformistas (816-817), en donde se revisó la Regla de Benito de Nursia y se extendió a todos los monasterios del Imperio. El fin era dar al culto y a la plegaria una superioridad absoluta, a costas de las funciones políticas, culturales o evangelizadoras. El sistema monástico fue un instrumento de afirmación y conservación del poder real en tierras conquistadas, sobre todo en Germania. La misión de evangelizar fue un medio de expandir el Imperio. De estas relaciones con el poder regio, la Iglesia se beneficiaba en propiedades y protección junto a otros privilegios.

La dinastía carolingia debía legitimarse no solo en el plano político, sino también en el social y cultural. Hizo uso de la palabra escrita para crear una cultura franca a partir de reelaboraciones de las herencias y tradiciones romana, cristiana y germánica. Los carolingios utilizaron la literatura para construir su pasado y una memoria colectiva con proyección política a través de una identidad común, necesaria para la cohesión de tan vasto reino y diversos pueblos. Este mecanismo se aplicó a partir del uso de la historia y la literatura entre los siglos VIII y IX. Un ejemplo de estas operaciones de invención de tradiciones es el panegírico *En honor a Luis el Piadoso* del escritor Ermoldo Nigello.

Un segundo ejemplo del uso de la literatura e historia es el poema épico *Valtario* (Waltharius) escrito en latín en el siglo IX, basado en una fuente literaria oral germánica. Carlomagno ordenó recoger por escrito una serie de poemas épicos germanos que circulaban en forma oral con el fin de conservar estas tradiciones. Esta obra de la literatura latina medieval ha despertado curiosidad en los últimos tiempos por su calidad literaria y por el profundo conocimiento de su autor, pues con maestría reconstruye y entrelaza las tradiciones romana, germana y cristiana, evidenciadas en el manejo de textos clásicos romanos y cristianos. Uno de los testimonios más importante fue

la utilización del código épico de la *Eneida* de Virgilio como así también de elementos de las obras del español Prudencio, la *Psychomachia* y el *Peristephanon*.

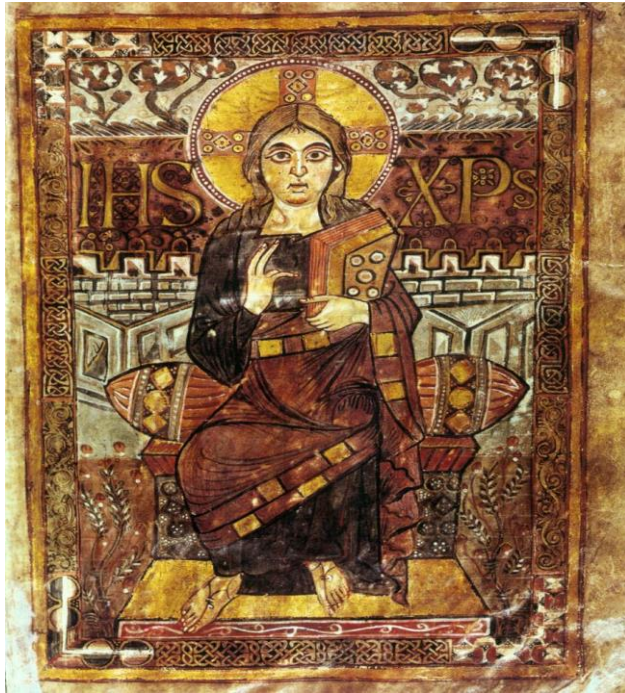


Ilustración 14. *Evangelario de Godescaldo*. Ejemplo de miniatura de la época carolingia. Bibliothèque Nationale, París.

Un instrumento necesario para la puesta en marcha de este proyecto cultural fue el grupo de intelectuales y eruditos que logró reunir Carlomagno y Luis el Piadoso, muchos de ellos llegados a la corte desde territorios francos y extranjeros (italianos, españoles y anglosajones).

La historiografía identifica al menos dos generaciones de intelectuales, desde la década de 780, cuando comenzaron a incorporarse a la corte y la segunda generación, durante el reinado de Luis el Piadoso. Una segunda generación de eruditos caracterizada por una mayor originalidad intelectual y disputas académicas, al margen de la crisis política acaecida durante este periodo. Las letras comenzaron a adquirir un valor por sí mismas, produciéndose un acercamiento a los autores paganos de la Antigüedad. En esta generación siguieron estando presentes intelectuales hispanos, italianos y anglosajones, pero comenzaron a vislumbrarse pensadores germanos, tanto de Galia como de Germania, hombres formados en la corte y escuelas monásticas o catedralicias. Entre sus intelectuales más destacados se encontraban Rábano Mauro, Juan Escoto Erígena y Ermoldo Nigello. Estos autores desarrollaron todos los géneros poéticos, desde las epopeyas hasta los epitafios, acrósticos y enigmas. También redactaron tratados políticos sobre el gobierno del Estado y la Iglesia, historias profanas y vidas de santos, siendo importante la labor teológica y filosófica. Estas generaciones de intelectuales guiaron a la dinastía carolingia a repensar sus construcciones políticas, religiosas, intelectuales y artísticas sobre la base de la ley laica y religiosa.

Este programa cultural no solo quedó plasmado en las letras, sino también en el plano arquitectónico y pictórico. El culto a las reliquias y la adopción de una nueva liturgia demandaron nuevos arquetipos de iglesias y monasterios. Ejemplo de este desarrollo del arte carolingio fue la capilla de Aquisgrán, residencia permanente de Carlomagno en sus últimos años de reinado. Tanto su planta como su simbolismo rememoraban los palacios bizantinos, el santo Sepulcro en Jerusalén y el baptisterio de San Juan de Letrán en Roma. Este arte, de ropaje antiguo, alternó el uso de mármoles de color, piedra blanca tallada y ladrillo largo, adornando suntuosamente el interior de las iglesias con mosaicos de fondo dorado. Las miniaturas de los manuscritos, en las que confluyen influencias bizantinas, irlandesas y clásicas, demuestran unas condiciones artísticas nuevas.



Ilustración 15. Capilla palatina de Aquisgrán.

El proyecto cultural carolingio no aspiraba a ser novedoso, por el contrario, abogaba por un retorno a la antigua autoridad con Roma como el elemento esencial. Se asistió a un mayor uso del latín clásico y su convivencia con las lenguas romances en nacimiento, afirmándose en la Biblia y en la cultura cristiana de los grandes pensadores de la Antigüedad tardía y en la cultura clásica.

El siglo X

Cuestiones políticas

La dinastía carolingia no había hecho más que decaer desde mediados del siglo IX. Los logros militares de Carlomagno habían ampliado los territorios de un Imperio que estaba, en la práctica, lejos de una consolidación interna. No contaba con grandes elementos que proporcionaran una cohesión cultural que evitara la fragmentación ante la desaparición de una figura en la que recaía una autoridad política, en teoría, centralizada. Las segundas invasiones no hicieron más que agudizar la crisis de legitimidad de los carolingios al demostrar su incapacidad militar en la defensa del territorio. Un caso paradigmático, en el siglo anterior, de la magnitud de dicha crisis fue el reinado de Carlos III “el Gordo” en Francia occidental (884-887). La imposibilidad de repeler los ataques vikingos provocó su deposición luego de muchos levantamientos de la aristocracia. Lo que condujo al primer reinado fuera de la dinastía carolingia desde su ascenso al poder a mediados del siglo VIII: el del conde Eudes de París (888-898).

A principios del siglo, Carlos “el Simple” restituyó de momento, a la dinastía carolingia. Logró frenar las invasiones vikingas a largo plazo, cediendo tierras para que un grupo se asentara de manera definitiva y creara el ducado de Normandía. Sin embargo, Carlos no pudo hacer frente a las dinastías feudales de Francia occidental que, tras rebelarse contra su autoridad, lo depusieron y eligieron en 922 al conde Roberto de París, conocido como Roberto I (922-923). La resistencia de Carlos los llevó a enfrentarse en la batalla Soissons en 923, en la que, a pesar de la muerte de Roberto, Carlos III fue derrotado y definitivamente depuesto. Ese mismo año, electo por la nobleza franca, Raúl I (duque de Borgoña, 923-936) sucedió a Roberto en el trono. Raúl I tuvo que oponerse tanto a las invasiones húngaras como a las provenientes de Normandía, ya que los pactos establecidos entre los normandos y el depuesto Carlos III los vinculaban solo con él. A su muerte en 936, las disputas y rivalidades internas entre los nobles

francos hizo favorable el retorno de los carolingios. Luis IV (936-954), hijo de Carlos “el Simple”, había vivido exiliado en Inglaterra hasta ese momento, lo que le valió el apodo de Luis “de Ultramar”.

Se sucedieron así, los últimos tres reyes carolingios acosados por la constante presión de los nobles franceses, la persistente amenaza de los reyes de Francia oriental (luego emperadores del Sacro Imperio romano germánico) y los ataques externos desde todos los frentes. Aunque no eran tan frecuentes estos ataques fueron un factor destabilizador, que ponía en riesgo la continuidad de una dinastía que ya no tenía sustento político ni militar.

El último de los reyes carolingios, Luis V, llamado “el Holgazán”, murió a los veinte años sin dejar descendencia, solo un año después de ser coronado (986-987). Ante esta situación, y con el apoyo de la Iglesia, fue elegido rey Hugo Capeto (987-996), quien dio inicio a la dinastía de los Capeto. En el comienzo, el nuevo rey intentó mantenerse en el poder con la alianza de la Iglesia y con el correr del tiempo se comenzó a consolidar un modelo de monarquía diferente al carolingio, que sería luego conocido como “Monarquía feudal”. En este caso, el poder del rey se basaba en sus posesiones más que en una autoridad política, y la relación con la nobleza consistía en una relación de vasallaje que le otorgaba a los nobles una gran autonomía con

respecto a la potestad regia. Siguiendo este esquema, la posición de Hugo Capeto era extremadamente frágil, ya que solo contaba con pequeños territorios, sobre todo en las cercanías de Orleáns. Por lo que, una de sus prioridades fue aliarse con algunos de los nobles francos más importantes como Ricardo I de Normandía y el duque de Anjou. Además, se apresuró a asociar a su hijo Roberto como heredero al trono (solo pocos meses después de su propia coronación), con el objetivo de afirmar la legitimidad de la nueva dinastía. Además, los Capeto estuvieron relacionados desde el principio con la Iglesia y durante todo el siglo X los reyes francos apoyaron su renovación, como consecuencia de la crisis interna que sufría.

Si bien fue afectada por muchos de los procesos de transformación del período, el reino de Francia oriental (*Francia Orientalis*) no encontró en la decadencia carolingia una crisis política tan profunda. Eso se debió más que nada a que el traspaso de una dinastía a otra fue menos resistido, por la importancia que habían adquirido los duques.

Ya en la primera década del siglo X tenemos al último representante de la dinastía carolingia en territorio germano: Luis IV “el Niño”. Como su apodo lo indica vivió poco tiempo. Reinó solo entre 900 y 911 acosado constantemente por las incursiones húngaras y murió durante una batalla contra ellos. Cuando esto ocurrió, Germania se encontraba

fraccionada en cinco grandes ducados: Sajonia (al que se había incorporado Turingia) Baviera, Franconia, Suabia y Lorena. Aquellos ducados, con excepción de Lorena, eligieron en el 911 a Conrado, duque de Franconia, como rey. El cargo de rey, a diferencia del de Francia occidental, sería electivo en el futuro Sacro Imperio romano germánico, con excepción del período de dominio otónida. Esto evitaba que el nuevo monarca tuviera una fuerte oposición por parte de los nobles al momento de ascender al trono, pero a su vez hacía depender su legitimidad de sus logros. Conforme a esta metodología, a la muerte de Conrado, y sin haber podido erradicar las incursiones húngaras, los duques y condes eligieron como rey Enrique I, duque de Sajonia.

Enrique I (919-936, apodado “el Pajarero” por su afición a la cacería de aves), devolvió su prestigio a la monarquía a través de sus reformas en la defensa y sus triunfos en batalla frente a húngaros, daneses y eslavos. A la muerte de Enrique el ritual de sucesión se acercó al carolingio: Otón I (936-972) fue asociado al trono por su padre en 929, asegurando la continuidad dinástica de antemano. Fue elegido, ungido y coronado rey en la catedral de Aquisgrán en 936 por los grandes señores laicos y eclesiásticos, sentándose en el trono de Carlomagno. Contó con el apoyo de obispos y abades, designados entre sus familiares y gente cercana al poder.

La forma de sucesión implementada acarreó ciertas desventajas. En efecto, Otón I se encontró con un entorno adverso, determinado por la autonomía de los dominios feudales y las rivalidades dentro de su propia familia. Ante este contexto, el éxito en el plano militar era indispensable para la estabilidad política. La victoria en Lechfeld en 955 contra los húngaros fue vital para revertir la imagen de debilidad del rey, además de eliminar la mayor amenaza externa del momento. También lo fueron su avance sobre territorio eslavo —que llevó a su vez, al reparto de nuevos territorios entre la nobleza y a la expansión del cristianismo— y la anexión de Italia mediante el casamiento con Adelaida, viuda de Lotario II, en 950.

El principal cambio institucional de Otón I fue su coronación como emperador a partir de una nueva relación con el papado, fruto de sus campañas militares. Si bien hubo en principio una relación favorable, la negativa del papado de concederle el título de emperador llevó a que, aprovechando el pedido de ayuda del papa Juan XII, Otón propusiera su deposición y la sucesión de otro, León VIII, nombrado por él, pero rechazado por los romanos. Comenzaría así un período de predominio de los emperadores sobre la elección del Pontífice de Roma que duraría todo el siglo y gran parte de la Edad Media.

El hecho de que Otón hubiera sido coronado emperador en Roma, señalaba que el nuevo centro de gravedad de Europa continental dejaba de ser franco-occidental para ser en adelante alemán. Los destinos de Italia y Alemania quedarían unidos por mucho tiempo y darían origen a una tradición según la cual solo el rey alemán podía recibir la dignidad imperial de Occidente.

Tras su muerte en 973, su hijo Otón II vio de nuevo la estabilidad y unidad del Imperio cuestionada. Invadió Francia occidental y recuperó la región de Lorena, arrebatada por el rey Lotario en 978, pero de nuevo la campaña en Italia resultó infructuosa. Las derrotas frente a los musulmanes, en especial en la batalla de Stilo (en la actual región de Calabria) en 982, hicieron patente la debilidad militar en la que se encontraba el Imperio. Ese fracaso en particular tuvo su efecto sobre la región central. Al conocerse la noticia, numerosos invasores retomaron sus incursiones de saqueo sobre territorio germano, destacándose la de los vikingos daneses.

La situación de su sucesor, Otón III, fue en principio aún más endeble que la de sus antecesores. Su padre apenas había podido nombrarlo sucesor unos meses antes de su muerte y su minoría de edad lo hacía más vulnerable a las ambiciones de los nobles alemanes, en especial de Enrique II de Baviera. El nuevo emperador asumió el poder

en 994 después del período de regencia. La imposibilidad de mantener el control sobre Italia y Alemania hizo que se concentrara en esta última ante el recrudecimiento de las incursiones eslavas, húngaras y danesas.

El principal aliado de Otón III fue sin duda, la Iglesia de Roma y el entonces arzobispo de Rabeau, Gerberto de Aurillac. Ya en la última década del siglo X, Otón III intentó una *Renovatio Imperii Romanorum* con el objetivo de asentar su poder definitivamente sobre Italia, instalando su corte en Roma e imponiendo a Gerberto como papa, bajo el nombre de Silvestre II. Pero la negativa de aceptar un papa germano llevó a la nobleza romana a levantarse contra el emperador, quien tuvo que abandonar la ciudad para luego comenzar una campaña de reconquista que se vería truncada por su muerte en 1002. Por último, y luego de luchas internas, será el duque Enrique II de Baviera quien se convertirá en el postrer miembro de la casa de Sajonia en llevar el título de emperador del Sacro Imperio romano germánico.



Mapa 12. Imperio Otónida: 1- Territorios de la monarquía germánica antes de Otón I; 2- Marcas fronterizas entre los eslavos; 3- Territorios imperiales en Boemia, Francia e Italia; 4- Estados protegidos por el Imperio germánico; 5- Límites del Imperio otónida.

Una de las causas más importantes de los conflictos políticos en este siglo, que está comprendido entre los dos intentos de *Ristoratio Imperii* (el de Carlomagno y el de los otónidas), son precisamente las contradicciones que acarreó la herencia romana y la idea de Imperio, frente a la tradición germana que regía en la práctica a la gran mayoría de los reinos y cuya más cercana conexión vigente era la Iglesia de Roma. Esta poseía la visión de la restauración del poder imperial al servicio de la cristiandad. Es decir, la autoridad era concedida por la Iglesia. No constituía una restauración de la antigua autoridad imperial romana anterior a la Iglesia, sino una nueva, creada mediante la traslación de la autoridad imperial al rey a través del Papa, único heredero de la tradición romana. Esto se denominó *Translatio Imperii*. Por otro lado, la concepción germana de autoridad consideraba al título de emperador como destinado a un monarca que controlaba un vasto conjunto de reinos. Alguien que se imponía más allá de las divisiones internas y lograba concentrar su autoridad frente a una diversidad que solo conducía a la atomización y la disgregación de unidades políticas. Era la máxima unidad política y militar de Europa occidental, defensora e impulsora de la cristiandad sobre los pueblos paganos.

La relación entre Imperio y Pontificado estaba basada en dicha ambigüedad interpretativa, la cual se pondría de manifiesto durante la llamada Querella de las Investiduras en los siglos XI y XII.

Pero más allá del proyecto político o una legitimidad simbólica, tanto las instituciones carolingias como otónidas en lo administrativo y legislativo, no estaban desarrolladas para hacer realidad ese ideal de unidad. En lo político, la monarquía como institución no logró establecerse reemplazando las relaciones de fidelidad, típicas del mundo germano, ni la autoridad del rey basada en el derecho banal por el ideal de *res publica* romano. En lo administrativo, los carolingios solo contaban con el *palatium*, una corte en la que se confundían las funciones de eclesiásticos y otros consejeros. En las divisiones territoriales las decisiones en lo judicial le correspondían al *Mallus*, un tribunal para asuntos menores que era presidido por el conde. Estos eran elegidos por el emperador, pero poseían una importante autonomía que intentó ser controlada infructuosamente mediante los *missi dominici*, inspectores en nombre del rey.

Los otónidas no mejoraron la organización administrativa y fiscal del Imperio. Lejos de conformar una burocracia, la corte siempre itinerante, conservó más su carácter simbólico, siendo la relación de fidelidad el principal vínculo entre el rey y sus vasallos/súbditos. Es así

que el cobro de tributos, principalmente como consecuencia de la expansión hacia el este y la conformación de nuevas marcas, generaron mayores ingresos destinados en gran parte al mantenimiento del ejército e instituciones eclesiásticas.

Si bien la dinastía carolingia se encontraba en una profunda crisis interna para principios del siglo X, los factores exógenos influyeron en gran medida en su caída. Los sucesivos ataques al reino occidental por parte de los daneses desde el norte y de los musulmanes desde el sur, así como el de los húngaros desde el sudeste hacia el reino oriental (*Francia Orientalis*), acentuaron la desaparición de un poder político que ya era muy endeble. No obstante, este proceso de expansión —que incluyó ataques, asentamientos, colonización y exploración de tierras, incluso en el continente americano—, si bien propuso un reto para la gran mayoría de los reinos de la Europa cristiana, no significó siempre un golpe definitivo, sino que pudo ser superado por los sucesores de Luis el Germánico (en el caso de Francia oriental). Incluso proporcionó implícitamente las posibilidades para un importante desarrollo y unificación política, como es el caso de la Heptarquía anglosajona bajo el reinado de Alfredo el Grande (871-899).

Desde los inicios de las investigaciones sobre este período, el acercamiento a las regiones periféricas de Europa occidental ha sido

siempre dificultoso e incluso, por mucho tiempo, considerado imposible para el historiador debido a la ausencia de fuentes escritas producidas por dichos pueblos. Esto dejó a los historiadores frente a un relato extremadamente parcial: la brutalidad y la violencia en los ataques hacia el Imperio carolingio. Características resaltadas por los cronistas cristianos que generaron una imagen, aunque no del todo falsa, capaz de crear una idea distorsionada de todo el proceso y sus protagonistas, quienes serán recordados según estas visiones, a través de los siglos mediante el folklore y la cultura popular.

La denominación de Segundas Invasiones lleva de inmediato la comparación con las invasiones-migraciones que acosaron al Imperio romano. Aquellas en efecto, fueron más violentas que las de los germanos que cruzaron el *limes* romano a fines del siglo IV d. C. Esta diferencia se evidencia en las necesidades de los invasores y en las capacidades de sus víctimas para satisfacerlas. En el primer caso, los invasores llegaron presionados por los pueblos de las estepas (hunos) a los territorios del Imperio romano, en el cual penetraron para asentarse con diversos resultados. En el segundo caso, algunos de los atacantes no fueron pueblos expulsados y no deseaban, al menos en un primer momento, tierras, por lo que los reyes carolingios no pudieron pactar con ellos, salvo a cambio de sus ya escasas riquezas. El botín era el

único objetivo, y se conseguía a través del ataque sorpresivo y el saqueo. Esto significaba que la única defensa posible era la vía militar, algo que la decadente dinastía carolingia, aún menos que el Imperio romano del siglo IV, podía proporcionar.

Otro factor a tener en cuenta para contrastar los dos principales momentos de las invasiones germánicas es el de las mentalidades. El Imperio romano había mantenido con los pueblos cercanos al *limes* relaciones comerciales durante varios siglos antes de los primeros grandes avances germanos, por lo que el conocimiento mutuo era mayor. El Imperio carolingio había combatido a muchos pueblos paganos, como los sajones, pero si bien sostenía algunas relaciones comerciales, muchas veces indirectas, desconocía tanto a los escandinavos como a los húngaros (no así a los musulmanes). El aislamiento de estos pueblos de factores como la expansión de la Iglesia católica —no de la fe cristiana—, de las instituciones o la cultura romana que había impregnado a los germanos del continente europeo, los convirtió, más aún en el caso escandinavo, en un reducto de conservación de culturas predominantemente paganas. Esto provocó que las Segundas Invasiones fueran además un choque cultural entre dos pueblos que habían tenido muy poco contacto hasta fines del siglo VIII. El impacto contribuyó en gran parte a generar la imagen negativa, brutal y violenta que hemos

heredado sin tener en cuenta la complejidad de interacciones que existían entre las distintas regiones de toda Europa ya en aquel período.



Mapa 13. Invasiones de los siglos IX y X.

Debido a que las invasiones a Hispania datan de principios del siglo VIII, para el siglo X debería considerarse a esta región como un territorio establecido bajo un dominio y no como tierras invadidas. Pero el eje desde el cual observamos estos fenómenos es el de la Europa cristiana dado que, en gran medida, las creencias religiosas fueron el único factor de cohesión en muchos de los grupos invasores y en varios casos,

la pérdida de identidad, asociada a la conversión religiosa, fue la que hizo cesar por completo los conflictos.

La invasión musulmana fue cronológicamente la primera dentro de las Segundas Invasiones. Desde mediados del siglo VIII la gran extensión y la crisis dinástica del Califato abasí hizo dificultoso el control sobre el Emirato de Córdoba. En 912, Abd Al-Rahaman III se convirtió en el octavo emir. Gracias a esta situación pudo, en 929, tomar el título de califa y proclamar los territorios de Al-Andalús como un califato independiente de la autoridad central, formando el Califato omeya de Córdoba. Si bien la consolidación del poder político había recaído ya en gran medida en su figura, el título de califa lo hacía continuador de la dinastía omeya, desplazada del poder hacía dos siglos por los abasíes. Una vez constituida su autoridad, el nuevo califa se abocó a una centralización administrativa, la acuñación de moneda, el establecimiento de leyes sucesorias y la consolidando de una estructura político-administrativa que se mantuvo durante un siglo. Su eficacia en el control y funcionamiento del sistema fiscal permitieron al Califato de Córdoba generar un ingreso sin precedentes en la región, logrando una disponibilidad de recursos que mantuvieron y ampliaron el control territorial durante todo el siglo X. Esto implicó que el destino de dichos recursos fuera el sustento de un creciente ejército, primero

en Al-Andalús y luego en sus luchas contra los reinos cristianos del norte y la amenaza fatimí del norte de África.

Tal recaudación y administración de recursos se basaba en un sistema de corresponsabilidad fiscal que imponía a cada alquería un monto fijo según la cantidad de habitantes. Esto no solo servía para el mantenimiento del ejército, sino para las demandas de las elites, lo cual se demuestra en la expansión de la arquitectura y de bienes suntuarios en los principales centros de Al-Andalús, y que sin dudas incentivó la colaboración de dichas elites con el poder califal, permitiendo el efectivo control de todo el territorio. Este sistema también generó nuevos vínculos de dependencia, ya que la presión fiscal obligó a muchos campesinos a pagar con sus tierras o a solicitar préstamos, los cuales podían llegar, en caso de nuevas deudas, a ser abonados con su libertad personal. Tanto en Al-Andalús como en los reinos cristianos del norte (Navarra, León, Asturias, Galicia, Castilla) la presión fiscal sobre los campesinos por parte de señores locales impulsó a aquellos a buscar la protección de otros señores.

La política exterior de Abd al-Rahman III fue siempre expansionista, principalmente hacia el norte. Las expediciones musulmanas a estos reinos cristianos serán constantes hasta la derrota musulmana en Simancas, en 939. Esto implicó la estabilización y fortificación de la

frontera norte del califato y la disminución de las incursiones militares. A partir de entonces, la influencia de Córdoba sobre los reinos cristianos del norte se trasladó del ámbito militar al estrictamente político. Los califas omeyas se convirtieron en árbitros en los conflictos de sucesión de algunos reinos cristianos, cuyos monarcas destronados acudían a Córdoba buscando su favor y su ayuda militar para retomar el trono, reconociendo la supremacía omeya en la península ibérica.

Luego de la muerte de Abd al-Rahman III en 961, sus sucesores no pudieron continuar con el control de Al-Andalús, y esa situación se presentó como una oportunidad para los posibles usurpadores. Si bien su hijo Alhakén II (961-976) mantuvo al califato en su apogeo, era de una edad algo avanzada cuando murió su padre, y solo llegó a gobernar por quince años. Su hijo, Hishám II, cuando aún era menor de edad, se convirtió en un gobernante nominal, confinado al interior del palacio mientras el poder real recaía en el *háyid* Muhammad ibu Abi'Amir, quien luego de derrotar a sus enemigos en la corte del califa, inició su gobierno con el nombre de Almanzor ("el Victorioso").

Almanzor emprendió un proyecto político más agresivo que implicó nuevamente incursiones hacia los reinos del norte, y un gobierno que mantuvo la identidad de la dinastía omeya. Desde que se convirtió en *háyid* en 978 realizó numerosas irrupciones en León, Pamplona y

Barcelona. Lo cierto es que la sumisión de los reinos católicos al Califato de Al-Andalús era solo nominal. Los enfrentamientos continuaron hasta los últimos días de Almanzor, con batallas que demostraron la creciente debilidad musulmana frente a las alianzas entre reinos cristianos. La batalla de Cervera, en el año 1000, cuya victoria fue muy cara al califa, marcó un punto de inflexión en lo que sería el destino de la dinastía omeya y de Al-Andalús con respecto a los reinos cristianos.

Luego de la batalla de Poitiers (732), no hubo grandes intentos de avance a través de los Pirineos por parte de los musulmanes, algo que se afirmó con los éxitos de Carlomagno en la península ibérica. No obstante, el predominio naval en el Mediterráneo continuó perteneciendo a los musulmanes, entre los cuales habían surgido grupos que, desde siglo IX, realizaban incursiones de saqueo sobre la península itálica, principalmente en los ducados de Benevento, Spoleto y las regiones de Calabria, Sicilia, Cerdeña y Córcega.

A comienzos del siglo X, la base musulmana de *Fraxinetum*, cerca de la actual ciudad francesa de Saint-Tropez, fundada a fines del siglo anterior, permitió la expansión de los asaltos sarracenos hacia el sur de Francia y todo el norte de Italia. Resistió sucesivos ataques hasta que fue arrasada definitivamente por el conde Guillermo I de Provenza, hacia 973 en la batalla de Tourtours.

Por otro lado, Sicilia, que se encontraba bajo control musulmán desde el siglo IX, pasó a manos de la dinastía Fatimí y se constituyó como Emirato con la designación de Hassan Al-Kálbi. Desde allí se lanzaron ataques sobre las posesiones bizantinas en Calabria, derrotando a las fuerzas de Otón II en la batalla de Stilo en 982. El Emirato se mantuvo durante todo el siglo X hasta la conquista normanda a mediados del siglo XI.

Los comienzos de las incursiones húngaras están relacionados con las migraciones de estos pueblos desde las estepas rusas hasta la región de Panonia y su establecimiento allí, como tribu semi-nómade hacia el año 895. Este grupo, conformado en torno a otro principal con un líder, había sido desplazado hacia el oeste por los búlgaros, y ocuparon un territorio similar al del actual Estado húngaro. Sus ataques dominaron la primera mitad del siglo X y se centraron en Alemania y los reinos de la península itálica: Borgoña en 911, Bremen en 915, Lorena en 917 y Toulouse, Orleans y Otranto en 924, 937 y 947 respectivamente.

Fue la acción de los emperadores del Sacro Imperio romano germánico, principalmente la de Otón I, la que detuvo las periódicas incursiones. Las maniobras previas de su padre, Enrique I, reforzando las defensas de las ciudades más vulnerables había sido efectiva, ya que

la caballería húngara no contaba con tecnología para vencer estas defensas ni con recursos suficientes para realizar un asedio. Pero Otón I fue más allá, atacó a los húngaros y los derrotó en la batalla de Lechfeld en 955, tras la cual sus incursiones disminuyeron. Otras cuestiones que favorecieron esta merma fueron la sedentarización y la adopción de la ganadería, la que facilitó un aumento demográfico y la posibilidad de realizar misiones cristianas. A partir de ellas se generó un progresivo y dinámico proceso de cristianización que culminó con la conversión del rey Vaik, luego llamado Esteban I (Istvan I), quien constituyó el reino de Hungría.

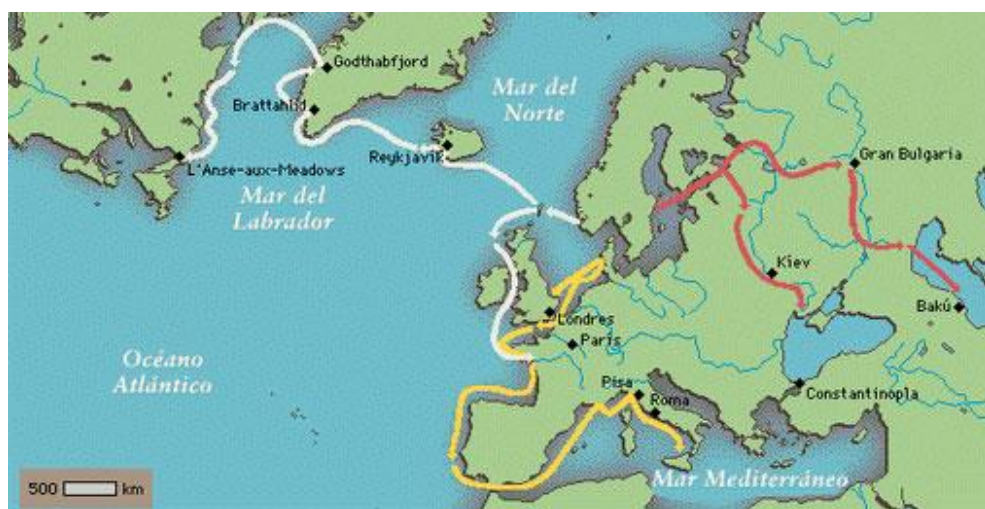
A pesar del corto periodo que ocuparon, los *raids* húngaros alcanzaron toda Europa, desde el Bósforo hasta Cataluña, y desde Normandía y Hamburgo hasta Calabria. Atacaron zonas rurales y monasterios, centrándose en la obtención rápida de botín mediante el avance sorpresivo. La contraofensiva alemana no fue más que uno de los factores que condujeron a la formación de un reino húngaro. El agotamiento de los lugares de saqueo, la fortificación de ciudades y la construcción de castillos disminuyeron enormemente las posibilidades de los húngaros, así como la transformación que significó la cristianización. Si bien la conversión de Vaik en 996 es un hecho resaltado en la historia de los orígenes húngaros, no es más que

la culminación de un proceso de adaptación y occidentalización de la cultura magiar.

En cuanto a los vikingos su situación sería consecuencia de la “Gran Invasión” vikinga del siglo anterior: encontraremos a los noruegos ocupando las islas del norte del archipiélago británico, y comenzado el poblamiento de Islandia. Las luchas por el control de Irlanda continuarían durante todo el siglo desde Dublín, el principal asentamiento noruego. En este siglo también se verá la desaparición de los reinos de ocupación danesa en Inglaterra, en la región denominada Danelaw (= zona donde regía la ley danesa). Este término da la idea de una solidez política que nunca existió en realidad. El más importante de todos, el reino de York ya se encontraba en decadencia desde fines del siglo IX, provocada por disputas internas y los constantes ataques de los ingleses que desencadenaron su caída hacia 954.

Hacia el 911, un grupo de noruegos al mando de Hrólfr Rögnvaldsson consiguió asentarse, mediante un tratado con el rey franco Carlos III “el Simple”, en una región al noroeste del reino de Francia occidental, que se convertiría en el ducado de Normandía. Este no solo significaría el único Estado firme creado por ocupación escandinava que sobreviviría al siglo X, sino una región que cobraría importancia política, sobre todo en la Inglaterra del siglo XI.

El avance sueco en el siglo X es mucho más difícil de establecer, dada la escasez de fuentes de ambas partes. La inexistencia de sagas o relatos escritos referidos a Suecia, por un lado, y la falta de registros en los territorios explorados, por otro, se debió a la preferencia de los suecos por priorizar el comercio al saqueo. Se sabe que para el siglo X ya había guerreros al servicio del *basileus* de Constantinopla, llamados “guardia varega” y que se habían establecido en pequeñas aldeas, de las cuales algunas de ellas cobrarían gran importancia durante este siglo, como Kiev o Holmgård (actual Nóvgorod).



Mapa 14. Incursiones y viajes de los normandos.

Hacia el año 930, las incursiones que habían azotado Europa disminuyeron al punto de que se considera el comienzo de un interregno o interludio, que se mantendrá hasta el 980. Las posibles causas han sido objeto de debate entre los especialistas. Un primer factor que podríamos considerar es el aspecto religioso: la cristianización será un proceso que avanzará en este siglo. Pero se debe recordar que, si bien existía una adopción formal del cristianismo en Dinamarca en el 960, en Noruega solo se llegaría a una aceptación oficial en torno al año 1000 (al igual que en Islandia) lo cual no solo es tardío con respecto al interregno, sino que no representó un cambio inmediato en la actitud de los escandinavos frente al recurso del saqueo. Otra razón importante fue que las riquezas para saquear se habían agotado, por lo que las incursiones ya no resultaban redituables y muchos grupos de escandinavos optaron por asentarse en dichas tierras pactando con los reyes o señores a cambio de cesar sus ataques.

Existían también razones políticas al interior de Escandinavia, principalmente en Noruega, que permiten establecer una relación con las invasiones. El reinado de Harald I “Hárfagri” significó la primera experiencia de unificación política de Noruega, en la cual, si bien se pueden considerar relativos los alcances de dicha centralización, fue

suficiente para que muchos opositores políticos partieran hacia el exilio. Con la muerte de Harald en 933 y ante la incertidumbre sobre su sucesión, las luchas intestinas fueron inevitables, por lo que fue el momento de los miembros de la aristocracia escandinava que habían sido desplazados y que tenían oportunidad de hacerse con el trono. Hacia 970 la situación se estabilizó. Noruega cayó en manos del rey danés Harald I “Blåtand” y su hijo Sveinn Tjúguskegg. Subsiste otra posible causa, de índole económica, propuesta por el historiador Lucien Musset, que refiere la expansión vikinga relacionada con el establecimiento de una red de enclaves comerciales en el Báltico y el Mar del Norte, basada en el intercambio mediante el trueque. Al entrar en contacto con el mundo carolingio y musulmán, la acuñación de moneda desplazó al trueque, haciendo declinar a los centros de Dorestad, Birka y Hedeby entre otros, lo que retornaría a Escandinavia a una posición más relegada económicamente.

Sin depender de qué causa consideremos predominante, está claro que la segunda oleada de incursiones vikingas comenzó con un escenario muy modificado con respecto al de fines del siglo VIII. Con el reino de Normandía consolidándose y Dinamarca expandiéndose sobre Noruega, el interés de esta última se centrará en Inglaterra. Si

bien el afán por el botín nunca cesó por completo en estos nuevos asaltos, la preferencia por la conquista y el control firme del territorio fue la impronta definitoria de la nueva oleada de invasiones. Ya en la última década del siglo encontraremos a los daneses en Londres y para principios del siglo XI comenzará la efectiva pero breve dominación de Inglaterra. Esta nueva oleada será muy diferente a la primera: la importancia política indica que algo había cambiado en la mentalidad de los atacantes, la corta duración la convirtió en un intento más “tímido” y con mucha menos amplitud geográfica, lo que puede indicarnos las transformaciones que había causado en la cultura escandinava, el constante contacto con Occidente.

Bizancio, a lo largo del siglo X, tuvo un momento de nuevo esplendor. A comienzos de siglo el emperador León VI asoció al trono a su hijo pequeño Constantino, pero a la muerte del emperador un oficial, Romano I, se adueñó del poder, así que recién a la muerte de este, Constantino Porfirogéneta (912-959) el hijo de León controló el poder. Durante su reinado su poder alcanzó gran vigor. La vida del emperador, oculto e inaccesible, estaba regulada por ritos cercanos a la adoración. La maquinaria administrativa del Estado, que tenía su pulmón en el palacio real de Constantinopla, era enorme y compleja con

ascensos regulados por costumbres. Todas las provincias fueron convertidas en *themas*.

El imperio estaba enriquecido, tenía una poderosa flota y un gran ejército lo que le permitió contener a los nuevos invasores procedentes de Asia, los pechenegos y búlgaros, reconquistar algunas regiones de Italia y Oriente, que habían caído en poder árabe, y controlar la zona de los Balcanes. En 961 reconquistaron Creta, importante centro estratégico, lo que permitió la preponderancia cristiana en el Mediterráneo invirtiendo la relación de fuerzas.

La lucha contra los musulmanes no fue concebida de la misma manera que en Occidente. La Iglesia bizantina se negó a la idea de guerra santa o cruzada e intentó llegar a ellos mediante una reforma doctrinal. Buscó el encuentro diplomático a través del envío de embajadas de hombres cultos e influyentes a Bagdad, que si bien no lograron el resultado esperado fueron muy enriquecedoras desde el punto de vista cultural.

El control de Grecia fue muy importante pues no fue solo militar, sino también religioso. Se evangelizó a los eslavos y a las tribus que seguían fieles al paganismo helénico. Fueron muchas las misiones, se

construyeron grandes monasterios que tuvieron una intensa vida espiritual e intelectual. Es la época en que en el Imperio reina la “paz griega”.

El imperio musulmán, a diferencia y en estrecha relación con el Bizantino, fue debilitándose. En Oriente habían surgido principados independientes con nuevas dinastías como las iraníes en la cercanía del mar Caspio o la de los Samánidas que reunió bajo su poder extensas regiones que iban desde el mar Aral al Océano Índico y el golfo Pérsico. Para hacer frente a las sublevaciones e invasiones los califas de Bagdad solían reclutar mercenarios turcos o bereberes que conformaban ejércitos de elites y cuyos jefes tenían gran poder. El grupo turco, recién convertido al islam, se volvió un grupo tutelar del califa.

Los abasíes habían perdido España y el norte de África, en 969 se quedaron sin Egipto y con esto, toda África musulmana fuera del Imperio, al mismo tiempo que el Mediterráneo Oriental pasaba a la órbita cristiana. Durante el siglo la autoridad califal había ido debilitándose, primero por la nobleza persa y luego por los militares turcos. Hacia el año 1000 los jefes turcos invadieron violentamente Irak y tomaron Bagdad.

Cuestiones sociales

El Imperio carolingio fue hasta el siglo X la estructura de poder más grande de Europa occidental. Con capacidad administrativa suficiente como para centralizar políticamente el territorio y reproducir los antiguos límites del Imperio romano de Occidente, con excepción de la península ibérica.

A la muerte del hijo de Carlomagno el Imperio se dividió en tres partes, iniciando una espiral de fragmentación y privatización del poder público, que tendría importantes consecuencias en la historia occidental. El poder fragmentado se ejercía en espacios territoriales que correspondían a jurisdicciones regias, aunque no respondían necesariamente a una estructura de mayor autoridad. Se trataba de principados, ducados y castellanías en las que el poder se traspasaba de unas a otras. Los ducados por lo general se dividieron en castellanías a lo largo del siglo X y en los albores del XI, sustrayéndose de la autoridad de los condes, los que, a su vez, actuaban de forma totalmente autónoma, llegando incluso a conceder ellos mismos porciones de tierra a sus vasallos en concepto de feudos. Estos feudos se volvieron posesiones hereditarias cuyo usufructo estaba sujeto a la prestación de servicios. Se convirtieron así, en las estructuras de producción que permitían la extracción regular del excedente

campesino. La palabra latina *febum* designaba a la tenencia de tierra de tipo vasallática.

La fragmentación política se sostenía, en la práctica, en la concesión de inmunidades por parte del rey, de una porción de territorio determinado que era administrada por algún señor. Era una costumbre que se sustentaba desde el Bajo Imperio romano y consistía en prohibir la entrada del rey, con fines fiscales, al espacio sobre el que se ejercía la inmunidad. Existían dos variantes de concesión de inmunidades: la negativa, que significaba que no se podía recaudar impuestos fiscales y la positiva, que le permitía a quien la detentaba cobrar para su lucro estos derechos antaño públicos. Un ejemplo es el famoso servicio de guerra que se cobraba a los campesinos por el resguardo de su seguridad y que se podía reemplazar por renta en dinero. Con el tiempo, la concesión de inmunidad alcanzará grandes porciones de territorio hasta llegar a importar distritos completos.

Es necesario en este punto, distinguir entre dos tipos de propiedad típicas del feudalismo: la jurisdiccional y la territorial. La primera podía ser detentada por un noble de alto rango, que por ella tenía la atribución del cobro de derechos sobre una franja de tierras mucho mayor de las que poseía en explotación directa y podía extender este derecho sobre otras propiedades de otros nobles. En cambio, el

segundo tipo se parecía más a nuestra noción de propiedad: se identificaba con un marco territorial concreto e implicaba el derecho de cobro de la renta a los campesinos que habitaban en esa porción del territorio.

Los carolingios distinguían entre Alta y Baja justicia, lo que constituyó un legado importante para los siglos que siguieron al Imperio en lo tocante a la vertebración de lógicas de dominación feudal. La primera juzgaba crímenes mayores como homicidios y violaciones y era ejercida en los tribunales reales, en tanto que la segunda se encargaba de delitos menores como hurtos y se condenaba en los tribunales locales. Para fines del siglo X, la inmunidad más importante que un señor podía obtener era el derecho de cobro de la Alta Justicia, que le permitía juzgar crímenes mayores en sus propios tribunales y representaba la posibilidad concreta de expropiar bienes. Los tribunales privados tenían sus particularidades: eran itinerantes y actuaban como fondo de la vulgarización del derecho. El ejercicio de la Alta justicia no solo representaba un atributo económico, sino que era de una importancia política fundamental: ahora era prácticamente inexistente la posibilidad del rey de someter a su voluntad la acción de los señores más importantes de cada uno de los frágiles reinos o principados medievales.

Una de las consecuencias más evidentes de la fragmentación del poder político se puso de manifiesto al interior del estamento nobiliario: se desataron, de forma progresiva y creciente, guerras facciosas que respondían a la necesidad de congraciarse con los reyes para obtener prebendas. Esta misma lógica se ejercía con mucha violencia hacia los sectores subalternos, especialmente el campesinado, a los que había que doblegar en pos de agilizar la extracción de excedente que permitiera la reproducción social y política de la nobleza feudal. Por lo común se invoca esta situación de violencia extrema a fines del siglo X y durante todo el siglo XI, para explicar la aparición de la estructura política y socio-productiva más característica del feudalismo: el señorío banal.

La palabra *banum* tiene un origen germánico y se vinculaba a la capacidad de juzgar, castigar y mandar que detentaban los líderes germanos y que ejercían sobre hombres libres. Esta capacidad era delegada a los condes, marcando un proceso histórico que se conoce como la *vulgarización del ban*, es decir, el *ban* dejará de ser una prerrogativa real para convertirse en señorial, ahora ejercido por un señor feudal. El reflejo de este fenómeno a nivel del campesinado fue la nivelación de su condición jurídica, ya que todos ellos iban a estar sometidos a la

justicia señorial. Así, el derecho de ejercer el *ban* era lo que convertía, en la práctica, en noble a un aristócrata.

Las características más notorias de los linajes es que fueron por definición jerárquicos, verticales y rígidos, por lo que la herencia se transmitía de varón a varón exclusivamente y, por ende, se condicionaba así el perfil agnaticio del mismo. La conformación de linajes se relacionó por otro lado, con la aparición de los grandes castillos (poseídos y dirigidos por un señor poderoso), cuya construcción era una atribución de la nobleza concedida por el monarca. Si bien antes existían grupos de familias, la lógica del linaje liderado por el varón mayor y de mayor peso político, se relacionó íntimamente con la privatización del poder político y con la posibilidad de considerar como “familia” a vasallos del noble mayor, asociados a él por pactos feudo-vasalláticos o por alianzas matrimoniales.

El mayorazgo, ya definido jurídicamente en Francia en torno al siglo XI, posibilitaba que el total de la herencia quedara en manos del hijo varón de más edad, con lo que se aseguraba que la riqueza no se desperdigara, aunque obligaba a los segundones a que se dedicaran a la carrera eclesiástica, entraran en conventos, o a que se empadronaran en los ejércitos de algún señor de importancia como integrantes de sus huestes privadas. Generalmente, las mujeres casadas pasaban a

formar parte del linaje del marido ya que eran cedidas a este, a diferencia del mundo árabe en donde nunca entraban en el linaje del marido y seguían perteneciendo a su familia de origen. En Europa occidental, las mujeres eran cedidas a linajes de menor importancia, con claros objetivos de trabar alianzas convenientes y asegurar la lealtad del linaje al que fueran cedidas. Este tipo de estrategias familiares es conocido como alianzas asimétricas. Es por esto que podemos señalar que las estructuras de parentesco estaban vinculadas y/o asociadas íntimamente a las estructuras vasalláticas.

Los “caballeros”, que fueron los últimos afectados a las lógicas reproductivas de la pirámide feudovasallática, eran combatientes a caballo. Hacia el siglo XII algunos de ellos lograron obtener señoríos y banalidades con los que se terminó por configurar una imagen de lo que en Occidente se iba a conocer como “la caballería”.

Cuestiones económicas

Hasta el siglo X, la estructura socio-productiva clásica del mundo carolingio era el “gran dominio”, sobre el que se asentaron gradualmente estructuras feudales. Como ya se ha explicado para siglos anteriores, se trataba de una importante porción de tierra dividida en dos: una parte se mantenía en explotación directa por parte del aristócrata que

detentaba los derechos de posesión, en tanto que otra era concedida a campesinos cuya condición jurídica podía variar desde esclavos manumitidos a campesinos libres en condición servil. Se les entregaban “mansos”, parcelas de tierra, para que pudieran producir de forma autónoma lo necesario para su reproducción social.

En términos materiales, el Occidente europeo de la Alta Edad Media hasta fines del siglo VII, estuvo signado por un marcado período de contracción que en las fuentes arqueológicas se vislumbra a través de objetos cerámicos de dudosa sofisticación. En cambio, el siglo VIII significó el comienzo de un despegue económico que llegó al cénit entre los siglos XI y XIII, que coincidirá justamente con los siglos del feudalismo en sus formas socioeconómicas y político-ideológicas más firmes.

El crecimiento material que se inició en el siglo VIII correspondió con el primer intento de centralización política eficaz desde la caída del Imperio romano, importado por el Imperio carolingio y convertido en un foco de avanzada cultural y política sobre el resto del territorio europeo. Lo que es remarcable de esta estructura centralizada es el establecimiento de juramentos y pactos vasalláticos que se daban entre dos aristócratas: se trataba de relaciones basadas en el don y contradon, en las que un señor de importancia nobiliar superior concedía a

uno de rango inferior “*auxilium*”, ayuda militar, en tanto que este ahora “vasallo” de su señor, retribuía “*concilium*”, consejo, cuando le era requerido. Con el juramento vasallático era común que los vasallos recibieran “beneficios” que podían materializarse en porciones de tierras u objetos de valor y que estaban simbolizados en la ceremonia que se llevaba a cabo para sellar este pacto contractual por una rama conocida como *festuca*. Así, el beneficio otorgado al vasallo estaba condicionado por el cumplimiento de servicios al señor.

El señor se aseguraba la posibilidad de cobro de múltiples derechos, como los vinculados al alojamiento y la hospitalidad —que implicaban la obligación campesina de alimentar y hospedar al señor feudal y a toda su comitiva el tiempo que permaneciera en la aldea—, o los que derivaban del monopolio de los medios de producción como el cobro por el uso de los molinos, hornos o caminos señoriales. Estos tributos surgieron en un contexto de violencia, pero también de crecimiento económico. Obviamente estos tributos pesaban sobre un campesinado que soportaba cada vez más cargas: a los impuestos que les cobraban los señores laicos, tenían que sumar los que debían a las parroquias, a las que pertenecían el diezmo y las primicias.

La implantación del señorío banal significó una redistribución del hábitat a favor de un modelo de mayor concentración: el castillo.

La residencia del señor, al tiempo que una atribución que el rey hacía a un noble, se ubicaba en el centro del espacio si era plano, o en el lugar más alto si el terreno era escarpado y funcionaba como eje desde el cual se dirigían las grandes roturaciones de tierras que marcaron el siglo X. La existencia del castillo denotaba la demarcación de un señorío territorial.

Aunque en la realidad existieron diferentes tipos de señoríos, podemos caracterizarlos *grosso modo* como el distrito sobre el que un señor investido de derechos políticos los ejercía sobre hombres libres y no libres aún en el siglo X. Esto fue lo que hizo que la implantación de derechos banales, que llevaba a cabo el señor, terminara por homogenizar la condición jurídica de los dependientes: así aparecieron los *rusticus* o pecheros, los siervos obligados jurídicamente a tributar.

En los años sesenta, Georges Duby demostró el predominio de propiedad libre, denominada propiedad alodial, en las zonas de la periferia carolingia hasta bien entrado el siglo X. Trabajó específicamente sobre una región francesa conocida como el Mâconnais en la que no encontró evidencia ni restos materiales de grandes dominios, pero sí propiedad alodial que convivía con amplias franjas de trabajo de esclavos domésticos.

Este descubrimiento inició un importante debate en torno a los orígenes del feudalismo: en tanto que la pregunta de partida era qué variables históricas lo habían posibilitado, se discutía si el gran dominio carolingio era exclusivo de las zonas de dominación imperial, si se podía generalizar su existencia o si por el contrario se trataba de una particularidad de la región y lo que sí era general era la continuidad de estructuras socio-productivas del Bajo Imperio, donde campesinos libres interactuaban con aristócratas que producían con mano de obra esclava.

Era tan fuerte la evidencia de las estructuras feudales en el Occidente europeo en el siglo XI, que obligó a los historiadores a explicar qué era lo que había pasado en los alrededores de siglo X que había dado lugar al surgimiento del feudalismo, ya que la evidencia del cambio de estructuras era inconfundible en el siglo siguiente. Así, se desató el debate sobre si la “revolución política” del año mil (que se dio al interior del estamento nobiliario) fue una de las respuestas posibles, o si por el contrario, la respuesta había que buscarla en el aumento de las fuerzas productivas que se desplegó al compás del crecimiento económico, que facilitará nuevas formas de coacción sobre los productores directos y con ello la aparición de las relaciones socio-productivas que caracterizarán al feudalismo.

Uno de los cambios más evidentes en el paisaje social que se plasmó en el siglo XI fue la consolidación política de linajes aristocráticos. Este proceso corrió paralelo a la privatización del poder de *ban*, al tiempo que señaló la correspondencia entre esta estructura sociopolítica y el asentamiento de las estructuras típicas del feudalismo.

En el feudalismo el trabajo que sostenía toda la estructura social era llevado a cabo por los campesinos que entregaban el excedente de su producción a un señor feudal, noble por definición. El campesino producía por sí mismo su propia subsistencia sentando así la originalidad del feudalismo: el campesino poseía la propiedad de los medios de producción con los que gestionaba el proceso productivo y se hallaba constreñido al pago de una renta anual. La estructura de esta renta anual es la que para el marxismo inglés da derecho de identidad al feudalismo, en tanto que, para las escuelas institucionalistas, la explicación de base se asienta en la existencia de la pirámide feudo-vasallática. A despecho de las diferentes corrientes historiográficas, podríamos concluir que en el feudalismo lo específico está dado por la extrema fragmentación política y por la sanción jurídica de la desigualdad social plasmada en la existencia de una sociedad estamental.

Cuestiones culturales

Durante el reinado de los Otones se produce el llamado “Renacimiento ottoniano”. Otón I promueve la cultura en su corte y en las sedes episcopales y monasterios a través de abades y obispos nombrados por él. Las escuelas episcopales como Metz, Toul, Verdún, Colonia Maguncia y Lieja, tuvieron una gran actividad intelectual en la que se destaca las traducciones al alemán de obras clásicas de Aristóteles, Virgilio, Boecio y Gregorio Magno. El monasterio de Reichenau fue el centro más importante de manuscritos de la época.

Despiertan gran interés las obras históricas escritas para resaltar las hazañas de los emperadores y que buscan mostrarlos como depositarios del favor divino. Liutprando de Cremona escribe *Historia Ottonis* donde compara al emperador con Moisés en tanto salvadores de su pueblo; Routgerio quien en *Vida de Bruno* escribe la vida del arzobispo de Colonia y hermano de Otón y Hroswith, monja de Gandersheim, quien realiza un panegírico sobre Otón I. Esta escritora compuso gran cantidad de poemas hagiográficos y, sobre todo, seis dramas en prosa rimada, fundamentales para el estudio de la historia del teatro occidental.

La cultura era patrimonio exclusivo del clero. La enseñanza estaba dirigida por la Iglesia con el modelo consolidado por los carolingios: Gramática latina, Retórica y Dialéctica que integraban el *Trivium* y Geometría, Matemática, Astronomía y Música que formaban el *Quadrivium*. En algunas escuelas se enseñaba, con autorización especial, Teología.



Ilustración 16. *Evangelario de Otón III*. Miniatura en pergamino, realizado en el monasterio de Reichenau. Muestra al emperador rodeado de los grandes del Imperio. Múnich (Biblioteca Estatal).

En cuanto al arte, también continúa la trayectoria iniciada por los carolingios con marcada grandiosidad, la expresión plástica más elevada corresponde a los marfiles, especialmente a los utilizados en la cubierta de los códices y en los manuscritos iluminados, en su mayoría de carácter litúrgico: antifonarios, evangeliarios o sacramentarios. Dentro de ellos se destaca el Evangelario de Otón III, procedente de Reichenau, con incrustaciones de marfiles y piedras preciosas e ilustraciones en su interior.

El patrimonio de orfebrería y miniaturas es enorme y corresponde mayoritariamente al mecenazgo de los emperadores y a los fundadores de nuevas sedes episcopales que se transforman en centros de producción artística.

En España, en los reinos cristianos del norte, se desarrolla al igual que en el norte y centro europeo, el arte de la ilustración de manuscritos en los monasterios. Son característicos de esta época *Los Beatos*, denominación que se da a distintos códices manuscritos copias del *Comentarios al Apocalipsis* hecho por el Beato de Liébana en el siglo VIII. Del siglo X se conservan los Beatos de Tábara, Gerona, Escalada y parte del Beato de Zamora.

A comienzos del siglo X se aprecian signos de regeneración monástica. La investidura laica era un problema muy serio para la espiritualidad de la época. En el 910 el duque Guillermo de Aquitania entregó tierras al monje Bernon para construir un monasterio que sería Cluny y lo puso bajo la protección papal, garantizando el dominio pleno del abad sobre los monjes y la propiedad, así como la elección de futuros abades. La nueva fundación se desligaba de cualquier poder laico y buscaba la vuelta a la regla de san Benito, marcada por la castidad, obediencia, humildad y pobreza. Se remarcaba la importancia del silencio y el cumplimiento solemne de las horas canónicas en detrimento del trabajo manual que se encomendaba a colonos y siervos. Los monjes también participaban de obras sociales como ayuda a pobres, huérfanos, creación de escuelas y mantenimiento de parroquias rurales, pero el mayor aporte cuyo éxito sentó las bases de una nueva unidad para el mundo cristiano será el conformar una “orden” en el sentido de agrupación de monasterios, superando el aislamiento característico hasta el momento. Quienes adherían al régimen de Cluny tendrían un gobierno centralizado que respondía a la casa madre, que mandaba frecuentes visitas a sus miembros.

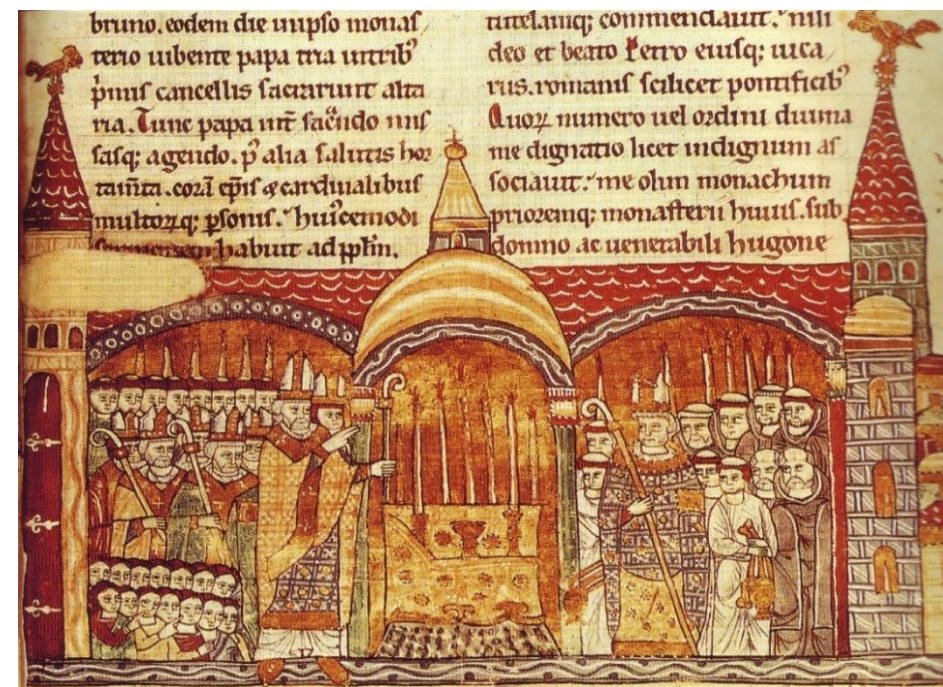


Ilustración 17. El papa Urbano II consagra el altar del monasterio de Cluny. Anónimo.

A partir de la segunda mitad del siglo, Cluny desempeñará un papel fundamental en el movimiento de renovación espiritual, estrechamente vinculado con el papado. Los monjes cluniacenses, de hábito negro, desvinculados del poder secular y del obispo diocesano, se lanzaron con mayor libertad a la reforma de la Iglesia feudalizada en la

que se podía obtener una dignidad eclesiástica a cambio de dinero (simonía) y disfrutar de las rentas manteniendo la vida mundana (nicolaísmo).

En Bizancio el monacato adquiere una importancia fundamental. La pacificación religiosa, luego del largo período de querella por las imágenes, llevó a la Iglesia de Oriente a mostrarse victoriosa y aferrada a sus tradiciones y ritos. Mantuvo su originalidad con respecto a la de Occidente y se mantuvo estrechamente ligada al poder imperial. Los monjes, guardianes de los iconos, aumentaron su prestigio y riqueza. Los monasterios se multiplicaron, sobre todo en Grecia y en las islas, no pagaban impuestos, ni estaban sometidos a ninguna jurisdicción episcopal y tenían grandes bienes tanto en tierras como en metálico.

El siglo XI

Cuestiones políticas

En este siglo, las instituciones feudo-vasalláticas ya estaban constituidas: las ceremonias, los derechos y deberes de las partes establecidos por contrato personal sinalagmático. Al aspecto político-institucional se le sumó el aspecto económico de las relaciones feudo-vasalláticas, que pronto pasó a primer plano: el vasallo necesitaba de unos bienes que el señor concedía a cambio de servicios que debía prestar. El término *beneficio*, que implicaba la idea de una recompensa, desaparece ante el término *feudo*, que deviene en la condición y la razón de ser de la vinculación personal. El feudo se convirtió en un bien privado que se concedía a cambio de servicios. Dicho bien pudo adquirir todas las formas posibles, pero en una sociedad casi exclusivamente rural, el bien conseguido como feudo era generalmente una tierra de mayor o menor extensión, según la calidad del dependiente. Podía tratarse también de unos derechos de mando, una advocaría eclesiástica,

rentas y bienes eclesiásticos usurpados por los laicos, justicias, peajes, diezmos, funciones de todo tipo y hasta unos feudos de bolsa, de aparición tardía, que permitieron que los caballeros pobres y sin tierras se enrolaran para una campaña y se les asignara una renta que provenía del tesoro señorial. El otorgante, calificado como señor, era generalmente un aristócrata de alto nivel mientras el beneficiario o vasallo era un auxiliar de rango nobiliario; los servicios debidos eran fundamentalmente de orden militar, se trataba de servicios jerarquizados en una sociedad dedicada a la guerra.

El señorío banal se desarrolló en un contexto de crecimiento económico, cuando las tierras roturadas comenzaron a dar sus frutos se multiplicaron las plantaciones de viñedos y se comenzaron a comercializar los productos agrícolas. El *ban* señorial fue el instrumento por el cual los primeros excedentes fueron confiscados por el sector

dominante. Los monopolios señoriales que estaban unidos al aprovisionamiento económico del señorío obligaban a sus dependientes a moler el grano en el molino señorial, cocer el pan en el horno banal, comprar el vino producido por el señor, o a rescatar estas obligaciones mediante el pago de un derecho especial. Se fueron sustituyendo los servicios por los censos en dinero y fue creciendo el número de asalariados en la reserva señorial. El señor banal se acostumbró a realizar una exacción regular sobre los recursos de los hombres a él sometidos. Esta percepción recibió nombres diferentes según la región: en provenzal o del Languedoc se denominó *tolta* (de *tollere*, arrebatar); en catalán, *forcia*; en las regiones septentrional y central de Francia, *talla*. El desarrollo del carácter banal del señorío multiplicó el número de sirvientes, de agentes del señor, encargados de hacer respetar la policía señorial, el orden y el pago de los derechos banales. Mientras que los domésticos poseían una situación próxima a la esclavitud en algunos señoríos se produjeron manumisiones colectivas y paralelamente se generaron huidas, emigración o instalaciones de aldeas o ciudades nuevas, en tierras de roturación y de colonización.

El fortalecimiento de la monarquía fue un proceso de desarrollo político de las instituciones feudales que tuvo el apoyo y el favor de la Iglesia: los clérigos apuntalaron a la monarquía atribuyendo al rey una

función religiosa, concediéndole por la consagración una misión sacerdotal. La relación con los señores feudales fue muy diferente según los reinos, pero gracias a las medidas tomadas oportunamente, los reyes, además de ser señores feudales superiores, fueron acumulando prestigio, riqueza y en definitiva, poder.

Este proceso de aglutinación del poder fue un camino difícil, en casi todos los reinos, como veremos en las especificaciones regionales. Las luchas por la supremacía del poder real por sobre los señoriales, las dificultades sucesorias, la fractura del derecho en múltiples particularismos, las tensiones con las cúpulas eclesiásticas marcaron este siglo y provocaron conflictos que se prolongaron por generaciones. Económicamente la monarquía también se vio en dificultades: para sostener la maquinaria gubernamental, dependió de sus recursos personales, ligados a la tierra, de allí que observaremos la ambición por reunir la mayor cantidad de tierras bajo su égida, y al cobro de determinados derechos, beneficios de la justicia, tasas de circulación, rentas de tipo feudal que el rey recibía en tanto señor territorial y supremo señor feudal. La administración real necesitó de una especialización paulatina de sus funcionarios, aunque para el siglo XI todavía estaba compuesta por algunos barones fieles a su corte, vasallos directos y clérigos, contó también con representantes de la baja nobleza e incluso

plebeyos que adquirieron preponderancia por la función que desempeñaban. En el plano local los servidores del príncipe también extendieron sus funciones: velar por el orden, cobrar las tasas y reclutar las tropas (por ejemplo, el *sheriff* en Inglaterra), pero la tendencia fue tolerar el predominio comunal en el ejercicio del gobierno y la concesión de cartas de franquicias que convirtieron a algunos burgos en organismos autónomos.



Ilustración 18. *Homenaje*. Miniatura del Archivo Departamental de Perpignan.

Las pretensiones de universalidad del Imperio romano ottoniano se vieron frustradas a principios del siglo XI. Otón II (973-983) quiso concluir la construcción del Imperio poniendo fin a la conquista de Italia, pero sufrió una severa derrota ante los sarracenos en cabo Colonna y, luego murió víctima de la malaria. Otón III (983-1002), que solo tenía tres años al morir su padre, pudo recibir un Imperio intacto gracias a la acción gubernativa de su madre y su abuela. A los dieciocho años se propuso la reconstrucción del Imperio de Constantino y de Carlomagno, estableciendo a Roma como sede conjunta del papa y del emperador. Elevó a la silla papal a Gelberto de Aurillac que adoptó el nombre de Silvestre II. El programa de gobierno parecía muy promisorio, dirigido a la construcción de un Imperio que fuera una sociedad de reyes, pero cuando murió en 1002, seguido por el papa en 1003, renacieron las intrigas y su proyecto se desvaneció.

Con el nombramiento de Conrado II se inicia el período de emperadores salios, pertenecientes a la casa de Franconia. Los apoyos del nuevo rey se desplazaron de los duques hacia los pequeños linajes condales y la pequeña nobleza. Su prioridad fue el control de las fronteras a través de la intervención en las marcas y una actividad pacificadora en Italia llevada a cabo a través de alianzas matrimoniales. Su sucesor fue Enrique III (1039-1056), que intervino en Bohemia y Hungría,

también en Italia, donde los intereses bizantinos renacían y se expandían las conquistas normandas; ejerció una amplia autoridad en el ámbito ducal y eclesial. En Constanza (1043) quiso acabar con la anarquía y las guerras intestinas convocando la Paz de Dios. Continuó con las reformas del clero bajo el abad Hugo de Cluny.

Enrique IV, con solo seis años a la muerte de su padre, estuvo bajo la tutela de su madre, la emperatriz Inés, hasta que en 1062 fue raptado por el arzobispo de Colonia y llevado a esa ciudad. Bremen y Colonia se disputaron la supremacía en el gobierno del rey niño hasta que el mismo Enrique asumió como emperador en 1066. Enrique debió enfrentar confederaciones de sus duques que se habían hecho muy poderosos durante los años de minorías. Los triunfos del rey en Sajonia lo impulsaron a practicar los mismos métodos represivos en Milán, y esta actitud llevó finalmente a la confrontación con el papa Gregorio VII y la subsiguiente Querrela de las Investiduras. Ante las dificultades del emperador, sus opositores internos ensayaron varias alternativas para la elección de un nuevo mandatario con el apoyo del Papa. El conflicto entre Papado e Imperio tuvo consecuencias a largo plazo: en primer término, el triunfo del principio de elección, que luego se impondría en el siglo XIII, y por otro lado, el debilitamiento del dominio del

emperador sobre la Iglesia y el aumento progresivo de la preeminencia de los príncipes alemanes.

Una nueva coalición entre su nueva esposa, su hijo mayor y otros nobles, como Welf de Baviera, aislaron al Emperador por el cierre de los pasos alpinos, situación que se continuó hasta 1099, cuando Enrique logró volver a Alemania y restablecer la paz. El Papa confirmó la excomunión del rey y su hijo se rebeló contra su autoridad. Murió en 1106 en medio de una gran convulsión interna, con ciudades todavía leales a la voluntad del rey y otras captadas por su hijo en permanente movimiento por toda Alemania en función de encontrar apoyos para derrocar al viejo rey.

Los espacios de la unidad política, social y administrativa que hoy identificamos como Francia y Alemania eran las dos divisiones fundamentales del Imperio carolingio. Desde los inicios pueden evidenciarse grandes diferencias: el desarrollo de las instituciones típicamente feudales (el vínculo personal unido a la posesión de la tierra y el servicio militar) se dio de manera más rápida en Francia que en Alemania. La monarquía alemana no experimentó las repercusiones de la feudalización hasta finales del siglo XI, y más acentuadamente en el siglo XII gobernaba en gran medida a través de la Iglesia; en cambio

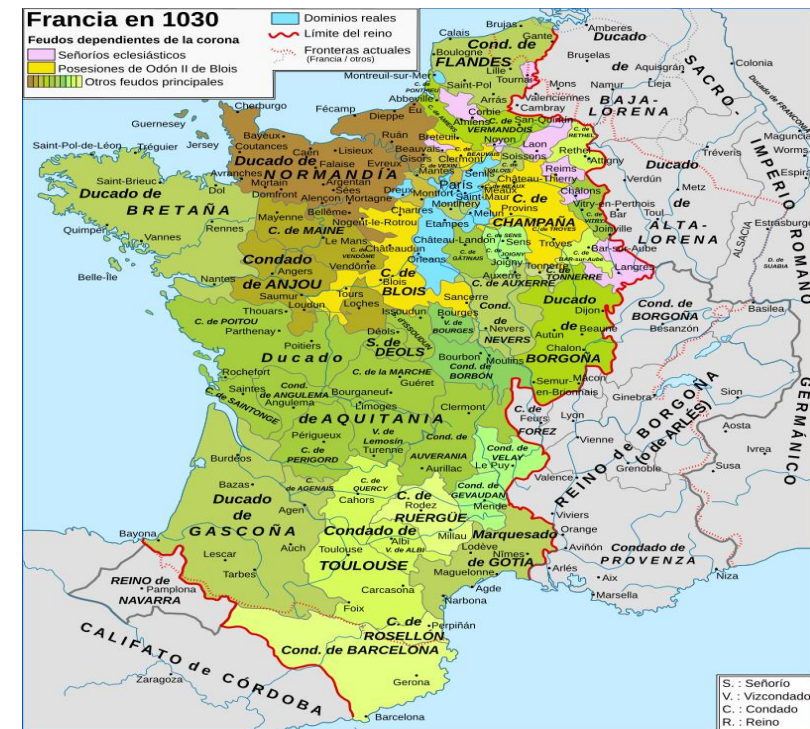
los reyes Capeto pudieron copiar este esquema de poder en forma limitada, ya que el influjo de la Iglesia no era sólido fuera de los dominios reales.

En la segunda mitad del siglo X el reino francés estaba gobernado por dos dinastías rivales: los reyes carolingios y los duques de los francos. Tras una larga disputa entre carolingios y robertinos, la elección de Hugo Capeto en 987 fue el inicio de una monarquía que debería competir con una multiplicidad de principados, que por el rápido proceso de feudalización acapararían las funciones del estado como la acuñación de la moneda, la posesión de una fuerza militar propia y la percepción de regalías, así como el nombramientos de las dignidades eclesiásticas.

Los primeros Capeto —Hugo (987-996) y Roberto el Piadoso (996-1031)— consolidaron sus dominios territoriales y asociaron al trono a sus hijos para asegurarse la sucesión y la continuidad de la dinastía en una constante alianza con los obispos de Francia.

El descendiente de Roberto, Enrique I (1031-1060), enfrentó a sus vasallos en un juego peligroso de alianzas sucesivas con los diferentes duques, primero al de Normandía y luego al de Anjou, lo que ocasionó el declive de su poder, aunque logró la supervivencia de su hijo en el trono. El reinado de su sucesor Felipe I (1060-1108) fue largo

y problemático, aunque logró aumentar su hegemonía territorial, consolidar el poder monárquico a través de sus oficiales palatinos, que sustrajeron algunos privilegios a los señores territoriales. La ininterrumpida sucesión masculina junto con la asociación de los hijos al trono garantizó la perduración de la dinastía.



Mapa 15. Francia en el siglo XI.

Las dificultades en el gobierno del reino inglés se observan en la monarquía de Edgar, que con su muerte, ocurrida tempranamente a los 32 años, empeoró la situación, dejando dos hijos, Eduardo y Ethelredo II. Paralelamente hacia fines del siglo X los daneses hicieron incursiones regulares sobre Inglaterra: en 994 estaban dirigidos por Swein y Olaf Tryggvason, los dos vikingos más famosos de su época. La rapiña del primero, su ambición y la defección del subalterno en el que había delegado el control de sus incursiones en Inglaterra, decidieron a Swein a volver en persona en 1013 y erigirse rey. Lo logró pero murió en 1014. Durante un corto espacio, Ethelredo y su hijo Edmundo Ironside pudieron recuperar el control, pero al año siguiente el hijo de Swein, Canuto, apoyado por los principales vikingos de su tiempo reanudó la ofensiva. Después de muchas vicisitudes murieron Ethelredo y Edmundo en 1016 y Canuto quedó como señor indiscutido de Inglaterra.

Canuto fue rey de Dinamarca, en ocasiones llegó a ser rey de Noruega y gobernador de algunas partes de Suecia. Era el monarca nórdico con mayor extensión territorial y diversidad de sometidos a su poder. A su muerte (1035) le siguió el caos: después de que dos de sus hijos le sucedieran por corto tiempo, finalmente el trono recayó en Eduardo el Confesor, que a su vez murió sin dejar herederos. Asumió

Haroldo, su cuñado, pero el duque de Normandía, Guillermo, no había olvidado las promesas del Confesor de dejarle el reino como herencia por lo que invadió Inglaterra y venció a Haroldo en 1066 en la batalla de Hastings —los preparativos de Guillermo hasta la derrota final de Haroldo se encuentran maravillosamente representados en el Tapiz de Bayeux—. Las bajas ocasionadas en la clase dirigente inglesa permitieron el afianzamiento de los recién llegados, ya fueran normandos o de otras partes de Francia, dando a Inglaterra un perfil feudal que no había alcanzado hasta el momento. Guillermo organizó una amplia investigación de todos los cambios operados en los territorios conquistados recopilada en el *Domesday Book*. Este registro es algo más que un mero conteo de propiedades, revela el valor de las tierras y de los pueblos de casi todo el país, la percepción impositiva, las disputas en torno a las posesiones y en definitiva el estado inmobiliario y económico del reino. Al Conquistador lo sucedieron sus hijos Guillermo II y luego Enrique I.

Otra línea de expansión normanda partió en busca de aventuras y de tierras hacia Italia del sur, llamados por un lombardo sublevado contra la autoridad bizantina. Raulfo se hizo reconocer como señor del condado de Aversa y más tarde, los hijos de Tancredo de Hauteville se harán con unos principados en menoscabo de Bizancio. El normando

más afortunado, Roberto Guiscardo, fue reconocido como duque de Apulia y Calabria por el papa Nicolás II en el año 1059. Consiguió expulsar a los bizantinos de Italia del sur (ocupación de Bari en 1071) y luchó contra ellos también en otra costa del Adriático. Sus sucesores expulsarán a los musulmanes de Sicilia entre 1060 y 1091 y en 1127 Roger II logrará reunir bajo su dominio a toda Italia meridional y a Sicilia y será reconocido como rey, primero por el antipapa Anacleto II en 1130 y más tarde por el papa Inocencio II en 1139.



Ilustración 19. Tapiz de Bayeux. Detalles.

Venecia fue la ciudad que logró evadir las pretensiones normandas y en una alianza con Bizancio logrará enormes concesiones comerciales y de libertad de tránsito otorgadas por el emperador Alejo Comneno en 1081. Luego participó de las primeras Cruzadas en forma moderada, y logró conseguir privilegios en Tierra Santa. Las aportaciones normandas, bizantinas y musulmanas se fundieron en este reino original, en el que la autoridad del príncipe, asistida por una administración perfeccionada, fue muy fuerte, y en el que Palermo llegó a ser un brillante foco cultural, auténtica fusión de civilizaciones.

En la península ibérica, luego de la conquista musulmana, sobrevivieron algunos pequeños reinos cristianos en las regiones montañosas del norte: León, Navarra y el condado de Barcelona, continuamente amenazado por incursiones sarracenas. A pesar de esta debilidad, estos pequeños reinos, en nombre de la fe religiosa y de las tradiciones romanas y visigóticas, iniciaron de un modo disperso la Reconquista, marcada a veces por reveses y estancamientos, pero también por algunos afortunados éxitos.

La primera etapa lenta de repoblación (a partir de mediados del siglo IX) se extendió por la ribera del Duero y sus afluentes septentrionales, cubriendo los territorios de León y Castilla la Vieja. Como esta

zona se encontraba parcialmente despoblada fue posible una apropiación abierta y desorganizada por parte de un campesinado libre que la tomó en propiedad. En la época comprendida entre los siglos XI al XIII se inició la segunda fase de la Reconquista. Geográficamente se desarrolló en la región de Castilla la Nueva con la conquista definitiva del valle del Tajo y la ciudad de Toledo, una de las más importantes de la España musulmana.

Esta segunda fase estuvo caracterizada por una estructura social diferente, en la que el campesinado libre fue relegado a una posición más modesta. El monarca había asumido el control del proceso de colonización y encomendó a los municipios urbanos, los concejos, la colonización de los nuevos territorios. Juntamente con los caballeros franceses, a veces mal aceptados, y con los monjes cluniacenses, muy activos en las rutas de Compostela, los castellanos y navarros organizaron la “cruzada” contra los sarracenos. Aprovechando el desmembramiento del Califato de Córdoba (en 1002 había muerto Almanzor), comenzaron las luchas internas; los califas se sucedieron sin ejercer verdaderamente el mando y la aristocracia perdió poder.

El califato se había transformado en un mosaico de pequeños reinos llamados taifas y los cristianos intentaron vías de penetración a

través de grandes cabalgatas (*algaradas*) hasta el centro de la península. Fernando I reconquistó la región del bajo Duero y más tarde su hijo, Alfonso VI (1065-1109), ocupará Toledo en el año 1085, después de un asedio de dos años. La invasión de los almorávides, fundamentalistas, “los consagrados a Dios”, dinastía musulmana procedente de Mauritania y del sur de Marruecos, pareció contrarrestar estos éxitos. Guerreros impetuosos y fanáticos, que llegaron por pedido del califa de Sevilla para hacer frente a las ofensivas cristianas. En 1086 los castellanos fueron derrotados y obligados a retroceder hasta el norte del Tajo. A pesar de la llegada masiva de caballeros franceses, como Enrique de Borgoña, y a pesar de algunos éxitos individuales, como los conseguidos por el Cid en Valencia en 1095, los cristianos fueron constreñidos a permanecer a la defensiva hasta el siglo XII, cuando se reanudarán las conquistas. Recién en 1144 estallará entre los musulmanes una sublevación para derrocar a los invasores almorávides que habían logrado conquistar sus territorios: nuevamente ocurre un fraccionamiento en taifas hasta 1170.



Mapa 16. Fragmentación del califato omeya en la península ibérica.

La querella entre el Papado y el Imperio germánico, que describiremos en el próximo ítem, tendrá consecuencias profundas en el diseño territorial y cultural de Italia en el siglo XI. Este proceso favoreció la ausencia de unidad política, por un lado, y el nacimiento de las ciudades italianas, focos de autoridad e impulso económico social por el otro. A mediados del año 1000 tres poderes gobernaban Italia: al norte, los emperadores alemanes en calidad de reyes; en el centro, el Patrimonio de San Pedro, en donde desde el siglo VIII los papas ejercían el poder

espiritual y temporal; al sur y al nordeste (Venecia) los restos de la Italia bizantina, reconquistada en el siglo VI por Justiniano, pero luego diezmada poco a poco por los lombardos, los árabes y los normandos. Todas las ciudades del reino de Italia estuvieron comprometidas entre 1061 y 1197, en las querellas, tuvieron que sufrir graves perjuicios materiales, financieros, morales y humanos, pero también sacaron grandes ventajas.

El siglo XI fue un espacio temporal de reformas y produjo un salto cualitativo en cuanto a la liberación de la Iglesia de las manipulaciones y abusos, una búsqueda de una nueva relación entre el poder temporal y espiritual. El objetivo fue la “libertad” de la Iglesia, no solo referida a los señores terratenientes, a quienes pertenecían las iglesias locales, sino un distanciamiento de las directivas reales. El núcleo del programa fue la exigencia de designar obispos y abades por elección de acuerdo con lo que prescribía la ley canónica, e involucraba en su concepto la necesidad de evadirse de toda forma de incursión del poder secular en las funciones y en el patrimonio eclesiástico. La lucha fue encaminada a todo abuso regio y un rechazo hacia la conducta simoníaca.

Los papas pronto advirtieron que la actitud de los emperadores alemanes, al arrogarse el derecho de la investidura de los obispos, perjudicaba los intereses de la Iglesia. La posición pontificia estaba en todo de acuerdo con la tradición iniciada por León el Grande y Gelasio I en el siglo V: toda autoridad viene de Dios, la autoridad temporal entregada a los príncipes, reyes y emperadores laicos es ejercida sobre los cuerpos de los hombres, su cometido es proteger y alimentar sus vidas terrenas, su bienestar temporal; la autoridad espiritual está atendida por los obispos y el clero en general, cuya misión es mirar por el bienestar espiritual del hombre. El argumento pontificio concluía que el fin espiritual del hombre es de mucha mayor envergadura que su existencia temporal y provisional en el mundo; así, el clero llevaba a cabo una función mucho más alta que la de los laicos: donde sus esferas se superponían, donde hubiera conflicto, debía tomar preferencia la autoridad espiritual.

Los teóricos que apoyaron al poder temporal basaron sus teorías en diversas fuentes de inspiración. Para algunos la unidad del mundo romano, de la cristiandad, se centraba en el emperador, el sucesor de los césares (Benzo de Alba); para otros, la monarquía poseía una naturaleza sagrada, el rito de ungir y coronar simbolizaba el regalo divino del poder monárquico que colocaba a los reyes por encima de

los sacerdotes como vicarios de Cristo (Anónimo de York o Anónimo normando); un tercer concepto proponía la autonomía de los poderes, los dos eran iguales y separados, idea que se impondría finalmente.

Los papas contemporizaron largo tiempo antes de llegar a la disputa, hasta que asumió el pontificado Nicolás II. Asesorado por el monje de Cluny, Hildebrando, realizó un primer paso hacia la independencia del poder religioso estableciendo el modo de elección de los papas a través del cónclave. El papa Nicolás II aprovechó la minoría de edad del emperador alemán Enrique IV y ordenó en 1059 que los obispos, nombrados hasta dicha fecha por los emperadores alemanes, fuesen elegidos en adelante por los Cabildos. Estos se rebelaron, pero las burguesías de las ciudades italianas, cuyas aspiraciones de autonomía tropezaban con la autoridad política de los prelados alemanes, apoyaron al papa. Cuando Hildebrando fue elevado al trono papal en 1073, bajo el nombre de Gregorio VII, se produjo el conflicto. Lo primero que hizo Gregorio VII fue impulsar la reforma de la Iglesia tendiente a acabar con la “simonía” (negocio de cargos eclesiásticos), el “nicolaísmo” (casamiento de los eclesiásticos) y el “nepotismo” (trasmisión hereditaria de los cargos eclesiásticos), declarando excomulgado a todo sacerdote y obispo que incurriera en los delitos mencionados haciendo

extensiva la pena a todo seglar que se atreviera a conferir la investidura de una dignidad eclesiástica.

Las primeras fricciones entre Enrique IV y el papa Gregorio tuvieron lugar en 1071 y 1072 por los problemas en Milán relacionados con el equilibrio político en la zona y el tema de los nombramientos episcopales. En el sínodo de Lenten (1075) el papa promulgó su primer decreto contra las “investiduras laicas” (práctica mediante la cual un rey entregaba al arzobispo recién nombrado el báculo y el anillo pastoral como símbolo de que había entregado el obispado). Pero el emperador no deseaba aceptar la reforma de la Santa Sede que venía a arruinar todo el sistema imperial de los feudos episcopales y procedió a convocar un concilio en Worms (1076) que destituyó al papa. Así comenzó la “querella de las investiduras” que consistió en la protesta del papado ante el abuso de los emperadores, que usurpando atribuciones pontificias pretendían conferir la autoridad religiosa, junto con la civil, a los obispos y abades del Imperio.

Ante la obstinación de los emperadores estallaría el conflicto que a duras penas se había podido evitar en Francia e Inglaterra. Enrique IV se mostró muy irritado contra lo que consideraba “una extralimitación del poder papal”, y reuniendo en Worms a varios obispos

amigos destituyó al papa de su dignidad y se dirigió a Roma para despojarlo personalmente de la tiara (símbolo de su poder). En respuesta, Gregorio VII excomulgó solemnemente al emperador, lo destituyó de sus tronos de Italia y Alemania y desligó a todos los cristianos del juramento de fidelidad al emperador. Consecuentes con el papa, los grandes vasallos de Germania dieron su apoyo a la Santa Sede comprometiéndose a negar obediencia al monarca si pasados un año y un día no había logrado el perdón de la excomunión.

El momento más dramático llegó en enero de 1077 cuando en el castillo de Canosa el emperador pidió perdón al papa vestido de penitente; este hecho conocido como la “humillación de Canosa” aumentó el prestigio moral de Gregorio VII, aunque la victoria del papado llegó cuando su sucesor en el trono de Pedro, Urbano II, levantó contra el emperador las ciudades del norte de Italia y aseguró la alianza con los Welf (duques de Baviera), y ganó para la causa del papado a los prelad os alemanes gracias a la acción de sus legados. No obstante, la lucha se mantendrá por largo tiempo.

En medio de los conflictos de la Querella de las Investiduras el papa Urbano II, luego de realizar viajes en búsqueda de apoyos políticos, especialmente por Francia, recibió el llamado de ayuda por parte

del emperador bizantino en 1095. Alejo Comneno había logrado mantenerse en el trono bizantino a pesar de las presiones que realizaban las amenazantes hordas semibárbaras asentadas al noreste del Imperio. Acuciado por el avance de estas tribus escribió al papa Urbano II en búsqueda de auxilio. En respuesta, Urbano organizó la Primera cruzada, declarada Guerra Santa, que reunió bajo este estandarte a los entusiastas y a los descontentos de toda Europa representando una victoria moral para el papado sumergido aún en la querella con el emperador alemán.



Ilustración 20. El papa Gregorio VII según una ilustración de un manuscrito anónimo del siglo XI.

Urbano elevó el prestigio del pontificado y canalizó los efectivos militares hacia Oriente en una guerra defensiva de amplio apoyo popular. Las motivaciones de Urbano ligadas a la política interna no descartaban de ninguna manera el objetivo de salvar al Imperio oriental, ni tampoco las motivaciones personales de los poderosos que pretenderían desmembrar el Imperio y obtener principados. Paralelamente se luchaba por defender a Europa del islam y huir de los caóticos acontecimientos de los principados occidentales. Sin desechar tampoco las implicancias económicas con la apertura del intercambio comercial que se vislumbraba como altamente promisorio y por supuesto, los auténticos mandatos evangélicos ligados a la conversión de los paganos y a la remisión personal, la Cruzada puede enmarcarse en un amplio movimiento de expansión europea, con características militares, sociales, económicas, religiosas de gran envergadura.

La Primera cruzada fue una cruzada caballeresca a cuya cabeza estuvieron los más destacados miembros de la nobleza europea. Los contingentes confluieron en Asia Menor en 1097 y lograron notables éxitos militares que permitieron la creación de cuatro Estados: el reino de Jerusalén (conquistada en 1099), el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli. Si bien los logros militares y políticos fue-

ron efímeros se pueden enumerar una serie de consecuencias que nacieron de este primer movimiento cruzado del siglo XI y que se plasmarían a lo largo de este dilatado proceso: la instauración de los Estados de Oriente con una implantación del modelo feudal fuera de Europa, una apertura hacia la religiosidad y la percepción del Oriente que otorgaba la convivencia con otras culturas, la renovación comercial y la creación o ampliación de los intereses económicos, la instauración de nuevas organizaciones, religiosas y seculares, para solucionar los diferentes problemas surgidos por el traslado de efectivos y población civil a otros escenarios geográficos y culturales, los avances tecnológicos relacionados con el traslado y aprovisionamiento, las técnicas de asedio, las armas y la organización de los itinerarios... Pero deberíamos centrarnos en la prospección política de un papado que, agobiado por los embates de la Querella de las Investiduras, apostó a una canalización hacia el extranjero de los intereses bélicos y materiales de una nobleza inquieta, favoreciendo así a un fortalecimiento del prestigio papal, que fue el gran beneficiario de este movimiento. Este complejo entramado político también favoreció a las monarquías europeas que se valdrían del apoyo de las ciudades y de los emporios comerciales para hacer frente a las renovadas ambiciones de los nobles.

En el Imperio bizantino dos cuestiones, ambas relacionadas con Occidente, marcarían el siglo XI: la separación definitiva de la Iglesia oriental y occidental y la Primera cruzada.

Los conflictos entre la Iglesia romana y la de Constantinopla habían tenido una serie de desencuentros en los que el poder político había jugado un papel preponderante. En el siglo IX, como se ha visto, el hecho de que el emperador Basilio I necesitara de la alianza occidental determinó la aceptación del sometimiento a la autoridad religiosa romana, pero en el siglo XI, por el contrario, el emperador Basilio II se mostraba como un adversario de los emperadores otónidas y de los papas sometidos a su influencia; por lo tanto, apoyó a la nobleza romana que buscaba mantener la supremacía en la elección papal y buscó separar a las dos Iglesias. En 1043, el patriarca Miguel Cerulario lanzó una campaña propagandística en contra la supremacía del pontífice romano. El papa a través de su legado excomulgó al patriarca y este hecho generó la indignación general y revueltas populares lo que llevó a que se reuniera un sínodo en el que se excomulgó a los latinos y consolidó la ruptura definitiva de la Iglesia (1054).

La muerte de Basilio II marcó una época de conflictos internos y de peligros externos que prepararía la llegada de los cruzados hacia

fin de siglo. Las prácticas de entregar el control de territorios a grandes familias o a líderes militares debilitaron la riqueza imperial en impuestos y en hombres. La fidelidad de los mercenarios era dudosa y llegaron a intentar controlar el poder imperial. Por otra parte, se les habían otorgado grandes beneficios a los comerciantes venecianos en detrimento de los locales lo que provocó reacciones xenófobas en los grupos populares, sobre todo de la capital. El debilitamiento interno favoreció el ataque de otros pueblos en todos los frentes: de los rusos por el norte, de los pechenegos, pueblo nómada proveniente de Asia central que se instalaron a orillas del Mar Negro; en Occidente, como se ha visto, de los normandos que se apoderaron de las plazas del sur de Italia y de Sicilia; de los turcos, que derrotaron a las fuerzas imperiales y controlaron el este y centro de Anatolia.

Las disputas internas entre quienes pugnaban por el poder, los militares, deseosos de rechazar los ataques externos, y los civiles que pretendían preservar el poder real, limitando el poder de la nobleza, concluyeron con la llegada en 1081 de Alejo I Comneno quien restauró el orden y aseguró el dominio de su dinastía. En 1091 el emperador pidió ayuda al conde de Flandes, debido a los acuciantes problemas del Imperio, lo que determinó la preparación de la Primera Cruzada.

En cuanto al Imperio musulmán, hacía tiempo que los califas de Bagdad como los emperadores bizantinos reclutaban tropas entre las tribus turcas de Asia Central. A comienzos del siglo XI estas tribus formaron una confederación llamada Selyúcida. Habían sido convertidas al islam por misioneros sunnitas. Su expansión fue muy rápida y en el 1055 impusieron su protectorado sobre el califa de Bagdad, consiguieron una notable victoria sobre los bizantinos y en el 1078 tomaron Damasco. Esta renovación dentro del Imperio presentó un doble aspecto: desde el punto de vista político, el califa de Bagdad, quien conservó su autoridad religiosa, pasó a depender del jefe turco llamado sultán y confirmaba la separación entre el poder político y religioso; desde el punto de vista religioso, los sultanes Selyúcidas dirigieron la lucha contra los cristianos y buscaron la reconquista de los valores espirituales dentro del mundo musulmán, esto último mediante colegios religiosos diseminados por el imperio que fueron lugares de ortodoxia de los cuales salieron misioneros que llevaron la fe a todo el mundo musulmán, sobre todo de lucha contra el chiísmo.

Sin embargo, la unificación duró poco tiempo pues en 1092 murió el sultán y sus hijos se dividieron el imperio en tres reinos independientes: Persia, Asia Menor y Siria.

Cuestiones sociales

Las contribuciones o censos de los campesinos aumentaron con el señorío banal en detrimento de las prestaciones personales (*corveas*). Por la necesidad de hacer frente a las obligaciones ante el resurgimiento de la economía monetaria, el señor buscaba otras formas de explotar al campesino e introdujo las “banalidades”. Allí donde el manso proveía desde antaño cien o ciento cincuenta jornadas anuales de trabajo en la reserva, al cabo de este proceso solo se exigieron varias semanas, a veces varios días, agrupados en un corto periodo o escalonados a lo largo del año. Las *corveas* de determinadas tareas o acarreos fueron atenuadas o suprimidas mientras que aumentaban los censos, los derechos de costumbre o aquellas prestaciones vinculadas con el feudalismo. Estas obligaciones para el campesino serán las de moler el trigo en el molino del señor, cocer el pan en el horno del señor, prensar la uva en el lagar señorial, utilizar los sementales, etc., además de las tasas constituidas anualmente (tasa anual por cabeza) o en ocasiones únicas (por ejemplo derecho a transmitir la herencia o a contraer matrimonio fuera del señorío), todo a cambio de una renta que el señor recibía en moneda.

Se necesitó mano de obra especializada para la atención de las propiedades y de los cultivos destinados a la industrialización o al apacentamiento de la ganadería, por lo que creció el número de asalariados en la reserva señorial, aunque no se puede generalizar el concepto de mano de obra asalariada. Por otra parte, la situación de los domésticos era próxima a la esclavitud; la necesidad de liberarse de yugos tan pesados impulsó a los campesinos a la emigración o instalación en aldeas o ciudades nuevas, en tierras de roturación y de colonización. Inspirados por los mandatos evangélicos algunos poderosos fomentaron y realizaron manumisiones colectivas, costumbre que también contribuyó a la movilización de población económicamente activa.

En los medios aristocráticos se consolidó una forma específica de parentesco o familia amplia, el linaje, a medida que se incorporaban al régimen institucional y a las prácticas de dominio social propias del feudalismo y se transformaban en nobleza de sangre, interesada en transmitir, por vía hereditaria y sin fraccionamiento, poder y riqueza. El linaje noble era patrilineal y agnaticio: al amparo del cabeza del linaje o pariente poderoso se acogían familiares, a menudo cónyuges con sus propios hijos, criados, servidores domésticos de diverso tipo y clientela militar. El linaje actuaba como solidaridad y forma de cohesión de cara al exterior: en la guerra y la violencia, en la defensa del

honor de sus miembros, en especial las mujeres, en el mantenimiento de la propiedad común, y en la educación de sus componentes dentro de unas pautas específicas, las caballerescas, que creaban un sentimiento de identidad en el conjunto social. En general se concentraba la herencia a favor del primogénito, lo que acarreaba no pocas dificultades y tensiones. Las mujeres eran compensadas previa y parcialmente a través de la dote al momento de casarse o de entrar en el monasterio. Los segundones eran destinados a la vida religiosa o casados en forma endogámica para evitar el derramamiento de la riqueza. El matrimonio era la institución básica para la organización de este sector social y se consideraba un negocio que debía consensuarse inteligentemente entre las partes interesadas.

Las familias medievales forjaron relaciones a través de las líneas de conflicto para establecer vínculos transversales que atravesaran los problemas actuales o potenciales. Fue preciso “construir puentes” para tender lazos de confianza entre los círculos de poderosos, desarrollar proyectos conjuntos y promover el diálogo. La función primordial que ejercían los cabezas de familia era el de proveedores, que posibilitaban que sus dependientes satisficieran sus necesidades básicas. Fundamentalmente lo que hacían era compartir recursos, dar protección, in-

fundir respeto y respetar. También era indispensable que compartieran sus conocimientos: siempre con la meta puesta en la prevención del conflicto o su manejo oportuno y satisfactorio, el dirigente debía adiestrar a sus subordinados en ciertas conductas que llevaban a una resolución cooperativa de los problemas. El mismo ambiente de la casa señorial era el primer eslabón para el aprendizaje de estas pautas, el conocimiento de las reglas de convivencia noble y la posibilidad de interacción con los que eventualmente serían sus compañeros, o sus adversarios, en una situación de conflicto.

La acepción frecuente de “crianza” es educación, ya que esta actividad no requiere solo de alimento y cuidados primarios, sino también de un proceso de enseñanza-aprendizaje que dará al criado la posibilidad de un oficio y posición en la edad adulta. La primera infancia del noble se desarrollaba generalmente en la casa paterna, donde las nodrizas se ocupaban de amamantar al infante, al menos en la alta y mediana nobleza. Estas se mostraban muy vinculadas al niño como también los hermanos de leche, y muy a menudo permanecerían en la casa luego de haber culminado su labor, como gobernantas. La educación del niño se continuará con la guía de un ayo o preceptor, quien lo instruiría en los rudimentos de la caballería, la manipulación

de armas, la equitación, la caza y otras enseñanzas necesarias que harían del niño un futuro líder.

En algunas familias el niño permanecía junto a sus padres hasta la edad adulta y el ayo actuaba como su maestro, quien impartía una formación que constaba de la lecto-escritura, nociones de derecho y todo lo referente al arte de la guerra. Alrededor de los 14 años esta primera educación en el hogar terminaba y era el tiempo de ubicar al joven junto a un poderoso, el rey, noble o al menos de un jefe de linaje, para que pudiera continuar su educación. Es por ello que, previendo esta etapa, se buscaba para el niño un padrinazgo ventajoso a la hora del bautismo. La relación casi filial que se entablaba entre el criado y su señor contenía un intercambio de favores a cumplir a lo largo de la vida. El señor se encargaría del aprendizaje del joven hasta la obtención de un lugar social y económicamente reconocido en esta estructura feudal. Los beneficios recibidos por el criado eran de diversa índole, según su origen y desempeño profesional. Estos jóvenes conformaban una mesnada en torno a los hijos del señor y en el futuro serían el grupo de apoyo del primogénito de la casa. Con él vivirían una etapa de juventud que se extendía hasta que formasen su propio hogar y se convirtieran en tronco de familia. Pero este segmento de la juventud tenía una duración indefinida según las circunstancias políticas y los

objetivos del grupo. La trascendencia del acto de la crianza iba más allá de la necesidad de tener un grupo fiel al señor de la casa, buscaba la consolidación del que heredaría el patrimonio con el sostén de este grupo de jóvenes que serían los influyentes en un futuro cercano. Aquí residía la genialidad del sistema de crianza que perpetuaba a las mismas familias en el poder, protegiendo los intereses de un grupo social dominante.

El resurgimiento y la expansión de la vida urbana posibilitó la eclosión de un nuevo grupo social: la burguesía. A partir del siglo VIII y hasta el X se denominaba burgués en el ámbito germánico, al que habitaba el burgo o a los grupos que habitaban fuera de los muros ya fuera de un castillo, monasterio o ciudad y que luego se incorporaron a esa estructura. Se dedicaban a actividades comerciales y si bien algunos autores los encuadran dentro de la sociedad de una sociedad de órdenes, Nilda Guglielmi sostiene que la burguesía no pertenece a esa sociedad de órdenes, sino a una de clases en donde lo importante no es ser si no tener, lo que proporcionó gran dinamismo a sus miembros que encontraron en la ciudad su lugar de desarrollo.

A partir del siglo XI el término burgués se aplica a los habitantes de las ciudades que se dedicaban al comercio y que contaban con un “arma” nueva: el dinero. Dentro de los núcleos urbanos los burgueses

no conformaron un grupo compacto, sino que se diferenciaron por su capacidad política, económica y cultural, pero en todos los casos tuvieron conciencia de sí e idea de pertenencia. El despegue europeo de esta época favoreció la movilidad social y esto fue aprovechado por este sector.

La pequeña nobleza, los señores o los reyes favorecían alternadamente a estos grupos urbanos, ya fuera para encontrar apoyo contra sus adversarios o para obtener, mediante la obligación de impuestos y tasas, beneficios sustanciales a partir de las actividades económicas a las que se dedicaban. Se desarrollaron las milicias comunales que se diferenciaron prontamente de la desorganización del campesinado. Algunas llegaban a apoderarse del poder urbano, conformando una comuna gobernada por concejales en el norte del continente y cónsules en el sur.

La acción política y económica en las ciudades del siglo XI se dirigía hacia soluciones asamblearias para el gobierno municipal. Estas representaciones populares tenían como objetivo negociar ante los señores y encontrar nuevas fórmulas para resolver los conflictos de forma pacífica, alejándose de los tradicionales recursos violentos para zanjar las desavenencias. Pero pronto esta necesidad de representa-

ción será asumida por los líderes del movimiento artesanal y comercial, que se constituirán en una élite local con proyección política, más activa cuanto más débil se muestre el poder público, con demandas de libertades y privilegios económicos y también de franquicias jurídicas y de poderes políticos que serán la consecuente garantía de sus actividades. Pronto las negociaciones tenderán al intercambio de favores: ayuda económica de los burgueses por cartas de libertades, franquicias y privilegios ofrecidos por los sectores señoriales.

Paralelo al crecimiento urbano se logrará la autonomía de gestión municipal, con delegación en unos representantes estables de las funciones públicas, que se ocupaban de reclamar mayores ventajas legislativas y asumir la representación y protección de los habitantes. Aquí el gobierno de la ciudad tenderá a perder el carácter popular y hasta doméstico en la toma de decisiones, para avanzar hacia un paulatino aglutinamiento del poder en manos de un patriciado urbano capaz de destinar tiempo y recursos a la función pública, es decir, un progresivo afianzamiento de los componentes oligárquicos a costa de los sectores del común. Asimismo, se evidenciará un creciente sometimiento a los dictados de las instancias superiores del poder, fueran estas señoriales o monárquicas.

La evolución del gobierno local tuvo distintos niveles de cumplimiento e independencia según las zonas, en algunos casos solo debían contentarse con algunos privilegios económicos, exentos de libertades políticas, pero en otros casos llegaban a tomar el poder urbano, el reconocimiento de la *comuna* gobernada por los *concejales* o *cónsules* según las regiones. Estrechamente unidos a los intereses políticos se desarrollaron otras agrupaciones de carácter profesional que reunían a los principales representantes: los *gremios* o *corporaciones*. Si el grupo socio-profesional también estaba unido por identidad religiosa se denominaba *cofradía*.

El concepto de marginalidad en la sociedad medieval se aplicaba a las personas o grupos que se encontraban en los bordes del cuerpo social, sin estar necesariamente fuera de los vínculos de pertenencia. Generalmente el excluido era el extranjero, el de afuera, el que no participaba de los lazos de inclusión, complejos y transversales, que caracterizaron a esta sociedad. Los factores de marginación fueron, junto con la pobreza, algunas enfermedades permanentes como la lepra o las afecciones mentales y la falta de arraigo, propia de vagabundos, bandidos, ermitaños, pastores, leñadores, juglares, habituados a la vida en los montes o en los bosques o al andar errático de pueblo en pueblo buscando la manera de ganarse la vida. Una mención particular

merece la marginación de los grupos religiosos, los nuevos, como los considerados herejes por la ortodoxia católica, o los tradicionales como los judíos. En especial, luego de la Primera cruzada se propagó el sentimiento antijudío en Occidente, expresado en el apartamiento de este sector de algunas profesiones y su reclusión en las ciudades, donde solían agruparse en barrios o zonas.

Cuestiones económicas

El aumento de la población, que se podría rastrear con anterioridad al siglo XI, fue significativo y sostenido durante este siglo y redundó en una ampliación de la mano de obra con posibilidades de mayor división del trabajo y a su vez en un incremento de la demanda, que suscitó una mayor elaboración y oferta de productos diversificados. Asimismo, este aumento poblacional no se explica sin las mejoras en la alimentación y en las condiciones de vida que disminuyeron la mortalidad infantil y la puerperal, posibilitando el ingreso de un grupo mayor de individuos a los círculos de población económicamente activa. Los estudiosos se muestran cautos a la hora de acentuar la disminución de la mortalidad, ya que las tasas seguían siendo altísimas, al igual que el escaso promedio de edad, que iría en descenso en los últimos siglos medievales, a causa de las pestes, las hambrunas y las guerras.

Más bien habría que subrayar el aumento de la natalidad que permitió mantener en auge sostenido el crecimiento de la población.

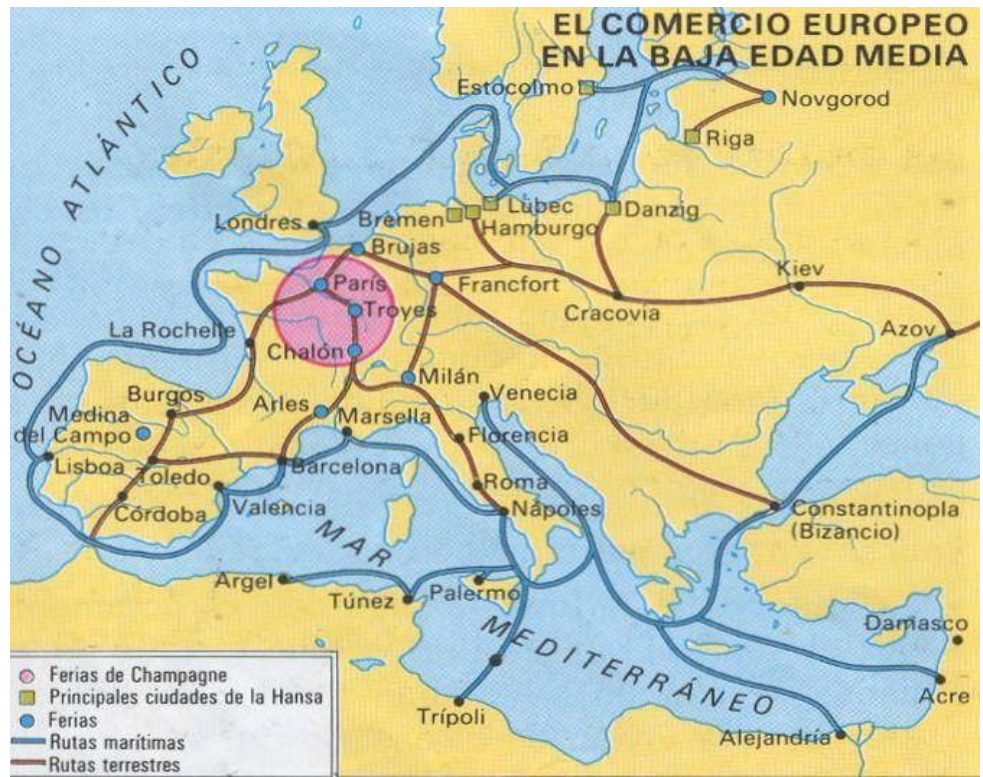
La expansión de las superficies cultivadas se efectivizó a través de grandes roturaciones o campos captados para la agricultura y la ganadería. Mediante la construcción de diques o del drenaje de llanuras en las orillas del Mar del Norte, se posibilitó la transformación de tierras pantanosas en terrenos fértiles factibles de ser cultivados. El aumento de las extensiones cultivadas, la diversificación de productos y el enriquecimiento de los regímenes alimenticios posibilitó el crecimiento demográfico. Los perfeccionamientos técnicos fueron la difusión del arado asimétrico con ruedas y vertedera, la propagación del sistema moderno de enganche, el método de herraje, el caballo como animal de tiro, la utilización de la carreta de cuatro ruedas, el empleo del hierro, las rastras, la utilización del molino de agua y más tarde el de viento. La rotación trienal de cultivos contemplaba el cultivo de otoño (trigo-centeno), de primavera (avena, cebada o leguminosas) y una tercera opción para el barbecho. Se difundieron cultivos especializados, plantas tintóreas, viñedos.



Ilustración 21. Calendario (I'aratura). Siglo XI. British Library.

Los orígenes de la reactivación del comercio tuvieron diversas causales de impacto muy diferente según las regiones. Indudablemente el aumento poblacional originó una demanda creciente de productos de primera necesidad que fue abastecida por la existencia de excedentes agrícolas y ganaderos, comercializados en las ciudades principalmente costeras que ya tenían una tradición de intercambio desde la antigüedad. A esto hay que añadir las continuas demandas externas de musulmanes y bizantinos que necesitados de productos como madera, hierro, estaño y mano de obra, reavivaron el comercio. El impacto de las cruzadas, que desplazaron un número elevado de habitantes que debieron instalarse en tierras lejanas, con la logística que esta expansión

exigió, y que sirvieron de enlace para la creación de nuevos intercambios comerciales.



Mapa 17. El comercio en Europa, Baja Edad Media.

Los grandes centros comerciales del sur (Venecia, Amalfi, Pisa y Génova) y los del norte (ciudades alemanas, Brujas) intercambiaban pro-

ductos de lujo como especias, pieles, sedas y paños; y de primera necesidad como sal, alumbre, maderas, hierros, armas y cereales en períodos de escasez, así como esclavos. Se desarrollaron centros de comercialización temporales, las ferias, las más importantes fueron las de Flandes y Champaña. Allí se trataban productos y se regulaban todas las operaciones de cambio y crédito.

El metal para la acuñación provenía de nuevos yacimientos, así como de una balanza comercial positiva en el intercambio con Bizancio y el islam. El flujo de metálico también provenía de los beneficios de las primeras Cruzadas, del botín de guerra y del régimen de parias (cánones cobrados a musulmanes para mantener la paz en la región) establecido en España. Las cecas se multiplicaron a nivel regional, con la facultad delegada a los señores de acuñación monetaria, lo que produjo dificultades por la parcelación de la acuñación, diversidad de tipos de monedas y limitación de su área de difusión. El cambio directo fue la principal operación monetaria, de allí la proliferación y expansión del oficio de cambista. Las operaciones de crédito eran limitadas y sencillas, el préstamo clásico para el consumo estaría a cargo de los judíos y de los monasterios.

El uso de la moneda permitió agilizar el intercambio de bienes y la acumulación de reservas, el abandono paulatino de una economía

de trueque por una economía más compleja, que invirtió los excedentes en el agro y en el comercio. Las banalidades reemplazaron paulatinamente a las prestaciones personales de trabajo, lo que cambió la relación entre campesinos y señores. Se desarrolló el comercio y con esta actividad también hubo un incremento de los mercaderes y artesanos, lo que contribuyó al surgimiento de nuevos sectores sociales.

En los siglos X y XI, la expansión de las roturaciones, que hasta ese momento habían sido llevadas sin una dirección de conjunto y más bien según el ritmo del esfuerzo campesino, fueron ahora asumidas por los señores, tanto laicos como eclesiásticos. Este movimiento trajo consigo un aumento considerable de fundación de nuevas aldeas, especialmente en zonas que hasta el momento habían conocido un poblamiento muy difuso, de tipo tribal, como las vastas llanuras de Europa septentrional. La iniciativa general fue asumida por los soberanos, o bien por los magnates laicos o por las abadías, aunque unos y otras solían asociarse mediante contratos de *pariage* (entre dos partes para la explotación conjunta de una *villanueva* o de un territorio en vías de roturación).

Las variables que hacen al surgimiento de la ciudad medieval se centran en el comercio y en el artesanado, sumado a un nuevo conjunto económico que comprendió la comercialización de los excedentes de

la producción agrícola y los progresos de la economía monetaria: el aumento de la cantidad de materias primas para el artesanado (lana, materiales tintóreos, cuero, hierro), la creación de las ferias y de los mercados para los intercambios próximos y lejanos, los progresos de la economía monetaria como consecuencia de la acuñación de la moneda y de la multiplicación de los cambistas. A estas variables habría que sumar el factor religioso, la ciudad se formaba en torno a un santuario; el factor estratégico o la deliberada voluntad política de establecer ciudades-fortaleza como núcleos defensivos. Es decir, un escenario de expansión agraria, sumado a los intercambios comerciales y a un aumento de la población rural que no encontraba empleo en las roturaciones, desencadenó el crecimiento de las ciudades ya existentes o la fundación de nuevos emplazamientos.

El instrumento del que se sirvieron casi en todas partes las ciudades para lograr establecer una relación duradera con los señores locales fue la instauración de un vínculo feudal de vasallaje. Se produjo la creación de instituciones para permitir o proteger la actividad económica, que se materializaron en las concesión de derechos de mercado, de ferias, de percepción de tasas sobre las mercaderías y la compraventa, licencias otorgadas por el poder señorial o público. Este fenómeno se conoce como obtención de franquicias o de libertades

urbanas. Su punto culminante es la obtención de la autonomía materializada en el municipio. En un principio los señores locales cedían la propiedad de sus castillos al municipio, personificado en los cónsules en el caso de las ciudades italianas, que inmediatamente lo restituían a título de feudo, recibiendo el juramento de fidelidad acompañado de cláusulas que variaban en cada caso. Paulatinamente los señores se fueron asentando en la ciudad, formando verdaderas “islas” topográficas e institucionales, nucleando en torno a la familia poderosa un conglomerado de dependientes con signos visibles de identidad y pertenencia, que se trasladaba a la política ciudadana y al manejo de la cosa pública.

Paralelamente, el movimiento comunal emanó de la oposición generalizada al poder arbitrario que los señores, laicos o eclesiásticos, detentaban en las ciudades. El movimiento de protesta urbano se transformó en insurrección armada, aunque el proceso de emancipación ciudadana no siempre fue violento. En muchos lugares se llevó a cabo a través de largas negociaciones que terminaron con la compra de los derechos por parte de la burguesía pudiente o la cesión de libertades por parte de la monarquía, que aceptó de buen grado el apoyo ciudadano en contra de la insubordinación nobiliaria. En otros esce-

narios, la nobleza representada por los caballeros urbanos se había integrado a la vida política de la ciudad y tenía un alto compromiso en la gestión pública, acaparando las funciones concejiles que se fueron abriendo paulatinamente a los otros sectores de poder.

Cuestiones culturales

La huida del mundo para conseguir la salvación es una antigua tradición de la Iglesia. El retiro solitario (eremitismo) y el retiro comunitario (cenobitismo), adquirieron en el siglo XI un nuevo esplendor. Para entonces Cluny estaba ampliamente establecido en todo el mundo occidental, incluso se había expandido con las Cruzadas a Oriente. Pero la riqueza de estos monasterios contrastaba con las exigencias del desprendimiento de lo mundano que exigían los mandatos evangélicos. De allí la necesidad de adaptar la vida cenobítica a un eremitismo creciente. Se crearon entonces nuevos centros monásticos pero regidos por nuevas pautas: siguiendo el ejemplo de Nilo de Rossano, que había reunido en Calabria a un grupo de anacoretas, Romualdo creó a los camaldulenses (1012) y Juan Gualberto de Florencia el centro de Vallombrosa (1039).

En Baviera y en Francia se siguió el mismo patrón. Esteban de Thiers fundó Grandmont (1074) y san Bruno, en el corazón de los Alpes, creó las bases de la Gran Cartuja (1084), donde los monjes vivían en ermitas que solo abandonaban para participar de los oficios y asistir a los capítulos de la Orden. Mientras tanto, la regla benedictina era modificada en algunos centros como en las abadías de Hirsau (Alemania), Chaise-Dieu fundada por Roberto de Turlandia (1043) y en Fontevrault, por Roberto d'Abrissel, que establecería un monasterio dúplice, de hombres y mujeres, en búsqueda de la penitencia y de una ascesis más exigente. En 1098 Roberto, un abad benedictino de gran reputación, movilizó a unos monjes desde Molesme para establecerse en Cîteaux, con el objetivo de vivir plenamente la regla de san Benito con una ruptura total con el mundo, pobreza, silencio, trabajo manual, sencillez en los edificios destinados al culto y a la liturgia. Tras la llegada de Bernardo en 1112, el monasterio alcanzó gran fama rápidamente. San Bernardo fue uno de los hijos predilectos de la orden cisterciense que basaba la relación con Dios en la severa penitencia y los ejercicios espirituales y ascéticos, pobreza, mortificación y castidad; su prédica y su actividad lo convirtieron en un hombre influyente en la primera mitad del siglo XII.

Esta renovación también se produjo en el seno del movimiento canónico, que impulsó el celibato, la prohibición de la simonía y la acumulación de beneficios, así como la reglamentación de las condiciones de acceso a las órdenes sagradas. La misma tendencia transformadora se extendió entre los laicos, que se congregaron en nuevas comunidades, se abocaron a la fundación de hospitales-albergues, generalmente en relación con el desarrollo de las rutas y caminos de peregrinación y de comercio.

Con aspiraciones de reforma moral de la Iglesia y en contra de la corrupción del clero surgieron movimientos religiosos que predicaban el retorno a la Iglesia primitiva. Sin duda, este proceso se vio acicateado por los antagonismos sociales que se hicieron aún más evidentes en medio de las transformaciones económicas y la laicización de la administración pública. No todos los grupos de herejes registrados a comienzos del siglo XI tenían un objetivo anticlerical y puritano, algunos también mostraban algún influjo de la doctrina bogomila (procedente de los Balcanes y del Imperio bizantino. Eran dualistas, creían que la bondad existía solamente en el mundo del espíritu, el mundo del Dios excelente, y que el mundo material era creación del espíritu del mal). Estos predicadores comenzaron su actividad en Champaña (1000), Monforte (1018), Orleans (1022), Goslar (Germania) y Milán

(Lombardía). Si bien partían de una actitud ortodoxa, gregoriana, de lucha contra la simonía y la acumulación de riqueza y poder por parte de las jerarquías eclesiásticas, derivaron luego hacia tendencias anti jerárquicas, anticlericales, y fueron catalogados de herejes. Estos focos fueron prontamente extinguidos. Las últimas matanzas se dieron en Goslar en 1052, a lo que sobrevino un silencio hasta la reaparición virulenta de las herejías del siglo XII, prácticamente en los mismos centros geográficos.

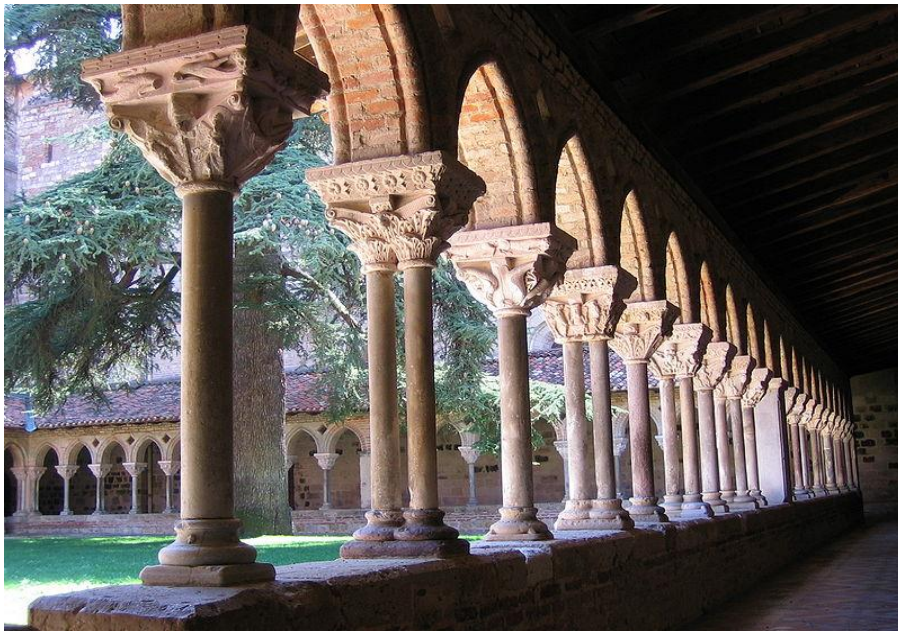


Ilustración 22. Claustro románico de la Abadía de Moissac (Francia) edificada sobre el Camino de Santiago y ligada a Cluny.

El renacimiento espiritual invadió todos los ámbitos y tuvo su correlato en una renovación artística: el arte románico. Se lo denominó así pues enlazaba con las antiguas tradiciones del Imperio romano y era distinto al arte de los reinos germánicos y al cristiano oriental. Su mejor expresión son las grandes abadías con extraordinarias decoraciones en sus tímpanos y capiteles y sus exquisitos frescos.

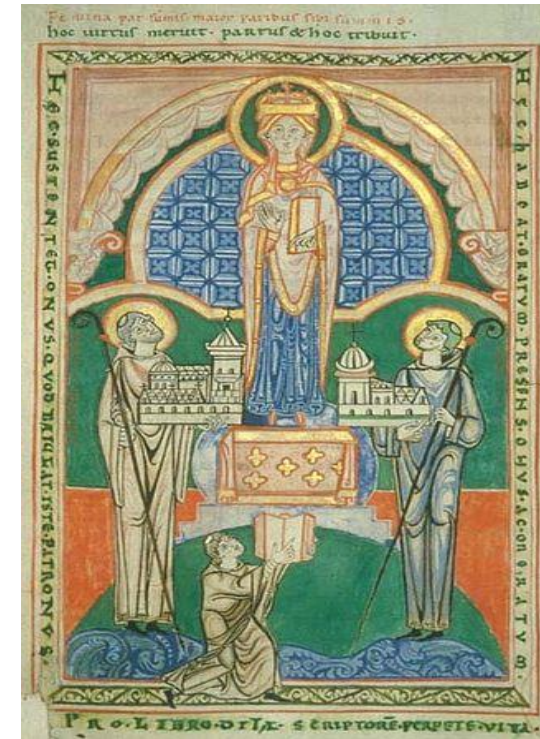


Ilustración 23. Esteban Harding y el abad de Saint-Vaast d'Arras depositando su abadía a los pies de la Virgen.

El románico logró consolidarse a partir del 1050 en toda Europa, pero sobre todo al sur, como un movimiento artístico monumental de carácter original: iglesias de grandes dimensiones, con altas torres, gran importancia del crucero, del coro, del deambulatorio, de capillas orientadas al este o de ricos artesonados, que dan a todo el conjunto impresión de gran solidez.

A pesar de que adquirió diferencias regionales, el románico siguió las rutas de peregrinación y se vio sometido a la influencia de las órdenes religiosas y al prestigio de las grandes abadías: Cluny primero y luego los grandes monasterios cistercienses. Se debe señalar una gran diferencia sobre todo en la ornamentación en dichos casos. Mientras Cluny aportó curiosidades y complacencias eruditas relativas a temas antiguos expresados en forma alegórica, ricas ilustraciones y abundantes relieves, Cîteaux reaccionó contra el exceso y la fantasía decorativa. El arte cisterciense expresó una nueva espiritualidad rechazando la fantasía ornamental y buscando una mayor pureza y sencillez en las líneas.

El siglo XII

Cuestiones políticas

El siglo XII constituye a todas luces una época fundamental en el devenir de la historia y la cultura europea dado que el modelo de monarca ideal encarnado en la figura del bíblico rey David, que ilustraba el vínculo armónico entre *monarchia* e *imperium*, entre lo secular y lo eclesiástico, caerá bajo el peso de su propia dinámica, fracturándose en dos jerarquías (universalistas en su fundamentación y ambiciones), que competirán por el control de la *universitas christianitas*. Competencia en la que, teniendo como campo de batalla la península itálica y las tierras imperiales germánicas, se desgastará posibilitando el surgimiento de poderes localistas: las “monarquías feudales”. En este complejo panorama, los conflictos de carácter feudal entre los Plantagenet y Capeto reconfigurarán las fronteras de Europa durante la Plena Edad Media, siendo la simiente de las futuras monarquías nacionales de la Modernidad.

En Inglaterra, el siglo se abre con el reinado de Enrique I *Beauclaire* (1100-1135) (nieto de Guillermo El Conquistador), que desde 1105 se hizo con el control de las posesiones ducales normandas con lo que reunía en torno a sí ambas márgenes del Canal de la Mancha. Su largo reinado continuará la obra de fortalecimiento de la monarquía, sustentada en un equilibrio inestable entre el elemento eclesiástico, el sajón y el normando. La colaboración del obispo Roger de Salisbury fue primordial en esta materia al promover una eficaz administración de justicia, sobre todo entre normandos y sajones, a cargo de jueces itinerantes, que actuaban en nombre del rey y contaban con la colaboración de los *Sheriff* locales. Además, durante el reinado de Enrique I se sentaron las bases de un eficiente sistema fiscal bajo el control de la *Curia Regis*, *Exchequer* o Tesorería Real, que proveyó de mayores recursos a la corona.

Por su parte, las relaciones con la aristocracia (barones), tanto laica como eclesiástica, tuvieron dos vertientes. Por un lado, supo negociar la fidelidad de la baronía anglonormanda mediante el reconocimiento de las demandas de estos sectores a través de la Ley de Coronación. Al mismo tiempo puso freno a las apetencias feudales de la aristocracia normanda (el conde de Shrewsbury y el señor de Cornualles, el conde de Mortain). Complementariamente dispuso la prohibición de las guerras privadas y la construcción de fortalezas sin autorización regia. En cuanto al estamento eclesiástico, las desavenencias estuvieron en torno a la aplicación de los principios de la Reforma gregoriana, sobre todo, en lo referido a la investidura cuya prerrogativa se negaba a delegar en las autoridades eclesiásticas.

Con el propósito de asegurar su política monárquica contrajo matrimonio con una princesa escocesa, Edith —portadora del linaje sajón que gobernó a Inglaterra—, con quien tuvo una hija, Matilde. Sin embargo, esta construcción de poder se vería truncada a su muerte, dado que la baronía desconoció a Matilde (casada con el duque de Anjou Godofredo V Plantagenet) como su heredera legítima, favoreciendo al sobrino del rey, Esteban de Blois (1135-1154).

La anarquía y el conflicto fueron permanentes durante este período lo que benefició las apetencias feudales de la nobleza, debilitando el poder del rey Esteban. Así, tras ser derrotado en la batalla de Lincoln en 1141 y muerto su heredero, Esteban acordó en 1154 que el hijo de Matilde y Godofredo Plantagenet, Enrique, lo sucedería. Este, que era duque de Normandía (1150), conde de Anjou (1151) y duque de Aquitania (1152) por el matrimonio con la duquesa Leonor (repudiada por Luis VII de Francia), fue coronado en 1154 como rey de Inglaterra. De esta manera, Enrique II Plantagenet (1154-1189), se convertía en el hombre más poderoso de su tiempo al reunir múltiples posesiones que lo conducirían a un inevitable enfrentamiento con su par y señor francés.

La obra del reinado de Enrique II debe enmarcarse como una continuación y restauración de las medidas adoptadas por los primeros reyes anglonormandos en pos de fortalecer la autoridad monárquica. Su férrea defensa de las prerrogativas regias se sustentaba en un entramado teórico-simbólico que se traducía en la exaltación del carácter sagrado, mediante la expresión del *Gratia Dei*, su taumaturgia y un elaborado ritual manifiesto en la coronación. En lo que a medidas se refiere, obligó a los grandes señores a destruir los centenares de castillos construidos sin autorización y volvió a imponer la administración

de justicia regia en todo el territorio, según lo había establecido su abuelo. Asimismo, no se limitó a administrar justicia, sino también dio muestras de sus dotes jurídicas a través de la promulgación de *Writes* (normas escritas dirigidas a los *Sheriff*) y *Assises* (decretos de tribunales regios de índole práctico) que irían a conformar el derecho común (*commonlaw*), con primacía sobre los derechos locales y feudales.

Por su parte, la relación con la Iglesia estaría marcada por las Constituciones de *Clarendon* (1164) que lo enfrentarían al alto clero inglés y al papado por la sujeción de los miembros del clero a los Tribunales Civiles en determinados casos, cuyas sentencias no podrían ser apeladas a Roma sin autorización real. Este conflicto tendría un trágico suceso en la figura de Thomas Becket, quien en defensa de los derechos eclesiásticos se enfrentaría al rey y terminaría siendo asesinado en Canterbury en 1170, por un grupo de caballeros que interpretaban los iracundos deseos del rey. Su muerte supuso la derogación de estas constituciones y el restablecimiento del derecho canónico para el ámbito eclesiástico.

La herencia de Enrique II lo haría responsable de un extenso y heterogéneo territorio (“imperio angevino”) sin base nacional, ley, ni lengua común ni tampoco lealtad familiar. Otorgando competencias y títulos honoríficos a sus descendientes hizo frente a los problemas de

dichos dominios y a los familiares al mismo tiempo. Los conflictos familiares fueron alternativamente aprovechados por sectores internos y externos del rey a los cuales supo sobreponerse. Sin embargo, la ambición de Enrique II excedía estos límites y se vería involucrado en conflictos con los escoceses, a los cuales sometió a vasallaje en 1173; con los irlandeses, de los cuales se coronaría rey sin ejercer dominio efectivo más allá de los condados de Dublín, Meath, Louth y Kildare. En el continente extendería su dominio sobre Bretaña y Auvernia, gracias a alianzas matrimoniales que ampliaron su base política. Finalmente, los conflictos familiares acabaron por exiliarlo en los territorios del rey de Francia, donde murió en Le Mans en 1189.

Su herencia recaería íntegra en su hijo Ricardo I Corazón de León quien al embarcarse en la Tercera Cruzada y luego en la reconquista de sus posesiones continentales en Francia, estuvo alejado de la administración del reino inglés, ejercida por su hermano Juan como regente. Tras la muerte de Ricardo en combate en 1199, Juan I Sin Tierra heredó la corona inglesa.

Así como los Plantagenet fueron protagonistas por excelencia del espacio inglés en el siglo XII, los Capeto lucharon en el ámbito francés por la consolidación del poder regio ante los señores feudales, algunos de los cuales (Anjou, Normandía, Aquitania, Flandes) tenían

más poder que el propio rey. La monarquía gala conocerá durante el siglo XII el comienzo de una consolidación, que aprovechaba la debilidad de la casa inglesa sobre los dominios patrimoniales angevinos, situados entre Soissons y Orleáns, valiosos por la fertilidad de sus campos y por su ubicación nodal en las rutas comerciales más importantes del norte de Francia.

El siglo XI en Francia culminó con el reinado en 1108 de Felipe I (1060-1108), quien estableció que los altos oficiales palatinos debían intervenir como representantes del rey en la transmisión hereditaria de los títulos nobiliarios; así se inició el proceso de consolidación del poder monárquico sobre la nobleza, en tierras galas. Sin embargo, la vida privada del rey lo llevaría a enfrentarse con la Iglesia y el papado (Gregorio VII), lo que acarrearía condenas, excomuniones sucesivas y alejamiento del proceso de Reforma gregoriana en Francia.

Con Luis VI (1108-1137), quien asumió tras la abdicación de su padre, se inició un período de reforzamiento de la autoridad regia, del cual no habría marcha atrás. Los dominios reales serían el punto de partida para establecer un nuevo orden en la sociedad feudal, cuya manifestación más evidente fue la persecución y control de los “malechores feudales” y la imposición de la justicia real. Con ello se comenzó a establecer un nuevo vínculo de relación entre el rey y sus súbditos.

Complementariamente reforzó y posibilitó los movimientos comunales en pos de debilitar la influencia de los señores feudales en el entorno urbano (tal como ocurrió en París, Orleáns, Bourgues, Étampes). Al mismo tiempo se convirtió en protector de los papas reformadores que eran perseguidos por los emperadores germanos. La colaboración y asesoramiento del abad Suger de Saint Denis sería de vital importancia en su política.

La habilidad del rey en el campo político lo llevaría a asociar a su hijo al trono y a gestionar hábiles alianzas, como el matrimonio del futuro Luis VII (1137-1180) con la heredera de Guillermo X de Aquitania, Leonor. Pero al asumir, Luis VII no supo administrar el edificio político dejado por su padre y, por el contrario, emprendió acciones que menguarían el dominio y el control territorial de la monarquía. En primer lugar, se alejó de la administración de su reino al participar de la Segunda Cruzada; y, luego al retornar de ella, repudió imprudentemente a su esposa Leonor en 1152. La disolución del matrimonio significó para la monarquía francesa no solo pérdida del ducado de Aquitania, sino su entrega a una dinastía rival. Tras un rápido enlace, en ese mismo año, Leonor pasó a ser la esposa de Enrique Plantagenet (futuro rey de Inglaterra, duque de Anjou, Maine y Normandía). Así, Luis VII había convertido a uno de sus vasallos en el más poderoso

señor del Occidente europeo. El conflicto no se hizo esperar. La segunda mitad del siglo XII estuvo plagada de enfrentamientos entre Plantagenet y Capeto; y, a pesar de que Felipe II Augusto (1180-1223) logró arrebatarse a Juan sin Tierra casi todas sus posesiones continentales, (a la corona inglesa solo le quedó inglesa la Guyena) el choque final no se dilucidaría hasta el siglo XV.

En el Imperio, el siglo XII significará la consolidación del carácter electivo de la corona lo que dificultará el fortalecimiento del poder imperial sobre la nobleza germánica, a pesar de los intentos de los Ottones, Salios y Staufens. En efecto, solo los reyes-emperadores que lideraban grandes dominios patrimoniales tuvieron mayores cuotas de poder efectivo al imponerse militar y económicamente con sus recursos a la voluntad de la nobleza.

El siglo se inicia con la muerte de Enrique IV, que había dejado inconclusa la lucha con el papado en la “Querrela de las Investiduras”, eligiéndose a su hijo, Enrique V (1106-1125) como emperador gracias al apoyo del papa Pascual II. Apoyo que, sin embargo, no le impediría continuar con la política imperial de su padre, sobre todo en virtud de mantener las prerrogativas de intervención eclesiástica tanto en Alemania como en Italia. El enfrentamiento con Pascual II encontró un

impasse en la firma de los Tratados de Sutri (1111) y de Ponte Mommolo (1111), sin embargo, el conflicto se renovó en 1116, momento en el que el papa volvería a condenar la investidura imperial.

Por el Tratado de Sutri (1111), el papa se comprometía a devolver todos los feudos recibidos por la Iglesia desde la época de Carlomagno. A cambio, el emperador renunciaba a realizar la conflictiva investidura eclesiástica. Tan radical solución no sería aceptada por los miembros de la Iglesia ni por los presentes en el intento de coronación imperial de Enrique V, lo que provocaría la revocación del tratado y la firma de uno nuevo en Ponte Mommolo. Por este acuerdo, el papa reconocía el derecho real de investidura con anillo y cruz, con consentimiento del rey, en una ceremonia previa a la coronación. El abandono posterior de este acuerdo por parte del papa estimularía la invasión a Toscana y la incorporación de los bienes de la condesa Matilde de Toscana al Imperio (1115), los cuales originalmente habían sido donados al papado.

El final del conflicto vendría con la firma del Concordato de Worms en 1122, que distinguió entre la investidura temporal y la canónica, tal como había planteado el teólogo francés Ivo de Chartres. A partir de este momento, los soberanos renunciaban a investir a los

obispos *per anulum e per baculum*; asimismo, en Germania, la elección canónica se realizaría en presencia del emperador o su legado y la investidura temporal con cetro precedería a la consagración. En tanto que en Italia y Borgoña, tendría lugar después de ella. Los acuerdos serían refrendados en 1123 en el I Concilio de Letrán, el cual puede ser entendido como una síntesis de una primera maduración del movimiento reformador ligado a la Querella de las Investiduras.

Al morir Enrique V sin descendientes los electores quedaron en libertad de romper con la tendencia hereditaria que había estado monopolizando la sucesión imperial. Bajo los auspicios de la Iglesia se eligió al sexagenario duque de Sajonia, Lotario III (1125-1137), quien no tenía hijo varón a sucederle. Ya en el trono, se ocupó de acotar el poder de Federico el Tuerto Hohenstaufen, duque de Suabia, quien se había considerado heredero de Enrique V. Lo que terminó en una ruptura en 1127, cuando los partidarios de los Hohenstaufen proclamaron Rey de romanos al hermano de Federico, Conrado III, sentándose las bases sobre las que se construirán los grupos güelfo (Lotario III) y gibelino (Conrado III). Asimismo, tal división se vio agudizada por la elección simultánea de dos papas a la muerte de Honorio II, Anacleto II, apoyado por los gibelinos, e Inocencio II, por los güelfos, imponiéndose finalmente este último gracias al apoyo militar de Lotario III. Mas, al

morir el emperador, la Iglesia temerosa de los proyectos imperiales sobre Italia del yerno de Lotario, Enrique el Soberbio, y percatándose de la oposición de los electores laicos a establecer una nueva dinastía imperial, favorecieron la elección de Conrado III como emperador (1138-1152).

Desde un primer momento, Conrado III buscó debilitar a sus oponentes en el Imperio, logrando que la Dieta de Wurzburg prohibiera la posesión por parte de un mismo noble de dos o más ducados que expresasen distintas ramas de la nación alemana. Arrebató así, en dos movimientos los de Sajonia y Baviera a su mayor oponente, el jefe güelfo Enrique el Soberbio, e inició con ello la guerra en el Imperio.

Asimismo, después de una deslucida participación en la Segunda Cruzada intentó concretar un proyecto imperial sobre Italia con el apoyo del papa Inocencio II. Necesitado como estaba de apoyo la lucha facciosa lo llevaría a exiliarse fuera de Roma tras la Revolución romana (expresión de la burguesía naciente liderada por Arnaldo de Brescia, quien estableció un gobierno comunal dirigido por un Senado). Pero, los proyectos de Conrado III no pudieron llevarse a cabo debido a los problemas internos a los que tuvo que hacer frente ante las reclamaciones territoriales de Enrique el León, heredero de El Soberbio.

Tras la muerte de Conrado III se abría nuevamente la sucesión imperial para la que se eligió a un Hohenstaufen, Federico I Barbarroja (1152-1190). Su candidatura se impuso por ser descendiente por línea materna del grupo *Welf* (güelfo), lo que generaba la esperanza de unificación de las facciones enfrentadas. Además, gozaba de gran prestigio por su papel en la Segunda Cruzada y por su experiencia de gobierno y juventud. La consolidación del poder monárquico en Alemania y la recuperación del prestigio de la corona constituyeron su objetivo primordial. Durante sus primeros años de gobierno logró fortalecer el poder imperial ante un papado debilitado por las hostilidades normandas y los movimientos republicanos de la “Ciudad Eterna”. Así, en su primer viaje a Italia alcanzó la coronación imperial de manos del Pontífice Adriano IV y conoció la realidad italiana sin atreverse a intervenir en ella, a pesar de los acuerdos de Constanza de 1153 con el papa.

Años después, en busca de recursos para su proyecto político, convocó en 1157 la Dieta de Besançon en donde se produjo un enfrentamiento con los delegados papales de Adriano IV, a raíz de la declaración del canonista Rolando Bandinelli que le recordó al emperador los *beneficia conferre* por el pontificado. Según esta visión, el término *be-*

neficium era equivalente a *feudo* y por ende los emperadores, al aceptarlos, pasaban a ser vasallos del papa. Mas, el rechazo manifiesto en la Dieta y el apoyo de la nobleza alemana al emperador obligaron al papa a dar marcha atrás con los argumentos de Bandinelli, afirmando que *beneficium* debía entenderse como “favor” o “ayuda” y no como *feudo*. Este repliegue papal confirmaría la postura política de los juristas imperiales —en especial la del canciller Reinaldo de Dassel— sobre el papel del emperador como fuente de todo derecho y como restaurador del *honor imperii*; la cual, se encontraba en línea con la de otros ideólogos (Otón de Freising, entre otros) que exaltaban la dignidad imperial a niveles casi sacramentales. Tal postura pro imperial llegó a afirmar que Roma e Italia eran feudos del Imperio, ya que en palabras de Federico “hemos recibido y poseemos el Reino y el Imperio solamente de Dios”. Y su poder universal no podía someterse a los designios del papa, quien pasaba a ser su vasallo.

El poder imperial, después de esta Dieta parecía no tener límites, pero la muerte de Adriano IV cambiaría el panorama en 1159, cuando un Colegio Cardenalicio dividido eligió a dos papas. La elección mayoritaria recayó sobre Rolando Bandinelli, que se impuso el nombre de Alejandro III, mientras que la facción imperial, claramente mi-

noritaria, eligió al antipapa Víctor IV. Tal cisma fue mantenido por voluntad imperial tras la muerte de Víctor IV al promover a Pascual III como sucesor, negando de esta manera nuevamente la legitimidad de Alejandro III. Mas, el punto de inflexión del reinado de Federico I se dio tras la muerte de Reinaldo de Dassel, durante la campaña imperial de 1167 en Italia, en la que intentó sojuzgar a las ciudades lombardas aliadas al papa Alejandro III. Finalmente, Federico fue derrotado en Legnano en 1176.

La capitulación marcó el inicio de la etapa diplomática del gobierno de Federico. Las primeras muestras de buen entendimiento del emperador y el papa se darán en Venecia y Anagni donde ambos se reconocieron en sus respectivos cargos y se le dio el título de Rey de romanos al hijo de Federico. Así, Alejandro III ganaba terreno en lo diplomático y por ello convocaría el III Concilio de Letrán (1179) en donde se adoptarían una serie de medidas que afirmarían la autoridad pontificia, allanando el camino a la Teocracia Pontificia de Inocencio III. Entre las medidas destacaron la reglamentación de la elección papal que, a fin de evitar el surgimiento de un antipapa, se establecía con dos tercios de votos afirmativos para un candidato. A su vez, este Concilio tomó claras medidas contra las herejías albigense y valdense,

prolongando las indulgencias de las Cruzadas a la lucha en el Mediodía de Francia.

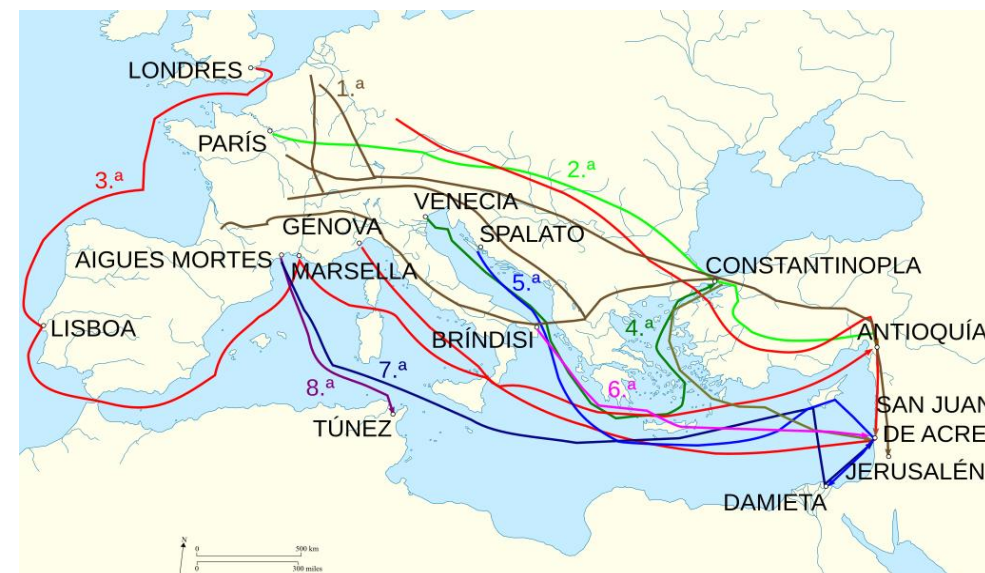
No obstante, la muerte de Alejandro III le permitió a Federico tomar medidas para eliminar las disidencias internas y fortalecer su posición e influencia en Italia. De este modo desposeyó a su primo, Enrique el León, pactó la Paz de Constanza con las ciudades lombardas y convino el matrimonio de su hijo Enrique con la princesa Constanza, heredera de Sicilia y Apulia.

La muerte de Federico en 1190 sobrevino en la cruzada convocada por Clemente III. Le sucedió su hijo Enrique VI, quien obtuvo rápidamente la corona imperial del papa Celestino III en 1191. La muerte de un rival de su esposa a la corona siciliana, Tancredo de Lecce le permitió en 1194, y con suma brutalidad, cumplir las ambiciones imperiales de su familia en Italia. Su breve reinado cesó en 1197 dejando a un niño de tres años como heredero, Federico II. Ese mismo año asumiría el Pontífice más importante de la Edad Media: Inocencio III.

En Oriente, los latinos a partir de la Primera Cruzada habían fundado cuatro Estados, entre ellos el más importante por la carga simbólica que acarreaba era el Reino de Jerusalén. Conquistada la Ciudad Santa en 1099 se transformó en la capital política de los latinos. Godofredo de Bouillon se proclamó protector de Santo Sepulcro y a su

muerte su hermano Balduino fue reconocido como rey, pero la realidad era que los latinos controlaban solamente la ruta y la conquista del territorio fue una larga lucha. Con ayuda de la flotas italianas lograron dominar las ciudades de la costa: San Juan de Acre (1104) Sidón, Beirut (1110) y Tiro (1124). A la muerte de Balduino (1185) el trono fue disputado por facciones rivales y este enfrentamiento interno fue aprovechado por el nuevo líder del mundo musulmán, Saladino quien venció a los latinos controló Jerusalén y San Juan de Acre, lo que modificó el mapa político y las relaciones de fuerza en Oriente. Los países occidentales mandaron refuerzos, pero no pudieron revertir la situación, incluso se llegó a preparar una cruzada, la Tercera, encabezada por Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León quienes, aunque consiguieron algunos éxitos aislados, el mayor logro estuvo en que Ricardo consiguió negociar con Saladino ciertos aspectos de las peregrinaciones a Tierra Santa.

Lo cierto es que a partir de 1190 las expediciones occidentales no estuvieron directamente encaminadas a la recuperación de Palestina, sino a la conquista de nuevas tierras y al dominio de los rivales en Oriente: el Imperio bizantino y los musulmanes.



Mapa 17. Las Cruzadas.

El Imperio bizantino había alejado el problema turco con la llegada de los latinos, lo que provocó una nueva orientación política de Constantinopla con la dinastía de los Comneno: los emperadores buscaron intervenir en los asuntos de Occidente. Juan II Comneno y su hijo Manuel I (1118-1180) tenían la esperanza de recuperar la unidad del Imperio y extender su autoridad por Occidente. Buscaron una reconciliación con el papa, con algunos príncipes y con las ciudades comerciales italianas, sobre todo Venecia, pero aunque no consiguieron sus propósitos restauraron el prestigio bizantino y lograron ampliar la línea

fronteriza de los Balcanes. En contraposición a la política imperial, con la llegada de los cruzados y de los beneficios que se les otorgó a los comerciantes occidentales, surgió un sentimiento de profunda hostilidad hacia los latinos, a los que popularmente se les tenía temor y odio. Esto marcó la oposición popular a Manuel I considerado demasiado “amigo” de los latinos y el reconocimiento en 1183 como emperador a Andrónico I, abanderado de la reacción nacional.

En el imperio musulmán, por su parte, se agravaron los problemas políticos y desmembramientos, el califa reinaba solo sobre Bagdad y su zona de influencia. Un jefe de origen kurdo, Saladino, derrocó al gobierno de Egipto en 1171, se proclamó sultán y formó un Estado fuerte que se expandió hasta el Éufrates. Saladino reunió en torno a sí varios grupos enfrentados pues representaba la lucha contra el infiel. Venció a los cruzados en 1187, tomó Jerusalén donde reconstruyó la gran mezquita de Omar. Saladino se convirtió en un héroe legendario para propios y extraños y a partir de su época, Egipto se puso a la cabeza del mundo musulmán de Oriente

Cuestiones sociales

La organización de la sociedad medieval del siglo XII fue el producto de las transformaciones económicas y sociales de tiempos anteriores.

A comienzos de este siglo, se mantuvo la clásica división estamental de la sociedad feudal: *oratores*, los que rezan, *bellatores*, los que combaten y *laboratores*, los que trabajan.

Esta disposición vertical aparentemente cerrada, respondía a la intención eclesiástica de sacralizar la sociedad en un orden creado y querido por Dios. *Il ordo* colocaba en la cúspide a la aristocracia feudal, integrada por los señores y vasallos, ubicándose por debajo mercaderes, campesinos, artesanos y los siervos.

En este período, la aristocracia como clase social cimentaba su poder en la propiedad de la tierra, símbolo de la condición nobiliaria y de estirpe. La necesidad de mantener la base económica y familiar obligaba a la transmisión indivisa del patrimonio mediante la adopción del derecho de primogenitura. Dejaba a los hijos segundones sin posesión alguna ni poder institucional y los relegaba a hacer fortuna por sí mismos. Unos abrazaban la Iglesia, otros se dedicaban a la aventura, para convertirse en caballeros errantes.

Asimismo, la nobleza experimentaba en su composición la división entre la alta nobleza, o nobleza de sangre, y la baja nobleza o aristocracia de segunda fila. La alta nobleza, formada por los antiguos linajes, se diferenciaba de los *milites et armigeri*, *servi nobiles*, caballeros y escuderos, servidores nobles, por ser los señores hombres libres

y nobles, tener fama y honor. Sus privilegios jurídicos-sociales les venían dados por la sangre, en virtud del nacimiento y del linaje, y de su función social: ser guerreros protectores de la sociedad.

Dentro de la baja nobleza o aristocracia de segunda fila, como la llama J. Flori, se encontraban los nobles venidos a menos, los caballeros, profesionales en el arte de la guerra, unos con pequeños dominios en alodios y otros sin posesión alguna. Luego se les incorporaría los *menestres* o ministeriales.

La caballería como distintivo funcional de la nobleza, tuvo cambios en el siglo XII que produjeron una reestructuración de su orden y un nuevo significado. Ingresar en principio tenía como condición la fortuna, tornándose luego asequible a los aventureros, poseedores de recursos, o a los distinguidos en los entrenamientos y combates. Su función ligada a la defensa de los dominios feudales del señor, contra todo ataque y peligro, permitió a algunos caballeros de origen servil, hacerse de los feudos. Esto determinó con posterioridad su reglamentación para el ingreso a la caballería.

La violencia mostrada en los torneos o justas, con derramamiento de sangre cristiana, hizo necesaria la intervención de la Iglesia en la formación de los caballeros, cristianizando los ritos de iniciación,

y poniéndolos al servicio de la Iglesia, en defensa de los huérfanos y viudas. Nacía la figura del héroe, piadoso y caritativo.

El uso del *ban* en el sistema feudal significó para la aristocracia la incorporación de una nobleza de oficios, los *menestrales* o *ministeriales* de origen humilde y a veces servil, encargados de las funciones administrativas y militares de tierras o feudos puestas bajo su cuidado, cargos que se convirtieron hereditarios y conllevaron la adjudicación de las propiedades.

En la estratificación social, además de la nobleza se hallaba el clero, que en su disposición interna encontraba diferencias sociales y económicas entre el alto y bajo clero. Los miembros del alto clero, obispos o canónicos, solían proceder de familias nobles. Ocupaban los altos cargos eclesiásticos como el cabildo catedralicio, las dignidades abaciales y priorales de los principales monasterios masculinos y femeninos. Dueños de un gran patrimonio, ejercían el señorío y la defensa de sus dominios, descuidando la labor religiosa.

En la distribución estamental, el bajo clero poco se diferenciaba de su entorno local. Casi analfabetos, su instrucción rudimentaria se basaba en la memorización del ritual y la liturgia cristiana. Estos clérigos, presbíteros y diáconos, tenían a su cargo la administración de las

parroquias urbanas menores y las parroquias rurales. En la tarea encomendada debían hacer frente a las pretensiones de los señores feudales, quienes erigían en sus dominios iglesias, nombraban los clérigos, usurpaban los derechos parroquiales como la administración de los sacramentos, percibían sus rentas, retenían los diezmos y oblatciones. Sin embargo, a pesar de las diferencias sociales y económicas era el medio ideal para el ascenso social a los puestos de poder e influencia.

Finalmente, en la base de la pirámide social se encontraban los *laboratores*, cuya categoría, al decir de Le Goff, resulta difícil de definir por la terminología tan variada, siendo a veces la distancia entre la condición jurídica y social, enorme. Se habla de siervos, de campesinos, designados bajo el término genérico de *villani*, *manentes* o *rustici*. Soportaban no solo el pago de las cargas, que fluctuaba según la región, sino también eran los encargados de realizar las tareas serviles.

En Flandes y en similares condiciones en Turingia o Sajonia, hacia mediados de este siglo, los campesinos debían al señor un ligero censo y las tenencias campesinas se convirtieron en hereditarias e inalienables. Mientras al este del Elba, en las áreas de colonización, solo debían pagar rentas fijas y muy módicas, donde las prestaciones de trabajo se encontraban prácticamente ausentes.

Por otra parte, la circulación de la moneda permitía la variación en la prestación de servicios según las regiones, al punto de sustituir el servicio personal como pago de la carga, por las especies o dinero. En algunas reservas del señor, creció el trabajo de los asalariados, pero en otras se conservó el servicio personal realizado por los domésticos, gente próxima a la condición de siervos y de los antiguos esclavos. A pesar de estos retrocesos, la situación de los campesinos tendió a mejorar; se produjo la movilidad social, como en el caso de los ministeriales, o bien ante la opresión desmedida de los señores con la huida hacia la ciudad.

Una visión simplista del siglo XII indica que frente al mundo feudal rural se erigía el burgués urbano, caracterizado por la libertad y el progreso socio-económico. Sin embargo, para Emilio Mitre, estos ideales ocurrieron en el mismo contexto feudal, pues lejos de destruir ese viejo orden, el objetivo era conseguir un lugar dentro de él.

Ello podía observarse en algunas ciudades donde los intereses nobiliarios coincidían con los burgueses. Un ejemplo fueron las ciudades meridionales de Francia en donde los linajes nobiliarios repartían sus intereses entre la ciudad y el campo. En el norte y centro de Italia, la fusión de las familias nobles y burguesas dio origen al grupo de los magnates.

La realidad social mostraba a un puñado de familias detentadoras del poder económico y político de la urbe. Eran los *potentes* o *mejores* y conformaban el patriciado urbano, que proporcionaba los concejales y cónsules al gobierno de la ciudad. La fortuna de estas familias se basaba en la posesión de las tierras y de las casas urbanas como en el beneficio del comercio y la industria. Al igual que la nobleza feudal, la jerarquía urbana remitía a la antigüedad del abolengo familiar. Sin embargo, otrora habían sido mercaderes que supieron sacar provecho a sus negocios y hacerse de una fortuna para luego encumbrarse socialmente. De esta manera, la jerarquía urbana la marcaba el dinero y el beneficio que reportaban las profesiones junto con el honor de las mismas.

En este sentido, la importancia del clero en su visión de los oficios lícitos e ilícitos era importante. Para este período, los oficios que la Iglesia condenaba se reducían a las prostitutas y usureros, debido al cambio de pensamiento a raíz de las transformaciones económicas y sociales en el siglo XII. Reflejo también de ello fue su variación en la concepción sobre la importancia del trabajo. Considerado en la época feudal signo de inferioridad y desprecio, se convirtió en el fundamento de la riqueza y la salvación, medio contra la ociosidad, los peligros mo-

rales y sociales. Sin embargo, el trabajo de los artesanos siguió reputándose como inferior al de los comerciantes. Lo mismo sucedió con respecto a la usura.

La evolución de las prácticas religiosas proporcionó otras justificaciones, permitiéndoles a los burgueses realizar obras de caridad. También la introducción del Purgatorio, descrito en las visiones de san Patricio, o la de Túngano en este siglo, posibilitaba a los fieles purgar los pecados que la confesión no había lavado y así salvar sus almas. El Purgatorio dará esperanzas a quienes la Iglesia consideraba sospechosos por su actividad, como a los usureros, que verán en él la posibilidad de conservar en el mundo terrenal sus ganancias, sin la pérdida de la vida eterna.

En este siglo también la Iglesia se pronunciará sobre el matrimonio. Al enumerarlo dentro de los sacramentos, adoptará disposiciones en cuanto a las obligaciones de los contrayentes. Al definir a las mujeres como pasivas y dependientes estableció al marido como cabeza pensante, la persona pública tanto para sí mismo como para su mujer.

Por debajo de la alta burguesía se encontraba la masa urbana, integrada por los comerciantes, artesanos, inmigrantes, los campesinos que emigraban del campo. Serán los que pasarán a integrar el *popolo grasso*.

Cuestiones económicas

El siglo XII formó parte de un proceso de expansión económica que comenzó en el siglo XI y alcanzó su culminación en el XIII. La reactivación urbano-comercial y la consolidación de la burguesía como grupo social dedicado al comercio, a la manufactura y a la banca, serán los rasgos distintivos del periodo.

La génesis de la llamada “revolución comercial” sigue siendo polémica. Ni la preponderancia musulmana en el Mediterráneo en el altomedioevo, contra lo que sostenía Pirenne, ni las incursiones normandas en los siglos IX y X, interrumpieron el comercio en Occidente, por el contrario, podría decirse que lo incentivaron reactivando la circulación monetaria.

Entre los factores generadores del despertar urbano-comercial debemos destacar las tareas destinadas a ampliar la superficie cultivada como así también el desarrollo tecnológico aplicado a incrementar la productividad en el campo. De este modo, en el año

1100 comenzó la desecación de pantanos en Flandes, la creación de los *polders* y a lo largo del siglo XII el afianzamiento del movimiento roturador. Solo en este siglo se conseguirá que el estuario del Escalda y la costa del Mar del Norte fueran tierras definitivamente aptas para el cultivo. También se difundirá el sistema de rotación trienal que permitirá una diversificación en la dieta alimentaria y una disminución de la probabilidad de hambruna.

Asimismo, se seguirá utilizando el molino de agua y en 1180 hará su aparición, en Normandía e Inglaterra, el molino de viento cuyo uso se expandirá por todo Occidente y será utilizado sobre todo en aquellas zonas carentes de cursos de agua o donde estos se hielan con facilidad en invierno. La capacidad de molienda de grano de un molino de tipo medio equivalía a cuarenta hombres. Tanto los hidráulicos como los de viento no solo se usarán para la molienda de grano también servirán a la incipiente industria metalúrgica y textil. Así, aparecerán fraguas en zonas boscosas y molinos bataneros que sustentarán la pañería europea.

Desde el siglo anterior el caballo había comenzado a reemplazar al buey en el tiro del arado para las tareas agrícolas; su uso está documentado en el siglo XII en Inglaterra, aunque todavía asociado al buey. Este reemplazo gradual irá unido al desarrollo del cultivo de la avena

que servirá para su alimentación. Será importante el avance también de otros cereales como el trigo, la cebada, el centeno —el pan era el alimento básico en la dieta europea— y de los viñedos en distintas regiones de Francia.

Debemos destacar una tendencia hacia el “enfranquecimiento” (de franquicia) rural, donde las tenencias campesinas se vieron aliviadas por el pago de censos que muchas veces se estabilizaron y se hicieron hereditarias e inalienables. Desde mediados de siglo XII, fue el caso de las comunidades campesinas asentadas en los *polders* de Flandes. En la península ibérica también se registró la concesión de cartas de franquicia en tierras ganadas al islam.

Esta expansión agraria estuvo unida a la comercial y urbana. La Guyena, bajo control inglés, será la proveedora de vinos de Europa del norte. No obstante, serán frecuentes las hambrunas, como las de los periodos 1124 a 1126 especialmente en Bélgica, las de 1144 a 1146 y la de 1151, sobre todo en Alemania. Pero a pesar de ellas prevaleció el aumento de la producción y la disponibilidad de excedente para comercializar. Consecuencia de esto será el importante crecimiento demográfico. En Francia occidental harán su aparición nuevos núcleos de población con nombres significativos que varían según la región:

villanuevas, bourgs y bastidas, erigidas como pequeñas fortalezas en las fronteras con los dominios ingleses.

En las comunas urbanas se produjo un movimiento similar al del “enfranquecimiento” de las comunas rurales, en donde los vecinos lucharon frente al poder feudal y eclesiástico por sus libertades jurídicas y un gobierno autónomo. Ejemplo de esto es la carta de la comuna de Dreux. En 1180 Roberto, conde de Dreux y de Braine, hermano del rey de Francia, reconocía a los burgueses de la localidad garantías económicas y jurídicas a cambio de que cumplieran con una serie de obligaciones tradicionales.

Los mercados y las ferias emergieron como manifestaciones del resurgir comercial. Las ferias, a diferencia de los mercados, se caracterizaban por ser centros de intercambio al por mayor y a nivel internacional. En este siglo comenzó el esplendor de las de Champagne, punto de encuentro de comerciantes de dos polos importantes: el del norte, Flandes, con su puerto Brujas, y el del sur, Italia. Flandes utilizaba la lana inglesa como materia prima para fabricar paños y se puso a la vanguardia de la industria textil europea. En 1158, se fundó la ciudad de Lübeck que conformará con Bremen y Hamburgo la Liga Hanseática, núcleo de comerciantes y ciudades alemanas que llegará a monopolizar el comercio en el Mar Báltico y se expandirá hacia el este, sobre

las tierras eslavas, donde Rusia será la principal fuente de productos y principal mercado. En el sur se destacaban y rivalizaban entre sí ciudades italianas como Génova, Florencia, Venecia y Milán. Las Cruzadas favorecieron su expansión comercial hacia Oriente, pues la colaboración en el transporte de los cruzados les facilitó la conquista de bastiones importantes como Acre, Trípoli, Beirut, Sidón y Tiro, a lo largo del primer cuarto del siglo XII. En el 1100 se celebró una convención comercial entre Venecia y el reino de Jerusalén y en 1150 un Tratado comercial entre Pisa y Bizancio. Los comerciantes italianos vendían en el mundo bizantino y musulmán los paños flamencos e importaban productos de lujo como sedas y especias junto al alumbre y las maderas, que repartían en todo Occidente.

El incremento de la actividad comercial permitió reactivar la circulación monetaria que irá reemplazando progresivamente el pago en especie. A fines del siglo se acuñaba en plata el *gros* o *matapán* junto al *gros* de oro, ambos en la ciudad de Venecia. Una parte de la burguesía, la más rica, se dedicaba al gran comercio de exportación y a la banca y concedía préstamos con interés. La Iglesia se mostraba recelosa frente a los cambios que se estaban viviendo, como la ganancia mercantil, y junto al Estado prohibirá la usura. Pero terminarán

aceptando y asumiendo las nuevas prácticas ante la necesidad de dinero. Así, a fines de este siglo los templarios, miembros de una orden religiosa-militar, oficiarán de banqueros de los reyes de Francia e Inglaterra.

Variados instrumentos técnicos y jurídicos servirán de apoyo al gran comercio. El contrato de *commenda* se originó para satisfacer las necesidades del comercio marítimo. Por medio de este tenía lugar la asociación entre un comanditario, que aportaba los capitales, y un mercader que aportaba el trabajo. Los beneficios se solían repartir en tres cuartas partes para el primero y una para el segundo. En 1175 se celebraba un contrato de *Commenda* en Génova. El socio sedentario solo recuperaba su aportación si el cargamento llegaba a destino. La búsqueda de un sistema de garantías llevará al inicio de los primeros procedimientos de seguros, que a fines de este siglo aún no tendrán muy definidas sus características.

Los artesanos se organizaban en corporaciones de oficios bajo distintos nombres, *guildas*, artes, cofradías, gremios. Por medio de ellas defendían su autonomía y se protegían frente a los extranjeros ejerciendo el monopolio de su oficio. La industria textil será la que llegará primero a la división y jerarquización del trabajo, como los teje-

dores de Maguncia. También se organizarán así en este siglo los peleteros de Colonia y los zapateros de Ruan. El origen de estas corporaciones es discutido, pero parece difícil establecer una conexión con los *collegia* romanos. Tendrían su antecedente en las asociaciones de comerciantes o en las cofradías religiosas.

Los comerciantes supervisaban muchas veces la labor de los artesanos, les suministraban las materias primas y comercializaban su producción. Llegaron a enriquecerse, a poseer un importante poderío económico que les permitió alcanzar el poder político, distanciándose del artesanado que irá tomando gradualmente conciencia de esta diferencia, hasta estallar en protestas sociales durante los últimos siglos medievales.

Cuestiones culturales

El siglo XII, en especial en su faceta cultural, ha sido caracterizado por la historiografía como un “florecimiento”, un “renacimiento” y, más recientemente, como una “crisis”. Tan variada gama de términos solo coincide en la percepción del historiador de que “algo” ha cambiado respecto de los siglos anteriores. Pero ¿qué es aquello que nace, resurge o se transforma en esta época? La ciudad y con ella la vida urbana. En efecto, la ciudad recuperará su rol en la producción y difusión

de saberes, volviendo a ser sede y referente del pensamiento tras siglos de ruralización de la cultura.

El hecho de que la ciudad se estuviera convirtiendo en el centro de la vida económica y política de Europa occidental hizo que la Iglesia se interesara en ella. En ese contexto, los monasterios enclavados en ambientes rurales y aislados del mundo no servían a los nuevos intereses del papado. Por ello, la Iglesia colocó su atención en el clero secular por sobre el regular, comenzando a incrementar su poder y riqueza en detrimento de los monasterios. No obstante, no significó la sentencia de muerte para el monacato. En efecto, la Orden del Císter mantuvo su auge hasta fines del siglo XII.

La Orden fue fundada en Cîteaux o Cistercium (Borgoña, Francia) en 1098, época en la que la Orden de Cluny había comenzado a decrecer en poder e influencia. Se organizó en la “Carta de Caridad” (1114) bajo las reglas benedictinas de sencillez en el culto, pobreza, silencio, trabajo manual y ruptura con el mundo. Pero el despegue intelectual y político de los cistercienses llegó con el arribo de san Bernardo (1115-1153) a la abadía de Claraval. Gracias a su labor, la Orden se expandió a lo largo del siglo XII, encontrándose monasterios desde España a Polonia y de Tierra Santa a Irlanda, que se vinculaban en torno a una de las cinco grandes abadías (Cîteaux, la Ferté, Pointigny,

Clairvaux o Claraval y Morimond) y a un poder central con sede en Cîteaux, formado por el abad general y el Capítulo general. La organización flexible de los monasterios cistercienses les aseguraba una total autonomía interna, limitada solo por la visita anual del abad de la casa matriz.

No obstante, este fruto tardío de la vida monacal no deberá hacernos perder de vista el florecimiento de una cultura marcadamente urbana, terrena y con matices laicos cada vez más acentuados en la Europa del siglo XII. Un claro ejemplo de ello serán las escuelas urbanas incentivadas por la Iglesia en busca de mejorar la formación intelectual de sus miembros. En efecto, las primeras escuelas urbanas nacieron ligadas a los cabildos catedralicios en el siglo XI, pero al transcurrir el XII, el vínculo se debilitó enfatizándose su carácter laico.

La fama de estos centros educativos fluctuaba según el maestro que ocupara las cátedras. Por ejemplo, Abelardo y Anselmo hicieron famosas a las escuelas de París y Lyon. Asimismo, las escuelas europeas más destacadas pasaron a ser referentes en algún área del conocimiento como Orleáns en Retórica y Gramática; París en Dialéctica y Filosofía; o Bolonia en Derecho. No obstante, a pesar de su especialización todos estos centros compartieron un mismo programa de estudio: se enseñaban las siete artes liberales de la Antigüedad reunidas

bajo el nombre de *quadriivium* (Aritmética, Geometría, Astronomía y Música) y *trívium* (Retórica, Dialéctica y Gramática).

En tierras francesas destacaron dos centros intelectuales de gran predicamento: París y Chartres. Por un lado, la escuela catedralicia de París recibía gran parte de su renombre gracias al trabajo de dos pensadores: Pedro Abelardo y Pedro Lombardo. El primero de ellos, catedrático, buscó sistematizar la reconciliación entre razón y fe, superando a san Anselmo, quien enunció por primera vez la fórmula “La fe en busca de la inteligencia” (*fides quaerens intellectum*). Mas, este intento por racionalizar la teología no fue bien recibido por todos los miembros de la Iglesia. San Bernardo de Claraval, monje cluniacense, atacó la racionalidad de Abelardo en la que encontraba posiciones heréticas, según manifestó en el concilio de Sens (1140). Bernardo se oponía a que la fe fuera puesta en crisis, según le expresó en carta a Inocencio II (*Contra errores Petri Abaelardi*), ya que partía de la tesis de la primacía de la fe sobre la razón. La fe siempre debía ser aceptada porque la verdad que hay tras la creencia en Dios es un hecho directamente infundido por la divinidad y por lo tanto incuestionable e incognoscible. El argumento bernardino fue bien recibido por el papa quien condenó a Abelardo, por hereje, a perpetuo silencio; castigo que le sería luego retirado para volver a sus tareas docentes.

No obstante, y a pesar de la persecución eclesiástica, las inquietudes intelectuales de Abelardo no disminuyeron, jugando un importante papel dentro de la “querella de los universales” o de las ideas generales. El debate hunde sus raíces en la confrontación realismo aristotélico-idealismo platónico que durante el siglo XII tomará respectivamente los nombres de nominalismo (los universales existen solo en la mente mientras que en la realidad externa son un conjunto de elementos particulares), y realismo, los universales existen por sí mismos fuera de la mente. Para la época el realismo platónico había sido abandonado por el realismo esencialista de Guillermo de Champeaux, que entendía a los universales como esencias que existen en la realidad y residen en las cosas particulares, pero las trascienden, haciéndolas formar parte de conjuntos abstractos mayores. En esta dicotomía teórica, Abelardo se ubicará dentro del nominalismo al proponer que los universales radican en el símbolo lingüístico que toma su significado del lenguaje compartido por los hombres. Es decir, colocó lo universal fuera de la mente individual para depositarlo en una cosa que es causa generadora de la acción del pensamiento.

Por su parte, así como París con Abelardo se destacó como un centro filosófico y de ejercicio dialéctico, Chartres resaltó como un gran centro científico, sin desechar las enseñanzas del *trivium*. Hizo

hincapié en el *quadrivium* y en el estudio de la *res* o materia. Analizó a la naturaleza bajo una concepción física, como una serie de causas y ya no como un conjunto de símbolos que se refieren a un mundo supraterráneo incognoscible. No obstante, el naturalismo que caracterizó a esta escuela catedralicia le hizo negar la posibilidad del caos en la naturaleza, todo debía tener un orden en la Creación. Asimismo, Chartres fue marcadamente humanista, dado que colocó al hombre como centro y objeto de la Creación, no como un accidente en ella. En efecto, concibió al hombre como un ser eminentemente racional que aunaba en su ser la razón y la fe sin que por ello dejara de pertenecer a la naturaleza. Dentro de este contexto empezó a comprenderse al hombre como un *homo faber* que coopera con Dios y la naturaleza en la Creación, al transformar la materia en los talleres.

Por último, no podemos dejar de mencionar a Bolonia, dedicada a los estudios de Derecho civil y canónico. En lo que a Derecho civil se refiere, la figura más destacada fue Ireneo, probablemente el primer occidental en utilizar en sus clases el *Corpus Iure Civile* de Justiniano que posteriormente serviría de fundamento al poder imperial y a los de los monarcas. A su vez, Graciano es quien se destacó en el ámbito del Derecho canónico. Su *Decretum* (1151) purificó el Derecho canónico de contaminaciones y contradicciones, a la vez que, en línea con

la reforma gregoriana, entendió a la Iglesia como una monarquía centralizada con un derecho propio y un rol sobrenatural.

En este contexto de efervescencia intelectual se produjo el ascenso de las lenguas vulgares o romances a la dignidad de vehículos de una cultura laica escrita, perdiendo la Iglesia el monopolio cultural ligado a la literatura en latín, y permitiendo la transmisión de tradiciones culturales marginales al dogma cristiano. Tal florecimiento de una literatura vernácula sirvió de soporte a toda una cultura laica y cortesana que se estaba conformando en Francia meridional (lengua de Oc) y septentrional (lengua de Oïl): el *Amour Courtois* o Amor Cortés. En efecto, los *romans* o novelas cortesas se destacaban por perpetuar este código que propició un amor antimarital, no siempre insatisfecho, pero siempre cargado de erotismo y seducción, siendo la castidad la peor afrenta contra el dios del Amor. Bajo tal concepción, la mujer jugaba un rol activo y fundamental a la hora de concretar y posibilitar la relación amorosa: era la señora a la que servía el caballero que la cortejaba. Los más acabados ejemplos de tal producción literaria fueron las obras de Chretien de Troyes, gestadas en la Francia septentrional a fines del siglo XII, las cuales difundieron los valores guerreros de los milites o caballeros, combinados con el cortejo y la seducción de una dama que sería su *domina* o señora a la que dedicaría sus proezas.



Ilustración 24. Escena de amor cortés en Provenza (Manuscrito del siglo XIV. Biblioteca Nacional de París).

Otra vertiente de la renovación intelectual fue el cuestionamiento al dogma de la Iglesia romana, conformándose visiones alternativas a la ortodoxia de la fe que fueron llamadas herejías. Entre las primeras se destacó la secta de los Pobres de Lyon, creada en 1170 por Pedro Valdo.

Rico burgués de Lyon (Francia) decidió abandonar su vida lujosa y bienes para predicar con sus discípulos la penitencia y la pobreza. Al final, sus planteos lo llevaron a ser excomulgado en el concilio de Verona (1184), aunque ello no impidió que siguiera predicando duramente contra la jerarquía eclesiástica.

También durante el siglo encontramos la conformación de otro grupo herético en el sur de Francia: los cátaros que rechazaban lo material y exaltaban el espíritu. Se basaban en la doctrina dualista maniquea (bien y mal eran dos fuerzas que cooperaban en la creación del mundo), proveniente tal vez de Constantinopla y Lombardía, traída por caballeros que regresaban de la Segunda Cruzada. Entendían que la creación del mundo no solo se debía a Dios, sino también a Satanás, además, al igual que los valdenses, rechazaban las jerarquías. Los seguidores no estaban sujetos a una norma especial, pero los perfectos llevaban una vida muy austera y se dedicaban a difundir la doctrina y a consolar a quienes estaban en trance de muerte a través del sacramento del *consolamentum*. Con el transcurrir de las décadas estas ideas se consolidaron en el *Languedoc* u Occitania (sur de Francia), especialmente en la zona del obispado de Albi de donde derivará el nombre de albigenses, y abarcaron una zona que se extendió desde los Pirineos hasta más allá de las tierras renanas. El siglo XIII verá el fin

de la herejía cátara con la cruzada contra los albigenses dirigida por Simón de Monfort.

Un fenómeno asociado con las Cruzadas fue la creación de las órdenes militares que eran instituciones que aunaban los aspectos religiosos, realizando votos de pobreza, castidad y obediencia, con el componente militar pues se encargaban de la defensa de los Santos lugares y la protección de los peregrinos. Eran mojes-soldados. Las principales fueron: la Orden de san Juan o del Hospital de Jerusalén fundada en 1120; la Orden de los Caballeros del Templo (los Templarios), fundada en 1118 que alcanzó un enorme poder tanto en Tierra Santa como en Occidente y la de los Caballeros Teutónicos, reconocidos en 1192, pero que pronto trasladó su actividad a Alemania. En la península ibérica surgieron las Órdenes de Santiago, Alcántara, Calatrava y Avis.

En lo que al arte se refiere en el siglo XII convivieron dos estilos arquitectónicos que marcarán la identidad del medioevo. Por un lado, el románico, que se encuentra a caballo entre el siglo XI y XII, se mantuvo en auge en el sur de Europa, sobre todo en la construcción de monasterios. Por el otro, el llamado gótico, un arte regio, vinculado al comienzo del triunfo Capeto y urbano. Heredero del románico, comenzó a configurarse a mediados del siglo XII, en las zonas

comprendidas dentro de los actuales límites de la Francia septentrional especialmente en la Ile d'France. El abad Suger, ministro de los reyes Capeto de Francia, promovió la fusión de elementos arquitectónicos que le dieron origen, entre ellos, el arco ojival, el arbotante y la bóveda de crucería que adelgazaron los muros y permitieron la apertura de amplios ventanales donde se destacaría el arte de los vitrales. Así, el mundo de la luz y del color se hizo con los penumbrosos ámbitos eclesiásticos. Su primer exponente lo encontraremos en el coro de Saint-Denis de la basílica de Vézalay (1144), pero se destaca entre todas las edificaciones la magnificencia de la catedral de Chartres, bañada por la luz azul de sus vitrales.

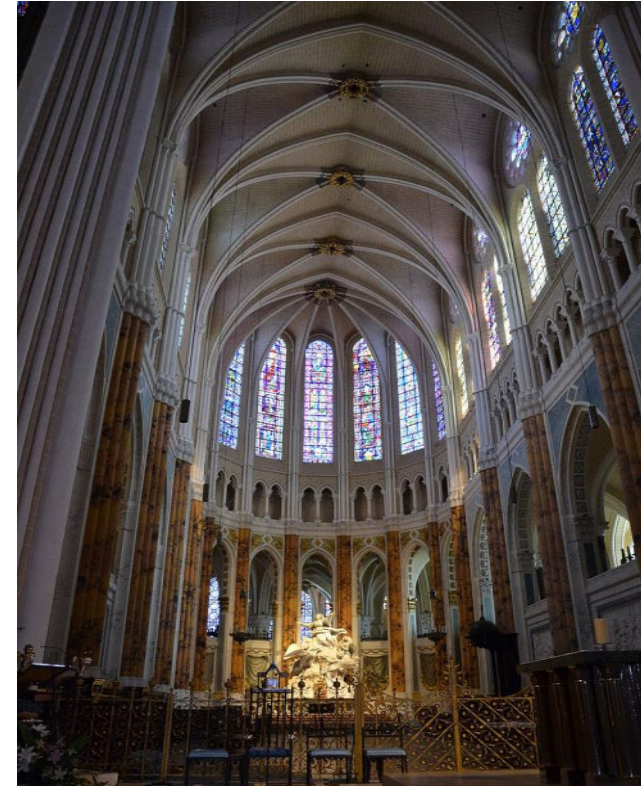


Ilustración 25. Interior de la Catedral de Chartres (Francia).

El siglo XIII

Cuestiones políticas

En el siglo XIII se presenta finalizado el ciclo de la *Cruzada* (1096-1291), un largo conflicto que desgastó militar, política y económicamente a la Europa cristiana, pero que inició una apertura comercial y cultural inédita. Fue también testigo de una reestructuración del campo político dentro de la cristiandad, entendida como una comunidad cultural de carácter político, religioso, singular y universal, que —pretendidamente— englobaba a todos los hombres bajo una misma adhesión religiosa. Esta reestructuración del Universo Medieval se encuentra directamente relacionada con el retroceso de las dos potencias universales que habían dominado la escena política hasta ese momento: el papado y el Imperio.

A medida que la dominación de estos poderes universales retrocedía, luego de una desgastante e infructuosa lucha política e ideológica desde hacía varios siglos, también lo hacía la concepción descendente del poder político, la cual sostenía que todo poder residía en un

ser superior, en este caso Dios, quien designaba a su representante sobre la tierra que a la vez encarnaba el origen de todo poder. En su lugar, se produjo el nacimiento y la consolidación de la concepción ascendente del poder político y con ella la noción del poder público como modelo ideal de gobierno. Ideal que actuaba a favor de las monarquías nacionales que a la sazón se perfilaban en plena gestación.

El afianzamiento de la autoridad monárquica en el Occidente europeo durante este siglo implicó, por un lado, la afirmación de dicha jefatura sobre una comunidad dentro de un espacio geográfico determinado y por otro, la formación de todos aquellos instrumentos que evidenciaban un accionar de gobierno. Con respecto al primero, nos encontraremos con ciertos elementos y principios como el reconocimiento del derecho de una familia a reinar o a gobernar; la utilización de ciertas formulas políticas para asegurar su posición de poder, como el derecho de primogenitura; la capacidad de la realeza de posicionarse

no ya como señora natural, sino como señora soberana que acentuará territorialmente los espacios sociopolíticos y por último, la utilización de la fuerza militar para la defensa contra enemigos tanto externos como internos.

Dentro de los instrumentos de gobierno se pueden apreciar, para este tiempo, tres que fueron de una gran importancia teniendo en cuenta que de ellos se irán desprendiendo, con el correr de los siglos, otros elementos dentro de la estructura político administrativa: 1) el Fisco Regio que representaba todos los ingresos, ya fueran los provenientes de la actividad comercial como de las regalías, etc.; 2) la Fuerza Militar organizada según los viejos esquemas feudovasalláticos pero con el agregado de las milicias urbanas; 3) la Justicia que se caracterizaba ya por la despersonalización de la figura del rey, con la aparición de oficiales regios para su administración junto con diferentes tribunales de justicia especializados.

Más allá de todo esto, es importante tener en cuenta que todo este proceso de transformación desde lo práctico se vio completado y por qué no, desencadenado por la aparición de toda una gama de escritos y de esquemas teóricos que justificaban y legitimaban el poder real y que dieron origen a todo un debate dentro del campo teórico

político cuya repercusión perdurará en los siglos venideros. La legitimidad de los progresos empíricos de las monarquías fue fijada por la recepción del Derecho romano y por la nueva orientación política que posibilitó la filosofía aristotélica en las universidades. Es decir, que desde lo jurídico y desde lo teórico se consolidó la aparición del poder público con su concepción ascendente del poder político. De esta manera, se consideraba a la figura del rey como ejecutora y defensora de lo que se llamaría el “Bien Común”, por lo que el rey no se posicionaba por encima y por fuera de la comunidad o del reino, que se encontraba representada simbólicamente en la corona. Según algunos autores — como Juan de Salisbury en su *Policraticus*, santo Tomás de Aquino y Egidio Romano con sus respectivos “espejos de príncipes” — el buen rey era aquel que gobernaba para el bien del reino y actuaba con justicia, mientras que el injusto era aquel que lo hacía para su propio interés, convirtiéndose así en un tirano. Por este motivo, la comunidad en su totalidad —el reino— era la fuente legítima de todo poder, en este caso el monárquico. El progreso del poder público implicó el desarrollo del Derecho, de la teoría política, del ejército, de la justicia y de la administración regia que fueron variando dependiendo de las diferentes realidades políticas europeas.

El devenir político de la Inglaterra del siglo XIII con su eventual equilibrio de fuerzas entre la corona y la nobleza llevó hacia la constitución de una Monarquía moderada. Este proceso se inició con la llegada al trono de Juan I Sin Tierra (1199-1216) quien tras suceder a su hermano Ricardo Corazón de León, heredó un extenso imperio territorial bien organizado: el Imperio angevino. Pero debido a su debilidad política, junto al sometimiento del rey a la tutela romana y sus pérdidas territoriales en Francia, su autoridad comenzó a ser cuestionada. La intención del rey de cobrar un *escudaje* extra tras su derrota en el continente le ganó el disgusto y oposición de los barones que marcharon y ocuparon Londres en 1215. Ante esto, ese mismo año Juan se vio obligado a negociar y a aceptar firmar lo que se conoce como la *Carta Magna* (*Magna Charta Libertarum*). Este documento estableció límites a la autoridad del rey otorgando beneficios y libertades a la Iglesia, el mantenimiento de sus privilegios, confirmaba también los privilegios feudales de los nobles: garantías para los herederos de los feudos, limitación de las ayudas nobiliarias al rey, garantías para evitar los abusos de la justicia real, garantizaba los privilegios de Londres y demás ciudades, así como la libre circulación para los mercaderes. Su artículo 14 determina el acuerdo de todas las partes reunidas en parlamento para el cobro de impuestos y *escudajes*.

Posteriormente, durante el reinado de Enrique III (1216-1272) la nobleza impuso un nuevo control mediante las *Provisiones de Oxford* (1258), por las cuales la Monarquía quedaba bajo el control de los grandes barones lo que originó un nuevo enfrentamiento entre estos y el rey. Choque en el que también participaron, bajo la influencia de Simón de Montfort, la pequeña nobleza rural, la burguesía mercantil y el artesanado contra la autoridad de Enrique, quien fue vencido por Montfort y hecho prisionero. El vencedor se dispuso a ejercer un gobierno personal con una política reformista. En 1265 convocó un Parlamento con la presencia de representantes de algunas ciudades, que marca la participación de algunos burgueses en la política. El triunfo de Montfort fue efímero, derrotado, la solución llegó de manos del heredero, Eduardo, que asumió en la práctica el gobierno y restableció el equilibrio político. Llamado a reinar como Eduardo I (1272-1307), se caracterizó por una gran obra legislativa, por el reconocimiento de una representación más amplia en el Parlamento, por la ratificación de la *Carta Magna* —a la que se incorporó al cuerpo legislativo con artículos adicionales—, y por la expansión territorial hacia Gales con gran éxito y hacia Escocia, que resultó un verdadero fracaso. Aun así, su gobierno significó el desarrollo pleno de una Monarquía contractual o moderada.

Entrado el siglo XIII, la Monarquía francesa evolucionó, en términos políticos, hacia el acrecentamiento de la autoridad y del poder de los reyes, aunque aún sin dominar todo el territorio de la actual Francia. El aglutinante de todas las fuerzas en torno a la corona se debió al control ejercido sobre los *Estados Generales* o asambleas representativas, a la guerra contra los ingleses y a las todavía vigentes relaciones feudavasalláticas. Tal proceso comenzó con Felipe II Augusto (1180-1223), cuya cancillería reemplazó el título personal de *Rey de los franceses* por el título territorial de *Rey de Francia*, dando lugar de esta manera a la conciencia de territorialidad de la autoridad política del rey. Con respecto a la construcción política y administrativa del reino se crearon distintos cargos reales, como por ejemplo el de los *baillios*, encargados de la justicia y de la administración financiera en todo el reino. Dicho fortalecimiento se vio complementado con la reedición y enseñanza del Derecho romano en la universidad, en especial la de París, con la intención de arrogarse para su territorio prerrogativas netamente imperiales, algo que fue otorgado por el papa Inocencio III en 1204, a través de la Decretal *Per Venerabilem*. El progreso de la Monarquía no se detuvo con la prematura muerte de Luis VIII (1223-1226), sino que continuó durante el reinado de Luis IX, el Rey Santo (1226-1270).

Se introdujeron novedades en el plano administrativo, aparecieron oficiales permanentes como los *senescales* y *prebostes*, las *Curias* fueron reemplazadas por *Consejos*. Se dictaron Ordenanzas sobre paz pública y sobre las obligaciones de los funcionarios reales, se especializó a la *Cancillería* para la atención de documentos judiciales y se constituyeron comisiones que recorrían todo el reino para atender las necesidades públicas y controlar a los funcionarios. Luis se mostró además como un rey pacificador por intermedio de su faceta diplomática. Firmó tratados con Inglaterra y con Aragón, y estableció diversas alianzas con algunas familias nobles que estaban enfrentadas con la corona. Con todo esto, junto con el apoyo de las ciudades se logró centralizar y unificar los espacios políticos en la persona del rey. Fue un monarca con un sentido cristiano pero que no dudó en defender sus ideales de paz entre los reinos y de mantenerse independiente del Papado lo que benefició a la dinastía. Hacía 1270 el prestigio de san Luis era reconocido en todo Occidente.

La realidad política de los diferentes reinos de la península ibérica estuvo marcada en el siglo XIII por los avances y retrocesos del fenómeno de la *Reconquista*. Algunos reinos como Portugal, Navarra, Castilla y Aragón se mostraron como unidades políticas duraderas que progresaron en la centralización del poder de sus respectivas

Monarquías conforme iba avanzando la Reconquista y con ella el mapa político de la península. En Castilla, el rey Alfonso X el Sabio (1252-1284), hizo redactar el *Código de las Siete Partidas* que respondía al impulso de institucionalizar todas las funciones administrativas así como también la justicia dentro de todo el reino. La corona de Aragón se lanzó hacia el Mediterráneo bajo el reinado de Jaime I el Conquistador (1213-1276), seguido por su hijo Pedro III en el marco de las *Vísperas Sicilianas*; ampliando el predominio mediterráneo de la casa de Aragón.

En Portugal, la centralización monárquica se desarrolló durante los reinados de Alfonso II (1211-1223), Sancho II (1223-1245) y Alfonso III (1248-1279), llevándose a cabo mediante el reforzamiento de la *Curia Regia*, el dictado de disposiciones legislativas generales y a la creación del *Consejo Real*. Ahora bien, también hay que tener en cuenta los progresos de las *Cortes* que se produjeron en la península, en donde se evidenció un aumento en la representación de las ciudades cada vez más poderosas y desligadas de la nobleza terrateniente, logrando un fuerte contrapeso al poder de la Monarquía.

Es indudable que en los sucesivos períodos de la *Cruzada* — desde la Cuarta a la Octava, con el trágico final de Luis IX y hasta la caída de San Juan de Acre en 1291— el ideal de recuperación de Tierra

Santa se había perdido. El avance de los venecianos contra Bizancio, las duras pérdidas sufridas por los cristianos y el desgaste lógico de tan larga empresa con tan pocos resultados positivos, solo habían servido para aumentar el poder de los reyes europeos a expensas de la nobleza feudal, embarcada en prolongar sus derechos señoriales sobre Asia. Los fracasos militares se vieron superados por el saldo comercial y el intercambio cultural entre ambos mundos, amén del ingreso de enfermedades nunca antes sufridas en Europa. Después de la muerte de Luis el Santo, este tipo de empresas religiosas serían dirigidas hacia las herejías europeas o a la cristianización de algunos grupos marginales paganos, deslizando el concepto de *Cruzada* (que en modo alguno pertenece al vocabulario medieval) hacia cuestiones que, en muchos casos, eran conflictos fundamentalmente políticos. Pero no es nuestro objetivo tratarlos en este siglo.

En el otro extremo cultural, el mundo musulmán sufrió en el siglo XIII una nueva disolución, sumada a las producidas entre los siglos XI y XII, por la cual la *Umma* quedó dividida en dos bloques que mantenían cierta unidad interna: el islam occidental y el islam oriental. En el Occidente islámico, se produjo la desaparición del Imperio almohade tras la derrota sufrida en Las Navas de Tolosa (1212) frente a los ejércitos hispano-cristianos. En su lugar, vieron la luz diferentes

reinos reducidos y autónomos entre sí, pero con un alto control hispano-cristiano y beréber: los llamados Reinos de Taifas, de existencia algo precaria y que más tarde acabarían por desaparecer en forma definitiva con la caída de Granada en 1492.

En la zona oriental, el califato *abbasí* de Bagdad quedó destruido por completo tras la invasión de los mongoles en 1258, con lo que se produjo la fragmentación del poder de los Selyúcidas que estaban al servicio del califa. En su lugar se construyó una multiplicidad de principados o emiratos turcos principalmente en casi toda Asia Menor, que a su vez ejercieron presión sobre la frontera oriental del Imperio bizantino. De todos estos comenzó a destacarse por su rápido progreso en la región, el emirato formado en torno a Bitinia por el emir Osmán, lo que le permitirá tener un protagonismo político más profundo a partir del siglo XIV en adelante.

Dentro del Imperio bizantino quedaron en el pasado las viejas glorias de la Roma oriental bajo emperadores conquistadores y reformadores. En su lugar, ya entrado el siglo XIII, solo había vestigios de aquel gran Imperio de los tiempos justinianeos y será para Bizancio el comienzo de una larga agonía que llevará a su definitiva caída en 1453. En el siglo precedente las querellas políticas dentro de la dinastía Ángel minaron la autoridad imperial y el prestigio del Imperio puertas

afuera, a punto tal de que permitieron que Occidente tomase partido en ellas.

En 1204 un ejército cruzado no solo se decidió a apoyar a un miembro de la familia imperial, sino que también tomó y saqueó la ciudad de Constantinopla por razones políticas y económicas. Hecho que dio origen, por un lado, a la formación de un *Imperio latino* con sede en la antigua capital imperial y por otro, al dominio comercial y control de todo el Mediterráneo oriental por parte de los venecianos, los verdaderos triunfadores.

La unidad bizantina no desapareció por la invasión cruzada, aunque pasó a contener tres reinos o principados que se autoproclamaron herederos del Imperio: uno era el *Despotado de Epiro*, en territorio griego, otro era el *Imperio de Trebisonda*, en los márgenes orientales del Mar Negro y por último el *Imperio de Nicea*, en el norte de la Jonia asiática. Es desde este último desde donde se inició un proceso paulatino de reconquista que culminó en 1261 con la expulsión de los latinos de Constantinopla y de la mayoría de los territorios griegos, pero no de las islas del Egeo que siguieron estando en poder de Venecia, y con la coronación de la última dinastía bizantina, la Paleólogo. Los postrimeros años de este siglo XIII no representaron para el Imperio restaurado ningún avance ni progreso en lo referente a política

interior y exterior. En su lugar, los emperadores tuvieron que afrontar no solo pérdidas territoriales —a manos de los emiratos turcos instalados en Asia Menor después de la invasión mogola, y de los serbios instalados en los Balcanes que asolaban Macedonia y Tracia—, sino también contemplar la pérdida de su propia autoridad reflejada en las tensiones que existían con la nobleza. Hecho que despertará futuras guerras civiles e intromisiones en la política estatal, pero esta vez no de cruzados ni latinos, sino de los turcos de Osmán, los otomanos.

Cuestiones sociales

La sociedad sufrió una profunda transformación que ya había comenzado a partir de la segunda mitad del siglo anterior, por lo que la tradicional división en los tres órdenes conocidos, *oratores*, *bellatores* y *laboratores*, se descompuso y dio lugar a una clasificación más laxa, producto de la desacralización y laicización del cuerpo social. Así, se puede observar cómo a la sociedad tripartita de los órdenes le sucedió la sociedad de los “estados”, teniendo en cuenta básicamente, las condiciones socio-profesionales del momento.

Esta nueva sociedad se caracterizó por su fragmentación y división, la que se vio acompañada por el desarrollo urbano comenzado en el siglo XI y más aceleradamente, en el XIII. A su vez, este progreso

urbano se manifestó en el esquema de una creciente división y especialización del trabajo gracias a la interacción entre las artes *liberales* y *mecánicas*. Aparecieron numerosos oficios que, siempre bajo el ojo atento de la Iglesia, fueron reconocidos y a los que se les otorgó una regla o Reglamento dentro de la doctrina apostólica según las características de cada uno de ellos, cuyo cumplimiento les permitía alcanzar la salvación.

La Iglesia, renuente en un primer momento a abandonar la división de los tres órdenes, terminó aceptando esa nueva “imagen social”, manteniendo el control espiritual de cada uno de los estados. Les atribuyó pecados específicos así, por ejemplo, la rapiña era compañera inseparable de los caballeros, el fraude de los comerciantes, la usura de los burgueses, la hipocresía de los monjes... Esta nueva sociedad, al igual que la anterior tripartita, necesitaba de la Iglesia para su salvación y si bien, debido a la laicización el clero fue “expulsado” del tradicional esquema, no por ello perdió poder y control sobre la nueva formación social.

En el panorama social se observa en primera instancia a los nobles o *gentiles hombres*, divididos en la *alta aristocracia* donde se ubicaban reyes, duques y condes, y la *baja aristocracia*, donde bullía una nobleza de menor jerarquía y los caballeros. La nobleza como origen

de sangre era una condición jurídica heredada del padre, por lo que la formación y consolidación del *linaje* tomó, a partir del siglo XI, la importancia que para el XIII ya tenía muy instalada. Escudos de armas, blasones y otras marcas distintivas de abolengo, florecieron intensamente durante el XIII, haciendo posible en la historiografía moderna desarrollar los estudios sobre linajes.

En segundo lugar, se encuentran los súbditos libres. Conformaron una suerte de estrato medio compuesto por los *burgueses* (en tanto habitantes de los burgos o ciudades, dedicados a actividades no campesinas), los profesionales y los que desempeñaban los nuevos oficios y actividades urbanas en general. La condición de libres les era heredada y fueron ellos los que permitieron lograr el equilibrio social característico de la época. Esa condición les permitió practicar la actividad que desearan, en tanto fuesen decentes y honrosas y que contribuyeran al bien común. Esta nueva noción que apuntó al bienestar comunitario, tanto jurídica como política e ideológicamente, se evidenció en el funcionamiento y el lenguaje jurídico de las ciudades italianas o de la Reconquista hispana.

El tercer grupo estaba compuesto por los siervos y existían varias condiciones de servidumbre o sujeción. Los adelantos tecnológicos, los excedentes agrícolas y la economía monetaria favorecieron al

ámbito campesino, pero no todos los siervos se beneficiaron con estas ventajas ya que en algunas regiones se manifestó una refeudalización como sucedió al este del Elba, en Prusia, en Polonia y en Rusia. Como se verá más adelante, también se manifestó una fuerte diferenciación dentro de este grupo social.

En general, la nobleza conformada por la aristocracia militar y terrateniente comenzó a perder terreno frente a los ejércitos profesionales y, poco a poco, fueron relegados de la actividad que mejor desempeñaban. Si bien los valores provenientes de las virtudes caballerescas conservaron su importancia y se decantaron en especial en la literatura, apareció un nuevo ideal humano: “el hombre instruido y reflexivo” que ponía sus capacidades en juego para lograr el bien común. La rapiña y devastación producidas por los señores en sus enfrentamientos comenzaron a ser mal vistas por una sociedad en crecimiento y expansión económica, pero sobrevivieron ciertos valores intrínsecos a la nobleza como la cortesía, la virtud y el valor. Es por ello que los caballeros mantuvieron su prestigio por sobre el resto de los estados, aunque con un criterio un tanto desfasado. Sobre todo teniendo en cuenta el pleno desarrollo de las monarquías o del poder de las ciudades frente a la vieja nobleza feudal, en franco proceso de retracción y

acorrallamiento por parte del poder político con creciente deseos de centralización.

El nivel de vida ostentoso y hasta parasitario que esta aristocracia estaba obligada a mantener, en Castilla o Francia, produjo el empobrecimiento de muchos nobles, los cuales se vieron forzados a vender o enajenar tierras y bienes, que a su vez fueron adquiridos por la burguesía, el estrato social que protagonizó un salto cualitativo y cuantitativo en cuanto a poder político, social y económico durante este siglo. También, otro expediente al que recurría la nobleza empobrecida era el de arreglar matrimonios con jóvenes hijas de burgueses ricos, abriendo el camino al ascenso social de los últimos y permitiendo oxigenar las arcas de los primeros.

La subsistencia de la nobleza feudal o con criterios de feudalidad, dependía del trabajo de la masa de trabajadores sujetos a ella. El conjunto de rentas que este grupo extrajo del trabajo de los campesinos varió en valor y en composición, pero nunca fue cuantioso o desmedido. El señorío rural conformado por el dominio o reserva utilizaba la mano de obra gratuita de una parte de los campesinos en *corveas* o especie. Las tenencias o feudos establecidos en tierras concedidos a los villanos a cambio de prestaciones y del pago de contribuciones fueron una fuente de ingresos. A esto debemos sumar

los cánones por derechos de justicia, las primacías, casamientos o solterías, etc., de los cuales eran acreedores desde hacía generaciones.

En la idiosincrasia de la nobleza no existía la idea de inversión para obtener beneficios económicos; en realidad, la idea de ganancia y excedentes económicos en general, estaban fuera de la mentalidad medieval. No se admitía la acumulación de riquezas porque era considerado “atesoramiento” y visto como algo estéril e improductivo. Por tal motivo, los grupos acomodados, como la nobleza o la Iglesia, se veían impelidos a gastar o repartir sus excedentes. La Iglesia lo hacía a través de las grandes construcciones y ornamentación de catedrales e iglesias —para aumentar la afluencia de peregrinos y donativos, amén de la gloria de Dios—, en la liturgia, en el mantenimiento de la alta jerarquía eclesiástica y en la limosna para los pobres.

A su vez, los nobles despilfarraban sus recursos en actividades típicas de su grupo y en limosnas para el bien de su alma en el otro mundo, pero no para paliar la miseria de los pobres ya que, según la conciencia generalizada, estos lo eran por voluntad de Dios o por sus propios pecados y eso no podía cambiarse. ¿Qué actividades eran inherentes a la aristocracia además de la guerra? Obviamente la nobleza occidental no trabajaba ni era empresaria, para no ensuciar sus manos con la vileza del comercio, sino que dedicaba su tiempo en ocupaciones

que la preparaban y ejercitaban para lo mejor que sabía hacer: combatir o cazar.



Ilustración 26. Entrenamiento de Halcones. Ilustración (detalle) *De arte venandi cum avibus*. Ms. Pal. Lat. 1071, Biblioteca Apostólica Vaticana.

El señor con sus hombres retozaba en los bosques tras la búsqueda de piezas de caza mayor que estaban estrictamente prohibidas para los campesinos y que le eran coto personal: jabalíes, ciervos, gamos y otros tipos de animales mayores eran su presa y base del sustento alimentario para la mesa señorial y la de su mesnada en la residencia. La caza

era un ejercicio que preparaba al guerrero para la lucha. Se ponían en práctica, para la obtención de la presa, aptitudes similares a las utilizadas en el combate: estrategia, conocimiento del adversario, valor y astucia a la vez que trabajo en equipo y coordinación.

Otros de los entretenimientos preferidos de la nobleza eran los torneos. En ellos los señores encontraban una forma de canalizar la agresividad propia de su estado a la vez que medían sus fuerzas con pares, se mantenían entrenados y ganaban fama y hasta apoyos políticos. Si bien estos juegos no buscaban la muerte del adversario, muchos de ellos salían mal heridos, mutilados e incluso llegaban a perder la vida. Representaban una muy buena ejercitación en las épocas de paz y eran importantes lugares de sociabilización dentro de la aristocracia. Muchos nobles concurrían con sus esposas e hijas a participar de los torneos en los castillos de otros nobles, y allí podían tejerse las estrategias matrimoniales más convenientes para las distintas familias. Los torneos comenzarán a decaer en el siglo siguiente ya que su organización resultaba sumamente onerosa, y resentía la economía de una nobleza que poco a poco perdía su riqueza.

Las grandes comidas y banquetes también representaban ocasiones propicias para el encuentro de este grupo. El noble comía bien no porque podía, sino porque debía y siempre según su estatus. En su

mesa no debía faltar la carne roja producto de la caza, necesaria para mantener su energía y símbolo asociado a la agresividad en el combate y a la potencia sexual. Estudios antropológicos inscritos a la alimentación distinguen la diferencia entre lo crudo y lo cocido como emblemas de lo bárbaro y lo educado y civilizado; entre lo vegetal y la carne animal asociando el vigor, fuerza y potencia que esta otorga a quien la consume, determinando que un noble debía comer carne animal y preparada de diversas maneras, pero asada era la manera más viril o noble de consumirla. Además, en la mesa debían encontrarse alimentos de todos los orígenes posibles (animales y vegetales de todas las estaciones). Cuanto más exóticos y caros eran mayor la demostración de riqueza y estatus social que ponían de manifiesto.

Tal como sostiene Duby, el linaje era fundamental en este grupo. Los miembros estaban unidos no solo por la sangre, sino por la solidaridad de la estirpe que se manifestaba en el campo de batalla, en el terreno del honor y en los intereses económicos. A través de los matrimonios concertados y el no reconocimiento de los hijos nacidos fuera de ellos, además de la imposición del derecho de primogenitura, lograban el mantenimiento y acrecentamiento de los patrimonios. El hijo mayor heredaba riqueza y título de su padre. De allí nació la necesidad de remontarse al pasado en busca de los hombres que lograron

consolidar el patrimonio y alcanzar el honor y la gloria de la familia. Los hijos segundones debían buscar su propio camino o vivir siempre a la sombra de su hermano mayor, ya fuera formando parte de su grupo de confianza o encargándose de aquellas tareas que le encomendaba. No recibía herencia alguna, por lo tanto, le era más difícil concertar matrimonio. Muchos de ellos se lanzaban a los caminos en busca de fama y fortuna para así labrarse su propio lugar en el mundo, y a veces la lograban participando en justas y torneos o yendo a la Cruzada.

La mujer noble era una pieza fundamental en este juego de estrategias matrimoniales. Representaba el eslabón que permitía unir no solo a dos personas, sino a dos familias y a dos linajes. Con su dote aportaba bienes y riqueza a su nueva familia, además de ser la encargada de traer los hijos legítimos al mundo, herederos del título y del patrimonio. Por este motivo, se puede comprender la importancia que para la sociedad representaba la virginidad de la mujer al momento de celebrarse la boda, pues el señor se aseguraba de que su primogénito fuera verdaderamente de su sangre. De más está decir que el amor tal cual lo entendemos en la actualidad era un sentimiento casi ausente para este grupo y para esta época. Más que de amor podemos hablar de pasión en algunos casos, pero la mayoría de las veces se trataba de

arreglos familiares en los cuales el amor no intervenía. La Iglesia exigía el libre consentimiento de ambos contrayentes para celebrar el matrimonio, pero esto no implicaba la presencia del amor; más bien de obligaciones y solidaridades que ambos novios debían cumplir para con sus respectivas familias.



Ilustración 27. Mujer noble con su hijo. *Psalterium cum canticis*. Siglo XIII.
Biblioteca Marciana. Venecia.

Con respecto al uso del bosque, los campesinos podían extraer hierbas medicinales y aquellos recursos necesarios para el sustento como miel, setas, peces de los arroyos, frutos, bayas, caza menor (liebres y conejos), pagando los correspondientes cánones al señor, de la misma forma que por el uso de hornos, molinos, trapiches o pontazgos.

Las mujeres de la nobleza se ocupaban de la organización de las tareas domésticas, no solamente supervisaban a los criados, sino también dirigían los talleres donde se llevaban a cabo los oficios de lujo (tejido de telas preciosas, tapicería, bordado) para satisfacer las necesidades de vestimenta del señor y de los caballeros que conformaban su séquito. En muchos casos, cuando los esposos se ausentaban por largos períodos, en tiempo de guerras, las Cruzadas o en el caso hispano por la Reconquista, eran ellas las que debían administrar el producto de las rentas señoriales, tratar con los vasallos, lidiar con los siervos (dentro del sistema feudal) y con los campesinos de sus tierras. Es por ello que se consideró necesario que aprendieran a leer y escribir, siempre previendo esta posibilidad futura. En el caso de varias hijas mujeres, usualmente la menor debía permanecer junto a sus padres para velar por ellos en su vejez, y otras debían tomar los hábitos para, de ser posible, hacer carrera dentro de la Iglesia.

El hecho de que los nobles se convirtieran en un grupo cerrado aceleró su desaparición, debido principalmente a su empobrecimiento económico, a la muerte de sus primogénitos y a no aceptar actividades que consideraban deshonrosas como el comercio, la producción a escala o la explotación rural con alto rinde. En las postrimerías del siglo XIII comenzarán a permitir el ingreso de burgueses ricos a las familias nobles quienes aportarán fortuna a las familias aristocráticas venidas a menos, a cambio de sus títulos y prestigio social.

Como se dijo, el estado de los súbditos libres estaba representado por hombres que desempeñaban una gran cantidad de profesiones urbanas. La ciudad en expansión captó la mano de obra campesina al igual que los recursos que el campo le brindaba, no solo para el mantenimiento, sino también para las numerosas industrias (usando este término en la lógica productiva medieval y no con la connotación que el siglo XVIII le imprimió) que en ella se realizaban y para el servicio doméstico.

Las materias primas, las mercancías y los recursos que el campo suministraba a la ciudad posibilitaron el crecimiento y desarrollo de numerosas profesiones y oficios, cuya característica principal era la organización reglada en forma interna para el ejercicio del trabajo y de

cara a los organismos urbanos, como controladores de los mismos. Estos oficios se reunían en corporaciones resultado de la división del trabajo. Nos encontramos con numerosas subdivisiones dentro de los trabajadores manuales o artesanales: de la piedra, madera, hierro, metales, textiles, alimentos, comercio, etc. Basta como ejemplo, mencionar que hacia el año 1260 existían registrados en París ciento treinta oficios organizados, veintidós de ellos dedicados al trabajo del hierro.

La existencia de las corporaciones permitió un estricto control de la producción, de la calidad y la venta, de los salarios, los contratos, el acceso y evolución de los aprendices y de los secretos de la profesión. Dentro de ellas se conformaron élites urbanas influyentes o como lo denominó Le Goff: el patriciado de la burguesía. Un pequeño número de familias que debido a su riqueza lograron conseguir el poder social y político que les permitió alcanzar el control de la ciudad y formar parte de las asambleas que las gobernaron. Las ciudades italianas fueron el claro ejemplo del accionar de este patriciado urbano. En ellas la educación de los jóvenes ciudadanos estaba destinada a plasmar magistrados, es decir, a servir a su ciudad ya que era su patria, no solo su lugar de residencia, sino también el de sus padres y la morada final de sus antepasados. El servicio a la comuna era el mayor honor que un

ciudadano podía ostentar y para ello las familias preparaban a sus hijos a través de una esforzada educación.

La burguesía que conformaba estas corporaciones fue la que actuó como soporte imprescindible de las ciudades; los burgueses llegaron a obtener privilegios y protección por parte de ellas, inmunidades positivas y negativas de parte de la corona y a pesar de estar encorsetados por el entorno urbano favorecieron su desarrollo. Los mercaderes-banqueros, considerados burgueses por excelencia, fueron los principales generadores de este crecimiento a través del comercio, ya que la riqueza que produjeron benefició a la ciudad y a los ciudadanos. Fueron los encargados de comercializar los productos entre los distintos puntos de consumo y producción occidentales, transportando y mercando lo que las industrias urbanas elaboraban. Además, practicaban un activo comercio con importantes centros de Oriente, el cual a pesar del fracaso militar de las Cruzadas, no se detuvo, sino que se incrementó. Trajo aparejado el ingreso de numerosas y novedosas mercancías que no eran fabricadas por la cristiandad occidental y que eran utilizadas por las élites aristocráticas y religiosas, ya que se trataba de artículos de lujo: azúcar, sedas, gemas, fragancias, especias, joyas, pieles, manuscritos, etc.

Estos burgueses generaron riquezas que comenzaron a ser atesoradas y al igual que sucedía con los nobles, se vieron obligados a entregar parte de ellas como forma de redención. Así, realizaron importantes donaciones pías a la Iglesia, a los pobres y pusieron en práctica el mecenazgo en el arte y la cultura, estrechamente relacionado a la vida cristiana del momento y al consumo suntuario, imprescindible en la ostentación que se debía realizar.

Pero los intereses de los burgueses estaban afincados no solo en la ciudad, sino que poco a poco se extendieron a las zonas rurales con la adquisición de tierras de nobles y caballeros empobrecidos. En algunos casos las compras fueron tan numerosas que podían compararse a grandes reservas señoriales; se transformaron en una forma de inversión y reaseguro frente a los avatares del comercio de ultramar. Se preocuparon por la explotación de sus tierras, que entregaban a arrendatarios y aparceros para que las trabajasen. Construyeron edificios para el almacenaje de los cereales, lagares y prensas para las vides, compraron estiércol para abonar sus campos, proporcionaron herramientas necesarias para el trabajo, hicieron mejoras edilicias, etc.

Su objetivo residía en mejorar los rendimientos a fin de obtener mayores y mejores productos que con posterioridad venderían en la ciudad. Se estableció una importante relación entre las élites urbanas

y las rurales, debido a que ambas tenían intereses económicos en el espacio habitacional de la otra. Al igual que los burgueses urbanos se expandieron hacia el campo, la burguesía rural comercializaba sus materias primas y productos en la ciudad, por lo tanto, necesitaba de los contactos (muchas veces familiares) que en ella pudiera tener. Estos intereses requerían de alianzas que a menudo eran selladas con matrimonios concertados. Al igual que en la nobleza, la burguesía procuraba casar a sus hijos con otros burgueses adinerados además de con nobles.

Las diversiones de la burguesía en particular y de la población urbana en general, coincidían prácticamente con las celebraciones que se llevaban a cabo en la ciudad por distintos motivos: procesiones religiosas, festejos por la finalización de una guerra o de una peste, por el nacimiento o casamiento de los hijos del rey o de alguna familia patricia, en agradecimiento por algún beneficio obtenido para la ciudad, las misas por fiestas mayores, las patronales de alguna cofradía o corporación, etc.

La población participaba de las romerías, en las ferias y mercados, solía cantar y bailar en las fiestas siendo común el reparto de comida o banquetes comunitarios gratuitos. La Iglesia era un centro de sociabilización por excelencia para todos los estratos sociales. Luego

de la celebración, muchos jóvenes solían reunirse en el cementerio adyacente a la iglesia para conversar y conocerse, siempre bajo la mirada atenta de los padres. Otro centro de reunión importante eran los mercados y las ferias, y no podemos dejar de mencionar las tabernas. Allí no solo se reunían los hombres a jugar y a beber, sino también con frecuencia el tabernero actuaba de prestamista de dinero. Además, las tabernas recibían a los extranjeros, ya que en su mayoría funcionaban como albergues, y eran sumamente atractivas para ladrones, prostitutas, tahúres y otras alimañas sociales. A ellas llegaban en primera instancia las noticias y los rumores que luego se esparcían por toda la ciudad. Fueron sin lugar a dudas centros de relaciones y de formación de mentalidades.

Entre los artesanos las mujeres desempeñaron un papel discreto pero importante. Por ejemplo, en los oficios relacionados con la seda, en varios de ellos solo empleaban mujeres. También practicaban el pequeño comercio, pues el de gran escala les estaba prohibido debido a que debían desplazarse de una ciudad a otra y esto implicaba enfrentar grandes peligros, además de no ser bien visto por una sociedad donde esta actividad era cosa de hombres.

Las principales actividades que realizaban las mujeres de la burguesía eran las de ser parteras (profesión muy importante en la época),

camareras e incluso se admitieron mujeres al frente de tabernas. Algunas de ellas solían heredar los oficios de sus esposos fallecidos, pero en su gran mayoría no eran aceptadas dentro de los gremios o no podían desempeñar el oficio debido a la inferioridad de su fuerza física. Al igual que las nobles y las campesinas estaban sujetas a la voluntad de sus esposos, padres, hermanos e incluso hijos. Muchas debían soportar pacientemente lo que hoy conocemos con el nombre de violencia de género sin poder escapar a los golpes y agresiones, siempre justificados por una sociedad marcada por la masculinidad y el rigor religioso, que ponía el ojo en la mujer como fuente de pecado y perdición. A pesar del culto mariano, la revalorización y la nueva visión que se tenía de la mujer desde hacía tiempo, su posición no mejoró sensiblemente durante este siglo, siendo pocas y deslumbrantes las mujeres que pudieron ocupar un lugar estratégico en la sociedad.

Por último, observaremos que la situación de los campesinos mejoró en algunos casos en comparación a los siglos anteriores, gracias a los adelantos técnicos que le permitieron obtener mayores excedentes agrícolas. Con estos, no solo enriquecieron su alimentación y su salud, sino que al hacerlos ingresar en un circuito económico, comercializándolos, accedieron a ciertos beneficios: compra de parcelas o

rescate de algunas prestaciones o rentas señoriales, mejora de su vivienda, aumento del número de los rebaños, ampliación del rendimiento de sus tierras al emplear nueva tecnología e incluso préstamo de dinero a otros menos afortunados que ellos.

Surgieron de este modo campesinos acomodados dentro de las aldeas, en especial en Francia e Italia, que pudieron pagar con menos problemas los impuestos sobre la tierra, asegurando además el pago colectivo de los impuestos que pesaban sobre la comunidad y consiguieron obtener el dominio sobre los campesinos más pobres. Al aumentar las rentas en dinero y al introducirse la moneda en el campo, se produjo un fuerte desbalance entre sectores económicos absolutamente campesinos y el empobrecimiento de la masa más comprometida o endeudada, debido a los préstamos en dinero —para la compra de animales o de utensilios para las tareas agrícolas— que luego no podía hacer frente. Muchos de estos prestamistas eran los propios campesinos acomodados junto con los judíos, mercaderes, cambistas italianos y la misma Iglesia. Por eso podemos hablar de una diferenciación interna dentro del campesinado marcada por el dinamismo cuentapropistas. Por otro lado, un sector del campesinado se empobreció debido a una parcelación de las fincas, lo que trajo

aparejado que muchos se vieran obligados a colocarse al servicio de los más acomodados o en su defecto, a endeudarse para sobrevivir.

La refeudalización del campesinado que se produjo en ciertas regiones del este de Europa debido al endeudamiento de esa masa campesina llevó a que en algunos casos se aumentaron las prestaciones en trabajo y las personales, de las que se beneficiaron tanto señores como burgueses ricos. Además, existió una revitalización de la servidumbre justificada por muchos juristas que se basaron en el Derecho romano, e incluso por la Iglesia, dentro de la cual se puede mencionar a santo Tomás de Aquino.

Muchos campesinos, tanto hombres como mujeres, abandonaron sus aldeas para dirigirse a la ciudad, seducidos con promesas de trabajo, comida y un techo seguro sobre sus cabezas y como una manera de escapar del empobrecimiento creciente. Aquellos que gozaban de contactos en la ciudad, por tener parientes o amigos ya instalados, pudieron emplearse con más facilidad al servicio de algún burgués rico. En algunos casos entraron al servicio de burgueses para realizar trabajos domésticos, en talleres de artesanos. Otros comenzaron a trabajar de lo que podían en ciudades saturadas de personas donde la vida no resultaba tan ideal como habían imaginado.

La ciudad estaba repleta de marginados y marginales: enfermos, inválidos (verdaderos o fingidos), vagabundos, pordioseros, hombres y mujeres que necesitaban de la caridad para sobrevivir. La Iglesia se ocupaba de ellos mediante las limosnas que recibía de ricos, piadosos y de la nobleza local. No existían planes para mejorar la situación de este grupo, sino que las soluciones eran momentáneas, se limitaban a satisfacerles el hambre, brindarles un lugar de descanso, medicinas y por supuesto, acercarles la palabra de Dios. Ser pobre era un designio divino, ya fuera porque Dios así lo había establecido o como castigo a sus pecados. No era un problema estructural de una sociedad con desajustes internos.

A estos pobres y marginados dedicó su vida Francisco de Asís. La Orden de los franciscanos, o de los mendicantes menores, surgida a principios del siglo, se dedicó a predicar entre los pobres utilizando la lengua de todos los días e introduciendo en sus sermones anécdotas adaptadas a la condición social de cada público. Su pobreza extrema los igualaba a esos auténticos parias que abundaban en demasía en el paisaje urbano, por lo tanto, eran los predicadores ideales para luchar contra las herejías (siendo la cátara la principal) y llevar la palabra de Dios.

El campesino en especial y el resto de los estados en general, vivía constantemente al borde del hambre, a pesar de los ciclos de bonanza económica. Cualquier fenómeno climatológico que afectara las cosechas implicaba hambre segura. A esto debían sumarse las epidemias, pestes, zoonosis del ganado, guerras y plagas de todo tipo que producían la falta de granos y cereales, alimento esencial en la dieta del hombre medieval. Si el campesino era el primero en sufrir hambre, enfermedad y muerte, los demás grupos sociales se veían afectados por efecto cascada. Se perdía mano de obra necesaria para trabajar los campos, realizar las prestaciones a las que estaban obligados los siervos, como así también se verificaba una imposibilidad de recibir las mercancías y productos necesarios para vivir sin sobresaltos.

Para el campesinado la parroquia, los mercados y la taberna eran importantes como centros de encuentro social, pero debemos agregar un cuarto y muy particular: el molino. A él acudían diariamente y en las colas que se formaban para acceder a la molienda se conversaba de todo: sobre las innovaciones rurales, se intercambiaban novedades, recetas culinarias, curas para los distintos padecimientos e incluso los jóvenes podían cortejar a las doncellas. Con respecto a las elecciones matrimoniales, poseían una mayor libertad al momento de

elegir pareja ya que, a diferencia de los nobles y los burgueses, generalmente no existía un patrimonio que proteger.

Las mujeres del tercer estado trabajaban a la par de los hombres en las tareas agrícolas, con excepción de la siembra que era una actividad que solo podían realizar los campesinos varones. Participaban de la cosecha, de la trilla, la recolección de las vides, ayudaban en la mantanza de los animales, y en especial cuidaban de los animales y de los huertos. Eran las encargadas de preparar la comida, confeccionar la vestimenta de la familia y ayudar a sus esposos en todo aquello que fuera necesario. La madre campesina ocupaba un lugar de privilegio dentro de la familia, era respetada y valorada, quizás en mayor medida que la mujer noble o la burguesa, a pesar de sus privilegios y comodidades.



Ilustración 28. Trabajos rurales. *Tacuinum* de Viena. Siglo XIV.

Pero todas las mujeres debían enfrentarse a un enemigo común: el parto. Esta era una de las principales causas de muerte femenina en el período medieval. Debían sobrevivir al parto en sí y a las infecciones resultantes del mismo. La falta de una buena alimentación conspiraba

contra los embarazos y la salud, tanto de la madre como de los recién nacidos. Por tal motivo era común que los hombres enviudaran repetidamente y tuvieran varios hijos de cada esposa, muchos de los cuales no llegaban a sobrevivir más allá de los dos años.

Para concluir, sumado a la corta esperanza de vida a la que todas las capas sociales podían aspirar en la Edad Media, el umbral de vida de los infantes era bajo y solo podría tener expectativas de desarrollarse aquel niño que superara sus primeros ocho años de existencia. Pasada esta etapa quedaba algo más alejado de los innumerables peligros que la temprana infancia le tendía constantemente: hambre, pestes, violencia familiar o accidentes en el campo por su temprana incorporación al mundo del trabajo. Por eso, franqueados los ocho años, era la edad en que las niñas podían ser prometidas en matrimonio, en tanto los mancebos podían iniciar una vida familiar luego de los trece o catorce años. Asimismo, el muchacho burgués en torno de los quince podía marchar al ejército, a la Iglesia o a la universidad.

Cuestiones económicas

El mundo del Occidente medieval experimentó durante el siglo XIII una cierta expansión económica y un notable crecimiento demográfico, relacionado con la prosperidad rural que trajo consigo

un eventual retroceso del hambre y un excedente de producción. Este aumento en la producción estuvo conectado con la incorporación de más tierras para el cultivo y al de la mano de obra para trabajarlas, y no tanto por el equipo técnico ni por los instrumentos dedicados al trabajo agrícola, ya que el utillaje no varió sensiblemente. El crecimiento fue más extensivo que intensivo.

Ya desde los siglos XI y XII empezó el incremento de la población en algunas zonas de Europa, que fue posible alimentar gracias a la existencia de abundantes tierras incorporadas a la producción. Más allá de que el crecimiento demográfico trajo consigo un aumento de la superficie cultivada —gracias a nuevas roturaciones con limpieza de campos y de maleza, a tierras ganadas a los bosques y desecado de pantanos—, la agricultura siguió siendo itinerante como bien sostiene Le Goff, debido al poco progreso en el instrumental y a la insuficiencia de abonos para estercolar, sumado a las viejas prácticas de siembra y cosecha.

Al empezar a satisfacerse las necesidades básicas, se comenzó a apreciar un consumo y una comercialización más marcada de productos manufacturados de alta calidad. El desarrollo de la industria textil lanera fomentó, de una u otra manera, la formación de regiones altamente especializadas, como lo fueron Flandes e Italia central y

septentrional, en tanto otras quedaron como productoras de lanas: las islas británicas o la península ibérica.

El desarrollo del campo y de los productos artesanales implicó un verdadero auge comercial, con el cual el crecimiento económico se hizo mucho más profundo y marcado: aumento y mejora de caminos o senderos que conectarán por diferentes vías centros importantes de la actividad manufacturera y comercial —por ejemplo, Italia central y septentrional, Europa del norte, Oriente...—, los transportes y avances respecto de la seguridad. El progreso del comercio trajo aparejado el cambio de rol del mercader en este siglo, y de los diferentes instrumentos acordes a esta actividad: la moneda, el canje de divisas, las ferias internacionales, el sistema de crédito, los registros contables, la banca y las asociaciones de comercio, entre otros.

Sin ninguna duda, la figura del mercader fue una clave en este proceso. Pasó de su soledad ambulante, a ser en el siglo XIII un contador y hasta escribano, con conocimientos de diversas lenguas y sistemas monetarios, de pesos, medidas y precios, a la vez que de las costumbres de cada lugar, productos posibles de obtener y trampas que sortear. Estos conocimientos adquiridos darán la pauta para la creación de diferentes centros en los cuales se podía aprender no solo latín, sino también cálculo y todo lo relacionado con el mundo del comercio.

Las primeras escuelas eran monásticas, pero ya para el siglo XIII existían escuelas laicas en las ciudades, las llamadas *Scuole di mercatura*. Sin embargo, todo este desarrollo se inició en las regiones más avanzadas económicamente hablando como lo fueron Italia y Flandes, lugares en donde el uso de la escritura estuvo muy relacionado con la actividad comercial y con la de libros para mercaderes redactados por ellos mismos. Ahora bien, tal era la importancia del mercader y de su actividad que se legisló u ordenó sobre la protección de su persona y la de sus mercancías, contra robos o dificultades climáticas que podrían hacer intransitable los caminos y senderos, retrasando entregas o alterando los productos.

Ya que el comercio mejoró sensiblemente su imagen en el imaginario colectivo y en el de la Iglesia tras la *Paz de Dios*, representó para todas las mentalidades europeas una actividad muy importante, por lo que se buscó organizarla mediante una cabal institucionalización, reglamentación y orden. Se creó toda una legislación comercial tanto en los grandes centros comerciales como en pequeños mercados regionales o ferias, donde aparecieron verdaderos tribunales de justicia comercial, con la redacción e implementación de derechos comerciales positivos que protegían a mercaderes, mercancías y a compradores en la actividad y buenas prácticas.

La llegada y desarrollo de grandes y pequeñas ferias en casi toda Europa, fue notable, tanto que H. Pirenne las ha considerado un fenómeno internacional que albergaba características comunes en todas las regiones del Occidente cristiano. Las ferias fueron centros de intercambios, por lo general al mayoreo, donde concurrían mercaderes, productos y personas interesadas en comprar. Aquí también existieron *Tribunales de Feria* y un *Derecho de feria*, que le otorgaban no solo ciertos privilegios sino también seguridad a todos los que participaban, castigando a los que perturban la paz o violaban las normas.

Los mercados, ya fuera en las ciudades o en las ferias, eran también verdaderos centros financieros en donde se realizaban cambios de monedas, contratos de ventas, créditos, préstamos, etc. La actividad comercial acarreó un aumento de la utilización de la moneda, tanto de plata como de oro, para su financiación o puesta en marcha, lo que reflejaba un crecimiento del comercio a diferentes escalas, regional o internacional. Esto también trajo aparejado la compra de tierras en las afueras de las ciudades por parte de este bullicioso y ágil grupo en ascenso social, que diversificó actividades y pronto incursionó en la política de sus ciudades.

A partir del siglo XIII y bajo permiso de los poderes públicos, ya fueran príncipes, reyes o Concejos urbanos, muchos prestamistas establecieron auténticos Bancos de préstamo. Más allá de que se dedicaran a cobranzas u operaciones comerciales, la principal actividad eran los préstamos, por lo tanto, los banqueros de este siglo eran por un lado, prestamistas y por otro, negociantes, todo dentro del marco del auge comercial que se produjo por dos vías: la terrestre y la marítima.

El comercio marítimo era más atractivo porque dejaba abultadas ganancias si el viaje se completaba, por no existir en el camino ningún tipo de aduana o impuesto de carga. Los estudios hechos sobre cargas y transportes evidencian, junto a las cartas de navegación, algunos progresos técnicos que los hacían no solo más seguros sino un poco más rentables: la brújula, el timón de codaste, situado en el eje del navío que aseguraba la movilidad y la seguridad en el mar, y el aumento de porte y calado en las naves. Dichos progresos aumentaron a partir del siglo XIII, tanto en el norte europeo, en la zona hanseática, como en el Mediterráneo.

La vía terrestre se basó en algunas rutas preparadas para el traslado de mercaderías y en pequeños o medianos senderos. Al haber casi desaparecido las antiguas calzadas romanas, el terreno no estaba acondicionado para lo que llamaríamos tránsito pesado de carros de alto

porte, por eso el mejor medio de transporte eran los hombros de los mercaderes y las cabalgaduras. Así, muchas rutas comerciales coincidían con las grandes rutas europeas de peregrinaje, que garantizaban recambio de monta, aprovisionamiento, seguridad, compañía y ocasión de comerciar.



Mapa 18. Productos y rutas comerciales a finales del Medioevo.

El renacimiento del comercio tardomedieval ya fuera local, regional o internacional pudo aglutinar todos los aspectos de la vida económica,

desde la producción agropecuaria a las manufacturas, acortando las distancias y creando los cimientos de una estructura socioeconómica completamente nueva, que pesará aún más sobre la sociedad europea en los siglos venideros.

Cuestiones culturales

El siglo XIII representa, tal vez, la primera madurez de la cultura occidental, aunque no estuvo exento de tensiones y contradicciones. Es necesario tener en cuenta la influencia de las ciudades dentro de las cuales se incrementó la cantidad de personas dedicadas a la actividad cultural, en mayor parte clérigos, cuya influencia se proyecta tanto en la cultura material como intelectual

A partir del concilio de Letrán, del año 1215, la Iglesia latina fija los lineamientos para el accionar de la Iglesia, tanto en el plano institucional, consolidando el poder de los obispos por sobre los monjes, como en el plano espiritual señalando conductas a seguir e imponiendo nuevos sacramentos el matrimonio, por ejemplo.

En tanto los cátaros, reprimidos ferozmente, fueron llevados ante los tribunales inquisitoriales y, finalmente, derrotados, en 1233 en Francia y combatidos en Italia, a través de la creación, en Florencia, en 1247 de la Sociedad de la Fe, a cargo de Pedro Mártir. Hacia 1250,

los esfuerzos del papado y las iglesias locales por establecer la ortodoxia habían dado sus frutos, la tolerancia había sido dejada de lado, imponiéndose una expresión uniforme del cristianismo.

La expansión urbana generó nuevas necesidades espirituales. Así, a comienzos del siglo XIII surgen las Órdenes mendicantes, llamados así pues su sostén era la mendicidad: dominicos, franciscanos, carmelitas y agustinos, aunque las dos primeras serán las más importantes.

En 1215 santo Domingo de Guzmán creó la Orden de los Predicadores, bajo la regla de san Agustín. Partían del principio de la pobreza evangélica y de la movilidad de sus miembros dedicados al estudio y a la predicación. Tuvo una notable expansión y fue fundamental para el desarrollo de la vida intelectual de la época.

La Orden franciscana fue fundada por san Francisco de Asís en 1209, pero se constituye como orden a partir de 1223 cuando el papa aprueba su regla definitiva basada en las enseñanzas del santo. Su signo distintivo será la pobreza y la vocación misionera. La estructura de la Orden incluirá a las mujeres que constituirán las clarisas y la Orden tercera que acogía a aquellos seglares que querían vivir bajo el espíritu franciscano. Su expansión fue aún más espectacular que la de los

dominicos, hacia fines del siglo XIII contaban con cerca de mil quinientos conventos con más de veinte mil miembros.

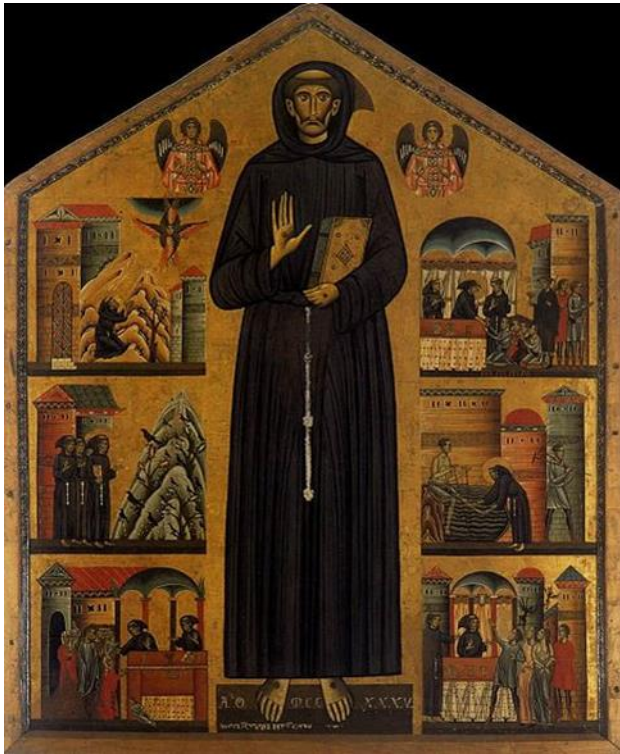


Ilustración 28. San Francisco. Siglo XIII. Buenaventura Berlinghieri.

El desarrollo de las ciudades también dará lugar a la aparición de las universidades, muchas de ellas son el resultado de la evolución de las escuelas episcopales o municipales. El concepto de universidad hace

referencia a la asociación de maestros y estudiantes en defensa de sus derechos, una corporación de oficio propia de las ciudades medievales que buscaban autonomía frente a los poderes laico y eclesiásticos. Ejemplo de ello es la universidad de París a la que el papa le aseguró su autonomía bajo la protección de la Santa Sede, a cambio de una alianza con el poder cultural; en la universidad de Bolonia, la más antigua, a diferencia de la de París, sus maestros no formaron una corporación sino que recibían sueldo del municipio y también contaba con el apoyo del papa.



Mapa 19. Universidades.

A lo largo del siglo XIII surgieron, además de Bolonia y París, las universidades de Oxford y Cambridge en Inglaterra; Padua, Nápoles, Salerno y Roma en Italia; Orleans, Toulouse y Montpellier en Francia; Salamanca y Alcalá en la península ibérica.

En general, se organizaban con el modelo de la universidad de París, con cuatro facultades bajo la dirección de un decano: Artes, Derecho, Medicina y Teología que se constituían como corporaciones autónomas. El rector tenía la representación institucional y presidía el claustro general de maestros y alumnos.

El desarrollo de la Filosofía y del pensamiento alcanzará su plenitud gracias al conocimiento de Aristóteles, a partir de traducciones de origen generalmente árabe, con aportaciones judías y con la organización de los estudios que se hizo posible en las universidades. La universidad de París será el centro del pensamiento filosófico con el desarrollo de dos movimientos: el agustinismo y el aristotelismo. El primero tendrá a su máximo exponente en san Buenaventura (franciscano) y el aristotelismo primero en Alberto Magno y luego alcanzará su máximo desarrollo con santo Tomás de Aquino. Ambos buscarían la síntesis del pensamiento aristotélico con la teología. Santo Tomás cristianiza a Aristóteles, su punto de partida es la distinción de razón y fe y la necesidad de su concordia. No existe contradicción entre ambas

y junto con la revelación divina propone desarrollar una teología natural en la que es posible demostrar racionalmente cuestiones de fe. Su influencia en el campo filosófico, científico y político será enorme tanto en el siglo XIII como en los siglos posteriores.

Por otra parte, clase señorial logrará imponer su estilo de vida al conjunto de la sociedad, que se expresaba tanto en la importancia de los hombres como en el desarrollo de una nueva literatura vernácula en lengua vulgar. Trovadores y juglares, cantares de gesta o novelas de caballería expondrán, a una audiencia atenta, los ideales propios de la época: respetar los compromisos de vasallaje, vengar las afrentas como la felonía. André Vauchez considera que en Francia del norte este proceso de sublimación basado en la evocación de un pasado mítico (la época de Carlomagno) y de un espacio real, a menudo mediterráneo (Roncesvalles, Narbona, Orange, Alys Campos), junto con la exaltación del poder militar, desemboca en el servicio del Señor Dios; en tanto, al sur del Loire, la nueva literatura se encarna más en lo concreto de la existencia, tratándose especialmente de canciones de amor. En ambos casos, estamos en presencia de una nueva poesía cortesana, que reconoce influencias cristianas, árabes y latinas, de una literatura aristocrática, que a manera de juego especular, invierte las prácticas sociales de la época.

En el plano lingüístico, el hecho más destacado resulta, pues, la puesta en valor de las lenguas vernáculas como portadoras de una nueva ideología, en expresión de Gabrielle Spiegel. La consolidación de esta cultura escrita desplazó a los márgenes a las tradiciones orales y populares.

El siglo XIV

Cuestiones políticas

El siglo XIV se caracterizó por un doble proceso de centralización estatal (Francia, Inglaterra y España) y de fragmentación del poder político (el Imperio y las ciudades italianas), que determinó las nuevas formas del Estado en la Baja Edad Media, basadas en un creciente aparato burocrático. Durante este siglo pudo verse un aumento del poder de las asambleas y los parlamentos, la organización de la Cancillería como instrumento definitivo de la diplomacia, la creación o fortalecimiento de los tribunales de alta justicia y la modificación del sistema de gestión de las finanzas reales de la mano de organismos especializados (Exchequer, Mayordomos, Chambre de Comptes).

Otra área de innovación fue la organización militar, en particular en el contexto de la Guerra de los Cien Años, que significó un cambio de importantes proporciones en relación a las guerras típicamente “feudales” del período anterior. En primer lugar, la escala misma del

enfrentamiento, tanto a nivel humano como de recursos, hizo necesario un nuevo acercamiento a la formación y mantenimiento del ejército. Uno de los elementos más sorprendentes fue la conformación de las tropas: en el caso inglés, por ejemplo, la presencia de cientos de mercenarios (llamados *indentures*) evidencia un sistema de servicios bélicos que se ofrecía por un tiempo determinado a cambio de un pago acordado con anterioridad. Asimismo, los registros documentales muestran que la corona tuvo que negociar el establecimiento de nuevos impuestos, aplicables a toda la población (incluidos el clero y la nobleza), que permitieran la compra de los bienes necesarios para pertrechar a los ejércitos, dada la prohibición de confiscar alimentos y recursos para equiparlos. Esta necesidad de financiar las guerras conllevó el aumento de la presencia política del Parlamento.



Mapa 20. Europa al final del Medievo.

El principal conflicto del siglo fue la Guerra de los Cien Años, que no puede entenderse como un único proceso ininterrumpido, sino como una serie de campañas y armisticios que acompañaron la fluctuación de los Estados inglés y francés, sumidos en rencillas internas. Tradicionalmente, la conflagración se divide en tres etapas: la primera (1337-1360) comenzó con la confiscación de las tierras de Aquitania y finalizó con la firma del Tratado de Brétigny-Calais; la segunda fase (1369-1389) se extendió entre una nueva confiscación de los territorios

en disputa y una nueva tregua firmada; por último, la tercera fase (1415-1453), coincide con el recrudecimiento de los conflictos internos en Francia y estuvo marcada por la invasión liderada por Enrique V. Concluyó con la batalla de Castillón (1453) que marcó la expulsión de las tropas inglesas del territorio francés, con excepción de Calais.

Las causas de la guerra son complejas y directamente relacionadas con el modo de organización política de la Francia medieval. Las tierras de Normandía y Aquitania pertenecían a la corona de Inglaterra, sin embargo, ambos ducados eran vasallos de la corona de Francia, con lo cual el duque-rey debía homenaje —en este caso ligo— al rey de Francia. Si bien las posesiones inglesas no eran parte del homenaje, en términos prácticos el homenaje implicaba que el duque-rey debía su lealtad personal al rey de Francia con las posibles consecuencias negativas que esto podía acarrear para la autonomía inglesa.

En 1328, la muerte de Carlos IV de Francia dejó el trono sin heredero. Entre los candidatos a ocuparlo se encontraba el primo del difunto rey, Felipe de Valois, que sería finalmente coronado frente a las ambiciones del otro candidato, el rey inglés Eduardo II. En repetidas ocasiones el rey Eduardo se negó a ofrecer el debido homenaje simple a Felipe VI en su calidad de duque de Aquitania, lo que implicó la confiscación de las lucrativas tierras aquitanas. Sin embargo, recién en

1339 comenzó la ofensiva inglesa —seguida por la firma de una alianza con Flandes y el Sacro Imperio romano en 1340— cuando a partir de una decisión de importantes consecuencias futuras, reclamó la corona de Francia. Bretaña fue invadida en 1342 y apenas cuatro años después los ingleses triunfaron en Crécy, batalla en la que se demostró no solo el poderío de los arqueros a pie, sino también de la utilidad de las armas de fuego, una de las tantas innovaciones bélicas de esta guerra. Inmediatamente tras esta victoria se inició el sitio de Calais, ciudad que cayó tras once meses de resistencia en el año 1347. La guerra se reinició en 1355 y la respuesta francesa, a cargo del nuevo rey, Juan II, dio lugar a la batalla de Poitiers (1356) en la cual fue hecho prisionero.

La guerra se extendió más allá de las fuerzas anglo-francesas. Ambas facciones buscaron y lograron apoyo extranjero: Carlos V de Francia se alió con Enrique de Trastámara y Eduardo de Gales (príncipe heredero del trono inglés) con Pedro I. Estas alianzas llevaron a las batallas de Najera (1367) y Montiel (1369) que acabó con la muerte de Pedro I y el ascenso de Enrique II, así como con el fortalecimiento de la alianza franco-castellana.

La presión conjunta del rey Juan y de los levantamientos populares que asolaban al reino (*la Jacquerie*) llevó al gobierno francés a la firma del Tratado de Brétigny/Calais (1360). En 1369, Carlos V de

Francia rompió el Tratado de Brétigny/Calais y declaró la confiscación de las tierras del ducado, dando inicio a un período favorable a Francia con la recuperación de todas las tierras ocupadas (a excepción de la misma Aquitania y Calais), llegando a una tregua que se extendió hasta 1412.

En España, al igual que en el resto de Europa, el siglo estuvo marcado por la pobreza, las malas cosechas y la violencia. En 1350, la muerte de Alfonso XI (víctima de la peste) llevó al estallido de la guerra civil castellana entre el sucesor de Alfonso, su hijo Pedro I (1350-1369) y su hijo bastardo, Enrique de Trastámara.

El triunfo de Enrique II marcó el ascenso de la nobleza que lo había apoyado: la llamada “nobleza de los parientes del rey”, a costa del asesinato de su hermano. Juan I (1379-1390) continuó con la restauración del poder monárquico iniciado por su antecesor, a la vez que intentaba resolver el cisma que acosaba a la Iglesia. Tras la muerte del rey de Portugal, Fernando I, Juan trató de apoderarse del reino vecino, proyecto que se frustró por la alianza entre Inglaterra y Juan, maestro de la Orden de Avis. La culminación del proceso de recuperación del poder monárquico llegó de la mano de Enrique III (1390-1406), con la caída de la “nobleza de los parientes del rey” que había apoyado a Enrique II, a la vez que aumentaba el poder de las

Cortes y, gracias a la acción de los corregidores, disminuía la violencia interna.

En cuanto al Imperio, a fines del siglo XIII con Rodolfo I (1273-1291) se iniciaba la presencia de los Habsburgo en el trono. Sin embargo, la oposición de los Electores a la expansión del poder de Austria los llevó a apoyar a Adolfo de Nassau, quien a su vez fue derrotado por Alberto I (1298-1308), cuya elección implicó la concesión de numerosos privilegios a los príncipes. Su sucesor, Enrique III de Luxemburgo (1308-1311), en tanto, logró fortalecer la presencia imperial en el este de Italia. Tras su muerte, la sucesión se polarizó entre Federico de Austria y Luis de Baviera, lo que condujo a una guerra civil de la que salió victorioso Luis tras la batalla de Mühldorf (1322), para abocarse al fortalecimiento del poder imperial.

Bajo el reinado de Luis IV (1328-1347) se reavivó el conflicto entre el Imperio y el Papado. El conflicto por las ciudades del norte de Italia y por las prerrogativas de ambas entidades (acrecentado por la revolución en las ideas políticas), obligó a Juan XXII (1316-1324) a excomulgar al emperador y a este a deponer al Sumo Pontífice para reemplazarlo por Nicolás VI.

Un punto de inflexión en la organización política del Imperio fue la promulgación de la Bula de Oro por parte de Carlos IV (1355-

1378), que apuntaba a la creación de una constitución acorde a la nueva realidad política. Este documento estableció el carácter alemán del Imperio, la designación por medio de Electores (legalizando el lugar del emperador como *primus inter pares*) y dotó al Sacro Imperio de una estructura federal dominada por los príncipes, relegando a las ciudades a un segundo plano. Esto último fue lo que condujo al resurgimiento de las “ligas” (prohibidas por la Bula) que apuntaban a la defensa de los intereses comerciales y políticos de las ciudades. La más importante de estas fue la Liga Hanseática, que gozó de una preponderancia tal que le permitió negociar con poderes extranjeros y comandar tropas.

Como el Imperio, los estados italianos tuvieron un desarrollo que los alejó del proceso de centralización experimentado por Francia, Inglaterra y España. De este modo, el arco alpino se caracterizó por la presencia de ciudades-estado más o menos independientes, herederas de las comunas de los siglos XI y XII y marcadas por una profunda inestabilidad política. Al tiempo que los viejos sistemas de libertados fueron sustituidos por el gobierno cerrado de las familias patricias.

La realidad política de los estados más importantes presentaba significativas variantes. La República de Venecia, por ejemplo, se mantuvo notablemente estable a partir de 1297. Su política de expansión

peninsular (llamada de *Terra Ferma*) y sus intereses comerciales en Oriente y el Mediterráneo la llevaron a enfrentarse a Génova y Aragón. Gozó de un período de relativa estabilidad bajo el gobierno de los Visconti y logró extender su influencia a las pequeñas ciudades que la rodeaban, incluso a Génova.

Estos ejemplos, sin embargo, convivieron con la inestabilidad endémica que asoló a otros estados. Génova se encontraba dominada por el patriciado mercantil y fue presa de una constante debilidad en su dirigencia, que permitió la existencia de una tiranía personal como la de Simón Boccanegra (1339-1344) así como el control extranjero en manos de los Visconti. La Toscana, cuya ciudad más importante era Florencia, fue sometida a un persistente enfrentamiento de facciones: el partido güelfo (el patriciado, rico y relacionado con los grandes banqueros) y el *popolo minuto* (el pueblo laborioso). Enfrentamiento que concluyó con el triunfo de la oligarquía en un contexto de caída del comercio, bancarrota de la banca —consecuencia en parte de los préstamos otorgados en relación a la Guerra de los Cien Años— y las devastadoras consecuencias de la Peste Negra. Por último, los Estados Pontificios fueron víctimas de la dispersión y la anarquía provocada por el enfrentamiento entre grandes familias que tuvieron a Roma como rehén. Así como también, de los intentos revolucionarios de Cola

di Rienzi, quien quiso restituir la antigua República romana solo para ser asesinado en 1354 por el pueblo romano.

En Oriente, el Imperio bizantino estaba gobernado por la dinastía de los Paleólogos, quienes en 1261 habían recuperado Constantinopla de manos de los latinos, dejando un gran resentimiento popular hacia estos. El siglo XIV fue un período marcado por la guerra civil y por los ataques externos, en el que los emperadores se vieron obligados a abandonar la idea de construir una monarquía universal y pasaron a ser un reino cristiano de Oriente, pero este hecho los llevó a vivir una experiencia nueva, replegados sobre las provincias de Europa, norte y oeste de Anatolia y las costas del Egeo, lo que generó una reacción nacional y una renovación del helenismo que se afirmó en todos los ámbitos de la vida cultural.

Algunos emperadores, como Andrónico III (1328-1341), buscaron reconstruir las ciudades destruidas, asegurar las fronteras, pero el Imperio transitó graves dificultades económicas y conflictos religiosos y sociales. Dentro de estos últimos, uno de los problemas principales fue el de los *zelotes*, monjes rigoristas hostiles a todo encuentro con Occidente y con gran prédica popular, o de los *Hombres de Dios*, monjes errantes que predicaban la rebelión. La presión fiscal y el sometimiento de campesinos por parte de grandes propietarios llevaron a la

protesta en la que los monjes tenían mucho que ver. Las grandes familias militares intentaban llegar al poder lo que ocasionaba continuas luchas. Muchas veces la autoridad imperial no superaba el marco de la capital, los *themas* ya no cumplían su antigua función y fueron cayendo en manos de príncipes más o menos autónomos que tomaron el título de déspotas: el déspota de Epiro, de Tesalónica y de Morea.

Los musulmanes de Oriente, por su parte, estaban divididos en múltiples Estados entre los que se destacaba el imperio mameluco de Egipto —los mamelucos eran grupos procedentes de Asia que dominaron Egipto militarmente— en el que la inseguridad de otras rutas con destino al Levante hicieron que comerciantes, sobre todo cristianos, se establecieran enriqueciendo a las ciudades como El Cairo; en Asia, el desmembramiento del Imperio mongol sumió la zona en luchas internas hasta que un guerrero, conocido como Tamerlán, tomó el poder (1360) y restauró, de manera efímera, el imperio de los nómades de Asia central, pero fue incapaz de integrar sus conquistas y organizar un Estado.

Sin embargo, de todos los grupos musulmanes quienes presentaban una clara originalidad fueron los otomanos. Constituyeron un sólido imperio enriquecido constantemente por la llegada de nuevas oleadas que fueron conquistando el terreno progresivamente y que

realizaron una verdadera colonización con un ordenamiento administrativo, económico y religioso sobre los pueblos sometidos. Sus príncipes, establecidos primero al noroeste de Anatolia, fueron controlando las rutas comerciales que conducían a Constantinopla, entraron a Europa al servicio del emperador bizantino y avanzaron rápidamente por los Balcanes. Esto se explica por la anarquía en que se encontraba la región y por el establecimiento en la zona de grupos turcos desde hacía tiempo que favorecieron la empresa.

Cuestiones sociales

Ya en el siglo XIV los pilares de la economía de los siglos de crecimiento se desmoronaron. Los ajustes y reconversiones estarían en la base de los cambios y reacciones de los diferentes grupos que se mostraban claramente en la geografía de los movimientos sociales, urbanos y campesinos en consonancia con la expansión de la situación de desequilibrio.

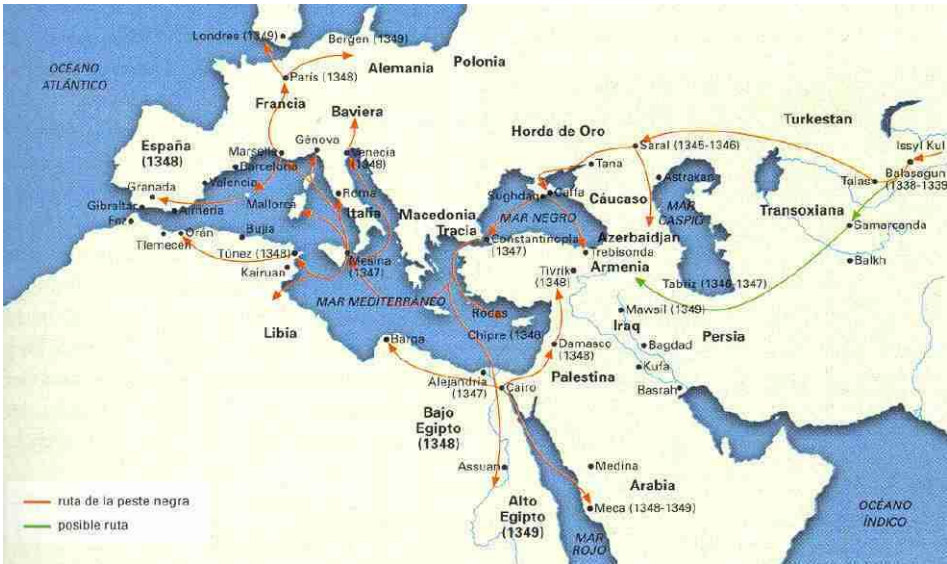
Las grandes epidemias que surgieron a partir de la segunda mitad del siglo XIV fueron la principal causante de la depresión demográfica, pero no la única. Desde principios de aquella centuria las crisis cerealistas, las hambrunas y los periodos de subalimentación habían deteriorado los efectivos totales de la población y su capacidad de

resistencia biológica a la enfermedad. Desde tiempos anteriores, hubo fenómenos epidémicos habituales en Europa, pero la aparición de la peste negra desde 1348 marcó un hito en su historia.

A comienzos del siglo, la población europea había alcanzado una cifra global que no volvería a recuperar hasta finales del XVI, después de la depresión demográfica bajomedieval. Verificar el número de víctimas que cobró la peste entre 1347 y 1352 es difícil para la investigación histórica, ya que no se cuentan con censos y los registros, en general, son fragmentarios. El grado de intensidad fue dispar según las regiones o aún entre localidades. Tal vez la incidencia estuvo dada por la distancia con respecto a las vías de comunicación, zonas costeras o interiores, llanas o montañosas.

Así como afectó de forma muy desigual, la recuperación demográfica también siguió su propio ritmo según las regiones. Por ejemplo: en algunas zonas de Francia sobrevino desde mediados del XV, en otras a finales. En Italia del norte y centro, Flandes y Andalucía se observó desde comienzos del siglo. En términos generales, a partir del segundo cuarto del XV la curva demográfica europea inició una recuperación de conjunto coincidente con los primeros síntomas de reactivación económica.

La peste de 1348 se destacó por su virulencia, pero sus efectos hubieran sido transitorios si no hubiese sido la primera de una serie de epidemias que devastaron el Occidente europeo, con carácter recurrente, en la segunda mitad del siglo XIV. Su reiteración impidió que se restaurase el nivel de población al atacar a diversas generaciones y producir un efecto acumulativo (dieciséis recurrencias principales y ocho secundarias), que la convirtió en una presencia cercana y amenazadora.



Mapa 21. Las rutas de la Peste negra.

Continuaron los retornos epidémicos, pero con carácter regional, lo que hace imposible fijar una cronología de conjunto. Para Francia e Inglaterra fueron dramáticos los períodos de 1360-1362/1368-1369 y 1374-1375, a los cuales se sumaron las consecuencias de la Guerra de los Cien Años. Si bien a medida que avanzaba el siglo XV las consecuencias demográficas fueron menos catastróficas.

Para los núcleos urbanos y semi-urbanos se cuenta con documentación más explícita, aunque las estimaciones son igual de difíciles de realizar, por la precariedad de las evaluaciones demográficas. Mucha población no estaría avecindada y por tanto se aceleró el éxodo rural por temor al hambre y la enfermedad. Se creía que el ámbito urbano ofrecía una mejor defensa, si bien es cierto que la mayor concentración favoreció el contagio. Es así que las comunidades monásticas fueron particularmente golpeadas.

A las escasas posibilidades terapéuticas se sumaba una mortandad diferencial según los grupos sociales, su actividad y su nivel económico, favoreciéndose aquellos cuyos recursos les permitían huir de los puntos afectados o defenderse mejor del hambre. Por ejemplo, los narradores de los cuentos de *El Decamerón* son jóvenes de buena familia que huyen de una Florencia apestanda y se refugian en una villa campestre. En el norte de Francia, estudios sobre la extracción social

de las víctimas han permitido hablar de “epidemia proletaria”. Esto no significa que la peste no haya atacado a las clases sociales favorecidas: en el consejo municipal de Spoleto el número de priores se redujo a la mitad después de 1348 y debemos considerar algunas ilustres víctimas, tales como el monarca castellano Alfonso XI.

Desde el aspecto médico, la peste es una enfermedad infecto-contagiosa, propia de los roedores —que se trasmite al hombre mediante la pulga de la rata— y se inicia tras un periodo de incubación con fiebre elevada, escalofríos, náuseas, sed y sensación de agotamiento. Se puede manifestar bajo tres formas: la bubónica con la aparición del bubón —abultamiento doloroso de un ganglio— en la ingle, la axila o el cuello; es la más frecuente y conocida. El modo pulmonar implica una infección directa del aparato respiratorio con síntomas tales como ahogos, tos y esputos sanguinolentos. Por último, la manifestación septicémica se produce por la diseminación del bacilo desde los bubones ganglionares o el pulmón. Es irreversible, produce hemorragias cutáneas por todo el cuerpo con grandes placas que toman un color negro azulado de donde deriva el nombre de la peste.

Esta oleada infecciosa se inició en Asia con los movimientos y procesos de dominación de los mongoles. Se detectó hacia los años 1338-1339 en la meseta central asiática, una región que contribuirá

especialmente a la expansión de la epidemia, pues en ella abundan los roedores: ardillas, marmotas y la costumbre de los nómadas de las estepas de cazarlas y aprovechar su piel y su carne. La *pax mongólica* intensificó el intercambio caravanero y la Ruta de la seda se convirtió en un poderoso medio de comunicación entre Oriente y Occidente. Camino que seguirá la peste en el XIV, siendo la rata negra la que relevó a los roedores salvajes. A partir de la colonia genovesa de Caffa, en Crimea, asediada por un ejército mongol, la enfermedad se transmitió a las ciudades portuarias de Anatolia, Constantinopla, Sicilia, Cerdeña, Córcega, Marsella, por los países ribereños del Mediterráneo, norte y centro de Europa.

En cuanto a la cura, el remedio por excelencia era la sangría o abertura del bubón con lo cual se pretendía eliminar la sangre. A modo de prevención se recomendaba quemar maderas olorosas, usar ropas perfumadas, mantener la limpieza de las calles y el rápido enterramiento de los apestados para corregir la corrupción del aire. Se prescribían algunas drogas tales como la triaca o la salvia, la magia —fórmulas cabalísticas, talismanes, piedras preciosas—, o la filiación religiosa a reliquias, oraciones, exorcismos, actos de penitencia. La recomendación con mayor eficacia fue la huida; una expresión resume esta prescripción segura: *Hay que huir pronto, lejos y regresar tarde.*

La incidencia de las epidemias superó lo estrictamente demográfico ya que también agudizó la crisis de la conciencia moral al acen-
tuar el miedo, la fragilidad de la vida y la desconfianza ante fenómenos sociales extraños. Aparecieron los flagelantes, los *pogroms* judíos acusados de haber envenenado las aguas y corrompido el aire. En 1348 se atacó la aljama de Barcelona.

La relajación de las costumbres tradicionales con la obsesión por el disfrute de los bienes materiales se observa en contrapunto con la apertura de nuevos caminos místicos: formación de fraternidades, la Imitación de Cristo, la proliferación de cofradías piadosas y la veneración de reliquias. En el arte y literatura: las Danzas Macabras. Se multiplicaron las representaciones del esqueleto o el cadáver putrefacto o el rostro carcomido.



Ilustración 30. Michael Wolgemut, *Danza macabra*. *Liber Chronicarum* de Hartmann Schedel, 1493

En el aspecto socio-económico las epidemias redujeron la masa de consumidores y afectaron precios y salarios con aumentos bruscos. Se

pasaría de dificultades de superpoblación a otras de exceso de producción, extrema escasez de mano de obra y caída de las rentas. Se acelerará el proceso de urbanización y de concentración de riqueza al incorporarse heredades de parientes fallecidos y en especial aumentarán los despoblados, se reducirán las superficies cultivadas y avanzarán las de especies silvestres.

Al factor demográfico, en desequilibrio respecto a las posibilidades de aprovisionamiento y las limitaciones técnicas, se agregaron la anarquía política o militar, determinando el quiebre de las estructuras sociales. Hubo situaciones locales y minoritarias de bandolerismo rural, pero las principales agitaciones sociales tuvieron diversos tipos de manifestaciones y se desarrollaron en torno a tres núcleos: el señorío, la comunidad urbana y el Estado.

Las revueltas campesinas fueron provocadas principalmente por el aumento de la presión señorial ante la reducción de la fuerza de trabajo campesina, del espacio cultivado y la consecuente caída de la renta señorial. El clero y la aristocracia intentarán mejorar los rendimientos con una mayor exigencia que implicará la violación de derechos y deberes tradicionales, por ejemplo el aumento de las rentas y el ejercicio de una sujeción obligatoria a la tierra. Si bien se acrecentó la

productividad por la ocupación de heredades abandonadas, lo que permitió disminuir la presión señorial y no resentir la renta campesina, no se logró compensar la pérdida global de los ingresos. Además, habría que sumar los enfrentamientos entre señores, que ya fuera por intereses políticos o económicos accionaron complicadas alianzas y antagonismos. Las posibles reacciones campesinas ante una situación de variables tan difíciles eran el abandono de las tierras, el sometimiento o reclamación ante el monarca y la resistencia violenta por los abusos, pero también por la evolución general que los debilitaba.

En la ciudad, la sedición la provocaba un problema público. Así, la revuelta dirigida y preparada aparecía más frecuentemente en las ciudades más evolucionadas en el aspecto económico. En primer lugar, los conflictos urbanos surgían en el seno del patriciado, movidos por capas medias desplazadas del poder o por grupos emergentes enriquecidos que buscaban un lugar en la elite política. Podemos apreciar conflictos entre facciones del patriciado, de familias enriquecidas y dirigentes gremiales por acceder a un poder municipal, entre gremios o entre categorías internas. En segundo lugar, los conflictos eran protagonizados por las masas populares, los menudos y los obreros, pudiendo distinguirse motivos simultáneos: trabajadores y artesanos

contra los ricos, subida de precios de artículos básicos, carestías concretas, revueltas antifiscales.

Ninguna región parece haber estado a salvo, aunque existieron zonas más sensibles: las regiones industriales de Flandes, norte y centro de Italia. Mientras las zonas de gran agitación campesina fueron aquellas en donde la agricultura tuvo un mayor carácter intensivo (Flandes, Inglaterra), las afectadas por el precio del trigo (Inglaterra, la cuenca parisina, Bohemia), o en donde la condición campesina se vio seriamente agravada por la acción de los señores (Inglaterra, Bohemia, Cataluña).

Los resultados de estos numerosos conflictos sociales fueron en general negativos en relación a las aspiraciones de los protagonistas. Reprimidos con dureza por las autoridades para ejemplo de la opinión pública o de los grupos dirigentes, temerosos de perder su predominio.

Ni el predominio social ni el estatus jurídico privilegiado de la nobleza sufrieron alteraciones sustanciales, pero sus bases económicas y políticas se transformaron con resultados muy diversos. En general, se observa un proceso de empobrecimiento de la pequeña nobleza que en ocasiones fue compensado por el ascenso a los rangos aristocráticos de caballeros de las ciudades, o por la entrada al servicio de la corona

o de personajes de la alta nobleza. La alta nobleza podía defender mejor sus intereses y niveles de renta cuanto más se aproximaba al linaje regio y a los centros de decisión política para obtener mercedes, rentas, señoríos, altos cargos públicos; su consolidación estará dada dentro del marco político del poder pre-estatal del rey. También se dará la sustitución de viejos linajes, extintos o decaídos, por otros nuevos (Castilla). Aparecerán variedad de situaciones dentro del campesinado debido a grupos que se deslizarán a la mendicidad, al desarraigo, al éxodo hacia la ciudad, al servicio doméstico, o a la práctica del trabajo asalariado, agrícola o artesanal para completar los ingresos. A su vez, la existencia de tierras vacantes por la conmoción despobladora permitió su apropiación por parte de los campesinos. Ello condujo a la formación de una clase de medianos y pequeños propietarios libres vinculados directamente con el mercado, que aspiraron a formas de ennoblecimiento y a alguna participación en la administración política.

Junto al desarrollo de la burguesía urbana se articularon nuevos grupos sociales como los juristas o los nuevos funcionarios de la administración, a raíz del fortalecimiento creciente de las monarquías. La base del poder de los reyes se asentó sobre la profesionalización de

la guerra, la aparición de sistemas fiscales para mantenerla, la validación de la política y la administración.

Cuestiones económicas

Entre 1300 y mediados del siglo XV se romperá el equilibrio entre los diversos términos del sistema productivo, combinándose elementos con diversa intensidad. Se frenó el movimiento de roturaciones por razones climáticas —enfriamiento del hemisferio norte—, por un bloqueo técnico que no lograba superar las limitaciones, sumado a la hegemonía del cultivo cerealista de rendimiento muy bajo, más las dificultades de transporte a larga distancia y sistemas imperfectos de conservación. Todo lo cual generó retrocesos: suelos agotados, degradación y descenso de la producción de cereales, problemas de abastecimiento con el consiguiente aumento de los períodos de hambre y carestía.

La frecuencia de malas cosechas de cereales se evidenciará a lo largo de todo el siglo, si bien no en todas partes al mismo tiempo, sino según circunstancias regionales. La Europa mediterránea sufrirá la crisis a partir de 1302, en la atlántica la crisis frumentaria afectará particularmente entre 1314 y 1316; entre 1334 y 1350 se registrarán en la región de Toulouse hasta siete períodos de hambre, y en especial la

carestía de 1373-1375 parece haber sido una de las más graves para varias regiones del Mediterráneo occidental.

Para una mayor comprensión de los efectos de las dificultades en la producción de cereales hay que sumar la importancia de motivos concurrentes: **1)** de orden político: por la transformación en las relaciones de poder y los sistema de fiscalidad; **2)** de orden económico: un nivel tecnológico desfavorable que no pudo evitar el agotamiento de los suelos, a lo que habrá que añadirle elementos accidentales como las epidemias, favorecidas por el hambre y **3)** de orden militar: continuidad de las situaciones de guerra y violencia. El estado de anarquía y guerra civil en el cual se mantuvieron Alemania e Italia más el largo conflicto de la Guerra de los Cien Años agotó a Inglaterra y arruinó particularmente la campaña francesa.

La contracción demográfica y la crisis agraria, junto con la emigración a la ciudad o la concentración del campesinado en suelos más propicios, provocó una serie de consecuencias: el abandono de los pueblos, el avance de bosques y baldíos, con el auge de las cabañas ganaderas en algunas zonas (Castilla), y la proliferación de cultivos compensatorios o de mayor interés comercial. Se sumarán las dificultades de los señores rentistas, en particular por el aumento de los salarios agrícolas.

Se asistió a un esfuerzo por aumentar la producción agrícola y pecuaria a través de la conversión de zonas de secano, la especialización de algunos cultivos que llegarían a multiplicar la producción, y la potenciación de la dedicación de campos cercados al pastoreo. Así, por ejemplo, se propiciará la difusión de los frutales, el viñedo o la ganadería, sobre todo ovina, siendo los casos más destacados los de Inglaterra y Castilla que se transformaron en los grandes productores de lana para las manufacturas europeas.

Además, de modo paulatino se irán sustituyendo las prestaciones propias del sistema dominical por las rentas del señorío jurisdiccional, y se reforzará la costumbre —dada la extensión de la tierra y la mayor complejidad de los cultivos— del arrendamiento a censo de las parcelas de las propiedades. Con lo cual, los señores a fin de asegurarse el valor de las rentas, comenzaron a realizar los arrendamientos por tiempo limitado o asociar al campesino por el sistema de aparcería, difundido en particular en Italia y Francia.

Las fuentes de renta señorial quebraron o disminuyeron, por ello, algunos nobles buscaron ingresos compensatorios asumiendo nuevas formas de dominio desvinculadas de la propiedad de la tierra, como cargos y sueldos a costa de la nueva fiscalidad regia y en el servicio del aparato estatal naciente, o bien compartiéndolo legal o

ilegalmente mediante la toma de renta y jurisdicción de la Monarquía. Si bien la ilegalidad traía violencia, luchas intestinas, cesiones de facto por parte de los reyes, la legalidad implicaba el crecimiento de señoríos jurisdiccionales y el establecimiento de nuevos tipos de renta sobre los habitantes del señorío a fin de disponer más fácilmente de su trabajo, por contratos agrarios o contratación a jornal o temporada.

Dentro de las manufacturas también se registraron dificultades. Se vio afectada sobre todo la producción suntuaria, en tanto las técnicas se continuaron desarrollando, pero las prescripciones de los gremios prohibían utilizarlas por una mentalidad deseosa de mantener la calidad y principalmente por la restricción de los mercados y la falta de moneda. Sin embargo, de esta situación surgieron algunas alternativas posibles como el aprovechamiento de la tradición textil campesina. Los comerciantes compraban la materia prima y la entregaban a los campesinos para que realizaran el tejido, recogiendo el producto terminado para comercializarlo, lo que generó el desarrollo de la industria doméstica rural. Esta manufactura doméstica fue resistida por los gremios urbanos, pero se extendió como complemento de las tareas rurales, en especial en las zonas laneras (Inglaterra, Países Bajos, Alemania, Italia, Francia), y se reprodujo el sistema en la producción de otros objetos: cuchillos, clavos, etc.

La reducción comercial se vinculó con la escasez de moneda. Escasez debida a la necesidad del poder regio de pagar ejércitos que se impusieran a las autonomías feudales, por las guerras desarrolladas a partir de la de los Cien Años, así como por el pago a una burocracia que organizara el Estado. La recesión económica provocó la crisis de varios banqueros, pero también los reyes comenzaron a acuñar moneda con distintas aleaciones lo que provocaba devaluación y problemas de inflación que repercutían en las transacciones comerciales.

Respecto de las técnicas mercantiles se destacaron los adelantos en el transporte fluvial y marítimo, explotándose los logros del período anterior: la brújula, el timón de codaste, el astrolabio, los mapas portulanos y el desarrollo de la arquitectura naval. Las técnicas comerciales y financieras se perfeccionaron y difundieron, tales como los libros de contabilidad de partida doble, las letras de cambio y el seguro marítimo. Empezaban a desarrollarse las grandes sociedades y compañías mercantiles que practicaron todo tipo de operaciones financieras y comerciales: préstamos, gestión de cobro de impuestos y rentas, inversión en manufacturas, tráfico de mercancías. Florecieron desde las sociedades hanseáticas, a menudo de tipo familiar, la Orden Teutónica, que mantenía una gran organización mercantil con centros y agencias oficiales, almacenistas y comisionados itinerantes, hasta los mejores

modelos italianos, en especial Florencia, sede de las principales compañías de operaciones internacionales. Junto a la banca privada, se produjo en ocasiones la formación de bancas con respaldo de la autoridad pública, en forma más frecuente en plazas mediterráneas.

A pesar de que se detuvo la expansión hacia las periferias —de los alemanes hacia Lituania, de los españoles en Granada, el fin de las Cruzadas— y se redujo la actividad comercial, las ferias de Champagne decayeron y fueron reemplazadas por otros circuitos de ferias rurales —las numerosas de carácter ganadero en Castilla— y ferias de alcance interregional, la mayoría próximas a los ejes de comunicación entre Italia y Flandes: Brujas, Amberes (Países Bajos), Leipzig, Frankfort (Alemania), Chalons sur Marne (Francia), Ginebra, Lyon, etc.

El comercio del mundo mediterráneo se organizó en función de las factorías del Levante, en donde se formaron las grandes fortunas de Italia. Génova y Venecia fueron las más beneficiadas, enfrentadas entre sí por el tráfico con Oriente, y con los catalanes en Occidente. Asimismo, se asistió a una verdadera promoción del Tirreno que impulsará otras regiones cercanas. La confederación catalano-aragonesa fue una de las grandes potenciadoras de las rutas en Languedoc, Provenza, Cerdeña y Sicilia. Otros focos comerciales importantes fueron Nápoles y el norte de África. El éxito de los genoveses fue producto de

su instalación en Sevilla, su *hinterland* y la penetración en el reino de Granada. En particular, se debe mencionar la Hansa de comerciantes alemanes que dispuso de una amplia red de factorías extendidas entre el Stahlhof de Londres, el Peterhof de Novgorod y el Muelle alemán de Bergen. Todo ello forjó una fuerte corriente migratoria germánica y los productos negociados cubrieron una amplia gama: productos coloniales del Este como el ámbar, pieles, cera, madera, trigo; hierro y madera suecos, pescados, lana, paños ingleses y flamencos, vinos y sal. Serán razones de tipo político las que forjarán el destino bajomedieval del comercio hanseático.

Otro efecto notable fue el crecimiento de las ciudades, observable por la multiplicación de los barrios, nuevas murallas, disposiciones municipales para mantener el orden y una mejor apariencia. Una ciudad que comenzaba a vincularse cada vez más con el campo. En tanto que los marcos señoriales se quebraban los ciudadanos extendían su dominio sobre el entorno. Los burgueses ricos en algunas zonas (Francia, Cataluña) se unirán a la nobleza e invertirán en la adquisición de tierras para su explotación indirecta y la cría de ganado, en función de los mercados urbanos o de las posibilidades de exportación.

Tras la convulsión de la recesión y el cambio de coyuntura, la concentración del comercio y del crédito se dio en agentes económicos

nuevos, sobre todo en las grandes ciudades europeas, en donde se había iniciado la diversificación entre burguesía y nobleza.

Cuestiones culturales

A través de tres aspectos fundamentales se puede trazar un panorama general de la cultura del período: el arte, las ciencias y la religiosidad. En lo referido a las cuestiones artísticas, desde el comienzo del siglo XIV aparecerán ciertas características que anunciarán lo que será conocido como Renacimiento. Esta nueva concepción se iniciará sobre todo en Italia favorecida por las peculiaridades políticas y la expansión económica de ese tiempo. Aparecerá el mecenazgo, la curiosidad por la cultura clásica y el intelectualismo. No obstante, en la mayor parte de Europa aún predominaban las características culturales propias de los siglos anteriores.

Así, mientras en Inglaterra se desarrolló una nueva forma de arte gótico, llamado curvilíneo o decorado, en el que los constructores se mantuvieron fieles al espíritu esencial del gótico, se recargaron la decoración e inventaron formas mucho más complejas y atrevidas. En Italia se irán imponiendo muy lentamente nuevas formas que buscarán inspiración en la Antigüedad Clásica con la representación exacta del espacio, de las perspectivas y de los volúmenes.

En la literatura se produjo una clara transformación en la idea de ver el mundo. Dante, considerado el último gran poeta del mundo medieval, dará lugar a Petrarca —considerado el primer “humanista” por su entusiasmo por la cultura de la antigua Roma— y a Giovanni Boccaccio. Ambos combinaron el papel de erudito clásico con el de escritor en lengua vulgar y pueden ser calificados de hombres medievales. En la pintura aparecieron las innovaciones prerrenacentistas con Giotto, quien fundó un nuevo tipo de narración pictórica basada en la escultura clásica.



Ilustración 31. Giotto, *El nacimiento de la Virgen*, Cappella Scrovegni, Padua 1304-06.

En cuanto a la cuestión científica, si bien no existía el concepto de ciencia experimental que tenemos hoy y la Teología y Filosofía ocupaban el centro del pensamiento, se comenzaba a vislumbrar una etapa mar-

cada por una nueva relación del hombre con su entorno. El hecho fundamental que señaló ese cambio fue el desarrollo de una crítica teórica a la concepción de las ciencias y de los principios elaborados por Aristóteles que habían regido el siglo anterior. El movimiento que más contribuyó a ello fue, sin duda, el iniciado por Duns Escoto y continuado por Guillermo de Ockham, cuya influencia se hizo sentir en todos los campos del saber.

En el campo de la Teología, la primera de las ciencias, se rompía el equilibrio encontrado por santo Tomás entre razón y fe. Tanto Escoto como Ockham cuestionaron la idea de Dios. En Oxford y en París, las principales escuelas teológicas multiplicaban las discusiones sobre la presencia divina, la predestinación, el libre albedrío. Sin duda, el siglo XIV fue uno de los momentos en que se discutió con más fuerza la relación entre la voluntad divina con la humana, comenzando un camino hacia una nueva concepción del mundo y del hombre.

En Filosofía, el otro gran saber, hubo un gran avance del nominalismo. Doctrina filosófica según la cual todo lo que existe es particular y por lo tanto niega la existencia de conceptos universales, en detrimento del realismo, idea dominante en el tiempo precedente, que sostenía la existencia tanto de particulares como de universales. Su

máximo exponente fue Guillermo de Ockham. Desde 1320, aproximadamente, hubo una gran confrontación entre estas dos posturas gno-seo-ontológicas: los *moderni* (nominalistas) y los *antiqui* (realistas) siendo la base de su discusión la teoría del conocimiento y la concepción básica de la realidad y el ser.

Pero, si bien es cierto que las ideas de Ockham influyeron profundamente, no fueron las únicas, sino que hubo otra serie de corrientes filosóficas con fuerza: la escuela escotista fue durante los primeros cuarenta años del siglo el movimiento doctrinal más compacto con París y Oxford como centros culturales. La escuela agustiniana, que llegó a tener como características una gran preocupación humanista, y el averroísmo, que a pesar de la condena del siglo anterior, no cesó de ganar adeptos.

La ciencia medieval como confluencia de las tradiciones bizantinas, árabes y hebreas, gestada en Oxford, Bolonia y París, forjó en la Baja Edad Media una cultura unitaria vertebrada por las ideas escolásticas en las que Aristóteles cristalizaba el principio de autoridad. En el siglo XIV, la autoridad aristotélica comenzó a ser cuestionada junto a la crítica de la síntesis tomista por el nominalismo de Ockham. Este hecho abrirá camino para el avance de otras ciencias como la Matemática

y la Física, pero no se logró crear un cuerpo científico totalmente renovado.

En cuanto a estas últimas, cabe destacar una nueva aproximación matemática a la naturaleza, sobre todo interesaba la formulación matemática y cuantitativa de las leyes del movimiento. En ello resaltan los estudios llevados a cabo en Oxford, en el Merton College, donde se inició una revolucionaria aplicación de la matemática al movimiento, extendiéndose el uso de funciones bastante complejas.

Más allá de los citados, hubo otros logros —como las discusiones sobre el infinito, el problema de la máxima resistencia que una fuerza puede vencer y la mínima que no puede superar— que pusieron las bases de la lógica infinitesimal, avances en la trigonometría y en la teoría de las proporciones, utilización de métodos de multiplicación y división que sustituyeron a los métodos musulmanes. Gracias al adelanto de las matemáticas hubo importantes innovaciones en la música y se comenzaron a analizar algunas condiciones básicas de la óptica.

La cosmología se decantó por ese principio de autoridad en el que Aristóteles y Galeno se alzaban como figuras inexpugnables y la crítica a ellos no bastaba para elaborar una nueva ciencia. Habrá que esperar hasta Kepler y Galileo para que el mundo aristotélico se desvanezca por completo.

En Medicina, el centro del conocimiento médico se desplazó de Salerno a Bolonia donde se desarrolló un renacimiento del estudio de la anatomía encabezado por Mondino de Luzzi. Una medicina basada en la observación y no en el cálculo. En Montpellier se desarrolló una notable escuela de cirugía con Guy de Chauliac. Ni en Bolonia ni en Montpellier hubo una continuidad sostenida y, en líneas generales, el saber médico permaneció anclado en el galenismo, aunque no se pueda dejar de reconocer un acercamiento a la práctica médica.

Todo esto permite sostener que el XIV no fue un siglo de ruptura con el Medioevo, sino que se intentó aportar nuevas soluciones a viejos problemas, y que hicieron de él un siglo clave para comprender el desarrollo de la Ciencia, el Arte, la Teología y la Filosofía de los tiempos posteriores

Las cuestiones de espiritualidad estuvieron teñidas por un gran desarrollo, pero también de fuertes controversias, tanto intelectuales como políticas. Las disputas entre papas y emperadores, que se sucedieron a lo largo de casi tres siglos, desgastaron a las dos instituciones y dejarían a un lado las relaciones del papado con otros poderes seculares como las monarquías nacionales. Bonifacio VIII inició una serie de disputas con el rey de Francia, Felipe IV, por la sujeción de los poderes terrenales a los celestiales. Sus sucesores en el trono de Pedro se

plegaron a los intereses del monarca francés y trasladaron la residencia papal de Roma a Aviñón. Más de sesenta años estarían allí los pontífices hasta que, en 1377, Gregorio XI regresaría a Roma. Su muerte, al año siguiente, precipitaría la crisis que se conoce como el Gran Cisma de Occidente. Mientras algunos cardenales eligieron en Roma a Urbano VI, otros, especialmente los franceses, designaron como papa a uno de los suyos, primo del rey de Francia, que tomó el nombre de Clemente VII y se instaló en la sede del sur francés.



Ilustración 32. Palacio papal de Aviñón.

Ese estado de la cuestión se mantuvo hasta fin de siglo y contribuyó al desprestigio de la autoridad papal y a la aceleración de un proceso vigente que hizo necesaria una reforma de la Iglesia por parte de una sociedad que mantenía un gran sentimiento religioso y quería una Iglesia mejor. Donde más se sentirá la necesidad de reforma será en las órdenes religiosas, muy afectadas, además, por la recesión demográfica, los cambios económicos y la guerra. Solo algunas de ellas, como los cartujos, lograron un progreso regular gracias al mantenimiento de su espíritu original, pero para el resto la idea será la reforma. En ciertos casos como en los cluniacenses, cistercienses, frailes menores o canónigos regulares la reforma fue impulsada por el papado (Benedicto XII-1336). En otros, como en los benedictinos o los dominicos, vino desde la misma congregación. Mayores dificultades plantearon los franciscanos entre aquellos que sostenían el espíritu de pobreza evangélica (los “observantes” y los “conventuales”) que no veían la necesidad de la reforma.

Como reacción al escolasticismo rígido del siglo anterior, sumado a la falta de representatividad que tenía el monacato —forma de devoción esencialmente grupal— en una sociedad en la cual comenzaba a tener como centro al individuo, floreció la mística y otras formas devocionales que aspiraban a ser más profundas. En cuanto a la

primera, uno de los principales focos de desarrollo místico fueron Renania, heredera de las enseñanzas del maestro Eckhardt; los Países Bajos herederos de Juan de Ruysbroek; Italia, con santa Catalina de Siena; en el norte europeo Brigita de Suecia, en Inglaterra Juliana de Norwich y Ricardo Rolle. La mística no estuvo exenta de dificultades pues la línea entre la ortodoxia y heterodoxia fue siempre muy débil, así a la condena a Eckhardt se sumaron la de Ruysbroeck y Margarita Porete fue ejecutada.

A partir de finales del XIV se desarrolló otra forma de espiritualidad, alejada de la mística, que llamaba a una piedad conforme a los preceptos evangélicos, a la oración, al amor a Cristo. Uno de esos emprendimientos fueron los Hermanos de la Vida Común, fundado por Gerardo Groote de Deventer y Florencio Radewijns, y la Comunidad de Canónigos de Windesheim, abierta en 1387. Su éxito le acarreó enemistades de algunos mendicantes por situarse al margen de las órdenes establecidas.

En cuanto a los laicos, grupo social más nutrido, su formación y preocupaciones religiosas oscilaron entre la aceptación de las normas establecidas y posiciones críticas que muchas veces terminaron en ruptura. En los grupos populares fue donde la peste tuvo mayor impacto no solo desde el punto de vista material sino desde lo espiritual

y cultural. Ante el terror, la búsqueda de la solución o del conjuro recurrió a la exacerbación de las prácticas religiosas. Procesiones, misas, donaciones eran caminos para lograr un poco de paz y seguridad. En ese contexto aparecieron algunos movimientos de corta duración en términos históricos, pero que convocaron gran cantidad de seguidores como los flagelantes. Formaron grupos de numerosas personas que recorrían diversas zonas europeas —desde Inglaterra a Hungría y desde Polonia a Francia— haciendo penitencia, orando en procesión, cargando cruces y flagelándose. Invocaban a la Virgen, a los santos y albergaban diversos elementos místicos y al mismo tiempo una dura crítica a la jerarquía eclesiástica. La Iglesia rápidamente los condenó. El terror a la muerte había desembocado, a través de la aparición de los flagelantes, en la puesta al descubierto de uno de los males profundos que aquejaban a la cristiandad y en el desprecio que la gente menuda sentía por el clero.

Al contrario de lo que sucedía con los grupos cultos, la religiosidad del hombre común de esta época se caracterizó por la necesidad de congregarse. El individuo solo no podía dar una respuesta. Así surgieron cofradías de culto a la Virgen, a los santos y una avidez por mantener el contacto permanente con lo sagrado a través de la veneración de reliquias.

El siglo XV

Cuestiones políticas

El siglo XV fue, en términos generales, un siglo de recuperación. La crisis del siglo XIV, entendida como cambio, dio lugar a un nuevo ciclo de expansión europea cuyo epicentro será el Atlántico. Este proceso señaló el fin de una época y el nacimiento de la Edad Moderna

El proceso de conseguir la centralización del poder por parte de los monarcas del occidente europeo generó graves conflictos internos que junto con las tensiones internacionales llevaron a un nuevo estallido bélico: la segunda fase de la Guerra de los Cien Años.

En Inglaterra con Enrique IV llegó al trono una nueva dinastía, los Lancaster. Su hijo Enrique V (1413-1422) tuvo como objetivo establecer la “doble monarquía”: la unión personal de la corona de Francia e Inglaterra. Aprovechando la crisis política que atravesaba Francia por la locura de Carlos VI y la constante rivalidad entre los partidarios del duque de Borgoña (*borgoñeses*) y del duque de Orleans (*armagnacs*), desembarcó en 1415 en Normandía, previa alianza con Borgoña

y venció a las tropas francesas en Azincourt. Entre 1417 y 1419 ocupó completamente la región, al mismo tiempo que el duque de Borgoña hacía lo propio con París. Enrique parecía en condiciones de alcanzar su objetivo mediante el acuerdo de Troyes (1420) por el que se casaría con la hija del rey de Francia y sucedería a Carlos VI, pero las regiones del centro y sur no aceptaron el acuerdo, reconociendo como heredero al hijo de Carlos VI, al que coronaron en Bourges con el nombre de Carlos VII.

En la medida en que avanzaba la coalición inglesa-borgoñona se despertó un intenso sentimiento nacionalista entre la población que fue encarnado por Juana de Arco, joven lorenese que al frente de un ejército logró el levantamiento del cerco a Orleans y la coronación de Carlo VII en Reims, lo que tendría un gran impacto psicológico sobre el ejército francés y sobre la población. La lucha fuera de su territorio comenzó a impactar sobre los ingleses, al mismo tiempo que se rompía

su alianza con Borgoña que, a su vez, se alió con Francia a cambio de compensaciones económicas y de independencia política, en la práctica. Las tropas francesas entraron en París en 1436 y la presencia inglesa quedó reducida a Normandía y Guyena. En 1449 se reiniciaron las hostilidades y cuatro años más tarde las tropas francesas conquistarían Normandía terminando la guerra y limitando la presencia inglesa a Calais hasta 1558.

Todo el proceso de la Guerra de los Cien Años tendría grandes consecuencias para Europa occidental, pues actuó como dinamizador del proceso histórico: Francia e Inglaterra se constituyeron como Estados nacionales. La primera alcanzó una gran cohesión interna e Inglaterra abandonó sus pretensiones continentales. En ambos casos la monarquía se impuso como fuerza política hegemónica frente a los restantes poderes del reino, aunque ese proceso no estuvo exento de dificultades: en Francia los conflictos con Borgoña y en Inglaterra la Guerra de las dos Rosas.

En Francia a Carlos VIII le sucedió su hijo Luis XI quien tuvo una notable habilidad para estructurar una monarquía fuerte: se reforzaron la justicia y la fiscalidad, se modernizó y profesionalizó el ejército y se buscó la expansión externa. Ante el creciente poder real la nobleza se agrupó en la “Liga del bien público” y se enfrentó con el

monarca en Montlery (1465). Se disolvió la liga, pero el monarca debió entregar Normandía al duque de Berry y las ciudades del Somme a Borgoña, constituyendo territorios dotados de autonomía y peligrosos para el poder real. Esta amenaza se acentuó cuando el duque de Borgoña, Carlos el temerario, se casó con la hija del rey inglés, se expandió al este (Renania, Alsacia) y casó a su hija María con Maximiliano de Habsburgo, futuro emperador alemán.

Luis XI logró neutralizar Borgoña y firmar con Eduardo IV de Inglaterra el tratado de Picquigny por el que este último rompió la alianza con Borgoña y abandonó sus pretensiones continentales. Muerto Carlos el Temerario en el asedio de Nancy, Luis incorporó algunos territorios ocupados y por la paz de Arras (1482) Francia retuvo parte de Borgoña, Artois y Picardía. María, la heredera de Borgoña, conservaría los Países Bajos y pasaron al Imperio, bajo el poder de su esposo, parte de Borgoña, Luxemburgo y el Franco condado.

Luis XI amplió la jurisdicción monárquica de Francia a Rosellón y Cerdeña (1462); a Anjou y Provenza (1475); a Navarra y Saboya y por el matrimonio de su hijo Carlos con Ana, heredera de Normandía, se aseguró el dominio de la región conformando el reino más extenso de Occidente. Su hijo y heredero Carlos VIII buscó su expansión a Nápoles, lo que lo llevó a la entrega de alguno de los territorios como

la restitución del Rosellón y Cerdeña a Aragón y Borgoña y Artois a Maximiliano de Austria.



Mapa 22. Francia bajo el reinado de Luis XI.

En Inglaterra, a la muerte de Enrique V le sucede Enrique VI (1422-1461) aún niño. La pérdida de la guerra con Francia, la crisis en la hacienda, las revueltas campesinas, las crisis de locura del rey y la rivalidad entre dos ramas de los Lancaster generaron una guerra civil que enfrentó durante treinta años a la casa de Lancaster (su símbolo era la rosa roja) con la de York (la rosa blanca). El líder de esta última, Ricardo de York, se hizo del poder y fue alejado de él varias veces. Finalmente fue derrotado y muerto en la batalla de Wakerfield, pero sus partidarios reconocieron como líder a su hijo Eduardo quien derrotó a los Lancaster en la batalla de Towton (1461), aunque recién diez años más tarde podría controlar definitivamente la situación.

Eduardo IV gobernó con mano firme hasta su muerte en 1483, dejando dos hijos menores, Eduardo y Ricardo de York, tutelados por su hermano el duque de Gloucester, quien mandó a asesinar a los niños y se coronó rey como Ricardo III. La reacción no se hizo esperar y algunos miembros de los Lancaster, a cuya cabeza estaba Enrique Tudor, futuro marido de Isabel de York, venció al rey en la batalla de Bosworth (1485), se proclamó rey como Enrique VII y puso fin a la Guerra de las dos Rosas. Con él comenzaba el gobierno de los Tudor.

Los Tudor reorganizaron la monarquía con el apoyo de la nobleza urbana y con un gobierno caracterizado por paz externa y orden

interno. La construcción del Estado moderno que se inició en el siglo XIII y se consolidaría a partir de mediados del XV, supuso una creciente centralización política y económica, una ampliación en las decisiones de la administración real y la consolidación de la monarquía. La organización de un gobierno centralizado se basó en la modificación de las estructuras feudales, así, las relaciones vasalláticas dieron lugar a la formación de bandos y clientelas e hicieron su aparición personajes ajenos al mundo feudal como los hombres de negocios o los banqueros. La articulación territorial de los Estados se realizó a través de una estructura administrativa centralizada, ejércitos permanentes, fronteras políticas y una organización judicial jerarquizada.

Para la consolidación del poder monárquico fue fundamental el crecimiento y la transformación de la administración de los reinos. Se afianzó la burocracia al servicio de los reyes, conformada por letrados y juristas que provenían generalmente de sectores sociales medios y que tuvieron cada vez más poder; no obstante, no desplazaron a la nobleza que siguió ejerciendo el poder jurisdiccional en sus tierras.

Otro de los factores claves para la consolidación de las estructuras estatales fue la evolución de la fiscalidad, mediante la incorporación de nuevas fuentes de ingresos que permitieron un fuerte crecimiento de las arcas reales. Se regularizaron los impuestos indirectos

(aduaneros, sobre determinados productos o sobre el consumo) y también impuestos directos aprobados por las asambleas representativas a pedido del rey. Se obtuvieron ingresos a partir de rentas eclesiásticas, del monopolio regio en la acuñación de moneda y de sistemas de créditos como arrendamientos de impuestos, prestamos de banqueros e iniciales emisiones de deuda, etc.

Desde el punto de vista ideológico, las monarquías se reforzaron de doctrinas que fortalecían la autoridad real atribuyéndoles al rey una serie de virtudes —los llamados “espejos de príncipes” donde se trataba las bondades que debían tener—, la presentación de actividades de la corona como verdaderos actos de propaganda, la utilización del arte como factor de prestigio, la creciente complejidad de los símbolos del poder real como el protocolo...

También en los últimos siglos del medievo se fue consolidando un sentimiento de lealtad dinástica que llevó a una mayor cohesión de las comunidades políticas y que junto con el uso de determinados símbolos, la identificación con una religión, una lengua, una historia común, actuaron como elementos de identificación de una colectividad con respecto a otra: comenzaban a definirse los Estados nacionales. Estas características no fueron fenómenos exclusivos de Francia e

Inglaterra sino que todos los gobiernos occidentales evolucionaron, con particularidades, en ese sentido.

En cuanto al trono imperial hasta 1437 gobernaron emperadores de la casa de Luxemburgo, en 1438 el trono recayó en Alberto de Habsburgo quien produjo la unión dinástica de Austria, Hungría y Bohemia en cumplimiento al pacto de Brünn que establecía la unión de la casa Habsburgo y Luxemburgo. En 1438 le sucedió su primo Federico III que reinó hasta 1493. Durante su largo reinado buscó consolidar la autoridad imperial, manejó excelentes relaciones con el papa y trató de buscar una solución diplomática a los conflictos, pues era consciente de sus limitaciones. Su hijo y sucesor Maximiliano estaba casado con María de Borgoña, lo que los llevó a controlar mayores territorios y su hijo Felipe “el hermoso” por su matrimonio con Juana, la hija de los Reyes Católicos, les abriría la puerta para el dominio español.

Italia en la Baja Edad Media era un mosaico de entidades políticas independientes que aun cuando contaban con elementos culturales comunes como el idioma, no parecía factible un proyecto político común. El norte, liberado del yugo imperial, se había transformado en pequeños Estados. Entre ellos sobresalía Milán, que controlaba una amplia zona —Piacenza, Parma, Bolonia, Verona, Pisa, Pavía—;

Venecia que se ocupó de conformar un estado territorial que protegiese sus intereses comerciales y que durante la mayor parte del siglo XV se dedicó a frenar el avance turco por el Mediterráneo oriental; Génova, eterna rival comercial de Venecia, debió enfrentarse con la competencia aragonesa y con su inestabilidad política lo que mermó sus dominios territoriales pero no su independencia comercial; Florencia tuvo un siglo XIV y comienzos del XV muy agitados, no perdió su forma de gobierno republicana, aunque una de sus principales familias, los Médici, fue acumulando poder y en 1439 Cosme de Médici ya era señor de la ciudad.

En el centro estaban los Estado Pontificios que habían perdido poder durante la estancia de los papas en Aviñón. En 1421 los pontífices se instalarán nuevamente, pero “italianizando” su poder temporal, pues participarán activamente en los avatares políticos peninsulares.

El sur dividido en Nápoles, bajo la órbita de los Anjou y Sicilia, bajo el dominio aragonés, será unificado en 1443 por Alfonso V de Aragón.

El clima de disputas políticas fue muy intenso hasta 1454 en que se firmó la paz de Lodi por la que Milán, Venecia, Florencia y Nápoles, con el patrocinio del papa, llegaron a un acuerdo que significaría un equilibrio y, a su vez, la toma de precauciones conjuntas para evitar

intervenciones externas. Este hecho inauguró un período de relativa tranquilidad que se rompería en 1494 con la invasión francesa a Nápoles lo que dará inicio a un período en el que nuevamente la península será escenario de guerras entre las potencias europeas.

A comienzos del siglo XV los reinos de la península ibérica se distribuían de la forma siguiente: Castilla ocupaba toda la región central; Navarra, pequeña en extensión, subsistía en el norte, en la región pirenaica; al este Aragón, cuyos dominios se habían extendido por el mar Mediterráneo; al oeste el reino de Portugal, emancipado del vasallaje castellano. Al sureste de la península los musulmanes permanecían en Granada.

Desde la llegada de la dinastía Trastámara al poder de Castilla (siglo XIV), el reino más extenso y poderoso, había intentado, al igual que en los otros Estados occidentales, estructurar y centralizar el poder real, aunque las permanentes sublevaciones de los nobles la obligaron a hacer concesiones. En 1469 se casaron la heredera del trono castellano, Isabel, con el de Aragón, Fernando, conocidos históricamente como Reyes Católicos, quienes si bien no unieron los reinos implementaron una política conjunta: lograr la unidad territorial, política y religiosa de España. Para conseguir la unidad política debieron enfrentar a los nobles, causantes de muchos abusos. En 1477 Isabel instauró en

Sevilla una Audiencia que escucharía las quejas de los perjudicados en las revueltas políticas y castigaría a los culpables. Nació también la Santa Hermandad, policía militarizada que aplicaba penas severas. Para consolidar el poder de la corona se reorganizó el Consejo Real y con el tiempo el organismo se subdividió en Consejo de Justicia, Estado y Hacienda.

La unidad religiosa era necesaria y por ello los Reyes Católicos, previa autorización del papa Sixto IV, implantaron en sus dominios la Inquisición, destinada a combatir la herejía (en Castilla en 1480 y luego en Aragón en 1485), aunque también aplicó contra los judíos, los moriscos (moros que se habían convertido al cristianismo) y los protestantes. En marzo de 1492 los reyes obligaron a los judíos a convertirse o a salir de España. Unos cien mil abandonaron la península rumbo a Oriente, particularmente Salónica y Constantinopla. Con respecto a la unidad territorial, aunque las fortificaciones y la naturaleza del terreno favorecían la defensa del espacio ocupado por los musulmanes, las luchas intestinas debilitaron a los granadinos. Los Reyes Católicos iniciaron una violenta ofensiva conquistando Guadix, Almería y Loja. Por último, sitiaron Granada, que se rindió el 2 de enero de 1492. Así concluyeron las luchas por la reconquista de Granada y, de este modo quedó planteado un escenario

político-institucional que propiciaría y respaldaría la exploración atlántica.

Las guerras civiles habían debilitado al pequeño reino de Navarra, lo que dio ocasión a Fernando el Católico para intervenir en las guerras intestinas. La política del reino favoreció a Francia cuando la reina Catalina se casó con el noble francés Juan de Labrit. Aprovechando las discordias entre Francia y España y apoyándose en la bula papal que excomulgaba a todos los aliados del monarca francés, el soberano católico ordenó al duque de Alba la ocupación del territorio navarro (1512). Con esta medida, la península quedó unificada, con excepción de Portugal que permaneció independiente.

Los portugueses, por su parte habían alcanzado las costas africanas conquistando importantes enclaves. El avance atlántico, tanto de Castilla como de Portugal, se debió a una serie de circunstancias favorables: sus reyes se implicaron en la expansión, sus puertos situados en las grandes rutas comerciales se enriquecieron y acumularon experiencias náuticas y por otra, parte habían desarrollado una importante flota mercante.



Mapa 23. Europa en el siglo XV.

En el caso de los portugueses el descubrimiento de Madeira, de las Azores, la llegada al Golfo de Guinea y finalmente, en 1498 el arribo de Vasco da Gama a la India, bordeando África. Por su parte, los españoles iniciarían su expansión con la conquista de Canarias y culminaría con la llegada de Cristóbal Colón a América.

En cuanto al Oriente, el Imperio bizantino había logrado sobrevivir al avance de los distintos pueblos a través de los siglos. Los turcos, vencidos por el Tamorlán, lograron recuperar sus provincias asiáticas

y balcánicas. En 1453 el sultán Mohamed II puso sitio a Constantinopla derrocando al emperador Constantino I, lo que causó una verdadera conmoción en Occidente, aunque la reacción efectiva fue escasa, salvo venecianos y genoveses quienes libraron duros combates contra los turcos intentando mantener sus plazas comerciales.

La expansión turca no cesó. Albania cayó en 1468, el mar Negro fue dominado en 1475, Venecia fue derrotada y los turcos se lanzaron al Adriático. Así, los puertos del Mediterráneo oriental quedaron en poder de los otomanos. Estos invasores impidieron el tradicional tráfico de caravanas con Asia, por lo que la única posibilidad de comerciar con estos mercados fue la vía marítima hacia Occidente, para lo cual era preciso una exploración del Atlántico hasta encontrar el nuevo itinerario. Desde tiempo atrás, los puertos italianos acaparaban el comercio con Oriente, situación que también motivó en españoles y lusitanos el deseo de no caer en el predominio de esos intermediarios y obtener los beneficios de un tráfico directo.

Cuestiones sociales

Si bien las epidemias del siglo XIV, juntamente con las guerras ocasionaron un marcado descenso de la población europea que continuó en las primeras décadas del siglo XV, todo parece indicar que desde 1430

comenzó un período de crecimiento sostenido de la población en la mayor parte del territorio que equiparó y superó los niveles poblacionales anteriores a la peste. Varios motivos incidieron en ese proceso como la mejor alimentación que contribuye a aumentar la resistencia a las enfermedades o la disminución de la edad de casarse lo que permitía un acrecentamiento de la natalidad. Lo cierto es que el crecimiento es más evidente en el mundo urbano, pues uno de los fenómenos de la época es la emigración rural.

En cuanto a las áreas rurales, como se ha señalado, el proceso de emigración rural es una de las características de la época, un proceso lento que sufrió una aceleración con los brotes de peste o con políticas públicas de reordenamiento de población. Se calcula que en Alemania un 25 % de los núcleos rurales habitados a comienzos del siglo XIV se hallaban abandonados a fines del XV y en Inglaterra ese porcentaje es de un 20%. La recuperación de las tierras de cultivo, el auge de la ganadería, la clara tendencia a la especialización de cultivos, el desarrollo de relaciones comerciales, modificaron la sociedad rural, aunque hay notables diferencias regionales: mientras en Europa occidental las condiciones de vida del campesino mejoró tanto desde el punto de vista jurídico, con contratos de mayor duración, como desde el punto de vista del trabajo, con la eliminación de viejas prestaciones

sustituidas por pago en metálico, la generalización de salario por determinadas tareas, etc., en regiones del este europeo las condiciones de servidumbre se mantuvieron o empeoraron.

No obstante, no fue una época exenta de conflictos campesinos como por ejemplo las *remensas* catalanas y el movimiento *Irmandiño* en Galicia. En el primer caso, las *remensas* era el derecho mediante el cual el campesino se liberaba de ciertas cargas personales de carácter servil, peyorativamente llamadas *malos usos*, que se combinaban con derechos de bienes raíces. Los *pagenses* de *remensa* en Aragón constituían entre un tercio y un cuarto de la población. Cuando las concesiones fueron demasiadas la nobleza intentó retractarse de esos beneficios lo que desencadenó en 1410 una negación de obediencia, con incendios de cosechas y de casas.

El movimiento se extendió de modo organizado, con asambleas campesinas que designaban a uno de sus miembros para defender sus intereses. Sumado a todo ello los conflictos políticos dificultaron la gobernabilidad en Aragón y provocaron un retraso en la solución de los problemas rurales. Recién en el año 1486 Fernando el Católico, suprimió los “malos usos” con lo cual se eliminaba el origen del conflicto.

En 1418 los campesinos gallegos, principalmente de Santiago de Compostela, se unieron en una *irmandade*, levantándose contra el señorío arzobispal. El descontento se generalizaría y el primer enfrentamiento irmandiño se extendió por todo el reino contra la nobleza y el clero, de allí que algunos autores como Carlos Barros lo consideren como una rebelión antinobiliaria. Entre 1467 y 1469 tuvo lugar la segunda rebelión irmandiña, que esta vez enfrentó a los campesinos, la burguesía, la baja nobleza y el bajo clero contra los grandes señores. Esta llegó a extenderse por todo el reino de Galicia, pero a partir de 1469 el movimiento perdió vigor y la nobleza trató de recuperar sus posesiones con el favor de Isabel I.

En cuanto a las ciudades, la estructura social tiene una tendencia común que está presente en el siglo anterior y que se mantendrá durante el XV, y es la polarización de la población en dos grupos: el patriciado o la oligarquía urbana y el común. El control del primero de los grupos sobre el mundo urbano proviene, sobre todo, de su capacidad para ejercer el control de las actividades económicas y, por consiguiente, el control político. El grupo del común o menudos no es un grupo homogéneo, pero tiene características comunes: la dependencia económica del sector preponderante y su imposibilidad como grupo de

acceder al gobierno de la ciudad. Esta bipolaridad favoreció la aparición de conflictos y revueltas que se dieron en los siglos XIV y XV.

Cuestiones económicas

Aunque no resulta sencillo determinar cuál es el momento en que la recesión económica dio lugar a la expansión, se cree que este hecho se produjo en los decenios centrales del XV. Los cambios estructurales que se dieron en el terreno político e institucional tuvieron su correlato en el aspecto económico. La expansión tuvo como consecuencia la consolidación de grandes puertos —Sevilla, Lisboa, Londres— y de organizaciones de gran poder financiero —los Médici o los Fugger— cuyos intereses tenían una dimensión que superaba el ámbito de los nacientes Estado y en ocasiones entraron en conflicto con políticas de tipo proteccionista impuestas por las monarquías.

El mundo rural debió adaptarse a nuevas realidades como las crecientes demandas urbanas y el desarrollo comercial, por lo tanto, se recuperaron muchos campos de cultivo, aunque no es equiparable con los grandes procesos roturadores del siglo XI, y en este caso la iniciativa no provino de los grupos campesinos sino los señores laicos y eclesiásticos y sobre todo de la burguesía urbana, con intereses en el mundo agrícola. El precio de los granos se recuperó, aunque existía

una clara tendencia a la especialización de la producción que dejaba mayores ganancias: la vid en la zona mediterránea, la cebada en Inglaterra, el lúpulo en Alemania y las sustancias tintóreas en Italia o en el Levante castellano, además, el desarrollo del comercio permitió traer los granos de otros lugares como el este de Europa.

Se mantuvo el auge de la ganadería, motivado por la creciente demanda del mundo urbano, ya fuera para alimento como para actividad artesanal (cuero, lana). El protagonista principal de la expansión fue el ganado ovino. La gran demanda urbana llevó a buscar nuevos terrenos de pastos, lo que terminaría modificando el paisaje rural, como por ejemplo en Inglaterra en la que los campos abiertos evolucionaron hacia campos cerrados, con enormes consecuencias para la población rural.

Sin duda fue la actividad comercial la que sobresalió en este siglo con el afianzamiento de instrumentos mercantiles novedosos, la creación de poderosas sociedades mercantiles, la aparición de barcos con mayor capacidad, el declive de antiguos centros comerciales como las ferias de Champagne, la aparición de nuevas potencias comerciales como Portugal, Castilla e Inglaterra lo que determinaría un cambio en el eje de las relaciones comerciales al Atlántico.

En Inglaterra, sustentados en la producción lanera los reyes mismos se interesaron en sus mercaderes debido a que estos eran los que se encargaban del comercio de lana y los pellones, principales fuentes de impuestos aduaneros. Para mejorar las operaciones fomentaron la instalación de ciudades-mercados con lo cual los centros de distribución se convirtieron en poderosos centros al concentrarse en ellos todo lo que se podría exportar.

Su existencia iba acompañada de la instalación casi itinerante de la llamada *Staple*, denominada así porque era una suerte de corporación de mercaderes que traficaba con lanas en los mercados donde se la comerciaba. Una constante fue el establecimiento del régimen corporativo que no molestaba a los grandes mercaderes, sino que les permitía dominar a los artesanos.

El incremento del comercio determinó que la actividad bancaria se volviera más compleja, los bancos no solo recibían y prestaban dinero, sino que intervenían en el cambio de monedas: las más estables eran el ducado veneciano y el florín de Florencia. Los bancos eran instituciones frágiles por lo que en el siglo XV aparecieron bancos públicos como en Florencia, Milán o Génova.

Las ferias de Champagne habían decaído definitivamente, pero surgieron otras como las de Ginebra, especializada en metales preciosos, las de Lyon en el comercio de seda, Frankfurt en la que convergían comerciantes de toda Alemania y las de Medina del Campo en Castilla.

Proliferaban las sociedades comerciales, muchas de ellas pequeñas sociedades familiares que se asociaban con otras y llegaban a constituir verdaderos imperios mercantiles. El ejemplo paradigmático es el de los Médici, cuyo auge permanecería desde finales del siglo XIV hasta finales del XV y llegarían a tener filiales en las principales ciudades europeas y actividades comerciales y bancarias.



Ilustración 33. Florencia en el siglo XV. *Nuremberg Chronicle*.

El Mediterráneo que durante la mayor parte de la Edad Media había sido el eje del comercio cede su lugar al Atlántico. La navegación había logrado mejoras importantes, en parte por la implementación de adelantos técnicos, como el perfeccionamiento de instrumental para la navegación de altura, construcción de barcos más adecuados como la carabela que contaba con dos mástiles y velas que permitían una maniobrabilidad ideal para explorar zonas costeras; la mejora en los mapas con la aplicación de la geometría euclidiana y la navegación sistemática. También contribuyó al proceso de exploración el interés que despertaba la actividad en los poderes políticos. Como lo demuestra en Portugal la iniciativa de Enrique el Navegante, con la escuela de Sagres, y cuestiones netamente económicas como el colapso de las rutas a Oriente y las enormes dificultades de venecianos y genoveses de mantener la actividad comercial en el Mediterráneo Oriental.

A partir de 1415, se inició el proceso expansivo de los portugueses a Ceuta, situada a las puertas del Mediterráneo, que la convirtió este en el punto de partida para la conquista y exploración de la línea costera de África; en 1425 y 1427 conquistan Madeira y Las Azores, en 1441 alcanzaron Río de Oro y en 1445 Cabo Verde; en 1487 Bartolomé Díaz dobla en extremo sur de África y finalmente en 1498 Vasco da Gama bordea completamente el continente llegando a la India.

Castilla había iniciado su expansión Atlántica con la colonización de las islas Canarias, pero en 1479 debió reconocer, por el tratado de Alcaçobas, el monopolio portugués de exploración de África. En 1492 la reina Isabel firmó las capitulaciones de Santa Fe por las que avalaba la expedición de Cristóbal Colón que terminaría con la llegada a América.

Tanto 1492 como 1498 marcaron una profunda modificación en la historia de los europeos desde el punto de vista político, económico, científico y en el plano de las mentalidades como también para los pueblos descubiertos en América y en Asia.

Cuestiones culturales

Durante el siglo XIV y el XV se desarrolló un movimiento que impregnará la cultura: el Humanismo. Se despliega en los ámbitos aristocráticos y burgueses de los medios urbanos que no se sentían satisfechos con la cultura clerical y el método escolástico. Buscó inspiración y respuestas en la Antigüedad clásica y lo hizo con una nueva mentalidad no dada tanto a la especulación intelectual como a la observación, en el análisis de materiales, el valor del lenguaje y de la estética literaria.

Los humanistas promovieron un cambio en la concepción de la vida que ya no significaba un tránsito doloroso hacia la vida eterna,

sino que le otorgaba importancia a la vida era placentera por sobre las cuestiones relativas a la vida eterna. El hombre se convirtió en el eje de una sociedad que consideraba que los bienes materiales eran buenos si habían sido adquiridos honestamente, elementos de prestigio que permitían hacer el bien. El teocentrismo había dejado un lugar al antropocentrismo.

Los primeros humanistas no pertenecían al ámbito universitario, pero en el siglo XV ya estaban incorporados a las universidades. Las ideas predominantes ponía el hombre como centro de las preocupaciones y reflexiones, subrayando la importancia de lo humano tanto en la esfera individual e íntima (ejemplo las cuestiones amorosas) como en las públicas (ejemplo la supremacía de la monarquía laica). El movimiento surgió en las ciudades italianas, donde la Antigüedad estaba presente física e intelectualmente, la cultura bizantina-griega se hacía presente en la figura de muchos intelectuales que buscaban refugio por la presión turca. Además, las cortes principescas y las autoridades ciudadanas protegían a los intelectuales. Florencia, Roma y Nápoles fueron las capitales humanistas. La escuela florentina será hegemónica hasta fines del siglo XV, con Lorezo de Médici como gobernante y en ella se destacaron Marsilio Ficino (neoplatónico) y Pico della Mirándola

(incorporó la cábala al humanismo). Los pontífices Nicolás V y Pío II transformaron Roma en un centro de pensamiento humanista con figuras como Nicolás de Cusa (esbozó la teoría heliocéntrica) y Favio Biondo (innovador en la metodología histórica) y en la corte napolitana de Alfonso V se destacó Lorenzo Valla (filólogo e historiador).

Siguiendo las rutas comerciales y diplomáticas el Humanismo se expandiría por toda Europa con autores fundamentales como Erasmo de Rotterdam, en la Universidad de Lovaina, Rabelais en Francia, Tomás Moro en Inglaterra y en los reinos hispánicos el marqués de Santillana y Francesc Eiximenis. Se debe tener en cuenta que en 1445 Gutemberg creó la imprenta de tipos móviles lo que permitió la rápida difusión por toda Europa de la información, la educación, la cultura y la libre interpretación de los Evangelios.

Ligado al movimiento humanista surgirá un movimiento artístico que marcará una profunda renovación: el Renacimiento. El primer Renacimiento o *Quattrocento*, que es el que cronológicamente aquí interesa, se refiere al movimiento artístico que comenzó en Italia a lo largo del siglo XV y que estuvo muy ligado a Florencia, la Florencia de los Médici, y al movimiento cultural del Humanismo. El *Quattrocento* no surge por ósmosis, sino que es heredero directo del arte italiano del

siglo XIV (*Trecento*) marcando una etapa de transición en la que todavía en un contexto medieval, empezaban a desarrollarse valores propios del arte renacentista.

El Humanismo fue la base ideológica del *Quattrocento*, proponiendo un ideal hacia el que se encaminaron los creadores de las diferentes tendencias y distintos centros. La idea y el concepto de Renacimiento fueron acuñados por los primeros humanistas. La noción de Renacimiento se formuló como la idea de una resurrección derivada de la periodización por ellos propuesta. Según esta concepción la Historia se dividía en dos grandes periodos totalmente diferentes: la Antigüedad y el tiempo que sucede a la caída del Imperio romano. Se realizó entonces una valoración entusiasta por el ideal y la belleza de las obras antiguas en contraposición con el carácter “bárbaro” de las realizaciones medievales.

La Antigüedad se convirtió en el modelo y la norma para el arte del presente. Los modelos de la Antigüedad sirvieron sobre todo como fundamento y referencia para el nuevo lenguaje artístico, a veces para imitarlo y otras muchas para superarlo. El estudio de la Antigüedad estimuló también el de la naturaleza, propiciando la investigación de las leyes y normas de los nuevos principios compositivos, como en el caso de las matemáticas y la geometría, se aplicarían a las relaciones

artísticas. Las distintas artes experimentaron una radical transformación partiendo de una serie de planteamientos comunes: perspectiva, proporción, relación armónica de las partes y composición.

Al artista renacentista, le interesó explorar las formas de la naturaleza y la más noble e interesante criatura del universo era el hombre “la medida de todas las cosas”; producto al antropocentrismo de la cultura humanista, frente al teocentrismo del Medievo, dicho de otro modo, frente al arte en función de Dios defendieron un arte a la medida del hombre. De la figura del artesano, casi siempre anónimo, se pasó a la del artista creador, cuya individualidad y personalidad tendrían una gran valoración y estimación social.

La pintura y la escultura que durante la Edad Media eran fundamentalmente artes al servicio de la teología y la producción de imágenes devocionales, se postularon ahora como disciplinas intelectuales que requerían un gran soporte teórico. Lo verdaderamente importante de la creación era el proceso mental e intelectual. Demostraron, además, que el conocimiento de las matemáticas, la geometría, la óptica, eran necesarios para la realización de sus obras. Por lo que el artista reclamaba ahora su equiparación social y cultural a poetas y filósofos.



Ilustración 34. Botticelli. *El nacimiento de Venus*. El Quattrocento en Florencia bajo el mecenazgo de los Médici.

El arte del Renacimiento se hallaba también íntimamente ligado a los diferentes cambios de relación entre artista y cliente, al valor conferido a la obra de arte y a las nuevas funciones que desempeñaba. Durante el Renacimiento surgió un nuevo tipo de mecenas, que volcó su personalidad en los programas artísticos que promovía, se servía del arte para sus propios fines ya fueran políticos, económicos o de prestigio personal. La promoción de empresas artísticas revertía en un aumento

del prestigio personal del mecenas y a la vez acrecentaba su poder político y social.

Si en el *Quattrocento* Italia recorrió en solitario la trayectoria creativa formulando un nuevo lenguaje, en el *Cinquecento* las formas del Renacimiento se extendieron al resto de los países europeos. Pero debe quedar claro que la nueva cultura artística surgida en Florencia no siguió un proceso en el que el centro creaba y otros imitaban. Lo que produjo fue un renacer cultural plural formado por un amplio abanico de tendencias. En algunos casos incluso el nuevo lenguaje convivía o se mezclaba con sistemas artísticos medievales, por ejemplo el plateresco español o el estilo manuelino en Portugal

BIBLIOGRAFIA GENERAL SUGERIDA

- Vicente ÁLVAREZ PALENZUELA (coord.), *Historia Universal de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 2002.
- Robert BARTLETT, *La formación de Europa. Conquistas, colonización y cambio cultural 950-1350*, Valencia, PUV, 2003.
- Marc BLOCH, *La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*, México, UTEHA, 1958.
- Peter BROWN, *El mundo de la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, Gredos, 2012.
- Georges DUBY, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- Emilio CABRERA, *Historia de Bizancio*, Madrid, Ariel, 2012.
- Averil CAMERON, *El Mediterráneo en la Antigüedad Tardía 395-600*, Barcelona, Critica, 1998.
- Salvador CLARAMUNT; Ermelindo PORTELA; Manuel GONZÁLEZ y Emilio MITRE, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1992.
- Roger COLLINS, *La Europa de la Alta Edad Media 300-1000*, Madrid, Akal, 2000.
- Jan DHONDT, *La Alta Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

- Ana ECHEVARRÍA ARSUAG y José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA, *Atlas histórico de la Edad Media*, Madrid, UNED, 2013.
- Robert FOSSIER, *La Edad Media*, 3 Vols., Barcelona, Crítica, 1988.
- , *La sociedad medieval*, Barcelona, Crítica, 1996.
- José Ángel GARCÍA DE CORTÁZAR y José Ángel SESMA MUÑOZ, *Manual de Historia Medieval*, Madrid, Alianza, 2014.
- Nilda GUGLIELMI, *Vida cotidiana en la Edad Media*, Mar del Plata, EUDEM, 2017.
- Pierre GUICHARD; Robert MANTRAN y Henri BRESC, *Europa y el Islam en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Peter HEATHER, *La caída del imperio romano*, Barcelona, Crítica, 2006.
- , *Emperadores y bárbaros. El primer milenio de la Historia de Europa*, Barcelona, Crítica, 2010.
- Jacques HEERS, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1976.
- Manuel Fernando LADERO QUESADA y Paulina LÓPEZ PITA, *Introducción a la historia del Occidente medieval*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2011.

Manuel Fernando LADERO QUESADA y Paulina LÓPEZ PITA, *Los siglos medievales del Occidente europeo*, Madrid, UNED, 2016.

Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Historia Universal*, Vol. II Edad Media, Barcelona, Vicens Vives, 1987.

Jacques LE GOFF, *La Baja Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

Jacques LE GOFF y Jean-Claude SCHMITT (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003.

Lester LITTLE y Barbara ROSENWEIN (eds.), *La Edad Media a debate*, Madrid, Akal, 1998.

Michael McCORMICK, *Orígenes de la economía europea. Viajeros y comerciantes en la Alta Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2005.

Emilio MITRE FERNÁNDEZ, *Historia de la Edad Media I: Occidente*, Madrid, Cátedra, 1985.

-----, *Una primera Europa. Romanos, cristianos y germanos (400-1000)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2009.

Rosamond MCKITTERICK (ed.), *La Alta Edad Media. Europa 400-1000*, Barcelona, Crítica, 2002.

Andrea Vanina NEYRA y Gerardo RODRÍGUEZ (dirs.), *¿Qué implica ser medievalista? Prácticas y reflexiones en torno al oficio del*

historiador, 3 Vols., Mar del Plata, Universidad de Mar del Plata, Sociedad Argentina de Estudios Medievales, 2012.

José Manuel NIETO SORIA (coord.), *Europa en la Edad Media*, Madrid, Akal, 2016.

Gerardo RODRÍGUEZ, (dir.), *Cuestiones de Historia Medieval*, 2 Vols., Buenos Aires, Selectus / UCA, 2011.

----- (dir.), *Manual de Historia Medieval: siglos III al XV*, Mar del Plata, Grupo de Investigación y Estudios Medievales – Universidad Nacional de Mar del Plata, 2015.

Esteban SARASA SÁNCHEZ, *Las Claves de la Crisis en la Baja Edad Media: 1300-1450*, Barcelona, Planeta, 1991.

Pierre TOUBERT, *Europa en su primer crecimiento. De Carlomagno al año mil*, Granada-Valencia, EUG-PUV, 2006.

Chris WICKHAM, *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, Crítica, 2009.

-----, *El legado de Roma. Una historia de Europa de 400 a 1000*, Barcelona, Pasado y Presente, 2014.

-----, *Europa en la Edad Media. Una nueva interpretación*, Barcelona, Crítica, 2017.

RELACIÓN DE MAPAS

Frontera del Imperio romano

<http://megustalahistoriadeprimero.blogspot.com.ar/2011/08/la-cri-sis-del-siglo-iii-i-31-de-agosto.html>

Tetrarquía

<https://www.biografiasyvidas.com/monografia/constantino/fo-tos2.htm>

Plano de Constantinopla

http://agora.ucv.cl/docs/528/his_ant/roma/romapa/Consta1.jpg

Partición del Imperio romano

<http://vidayeltiempo.blogspot.com.ar/2012/06/hasta-siempre-her-mano.html>

Invasiones bárbaras

<http://construccionsocialdialectica.blogspot.com.ar/2014/02/histo-ria-10-14-de-feb-invasiones.html>

Reino franco

<http://culturasypersonajesdelmundoanti-guo.blogspot.com.ar/2016/08/los-merovingios-parte-iv-clo-doveo-y.html>

Europa en el siglo VI

<https://sites.google.com/site/estpclar/20-eso/tema-4-bizantinos-y-carolingios>

Imperio bizantino 565

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Byzan-tine_State_under_Justinian_I-es.svg

Reino visigodo siglo VIII

<https://historiadeespana.review/reino-visigodo-en-espana/>

Reino franco en el 628

http://www.wikiwand.com/es/Reino_de_los_fran-cos_en_la_%C3%A9poca_merovingia

Heptarquía

<https://www.encyclopediahistoria.com/2014/04/la-gran-bretana-an-glosajona-600-1066.html>

Expansión musulmana

http://es.tiching.com/uploads/con-tents/2013/09/20/106981_1379629566.png

Ocupación musulmana de España

https://hoplitacarabanchel.files.wordpress.com/2012/04/20070712klphis-hes_9_ees_sco.png

Imperio carolingio

<http://www.historialuniversal.com/2010/07/imperio-carolingio-de-carlomagno.html>

Tratado de Verdún

https://es.wikipedia.org/wiki/Tratado_de_Verd%C3%BAn#/media/File:Treaty_of_Verdun_-es.svg

Imperio otónida

http://www.hechohistorico.com.ar/Archivos/Culturas_Antiguas/pais-global/mapa23.htm

Invasiones siglos IX y X

<http://europa2humanidades.blogspot.com.ar/2013/03/estimados-alumnos-continuacion-le.html>

Ruta de expansión vikinga

<https://www.fisicanet.com.ar/cultura/europeos/ap1/vikingos2.jpg>

Francia en 1030

https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Map_France_1030-es.svg

Al-Andalús

<https://www.unprofesor.com/ciencias-sociales/al-andalus-historia-resumida-y-mapa-1544.html>

Comercio europeo

<http://profehitoriareyes2.blogspot.com.ar/2017/03/mapas-rutas-comerciales-europa-en-los.html>

Las cruzadas

<https://es.wikipedia.org/wiki/Cruzadas#/media/File:CRUZADAS-es.svg>

Áreas comerciales

<http://profehitoriareyes2.blogspot.com.ar/2017/03/mapas-rutas-comerciales-europa-en-los.html>

Universidades

<http://materialeseducativosmultimedia.blogspot.com.ar/2016/09/las-universidades-en-el-mundo-occidental.html>

Europa en el siglo XIV

http://www.catedralesgoticas.es/vademecum/mapa_europa.jpg

Rutas de la peste

<https://unahistoriacuriosa.wordpress.com/2014/07/08/la-pestes-negra-en-el-siglo-xiv/>

Francia de Luis XI

<http://europa2humanidades.blogspot.com.ar/2010/03/la-francia-de-luis-xi-1461-1483.html>

Estados europeos en el siglo XV

<http://csfb-sociales2.blogspot.com.ar/2013/08/mapa-europa-siglo-xv.html>